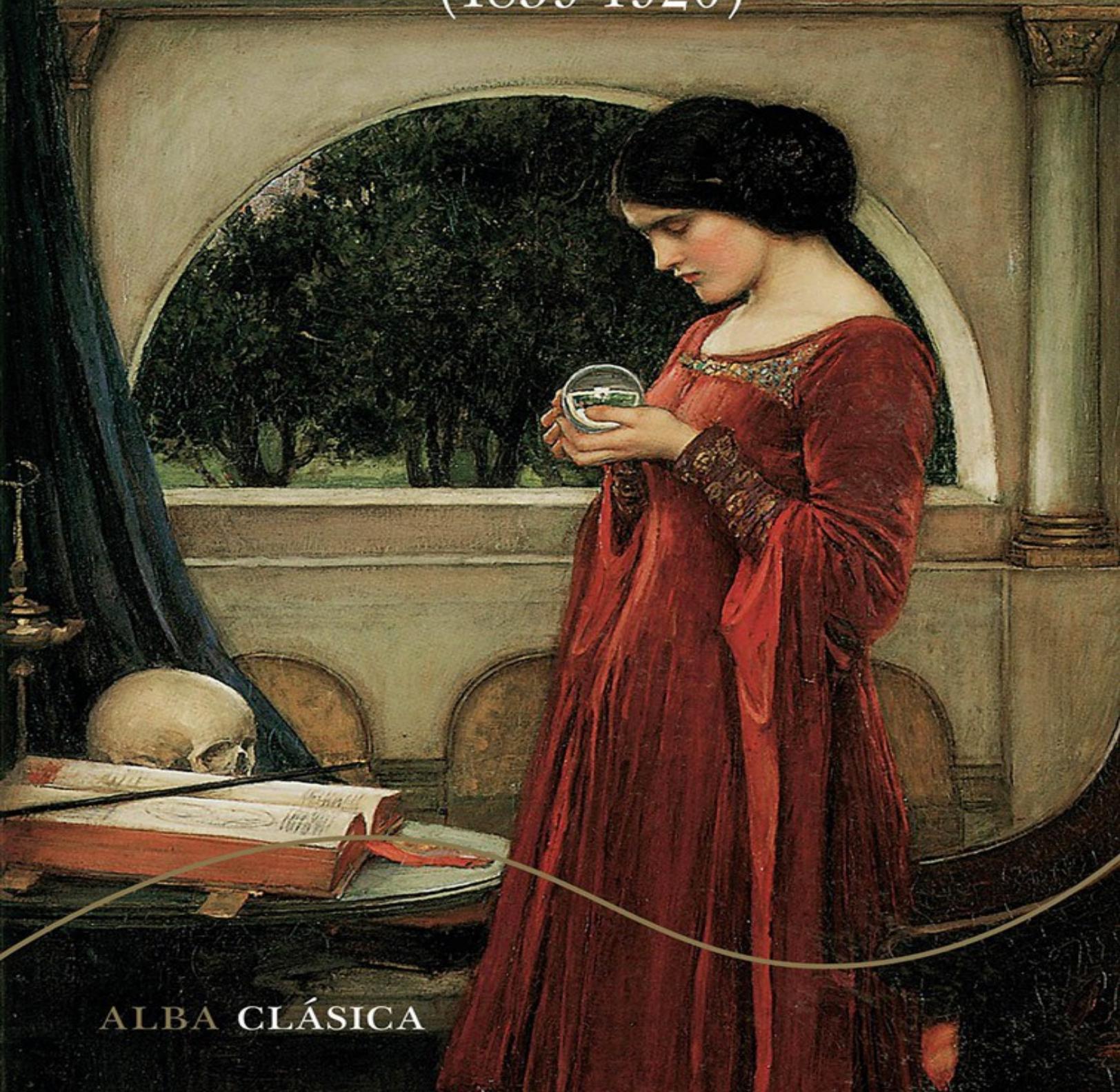


Peter Haining, ed.
Cuentos de brujas
de escritoras victorianas
(1839-1920)



ALBA CLÁSICA

CUENTOS DE BRUJAS DE ESCRITORAS VICTORIANAS

(1839-1920)



SELECCIÓN DE PETER HAINING

Traducción
Daniel de la Rubia Ortí

ALBA

ALBA Clásica

Título original: *A Circle of Witches. An Anthology of Victorian Witchcraft Stories*

© de la traducción: Daniel de la Rubia Ortí

© de esta edición: **Alba Editorial, s.l.u.**
Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona

www. albaeditorial.es

Diseño: Pepe Moll de Alba

Primera edición: octubre de 2019

Conversión a formato digital: Alba Editorial

ISBN: 978-84-9065-623-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos

NOTA PRELIMINAR

Este volumen es una traducción adaptada de la antología *A Circle of Witches. An Anthology of Victorian Witchcraft Stories*, elaborada por Peter Haining y publicada por primera vez en 1971 (Robert Hale, Londres).

Haining quiso destacar cómo en el mundo eminentemente masculino de la sociedad victoriana, volcado en el comercio y la expansión imperial, regido por una mentalidad racionalista y por unos estrictos códigos morales (aunque luego los hombres, pero no las mujeres, pudieran llevar una doble vida), fueron las mujeres quienes se interesaron sobre todo por el fenómeno de la brujería. Era sin duda un material fascinante, que conectaba con la tradición de la novela gótica, daba alas a la inventiva grotesca y a las ensoñaciones poéticas, y encajaba con el favor con que contaba la narrativa de misterio y de terror en la literatura popular victoriana; pero también, fue, en muchos casos, una ocasión para combatir la oscuridad, la superstición y la «creencia sin pruebas» y, abogando por «la razón humana, que es la ley de Dios más elevada de las reveladas a los hombres hasta la fecha», apelar al papel de las mujeres en la propagación de «la utilidad del razonamiento científico» (Eliza Lynn Linton).

No en todas las piezas aquí reunidas la hechicería es practicada por una mujer o atribuida a ella (también hay brujos y en algún caso un simple objeto mágico), pero sí en una gran mayoría. El carácter de víctima puede cambiar al de vengadora (aunque por ello sea ajusticiada), de la misma forma que las autoras se mueven entre la compasión y la reivindicación, con una nota común de atracción por la fatalidad.

La primera parte de la antología está dedicada precisamente a escritoras que fueron estudiosas y cronistas del fenómeno y rastrearon en la historia de Inglaterra, Escocia, Gales e Irlanda los actos atribuidos a las brujas y los castigos que se les impusieron por ellos. Entre el romanticismo algo moralizante de las hermosas leyendas recopiladas por lady Wilde y el escepticismo benevolente de Mary Lewes ante los extraordinarios remedios de los hechiceros (jarabe de pulmón de zorro contra la tisis, cráneos de delincuentes muertos e hígado de erizo contra la epilepsia), destacan la dureza y hasta el sarcasmo con que Eliza Lynn Linton denuncia el «mero fantasma del miedo y la ignorancia» que sustenta las creencias demoníacas y las atrocidades de los encargados de castigarlas: para ella, jueces y condenados parecían compartir el mismo culto a Satán por encima de «la alegre libertad de Dios y la Naturaleza». Linton incide en la misoginia de las acusaciones y en la condición marginal de las acusadas, de una manera en la que hoy no es difícil vislumbrar una versión extrema del propio arrinconamiento de la mujer victoriana, el cual, si se infligía, podía llevarla a un triste proceso de condena pública y exclusión social. Catherine Crowe, por su parte, aporta la perspectiva diríamos curativa y cita casos de posesión con la

convicción de que son reflejo del «mundo espiritual» —otra gran corriente de la cultura victoriana—, aduciendo en su favor el testimonio de especialistas en magnetismo, y de «dos médicos y dos cirujanos»; es de destacar que los casos que expone se hallan lejos de la habitual marginalidad y son de personas sanas, juiciosas y socialmente respetables. Cierta forma de ciencia se alega aquí para desmontar la superstición, solo que con otros objetivos y con otros medios.

Los casos históricos ficcionalizados están también presentes en la segunda parte de la antología, compuesta por cuentos y un par de fragmentos de novelas. Y no es sorprendente que algunos se refieran también a procesos seguidos contra brujas, destacando la inocencia e indefensión de la acusada frente a la sanguinaria máquina de la justicia y al «júbilo salvaje de la persecución» (Baillie Reynolds); curiosa y excepcionalmente, el célebre reverendo Cotton Mather, una de las figuras de los juicios de Salem más vilipendiadas por la tradición histórica y literaria, aparece en uno de ellos (el fragmento de la novela publicada en 1901 *La pequeña doncella de Salem* de Pauline Mackie) caracterizado como «un ángel de luz» porque duda de las acusaciones formuladas contra una muchacha y acaba librándola de la condena. En todo caso, la conciencia de la fragilidad y desamparo de la víctima aparece en la mayoría de los cuentos, aunque en ellos no intervenga el acoso judicial; la condición de «forastera» de la mujer, su aislamiento, se da a veces en el ámbito comunitario y también en el familiar y doméstico: en «La bruja del agua» la protagonista es una joven casada no aceptada por su nueva familia política, y en «La satanista», que proporciona a la «bruja» por primera vez un historial psicológico, es una hija maltratada por su madre. No son infrecuentes tampoco los casos, en diversos grados, de intimidación o explotación sexual; en general, la sexualidad se ve asociada a «los espíritus malignos», a lo más oscuro y destructor de la Naturaleza (casi siempre acuática: ríos, ciénagas, nieve y hielo). Una relación persistente entre el amor y la muerte va recorriendo la antología, signo de los extremos de la fantasía victoriana. Otro de los mayores terrores de esta fantasía, la venganza colonial contra el Imperio británico, aparece debidamente representado en dos cuentos, «La Piedra del Diablo» y «Magia negra».

En definitiva, esta antología da cumplida cuenta de lo que las mujeres de la época victoriana pensaban de la oscuridad a la que veían ligada muchas veces su condición. Las brujas —creyeran o no en ellas, desafiaran o no sus principios religiosos o su mentalidad científica— les inspiraron muchas formas de representarla, y quizá también de reflexionar sobre cómo el mundo las veía a ellas, o incluso como se veían ellas a sí mismas.

Para Ted Carnell y Ken Chapman,
por su consejo, su ayuda y, sobre todo, su amistad.

Solo pensaba en el momento en que la oscuridad había caído de pronto sobre ella, y todo por esa mujer; esa bruja; esa hechicera cuyo maligno poder se había cobrado una víctima tras otra; esa cautivadora de la que hablan los poemas y los relatos.

Margaret Oliphant, *The Sorceress* (1893)

PRIMERA PARTE

CRÓNICAS Y LEYENDAS

No soy una mujer fantasiosa, pero hay cosas que le despiertan a una la imaginación. En noches oscuras como esta, siempre pienso en la posibilidad de que ocurra algo desagradable. Las desgracias parecen acechar en esos rincones oscuros; y me imagino a brujas maquinando planes malignos contra gente inocente...

Margaret Oliphant, *Salem Chapel* (1862)

LA BRUJERÍA EN INGLATERRA

E. LYNN LINTON

Eliza Lynn Linton (1822-1898) ocupa con todo merecimiento el primer lugar en esta colección, pues su libro *Witch Stories* [Historias de brujas] es sin duda alguna la obra más destacada sobre el tema de la brujería escrita por una dama victoriana. Eliza Lynn Linton, que fue esposa del excepcional grabador William James Linton, era hija de un vicario de Cumberland y empezó a interesarse por la literatura a los once años. Publicó su primera novela, *Azeth, the Egyptian* [Azeth, el egipcio], a los veintitrés. Sin embargo, durante estos primeros años se dedicó principalmente al periodismo, y en 1851 empezó a colaborar con varios periódicos y revistas, reivindicando así el título de primera mujer periodista. Algunos de sus artículos, como «The Shrieking Sisterhood» [La menguante hermandad de mujeres] y «Mature Sirens» [Sirenas maduras], se convirtieron en temas de conversación populares en las sobremesas de todo el país y dieron a conocer su nombre entre el público. No obstante, fue su interés en lo sobrenatural lo que consolidó su fama con la publicación de *Witch Stories* en 1861. Fruto de un exhaustivo trabajo de investigación, el libro describe la mayoría de los casos importantes de brujería en Inglaterra y Escocia, y los dos extractos que siguen suponen una muestra representativa de ambos países. En el prólogo, Eliza Lynn Linton nos brinda unas directrices que bien podrían tenerse en cuenta al leer cada pieza de esta antología: «En general, creo que podríamos hablar de cuatro circunstancias para cada caso recogido en este volumen; en qué proporción, le corresponde al lector decidirlo por sí mismo. Quienes defienden la existencia de una relación directa y personal entre el hombre y el mundo espiritual seguramente darán crédito a todas las historias con la fe incondicional propia de los siglos xvi y xvii; quienes confían en el funcionamiento tranquilo y uniforme de la naturaleza sostendrán en su mayoría que se trata de un fraude; quienes estén familiarizados con enfermedades y con esa extraña doctrina llamada “mesmerismo” o “sensibilidad” reconocerán la presencia de un grave trastorno nervioso, mezclado con grandes cantidades de engaño flagrante, que encontraba en la insensata credulidad y la extraordinaria ignorancia de la época un caldo de cultivo propicio; y, por último, quienes están acostumbrados a cribar pruebas e interrogar a testigos quedarán profundamente insatisfechos con la vaguedad de los testimonios y la burda tergiversación de todos los casos recogidos».

«Cualquier mujer anciana con el rostro arrugado, vello en el labio, un diente prominente, ojos estrábicos, voz chillona, lengua viperina, un abrigo harapiento en la espalda, un gorro en la cabeza, un espetón en la mano y un perro o un gato a su lado no solo es sospechosa de ser una

bruja, sino acusada como tal», dice John Gaule, autor de *Select Cases of Conscience* [Casos escogidos de conciencia] (1646); mientras que Reginald Scot, en su libro *Discovery of Witchcraft* [Descubrimiento de la brujería] (1584), relata su propia experiencia: «Aquellas a las que se tacha de brujas son mujeres por lo general viejas, cojas, de ojos legañosos, pálidas, malolientes y llenas de arrugas; pobres, hurañas, supersticiosas y papistas, cuando no reniegan de toda religión; mujeres en cuya razón adormecida ha encontrado el diablo un cómodo aposento, de tal modo que, sea cual sea el daño, infortunio, calamidad o masacre que sobrevenga, se convencen sin dificultad de que es obra suya, lo cual alimenta en su cabeza una fantasía ardiente y pertinaz».

Tales eran las opiniones de dos hombres notablemente sabios y sensatos que vivieron en un tiempo de locura general y consagraron su inteligencia a la tarea de detener el enfurecido torrente. Y es que el mundo entero estaba plagado de brujas. Estas almas perdidas y condenadas habían invadido todos los pueblos; no había casucha desde la que no espíase alguna bruja maldita o pidiesen auxilio sus aterradas víctimas. A estas criaturas viejas, pobres y desdichadas, sobre cuya cabeza se abatía la ira del mundo, y contra las que todos los muchachos ociosos tenían un insulto y una piedra que lanzar a placer, se les atribuían todos los poderes salvo el de la omnipotencia. Podían acabar con la vida de un bebé en el útero y convertir «a una madre de muchos niños en una mujer sin hijos»; podían matar a alguien con una mirada o dejarlo inválido con una maldición; hacer que lloviese o brillase el sol a su antojo; con sus «cuerdas de bruja», ingeniosamente trenzadas, extraían todas las ganancias de los graneros y las fábricas de cerveza de sus vecinos; y, sin embargo, seguían siendo pobres y miserables, prestas a mendigar un pedazo de carne o una lata de leche agria de las manos de aquellos a los que habrían podido arruinar con solo susurrar media docena de palabras; podían adoptar la forma que quisieran y transportarse a cualquier lugar; no había cerrojo ni barrote capaz de detenerlas, ni distancia, por tierra o mar, insalvable para ellas; una paja, un palo de escoba, el solícito demonio siempre a mano...: con eso les bastaba; y, con un tarro de unguento mágico y un hechizo farfullado, podían visitar al rey en su trono o a la señora de un castillo en su tocador, con el propósito de descargar sobre ellos cualquier maldad anidada en su corazón o de apropiarse de cuanto les viniera en gana. Sin embargo, el mundo supersticioso de la época no veía nada extraño e incoherente en el hecho de que esas mujeres vivieran en la más extrema pobreza, ni dieron en pensar nunca que, si de verdad hubieran sido capaces de transportarse por el aire a donde quisieran fuera cual fuere la distancia, se habrían mostrado un tanto escurridizas en la cárcel, y poco dispuestas a quedarse en ella por el placer de ser torturadas y, por último, quemadas. Pero ni la razón ni la lógica tenían cabida en este asunto, que se sustentaba únicamente en el miedo y en ese oportuno ateísmo del miedo, que niega el poder de Dios y la inmaculada belleza de la Naturaleza para exaltar en su lugar la supremacía del Diablo. Esta creencia en la presencia material del Diablo y en su ascendiente sobre los hombres era la oscura cadena que los unía a todos. Ni siquiera el más enérgico oponente al Delirio de la Brujería se atrevía a rechazarlo de plano; ni el hombre más osado ni el pensador más libre eran capaces de redimir a su mentalidad de esta horrible atadura, esta pesadilla, este mero fantasma del miedo y la ignorancia humanos, esta mentira espantosa, este delirio mórbido, ni de abandonar la servil adoración a Satán por la alegre libertad de Dios y la Naturaleza. Supuso un gran paso adelante que hombres como Reginald Scot, John Gaule de Straughton, sir Robert Filmer y una docena más de adalides tomaran la determinación de negar el poder sobrenatural de unas cuantas mujeres menesterosas y medio locas y pidieran humanidad y misericordia con ellas, en

vez de crueldad y condena; pero no se atrevieron a dar el paso aún mayor de negar la existencia de ese demonio imaginario en cuya creencia se fundamentaba todo aquel sufrimiento y desesperación. Hasta lo más escogido de la época sucumbió a este delirio, y debatió con gravedad las propiedades y proporciones de lo que, como bien sabemos ahora, no eran más que mentiras. En la Iglesia y entre los «religiosos» más notables de aquellos días, era aún peor. En *Articles of Visitation* [Artículos de inquisición] (1549), del arzobispo Cranmer, aparece esta cláusula: «Os preguntareis si conocéis a alguien que utilice hechizos, brujería, encantamientos, adivinaciones o cualquier otra artimaña semejante inventada por el Diablo»; y el obispo Jewel, en un sermón ante la reina Isabel en 1558, puso a esta al corriente de cómo aquellas «brujas y hechiceras han proliferado en los últimos años de forma asombrosa en el reino de Vuestra Majestad. Los súbditos de Vuestra Majestad languidecen incluso ante su muerte, se apaga el color de su rostro, se pudre su carne, se quedan sin habla, los sentidos les abandonan; ruego a Dios que nunca vayan más allá de los súbditos... He visto con mis propios ojos muchas huellas evidentes de su maldad». En la siguiente legislatura, se aprobó el proyecto de ley contra el abominable pecado de la brujería, en parte, según Strype[1], debido a la enérgica reprimenda del obispo. En *The Country Justice* [La justicia nacional] (1655)[2], de Dalton, se demuestra a qué extremo había llegado la brujería, un siglo después, en la crédula Inglaterra. Ciertamente, Scot dio en el clavo cuando dijo que sus adversarios más duros eran «la joven ignorancia y las viejas costumbres». Estos han sido siempre los adversarios más duros de cualquier verdad. Últimamente, gracias a Dios, la humanidad ha avanzado con paso firme, aunque lento, hacia la luz del día; pero, actualmente, tú y yo, lector, no podemos desentendernos de la superstición más degradante que ha conocido el mundo, la que se abatió sobre esos pobres y desgraciados servidores del diablo; esos brujos y brujas que, de un modo u otro, acabaron derrotados en todos los frentes, sufriendo en el momento y arruinados para toda la eternidad, y siendo víctimas de la hostilidad y el maltrato tanto de los hombres como del demonio.

LA BRUJA DE BERKELEY

Una de las primeras brujas inglesas —tan atrás se remonta su historia, de hecho, que se la presenta como una figura mítica, borrosa y completamente exagerada— fue la célebre bruja de Berkeley, quien recibió el castigo por sus pecados a mitad del siglo ix, dejando tras de sí una lección inestimable que, sin embargo, fue de escaso provecho a las generaciones posteriores. La bruja era rica y alegre, pero la hora de la verdad habría de llegarle una mañana; el banquete había sido fastuoso e intensamente disfrutado, pero la horrible cuenta tenía que pagarse, y la pobre bruja se encontró con que su manzana de mejillas sonrosadas, ahora que había sido ya pelada y se había comido la corteza, estaba llena de polvo y cenizas que debía digerir de la mejor manera posible. Cuando vio cerca la hora de su muerte, mandó llamar a los monjes y monjas de los monasterios cercanos, e hizo venir a sus hijos para que escuchasen su confesión; y entonces les contó el pacto que había hecho, y cómo el Diablo vendría a llevarse su cuerpo y también su alma.

—Escondedme dentro de la piel cosida de un ciervo —dijo—, y a continuación metedme en un ataúd de piedra, y asegurad la tapa con plomo y hierro. Colocad encima una losa, y sujetadlo todo con gruesas cadenas de hierro ancladas al suelo. Cantad cincuenta salmos cada noche, y

celebrad cincuenta misas por el día, para así combatir el poder de los demonios. Si lográis de este modo mantener mi cuerpo a salvo durante tres noches, al cuarto día podréis darle sepultura, pues el Diablo lo habrá buscado sin encontrarlo.

Los monjes y monjas actuaron conforme a su deseo, y en la primera noche, aunque los demonios no dejaron de aullar y gemir en el exterior de la iglesia, «los sacerdotes vencieron, y nada perturbó el descanso de la vieja bruja». La segunda noche, los demonios fueron más feroces y ruidosos, y los monjes y monjas rezaron sus rosarios cada vez más rápido; pero los demonios se iban volviendo más poderosos con cada hora que pasaba, y por fin lograron forzar las puertas del monasterio, a despecho de oraciones, cerrojos y barrotes; y dos cadenas del ataúd se partieron por la mitad, pero la del medio resistió. La tercera noche, los demonios rugieron rabiosos y enloquecidos. El monasterio tembló hasta sus cimientos, y los monjes y monjas a punto estuvieron de perder el hilo de sus padrenuestros y sus avemarías en medio de aquel estruendo que ahogaba su voz y estremecía su corazón; no obstante, continuaron hasta que, acompañado de un terrible estrépito y de los gritos de los incontables demonios de menor tamaño allí reunidos, un demonio, más grande y terrible que cualquiera de los que habían aparecido hasta ese momento, entró en la iglesia y fue hasta el pie del altar, donde yacía la anciana en su ataúd. Allí se detuvo, y le pidió a la bruja que se levantase y lo siguiese. Esta le respondió lastimeramente que no podía: se lo impedía la cadena del medio; pero el Diablo solventó al punto esa dificultad: puso su pie sobre el ataúd y rompió la cadena de hierro como si no fuera más que un pedazo de hilo chamuscado. A continuación salió volando todo el plomo y el hierro que la cubría, y allí yacía la bruja, macilenta y horrible. Se puso en pie muy despacio, amoratada, muerta y desnuda como estaba; entonces el Diablo la cogió de la mano y la condujo hacia la puerta, donde esperaba un gigantesco caballo negro, con el lomo cubierto por entero de pinchos de hierro, y cuyos ollares, por los que echaba fuego, denunciaban el infernal pesebre del que comía. El Diablo se subió de un salto a la silla, sentó a la bruja delante de él y se alejaron cabalgando, mientras los gritos de los demonios y los alaridos de las almas torturadas seguían llegando desde todos los puntos a los oídos de los monjes y las monjas. Así pues, también en esta leyenda, como en todas las demás, el Diablo es más grande que Dios, y la oración y la penitencia se revelan inútiles para redimir el mal.

LA MUJER Y EL OSO

Un singular folleto^[3] en letras góticas recoge el maravilloso relato de la posesión de una mujer en Somersetshire; un relato al que, en este frívolo y escéptico siglo xix, quizá demos una interpretación distinta a la que se le diera en el crédulo siglo xvi.

Stephen Cooper, un pequeño propietario rural de Ditchet de reconocida honradez, con una riqueza considerable y querido por sus vecinos, viéndose enfermo y débil, mandó a su mujer a una granja de su propiedad en Rockington, Gloucestershire, donde esta se quedó solo unos días, pues, según dijo ella misma, no la encontró enteramente de su agrado. Cuando volvió, su marido se había repuesto un poco, pero ella, en cambio, mostraba un comportamiento extraño e irascible, parloteando mucho sobre una moneda antigua que había encontrado su hijo pequeño y que ella quería ver, y despachándose a gusto contra la granja de Gloucestershire, como si estuviera

hechizada y no fuera consciente de lo que decía. Entonces empezó a mudar su rostro, y a mirar a su marido «fijamente y con semblante triste». Una noche, las cosas alcanzaron un punto crítico cuando la mujer sufrió un raptó de ira y tristeza y se puso a temblar de forma tan horrible que apenas podían sujetarla a la cama; a continuación empezó a hablar de un oso sin cabeza al que, según explicó, había ido a ahuyentar a la ciudad durante su arrebató y la había seguido desde Rockington: un punto que resultó cierto a la luz de lo sucedido a continuación. Su marido y sus amigos la exhortaron a rezar y a tener paciencia, pero pese a todo siguió en trance, con el Diabolo ganándole la batalla hasta la noche del domingo, cuando su estado pareció empeorar drásticamente. De pronto la vela, a la que nadie había prestado atención, se apagó, y la mujer lanzó un alarido lastimero; encendieron otra vela, pero ardió tan débilmente que apenas daba luz, y los amigos y vecinos empezaron a inquietarse. Margaret, aterrorizada y angustiada como ellos, profirió de pronto un grito enloquecido:

—¡Mirad! ¿No veis al Diabolo?

Le pidieron que rezase y no se moviera.

—Bueno —dijo Margaret entonces—, si no veis nada ahora, lo veréis dentro de poco.

No bien acabó de hablar, oyeron un ruido procedente de la calle, como si se aproximasen dos o tres carros, y de inmediato los que ocupaban el dormitorio gritaron:

—¡Señor, protégenos de lo que quiera que está viniendo!

Algo similar a un oso, solo que sin cabeza ni rabo, se acercó a la cama en la que estaba acostada la mujer con el pecho palpitante y las pupilas dilatadas; una cosa que medía «medio metro de alto y medio metro de largo» (¿Seguro que no era más grande, Margaret? ¿No sería tan grande como un hombre bien atado a cuatro patas?), a la que su marido, cuando la vio, «golpeó» con una banqueta de madera, y el golpe sonó como si hubiera dado en un colchón de plumas. Pero la criatura no hizo caso del hombre: solo le interesaba Margaret. Rodeó la cama con paso lento, dio tres golpes en los pies de la mujer, la sacó de la cama y la hizo rodar de un lado a otro de la habitación, por el suelo y por debajo de la cama; el marido y los amigos estaban atónitos y horrorizados, incapaces de hacer otra cosa que pedirle ayuda a Dios, sin atreverse a mover un dedo para defenderse a sí mismos o a la mujer. Entretanto, la luz de la vela no había dejado de atenuarse cada vez más, al punto de que apenas se veían unos a otros: y así era sin duda como lo deseaban Margaret y el oso sin cabeza. La criatura cogió entonces a Margaret en brazos y la dobló sobre sí misma, metiéndole la cabeza entre las piernas, hasta darle la forma de una bola, y «así la llevó rodando como un aro por las otras habitaciones y escaleras abajo hasta el vestíbulo, donde la retuvo por espacio de una hora». Las personas que estaban en el piso de arriba no se atrevieron a bajar; se quedaron en el dormitorio, llorando lastimeramente y rezando en voz alta con gran fervor. Tan horrible era el hedor que llegaba del vestíbulo, y tan feroces las llamas que salían disparadas de acá para allá, que se vieron obligados a taparse la nariz con trapos y servilletas, seguros de que el infierno se abriría bajo sus pies de un momento a otro y ya no habría forma de ponerse a salvo y protegerse del Diabolo. Pero entonces Margaret gritó:

—Se ha ido. ¡Ya se ha ido!

Al oír esto, su marido le pidió con gran alegría que subiera y volviera a su lado, y eso hizo ella, pero tan rápido que en el piso de arriba no dieron crédito a sus ojos, y a nadie le cupo duda de que el Diabolo la había ayudado. Sin embargo, no se advertía desmejora alguna a pesar del encuentro: lo cual resultaba de lo más extraño, tal y como estaban las cosas. Volvieron a acostarla, y cuatro de ellos se encargaron de remeter las sábanas sin dejar de rezar con gran fervor. De

pronto, la mujer fue sacada de la cama: en el movimiento de su cuerpo no habían intervenido ni los nervios ni los músculos ni la voluntad, por supuesto; fue un poder sobrenatural lo que la llevó hasta la ventana que había a la cabecera de la cama. Si fue la mujer quien abrió la ventana o lo hizo el Diablo, eso no lo esclarece el folleto. Acto seguido, sus piernas salieron por la ventana, y algo golpeó sus pies, como si chapoteara en una bañera; y vieron un gran fuego, y notaron un olor intenso; y entonces, con ayuda de sus plegarias, volvieron a meter a Margaret en la habitación, y la pusieron de pie. Al poco, gritó:

—¡Oh, Señor! ¡Me parece ver un niño pequeño!

Pero no le hicieron caso. Lo repitió dos o tres veces, con mayor vehemencia si cabe, hasta que por fin todos se volvieron a mirar por la ventana, pues pensaron que sin duda algo debía de motivar aquel delirio. Y, «ay, lo que allí vieron fue algo con la apariencia de un niño pequeño, cuyo rostro luminoso proyectaba una intensa claridad en el dormitorio». En ese mismo instante, la débil llama de la vela, que les había ofrecido hasta ese momento una luz muy tenue, se avivó y los iluminó con normalidad, lo que les permitió verse unos a otros. Se entregaron entonces a alegres oraciones, dándole gracias a Dios por aquella liberación. Y Margaret Cooper volvió a tumbarse en su cama, relajada, sonriente y serena, sin tener que preocuparse nunca más por osos sin cabeza que la hicieran rodar como una pelota, ni por un niño resplandeciente en busca de los resquicios de una rudimentaria linterna mágica. En cuanto al oso, creo sinceramente que su naturaleza era más humana que diabólica; que era conocido en Rockington; y que Margaret Cooper estaba al corriente de la intriga de principio a fin. Pero, claro, estamos en el escéptico siglo xix, en el que se cree más en las artimañas de la arteria humana que en el poder del Diablo o en los milagros de lo sobrenatural. No obstante, este caso, pese al fraude y la insensatez más que patentes, se citó como uno de los ejemplos más conocidos y asombrosos del poder de Satanás sobre el cuerpo y el alma de aquellos que se entregaban a los placeres mundanos.

LAS BRUJAS DE LANCASHIRE

En Pendle Forest, una agreste extensión de tierra en las afueras de Yorkshire, vivía una anciana que rondaba la edad de ochenta años y había sido bruja los últimos cincuenta. Había criado a sus hijos y había exhortado a sus nietos a practicar la brujería. «Era una agente general del Diablo por estos pagos.» Se llamaba Elizabeth Southernnes, aunque era conocida como Mamá Demdike, y compareció ante el juez en 1612. Fue la primera de este famoso «aquelarre» en ser juzgada, de un total de veinte brujas que acabarían compareciendo ante sir James Altham y sir Edward Bromley, acusadas de todos los delitos relacionados con la hechicería, la magia y la brujería. La anciana Mamá Demdike murió en prisión antes de que se celebrase su juicio pero, en su comparecencia ante el magistrado que las condenó a todas, el señor Roger Nowell, hizo una confesión que le aseguró con gran eficacia su parte correspondiente de execración y puso la conciencia de quienes la habían atacado a salvo de toda duda o remordimiento.

Hacía unos cincuenta años, dijo, estaba volviendo a casa después de mendigar cuando, cerca de una cantera de Pendle Forest, se encontró con un espíritu o demonio en forma de niño, el cual llevaba un abrigo mitad marrón y mitad negro, y le dijo que, si le entregaba su alma, tendría todo lo que deseara. Después de conversar un rato más con el niño, que según le dijo se llamaba Tibb,

este se desvaneció, y no volvió a verlo aquel día. Durante cinco o seis años, Mamá Demdike no le pidió ningún tipo de ayuda ni daño para otros a Tibb, que siempre se le aparecía «entre dos luces» (al atardecer); pero un domingo por la mañana, habiéndose quedado dormida con la menor de sus hijas sentada en las rodillas, Tibb se le apareció en forma de perro marrón, se le subió también a las rodillas e intentó morderla debajo del brazo izquierdo. Mamá Demdike se despertó sobresaltada y muy preocupada, e intentó decir: «Jesucristo, salva a mi hija», pero no pudo, como tampoco pudo decir: «Jesucristo, sálvame». Al poco, el perro marrón desapareció, y ella estuvo «al borde de la locura más absoluta por espacio de ocho semanas». Tibb y ella nunca habían hecho mucho mal, dijo; ni siquiera a Richard Baldwin, a pesar de que los había echado de sus tierras y de que no había pagado, ni recompensado de ninguna otra forma, el trabajo de su hija en el molino del que era propietario, y cuando ella, guiada por su nieta Alice (pues apenas le quedaba vista), fue a pedirle el dinero, él pagó sus esfuerzos con insolencia y palabras hirientes, diciéndole que, si de él dependiera, «quemaría a una y colgaría a la otra», para a continuación echarlas con viento fresco, llamándolas brujas y cosas peores. No obstante, después de apretarla un poco, confesó que en ese instante Tibb le había dicho: «¡Véngate de él!», a lo cual ella había respondido: «¡Véngate tú de él o de su familia!», y con esto el niño desapareció, y no volvió a verlo. No supo decir cuál había sido la venganza, si es que la hubo. Pero, si ella guardó silencio sobre ese asunto y se mostró poco dispuesta a confesar, hubo otros, entre los que se contaban algunos de su propia sangre, que no tuvieron tantos reparos. Elizabeth Device, su hija, y Alison, James y Jennet Device, sus nietos, testificaron en su contra, y cada uno en la de los demás, de forma asombrosa, y entre todos completaron la historia con todo lujo de detalles.

Alison dijo que su abuela la había tentado a servir al Diablo, dándole un gran perro negro como espíritu o demonio personal; un perro que había dejado lisiado a John Law, un pequeño quincallero o buhonero que pasaba por Colnefield con su mochila a la espalda. Alison quería comprarle alfileres, pero John se negó a abrir su mochila y vendérselos, así que ella, en un arrebató de furia, llamó a su perro negro, para ver si la venganza podía conseguir lo que no habían conseguido los buenos modos. Cuando apareció el perro negro, le preguntó: «¿Qué quieres que haga con ese hombre?», a lo que ella respondió: «¿Qué podrías hacerle?», y el perro dijo: «Puedo lisiarlo». «Lísialo, entonces», dijo Alison Device; y no se había alejado el vendedor cuarenta metros cuando quedó cojo. Al ser preguntado, él, por su parte, dijo que estaba pasando por Colnefield cuando le salió al paso un gran perro negro con ojos fieros y aterradores, grandes dientes y apariencia terrible, que se quedó mirándolo fijamente y después desapareció; e, inmediatamente después, un maleficio lo dejó cojo y deforme. Esto ocurrió después de encontrarse con Alison y no haber querido venderle alfileres. Alison se puso entonces a llorar y a rezar, a implorarle a Dios y a aquella venerable compañía que perdonasen sus pecados. Dijo también que su abuela había matado la vaca de John Nutter con un maleficio, y a la hija de Richard Baldwin con motivo de la disputa referida anteriormente —en este punto añadió que rezaría por Baldwin «tanto en silencio como en voz alta»—, y que siempre andaba maquinando algún tipo de maldad o encantamiento, bien en perjuicio de otros, bien en beneficio propio. Por ejemplo, Alison consiguió mendigando una vasija de barro con leche aguada y, la siguiente vez que fue a echarle un vistazo, encontró en su interior medio kilo de mantquilla, y tuvo la seguridad de que Mamá Demdike la había obtenido gracias a un encantamiento. A continuación, Alison la emprendió con la bruja rival Anne Whittle, apodada Chattox, cuya familia tenía una enconada enemistad con la familia de Mamá Demdike, y la acusó de haber hechizado a su padre, John Device, hasta matarlo porque este

se había negado a satisfacer el pago anual de cuatro kilos de harina al que se había comprometido a cambio de que ella no le causara ningún mal. Y es que a esta pobre gente le habían robado dos litros de harina de avena irlandesa y prendas de lino por valor de unos veinte chelines, y habían visto a la hija de Anne Whittle con una cofia y una cinta que reconocieron como suyas; John Device tenía miedo de que la vieja Chattox recurriese a la brujería para castigarlos duramente por sus acusaciones, y así concertaron el pago de los cuatro kilos de harina, cuyo incumplimiento ese año libró a Chattox de su parte del trato y le costó la vida a John. Dijo también que Chattox había hechizado a varias personas y a algunos animales, como, por ejemplo, a la vaca de John Nutter, a la que había matado porque John Nutter había tirado de una patada la lechera llena de ella, disgustado por su diabólica costumbre de colocar dos palos atravesados encima; había asesinado asimismo a Anne Nutter porque se había reído y burlado de ella, y al hijo de John Morris por una figurita de arcilla; y a estas fechorías aún sumó otras que serán corroboradas a continuación. Así pues, Alison Device murió ahorcada, entre amargos sollozos y profundamente arrepentida.

James Device, su hermano, declaró haberse encontrado hacía un mes con un perro marrón que venía de la casa de su abuela, y haber oído un ruido como de varios niños chillando y llorando «a las puertas del día». En otra ocasión, oyó un griterío espantoso como de muchos gatos, y poco tiempo después se subió a su cama una especie de gato o liebre de color negro que estuvo tumbado encima de él alrededor de una hora. Dijo que su hermana Alison le había lanzado un maleficio al hijo de Bullock, y que la anciana Mamá Chattox había desenterrado tres cráneos y había cogido ocho dientes, de los cuales se había quedado cuatro y le había dado los otros cuatro a Mamá Demdike; y que esta última había hecho una figurita de arcilla de Anne Nutter y la había quemado, causando así su muerte por embrujamiento. Asimismo, había matado con un maleficio a Mitton porque este no había querido darle un penique; a lo que había que sumar otras iniquidades parecidas. Dijo que su madre, Elizabeth Device, tenía un espíritu encarnado en un perro marrón llamado Ball, y que se reunieron todas en Malking Tower; todas las brujas de Pendle —y no eran pocas— salieron de casa sin ocultarse y buscaron potros de colores diversos en los que montar —Jennet Preston fue la última—, y entonces desaparecieron. Por lo que a él se refería, confesó que su abuela Demdike le había dicho, un día en que él salía para la iglesia, que no se comiera el pan eucarístico y que se lo diera en su lugar a lo primero que se encontrase en la carretera de camino a casa. Él no la obedeció, sino que se comió la hostia como correspondía a un buen cristiano; a la vuelta se encontró con algo semejante a una liebre que le preguntó por el pan, pero él le dijo que no lo tenía, y la liebre se enfadó mucho y lo amenazó con hacerlo pedazos, pero James se santiguó y el Diablo desapareció. Esto, repetido de diversas formas, vino a ser en esencia la confesión de James Device, que no incluía ninguna delación destacable a sí mismo, ni reconocimiento alguno de comportamiento singularmente malévolo. Su hermana pequeña, Jennet, una muchacha de nueve años, subsanó las omisiones. Resultaba evidente que la habían sobornado, dice Wright[4], y aportó pruebas suficientes para colgar a medio Lancashire. Dijo que James se había vendido al Diablo, y que su espíritu era un perro negro llamado Dandy, mediante el cual había hechizado a mucha gente hasta causarle la muerte; y confirmó lo que su hermano había dicho del espíritu de Jennet Preston, que era un potro blanco con un lunar negro en la frente. A continuación dijo que había visto los aquelarres, pero que no había participado en ellos; y que el Viernes Santo todos cenaron un carnero asado que James le había robado a Christopher Swyers; y que John Bulcocke se encargó de girar el asador. Dijo que su madre, Elizabeth, le había enseñado dos oraciones, una para conseguir bebida, y la otra para quitar los maleficios. La primera era muy corta,

sencillamente: «Crucifixus, hoc signum vitam eternam, Amén»[5], pero servía para que entraran en casa buenas bebidas del modo más extraño. La segunda, la que servía para quitar los maleficios, era más larga:

El Viernes Santo, ayunaré mientras pueda,
hasta que oiga tañer
la campana de Nuestro Señor.
El Señor en su misa
con los doce apóstoles a su lado,
¿qué tiene en la mano?
Una vara fuerte y delgada.
¿Qué tiene en la otra mano?
Las llaves del Cielo.
Abríos, abríos, puertas del Cielo.
Atascaos, atascaos, puertas del infierno.
Dejad que el niño ungido
vaya con su cariñosa madre.
¿Qué es aquello que tan hermosa luz arroja?
Mi hijo querido, al árbol clavado,
por el corazón, por las manos
y por su cráneo sagrado.
Afortunado es el hombre
que puede enseñarle a su hijo
el hechizo del Viernes Santo.
Una cruz azul y otra roja,
como nuestro Señor estuvo en la cruz.
Gabriel se tumbó a dormir
en la tierra del sagrado llanto;
Nuestro Señor pasó caminando:
«¿Estás dormido o despierto, Gabriel?».
«No, Señor, estoy sujeto a este palo y a esta estaca,
de forma que no puedo dormir ni estar despierto.»
«Levántate, Gabriel, y ven conmigo,
el palo y la estaca nunca volverán a hacerte daño.»
Jesucristo Nuestro Señor, Amén.

Sobre la base de testimonio tan concluyente, y en castigo a tan horrendos crímenes, James Device fue condenado «por ser el brujo más peligroso y malévolo que haya vivido en estas regiones de Lancashire en épocas recientes, y estar tan manchado de sangre inocente como ningún otro de su tiempo». ¡Pobre muchacho!

«¡Oh, monstruo bárbaro e inhumano sin igual; tan falta de juicio para comprender tu desdicha que empujaste a tus propios hijos al mal y la esclavitud, y a ti misma a ser testigo de cómo, a

causa de tus diabólicas enseñanzas, incubadas en la depravación y la brujería, sufren contigo, pese a encontrarse en el comienzo de su vida, una muerte vergonzosa y prematura!» Tales fueron las palabras con las que Thomas Potts se dirigió a Elizabeth Device, viuda de John, el embrujado, hija de la anciana Demdike, «la hechicera más repugnante que jamás haya perturbado la luz del día», y madre de Alison y James, los brujos confesos; madre también de la joven Jennet, de nueve años, su acusadora y la de sus hermanos, cuyo testimonio fue determinante para condenarla. Se acusó a Elizabeth de haber matado a varias personas valiéndose de maleficios y ayudada por su espíritu, el perro marrón de nombre Ball mencionado por James en su declaración; además, había asistido al sabbat celebrado en Malking Tower, donde se habían reunido para decidir la mejor forma de sacar de prisión a la anciana Mamá Demdike, su líder, matando a su carcelero y volando el castillo, y donde comieron carne de vaca, beicon y cordero asado —el mismo cordero de Christopher Swyers de Barley que James había robado y matado—; y otras cosas igual de detestables e insignificantes. Así pues, Elizabeth Device, «esa bruja odiosa, a quien la naturaleza marcó desde su mismo nacimiento con la ridícula peculiaridad de tener el ojo izquierdo más bajo que el derecho, de suerte que uno mira hacia abajo y el otro hacia arriba», fue condenada a morir porque era pobre y fea y tenía por hija a una mujerzuela mentirosa que se inventaba historias para la gente de buena familia.

Anne Whittle, apodada Chattox, era la siguiente en influencia, poder y edad a Mamá Demdike, y empezó su confesión diciendo que la vieja Demdike había sido la que en un principio la había tentado entregándole un diablo con las formas y proporciones de un hombre, el cual la tomó, en cuerpo y alma, y succionó de sus costillas izquierdas, y se llamaba Fancie. Después tuvo otro espíritu encarnado en una perra con manchas llamada Tibbe, que les procuró a todos comida y bebida y les dijo que tendrían todo el oro y la plata que quisieran. Pero nunca llegaron a ver ni un destello del oro y la plata, y lo que comieron y bebieron no les satisfizo. «Anne Whittle, apodada Chattox, era una criatura muy anciana, atrofiada, consumida, decrepita y prácticamente ciega; una peligrosa bruja de larga trayectoria, siempre enfrentada a la vieja Demdike: tanto es así que aquel a quien una favorecía se hacía merecedor del odio implacable de la otra, y sus interrogatorios darán fe de cómo se maldecían y acusaban entre ellas. Con sus brujerías se mostraba siempre más proclive a causar daño a los bienes de las personas que a las personas mismas; sus labios no cesaban de hablar y parlotear ni un segundo, aunque nadie sabía de qué. Vivía en el bosque de Pendle, en compañía de esta perversa y temible cofradía de brujas. No obstante, en su interrogatorio y confesión habló con franqueza y sin reservas, pues en ninguna ocasión, en los muchos interrogatorios que se le hicieron, se apreció variación alguna en su relato, sino la más absoluta conformidad con una única versión de los hechos. La sitúo inmediatamente por detrás, en orden de importancia, de esa perversa promotora del mal que era la anciana Demdike porque de ellas dos surgieron todos los demás, incluidos los hijos y amigos de esas dos brujas bien conocidas.»

Nada especialmente sustancioso pudo averiguarse sobre la vieja Chattox. No cabe duda de que había embrujado recientemente a varios vecinos hasta causarles la muerte; pero, al fin y al cabo, era algo que habían hecho todos; y su diablo, Fancie, se le había presentado adoptando diversas apariencias: algunas veces en forma de oso, mirándola boquiabierto como si pretendiera inquietarla, un modo no muy agradable de cumplir con su parte del trato; pero, generalmente, tomando la forma de un hombre, el cual le procuraba un gran placer. Confesó conocer un hechizo para bendecir la bebida antes mencionada, así como la cerveza de la esposa de John Moore, que

Mamá Demdike o alguien de su clan habían echado a perder:

Tres mordedores te han mordido:
el corazón, el ojo y la lengua perversas;
pero tres mejores vendrán en tu auxilio:
el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.
Un nombre de Dios.
Cinco padrenuestros, cinco avemarías
y un credo,
en veneración a las cinco heridas
de Nuestro Señor.

Huelga decir que no había ni un ápice de esperanza para la vieja Chattox si iba diciendo cosas horribles como esas. La recta justicia de Inglaterra ha de aplicarse, y Anne Whittle fue ahorcada; una de las doce a las que el sol de Lancaster lloró en aquella cruenta sesión judicial.

Después detuvieron a su hija, Ann Redfearne, acusada de modelar figuritas de arcilla, entre otras artes maléficas; y también a ella la ahorcaron; y, a continuación, a Alice Nutter —una dama adinerada que vivía en Rough Lee, cuyos familiares esperaban ansiosos su muerte, por cuanto podía reportarles algunas propiedades de las que se veían privados mientras viviese, y que mantenía una antigua disputa con el juez Nowell a causa de una linde entre sus tierras—. Alice Nutter, a quien uno habría considerado muy a salvo de ese castigo, fue señalada por la joven Jennet como cómplice y llevada a juicio con escasas posibilidades de salir con bien de él, pues Elizabeth Device juró que se había unido a ella y a la vieja Demdike para embrujar a Mitton con motivo de aquellos dos peniques tan fatídicamente negados; y la joven Jennet juró que estaba en el grupo que fue a lomos de potros de muy variado color a la gran reunión en Malking Tower; así pues, la pobre Alice Nutter, de Rough Lee, aquella dama distinguida, fue ahorcada junto a aquella cuadrilla de gente andrajosa, y sus familiares pasaron a ocupar su sitio, plenamente satisfechos de su astucia.

Le llegó el turno a Katherine Hewitt, apodada Mouldheels, acusada por James Device, quien debió de pensar que, puestos a morir ahorcado por nada, lo haría bien acompañado, y así, rodeándose de cuantos pudiera encontrar, aliviaría el oprobio del que no le era dado escapar; y a John Bulcocke, que había girado el asador, y a Jane, su madre, por los mismos delitos y a partir del mismo testimonio; y también por el delito añadido de colaborar en el embrujamiento del señor Leslie, nefanda acción en la que había varios implicados; y a Margaret Pearson, acusada por Chattox de acoger al espíritu de un hombre de pies hendidos con el que se coló por una tronera en el establo de Dodson, donde se pasó la noche montada en la yegua hasta que el animal murió. También fue acusada por Jennet Booth, que entró en su casa y le pidió un poco de leche para su hijo; Margaret accedió afablemente y se la hirvió en una cacerola, pero Jennet se lo agradeció acusándola de brujería, porque en el fondo de la cacerola donde hervía la leche había, según ella, un sapo, o algo muy parecido, que Margaret cogió con unas tenacillas y sacó fuera de la casa. Ni que decir tiene que el sapo era un demonio, y Jennet Booth hizo bien en corresponder a un gesto amable y generoso con una calumnia. La condena de Margaret se redujo a verse expuesta a la vergüenza en cuatro poblaciones con mercado, en cuatro días de mercado, donde tendría que estar de pie con un papel en la cabeza que proclamaba su delito en letras grandes y sin vaguedades,

para después confesar y ser llevada a prisión, donde tendría que pasar un año, al término del cual sería liberada siempre y cuando hubiera garantes fiables y responsables que se ofrecieran a responder de su buena conducta.

Y estaba también Isabel Roby, que embrujó a Peter Chaddock por haberla dejado plantada, y, por medio de su espíritu, pellizó y zarandó a Jane Williams, de forma que empezó a sentirse enferma cuando notó la presión de cinco dedos en su muslo; y Jennet Preston, que tenía un potro blanco como espíritu y acabó colgada en York por el asesinato del señor Thomas Lister, porque este, durante la enfermedad que lo llevó a la muerte, no había dejado de gritar que Jennet Preston estaba tumbada encima de él; y, cuando la llevaron a ver el cuerpo, salió de él un chorro de sangre caliente en dirección a la mujer, lo que despejó cualquier duda, en caso de que la hubiera. Y así terminó el famoso juicio de las brujas de Pendle; de los veinte que habían sido acusados, doce fueron ahorcados, mientras que los demás se libraron solo temporalmente, pues a muchos de ellos les llegó su hora pocos años después.

LA BRUJA SOBRE LA TABLA

«Muchos creen que las mujeres, ese sexo tardo de entendimiento, son incapaces de dominar una práctica tan vil y maldita como la brujería, en razón de su analfabetismo y falta de conocimientos, mientras que muchos hombres, gracias a sus grandes conocimientos, sí la han aprendido»; sin embargo, el conde de Essex y su ejército, mientras atravesaban Newberry, vieron a una mujer realizar una proeza que ni siquiera el más instruido de sus hombres habría logrado por medios naturales[6]. Dos soldados iban algo rezagados, recogiendo frutos secos, moras y cosas así, cuando uno de ellos trepó a un árbol por diversión y el otro le siguió entre bromas. Desde aquella improvisada atalaya, uno de ellos miró al río y vio a «una mujer alta, delgada y esbelta caminando sobre el agua con tanta facilidad y paso tan firme como si lo hiciese sobre tierra». El soldado avisó a su compañero, y este a los demás, y al poco estaban todos —capitanes, soldados y comandantes— observando a aquella mujer delgada y asombrosa que estaba de pie, según advirtieron ahora, sobre una tabla estrecha «que ella dirigía aquí y allá a voluntad, como por pasatiempo, sin percatarse de quién la seguía». A continuación cruzó el río, y lo mismo hizo la tropa; pero entonces le perdieron la pista durante un rato, y, cuando volvieron a encontrarla, a todos les faltó valor para detenerla. Al cabo un arrojado se acercó, la sujetó con valentía y le preguntó qué era. La pobre desgraciada enmudeció —quizá presa del miedo— y no dijo palabra, así que la llevaron a rastras ante los comandantes, «pero, pese a ser exhortada con vehemencia, mostró ante estos la misma disposición a responder». Como no se les ocurría nada mejor que hacer con ella, la colocaron de pie delante de un terraplén de barro o una pared, y dos soldados, siguiendo las órdenes de su capitán, la apuntaron con sus armas y dispararon. «Pero, soltando una carcajada burlona, atrapó las balas con las manos y se las comió, lo que constituía una prueba aún más contundente que sus pasos sobre el agua de que era exactamente lo que habían imaginado.» Entonces uno de los hombres la apuntó al pecho con su carabina y disparó, pero la bala rebotó como una pelota y pasó rozando la cara de quien la había disparado, lo que «enfureció tanto a aquellos caballeros que uno de ellos desenvainó su espada y se lanzó contra ella con gran coraje y con todo el ímpetu del que fue capaz, mas no con mayor éxito que los disparos; la mujer, aún sin

decir palabra, siguió riéndose del modo más burlón y despreciable, lo que acabó por socavar la furia de aquellos hombres; sin embargo, uno de ellos había oído que, si se extraía sangre de las venas que pasaban por las sienes, eso prevalecería sobre el hechizo más poderoso, y acabaría con la eficacia de la brujería, y era algo permitido en un juicio: la mujer, al oír esto, supo que el Diablo la había abandonado, y con él su poder; y por este motivo empezó a gritar y a rugir al tiempo que se arrancaba el pelo, y a decir con gemidos lastimeros: “¿Es así como he de morir? Pues bien, Su excelencia el duque de Essex tendrá la fortuna de ganar la batalla”. Y estas fueron las únicas palabras que lograron sacarle; al punto le dispararon con una pistola debajo de la oreja, y en esta ocasión la mujer se desplomó y murió, dejando su odiado cadáver a los gusanos; no deberíamos juzgar su alma, aunque las iniquidades de su malvada vida y muerte no pueden escapar de la censura. Fin. Este libro no se ha impreso obedeciendo ninguna orden.»

DOLL BILBY Y SU COMPAÑERA

En la pequeña población de Burton Agnes, en el condado de Yorkshire, se había producido un gran revuelo, porque Faith Corbet, la joven hija de Henry Corbet, había caído gravemente enferma, y es que Alice Huson y Doll Bilby la habían embrujado. La bondadosa señora Corbet — bien entrada ya en la edad del generoso descreimiento— se negó a dar pábulo a las sospechas de su hija; es más, hacía unos años la había reprendido por llamar bruja a la vieja Alice, pues siempre había sentido simpatía por la pobre viuda, y siempre la tenía por casa, cuidando de sus crías de pavo y cosas así, y siempre se mostraba amable y generosa con ella, decidida a hacerle su penosa vida lo más llevadera posible. Pero la señorita Faith odiaba a la anciana y la llamaba bruja; y, cuando perdió los guantes, juró que Alice se los había llevado para utilizarlos en algún hechizo, y que nunca volvería a estar bien. Empezó entonces a sufrir ataques, y a tales extremos llegaba su tormento que hacían falta dos o tres personas para sujetarla; lloraba y daba alaridos frenéticos, y mordía y arañaba cualquier cosa que quedase a su alcance, sin dejar de exclamar ni un momento: «¡Oh, Alice, vieja bruja, como te coja!». Otras veces se tumbaba hecha un ovillo y se pasaba varios días seguidos sin hablar y medio inconsciente, para luego, de pronto, manifestar una alegría desmedida y hacer más monerías que un mono. Consultaron con médicos, pero todos se confesaron incapaces de hacer un diagnóstico; y, aunque su padre la llevaba a un lado y a otro en busca de un cambio de aires, nada la curaría, decía ella, mientras Alice Huson y Doll Bilby siguieran en libertad. El padre y la madre, a pesar de todo, se resistían a creerla, hasta que un día, ante una nutrida concurrencia que había ido a presenciar sus ataques, gritó: «¡Oh, gente infiel e incrédula! ¿Es que nadie va a creerme hasta que sea demasiado tarde? Porque estoy tan cerca de la muerte como puede estarlo nadie, y, cuando me hayan arrebatado la vida y ya nada podáis hacer, os arrepentiréis». Al oír esto, el padre fue a buscar al párroco de Burton Agnes, el señor Wellfet, y, acompañado por este y por sir Fr. Boynton —un juez de paz—, arrastraron por fin a la anciana Huson hasta la habitación de Faith. La señorita Faith reaccionó lanzando un fuerte alarido, pero enseguida pidió unas tostadas y cerveza; después, cordiales; y, cuando hubo tomado una cantidad considerable de cada cosa, se levantó, se vistió y bajó las escaleras. Hizo esto después de haber estado tan débil que ni siquiera podía darse la vuelta en la cama, lo cual demostraba que Mamá Huson tenía una influencia extraordinaria sobre la muchacha; una influencia aún más

poderosa de lo que decían quienes estaban allí. Ese feliz estado no duró mucho. Faith dijo que nunca se recuperaría mientras las dos mujeres estuvieran libres; y quedó probado que así era, pues, cuando por fin las arrestaron y las metieron en una celda bajo estricta vigilancia, la joven dama se declaró curada, y no volvió a causarle problemas a nadie. Después, Alice Huson fue llevada a confesarse con el señor Wellfet, el párroco, y firmó así su sentencia, ahorrándole a la acusación la molestia de condenarla.

Dijo que había tenido trato con el Diablo durante tres años, desde que un día, cuando ella estaba en el páramo, se le había aparecido en la forma de un hombre negro montado a caballo. Este le dijo que nunca le faltaría de nada si seguía sus pasos y se entregaba a él, y Alice le prometió que así lo haría. Sellaron entonces su acuerdo con la entrega de cinco chelines; en otra ocasión, fueron siete chelines los que le dio, y estos regalos, con cantidades parecidas, se convirtieron en algo habitual —de hecho, se repitieron hasta seis o siete veces—. Tenía la apariencia de un hombre negro con los pies hendidos y subido a lomos de un caballo, y Alice se arrodillaba y lo adoraba, tal y como habían convenido. Había atormentado a Faith Corbet por medio de su espíritu maligno, pues esta, al verla necesitada, la había tratado con insolencia.

En un interrogatorio anterior del señor Wellfet, el Diablo la había acompañado y le había dado las respuestas; y ella había estado bajo la ventana de los Corbet en forma de gato cuando la señora Corbet dijo que así había sido, pues hasta la bondadosa fe de esta mujer había acabado por tambalearse; y Doll Bilby también había tomado parte en aquel acto diabólico; no en vano quería matar a Faith sin más, pero la vieja Alice se opuso, considerando que ya habían hecho suficiente mal. Confesó haber matado a Dick Warmers «con sus ojos y su corazón malvados», así como haberle prestado a Lancelot Harrison ocho chelines de los diez que el Diablo le había dado en la puerta de Baxter dos semanas antes, «hacia el atardecer o entre dos luces»; además tenía una tetilla, o marca de bruja, donde el Diablo la había chupado desde la hora de la cena hasta después del amanecer, al tiempo que le retorció el corazón como si estuviera tirando de él con unas tenazas; y había tomado la decisión de practicar la brujería hacía cuatro años, cuando le había pedido a la señora Corbet un poco de ropa vieja y las hijas se habían negado; y el Diablo le había dicho que no delatase a Doll Bilby. Al pie de todo este desvarío estampó su firma Timothy Wellfet, párroco de Burton Agnes, de modo que ahorcaron a Alice Huson y a Doll Bilby en la siguiente sesión judicial de York: lo cual puso fin de una vez y para siempre a los padecimientos y las fantasías de la señorita Faith Corbet.

LOS SAPOS DE JULIAN

En las audiencias judiciales de Taunton, en 1663, Julian Cox, de unos setenta años de edad, fue acusada de practicar las artes de la brujería contra una «joven doncella, a consecuencia de lo cual el cuerpo de la muchacha languideció y su salud declinó». Antes que nada, se recogieron pruebas de su brujería. Un testigo, un cazador, juró que un día, mientras cazaba cerca de la casa de Julian, levantó una liebre y los perros la persiguieron muy de cerca hasta que se refugió en un matorral; cuando lo rodeó hasta el otro lado para ponerla a salvo de los perros, vio a Julian Cox arrastrándose por tierra, jadeando, casi sin aliento. Ella era la liebre, y había tenido el tiempo justo de decir el conjuro que le había devuelto la forma de mujer antes de que los perros la

atrapasen. Otro hombre juró que un día había pasado por delante de casa de Julian Cox, y esta, que «estaba sentada en la puerta fumando en pipa», lo invitó a sentarse con ella; él aceptó y, de pronto, ella gritó: «¡Vecino, mira qué cosa más bonita!», y lo que el hombre vio fue «un sapo monstruoso entre sus propias piernas, mirándolo fijamente a los ojos». Intentó darle un manotazo, pero no lo consiguió, y Julian le dijo que, si dejaba de intentar pegarle, el animal no le haría daño; pero él se asustó y volvió a su casa, y le contó a su familia que había visto uno de los diablos de Julian Cox. Sin embargo, incluso en su casa volvió a aparecer el sapo entre sus piernas, y, aunque lo cogió y lo cortó en pedacitos, cuando volvió con su pipa, allí se encontró al sapo. Intentó quemarlo, pero no pudo; después trató de golpearlo con una vara, pero el sapo iba de un lado a otro del salón huyendo de él; al cabo de un rato, el sapo dio un grito y desapareció al fin, y nunca más volvió a molestarle. Un tercer testigo juró que un día, mientras ordeñaba, Julian Cox pasó por el patio en el que se encontraba y «de pronto se agachó y se puso a hacer marcas en el suelo durante un rato, y, mientras duró esto, el ganado se volvió loco, y algunos animales se lanzaron de cabeza contra los árboles, y la mayoría no tardó en morir». Juzgando lo sucedido como señal de que estaban embrujados, les cortó las orejas a los animales y las quemó pero, cuando estaban ardiendo en el fuego, apareció Julian Cox muy alterada y furiosa, gritando que la habían maltratado sin motivo alguno, y, acto seguido, se acercó al fuego con mucha agilidad, cogió las orejas y se calmó de inmediato. Por las leyes de la brujería, era ella la que estaba ardiendo, no las orejas de los animales. Un cuarto testigo, tan digno de crédito como el anterior, juró haber visto «entrar volando por la ventana de la habitación de Julian Cox a la propia Julian con su forma humana»; testimonios todos ellos que dieron veracidad y fundamento a la acusación de la doncella.

La doncella servía en cierta casa a la que Julian había ido un día a pedir limosna; pero la doncella le respondió enfadada que no conseguiría nada allí, así que Julian le dijo que se arrepentiría de su descortesía antes de caer la noche. Y así fue, pues empezó a tener convulsiones, y les pedía a gritos a todos los de la casa que la salvaran de Julian porque la veía siguiéndola. Su estado empeoró por la noche, y dijo que veía a Julian Cox y al hombre negro junto a su cama, y que la incitaban a beber, pero ella «rechazó las pociones del Diablo». La siguiente noche, en previsión de una disputa similar, dejó un cuchillo en la cabecera de su cama. En mitad de la noche, aparecieron el espíritu de Julian y el hombre negro, como el día anterior, así que la doncella cogió el cuchillo y apuñaló a Julian, a quien, según ella, hirió en una pierna. Todos fueron rápidamente a comprobarlo y se encontraron a Julian en su casa con una herida reciente en la pierna, y también había sangre en la cama de la doncella. Al día siguiente, Julian se le volvió a aparecer y la obligó a comer alfileres. Esta aparición se produjo en una pared de la casa y, «durante todo el día, vieron a la doncella extender su mano hacia dicha pared y de la pared a su boca, y parecía, por el movimiento de esta última, que comía algo». Así pues, cuando anocheció, todavía lanzando gritos contra Julian, la desvistieron y vieron su cuerpo cubierto de grandes hinchazones y bultos en los que había alfileres enormes —treinta o más— que, según ella, Julian Cox, cuando estaba en la pared, le había obligado a tragarse. ¿Acaso no bastaba con eso para colgar a una docena de Julians Cox? El juez Archer no tuvo ninguna duda; sobre todo cuando a este testimonio se sumó la confesión forzada de la propia Julian: de cómo el Diablo la había instigado a convertirse en bruja y ella no había accedido, y de cómo una tarde, sin embargo, cuando caminaba a kilómetro y medio de su casa, se había encontrado con tres personas montadas cada una encima de una escoba y flotando a casi dos metros del suelo; conocía a dos de ellas, una

bruja y un brujo que habían sido ahorcados por brujería unos años antes, pero era la primera vez que veía a la tercera, un hombre negro. Este, no obstante, la incitó a que le entregase su alma, y así lo hizo ella, para lo cual tuvo que pincharse en un dedo y firmar con su sangre. De modo que, sobre la base de su propia exposición de los hechos, así como del fidedigno testimonio de testigos de confianza, Julian Cox era una bruja y actuaba siguiendo el dictado del verso horrible. Además, puesto que era incapaz de decir el padrenuestro sin trabarse en la oración «y líbranos del mal», que convertía en «y no nos libres del mal», o en «y líbranos no del mal», pero que en ningún caso repetía con exactitud, el juez y el jurado no pudieron sino llegar a una conclusión: que debía ser ahorcada cuatro días después del juicio. Pero algunos de los menos obnubilados y entontecidos criticaron duramente al juez Archer por su celo y precipitación, y declararon abiertamente la inocencia de la pobre Julian cuando ya ningún bien podía hacer esa defensa a su cadáver estrangulado.

LA BRUJA DE WALKERNE

Llegamos así (1712) al último juicio auténtico por brujería, donde un jurado compuesto por ingleses cuerdos, decentes y respetables condenó a la acusada por un crimen imposible. Este último retoño del viejo árbol del fanatismo judicial fue Jane Wenham; no su último fruto, pero sí el último caso en el que hubo juicio y sentencia. En la mayoría de los libros sobre brujas se recoge un caso de una época posterior, pero no he podido encontrar ninguna versión *auténtica*: es la historia de una tal señora Hicks y de su hija de nueve años, colgadas en 1716 en Huntington por vender su alma al Diablo, utilizar maleficios para causarles la muerte a sus vecinos y arruinar sus cosechas y, lo peor de todo, quitarles las medias para desatar una tormenta. Tal vez fuera así, pero no la he encontrado en ninguna fuente digna de crédito, así que, mientras tanto, tenemos que considerar a Jane Wenham como la última condenada oficialmente.

Jane Wenham era la bruja de Walkerne, un pueblecito en el norte de Hertford. Durante buena parte de su vida, la había acompañado una pésima reputación, y sus vecinos estaban decididos a deshacerse de ella a la primera oportunidad. Y esa oportunidad se presentó en la persona de Matthew Gilson, un criado de John Chapman al que Jane sumió en un estado de locura porque le pidió un penique de paja que él se negó a darle. La anciana se alejó murmurando y protestando, y entonces Matthew, llevado por no sabía qué impulso, salió del granero y corrió una distancia de cinco kilómetros, pidiendo por el camino peniques de paja. En vista de que no conseguía nada, fue a buscarla a unos montones de porquería, y la que encontró allí se la puso en la camisa y la llevó a casa. Un testigo aseguró que había visto a Gilson volver con la camisa repleta de paja, caminando deprisa y a través del agua, en vez de por el puente, como cualquier hombre decente. A raíz de este extraño comportamiento de su criado, John Chapman, quien siempre había sospechado que Jane era más astuta de lo que le convenía a él o a ella, la llamó bruja la siguiente vez que la vio, y Jane lo llevó ante el juez, sir Herbert Chauncey, para que respondiese de esta acusación difamatoria. Pero el juez les recomendó que fueran a ver al señor Gardiner, el párroco, que era un gran creyente en la brujería, y resolvieran aquel asunto sin que pasara a mayores. El señor Gardiner era demasiado ferviente para ser justo. Reprendió a la pobre y vieja Jane con dureza, y le aconsejó que viviera más en paz con sus vecinos —precisamente lo que ella quería— y dejó

zanjada la disputa imponiéndole a Chapman una multa de un chelín. Mientras tenía lugar este acto de justicia desigual, Anne Thorne, la criada del señor Gardiner, estaba sentada junto al fuego con una rodilla dislocada. Jane, incapaz de ejercer su malintencionada voluntad sobre Chapman, y enfadada por la severidad con que le había hablado el señor Gardiner, vertió su maldad sobre la chica y la embrujó, de tal modo que, cuando todos hubieron salido de la cocina, Anne empezó a notar un extraño «aturdimiento, así como la necesidad imperiosa de correr hacia algún sitio». Así pues, a pesar de su rodilla dislocada, se levantó y empezó a correr, saltó la cancela de seis barrotes con la agilidad de un galgo y se lanzó a la carretera para después subir una colina, donde se encontró con dos criados de John Chapman que le pidieron que volviera a la casa. Uno de ellos la cogió de la mano, pero una fuerza que no guardaba relación con su voluntad la alejó de aquellos hombres sin permitirle hablar, y la llevó más y más lejos en dirección a Cromer, donde el gran mar habría de frenarla o acogerla. Pero, cuando llegó a Hockney Lane, se encontró con una «anciana menuda envuelta en una capa con capucha» que le preguntó a dónde se dirigía.

—A Cromer —respondió Anne—, a por astillas para encender un fuego.

—No hay astillas en Cromer —dijo la pequeña anciana de la capa—. Aquí hay astillas de sobra. Arráncalas de ese roble.

Y así lo hizo Anne, amontonándolas en el suelo. Entonces la anciana le dijo que se quitase el vestido y el delantal y envolviese con ellos las astillas; a continuación le preguntó si llevaba algún alfiler encima y, como la muchacha le respondió que no, le dio ella uno torcido y le dijo que cerrase con él el fardo, y con esto desapareció. Así que Anne Thorne volvió corriendo a casa medio desnuda, con el fardo de hojas y astillas en la mano, y se sentó en la cocina, gritando: «¡Estoy acabada y arruinada!».

Cuando la señora Gardiner abrió el fardo y vio todas aquellas ramitas y hojas, dijo que servirían para quemar a la bruja, y que no habría que esperar mucho; de modo que tiraron las ramitas y las hojas en el fuego y, mientras ardían, entró Jane Wenham preguntando por la madre de Anne, pues traía, según dijo, un mensaje para ella, y era que debía ir a limpiar el próximo día a Ardley Bury, la casa de sir Herbert Chauncey; posteriores indagaciones demostraron que aquello no era cierto, lo que fortaleció aún más la sospecha de que Jane Wenham era una bruja, en vista de lo efectivo que había sido el encanto de quemarla en las astillas. John Chapman y sus criados ofrecieron entonces su relato. El señor Gardiner no tardó en avivar el fuego, y la pobre y anciana Jane fue interrogada, examinada en vano en busca de marcas y encerrada en prisión, donde tendría que esperar a que se celebrase su juicio en la siguiente audiencia. Suplicó desesperadamente que no la mandasen a prisión, se declaró inocente y, en un gesto propio de mujeres, le pidió a la señora Gardiner que la ayudase y no testificase en su contra, y accedió a que la lanzasen al río^[7], o lo que ellos quisieran, con tal de librarse de la cárcel. Pero sir Herbert Chauncey era lo suficientemente valiente y razonable para no permitir semejante prueba, aunque el vicario de Arderley la examinó con el padrenuestro, que ella no pudo repetir, y la aterrorizó y la torturó hasta arrancarle algo parecido a una confesión, en la que implicó a otras tres mujeres, que fueron detenidas de inmediato, aunque acabaron saliendo indemnes. Cuando se la juzgó, había allí dieciséis testigos, incluidos tres clérigos, dispuestos a testificar en su contra, sobre cómo había embrujado las vacas de uno de ellos y las ovejas de otro, y de cómo le había arrebatado a uno las fuerzas y a otro, sus herramientas; y de cómo había matado a tal niño o a tal hombre con un mal de ojo o un maleficio; y de cómo era, en definitiva, la responsable de todas las desgracias ocurridas en la zona durante los últimos años. Y estaba también Matthew Gilson, a quien había trastornado y

forzado a deambular por los campos con su camisa llena de paja como un espantapájaros; y Anne Thorne, que no había dejado de sufrir ataques desde su maravilloso viaje con la rodilla dislocada; y otra Anne que había sufrido un rapto muy similar al de la anterior; y aun otros, a quienes la maldad de aquella anciana había dejado enfermos y lisiados, privados de una vida decente. Por si fuera poco, dos testigos dignos de crédito aseguraron que adoptaba la forma de un gato siempre que quería, y que la habían oído conversar con el Diablo cuando ambos presentaban dicha forma; lo que se sumaba al crudo testimonio de Anne Thorne, quien aseguró haber sufrido el angustioso acoso de unos gatos que tenían la cara y la voz de Jane Wenham.

Los abogados, que creían poco en el Diablo y aún menos en la brujería, se negaron a fundamentar la acusación sobre ningún otro cargo que no fuera el de «conversar amistosamente con el Diablo en forma de gato». Pero, a pesar de los fervientes alegatos del señor Bragge contra semejante majadería, y de lo ridículo que pintó todo el asunto, el juez dictó sentencia de muerte. Las pruebas eran demasiado sólidas. Hasta uno de los criados del señor Chauncey declaró que un gato había llamado a la puerta de su casa, y que lo había matado y, al momento, había desaparecido, porque no era sino uno de los demonios de Jane Wenham; y en casa del señor Gardiner todos se volvieron locos, cada uno a su modo; y un testigo creíble dijo que habían visto alfileres ir dando saltos por el aire hasta la boca de Anne Thorne; y, cuando George Chapman le puso la mano en la boca para evitar que se le colaran dentro, notó cómo se le clavaba uno en el dorso, punzante como pocos; todas las noches dejaban lleno el acerico de Anne, y todas las mañanas lo encontraban vacío, y ¿quién salvo Jane habría podido llevarse los alfileres del acerico a la boca, donde los encontraban todos doblados? No obstante, aunque el jurado no pudo resistir el peso aplastante de estas pruebas, y el juez no podía resistirse al jurado, decretó un aplazamiento para que todos tuvieran tiempo de calmar los ánimos y reflexionar, después de lo cual logró, con discreción y benevolencia, que la indultasen. Y el coronel Plummer, de Gilston, la tomó bajo su protección, y le dio una casita cerca de su casa, donde la pobre mujer pudo vivir a salvo y en paz hasta el final de sus días, sin hacer daño a nadie y sin temor a que nadie se lo hiciera a ella. En cuanto a Anne Thorne, el médico, que le había prescrito, como parte del tratamiento, lavarse las manos y la cara dos veces al día con agua limpia, y que, por otro lado, la había puesto al cuidado de un «joven lozano» que no pedía nada mejor, lo dispuso todo con tan buen tino que, al poco tiempo, Anne y su enérgico soltero se unieron en matrimonio, y no tenemos noticias de que en aquellos días vomitase alfileres o la atormentasen visiones de gatos con la cara y la voz de Jane Wenham. Pero, aunque a los demás les fue bien con sus sobresaltos y sus locuras, la pobre Jane no recibió ninguna compensación por los ataques salvajes de la muchedumbre, por los agarrones y los empujones que la dejaron lisiada, por los arañazos en la piel y los desgarrones en la ropa, con los que demostraron a su propia satisfacción que era una bruja y merecía que se la tratase como tal.

LOS ÚLTIMOS CASOS

Aunque la última condenada oficialmente, Jane no fue en verdad la última a la que destruyeron, pues una curiosa carta manuscrita que puede verse en el Museo Británico «del señor Manning, profesor disidente de Halstead, en Essex, al señor John Morley, de Halstead» nos ofrece el relato

extraño y confuso de un presunto sacrificio, y a este le sigue unos años después la historia aún más triste y cruel de Ruth Osborne.

Halstead, 2 de agosto de 1732

Estimado señor:

La historia que le conté en relación con la brujería, y que usted se complace en ordenarme que le repita, es como sigue: había en Haveningham, en el condado de Suffolk, un hombre llamado Collett, herrero de oficio, quien, como era su costumbre, estaba ayudando a la doncella a batir la nata, cuando, viendo que no lograba que cuajase la mantequilla, y sospechando que pudiera tratarse de un caso de brujería, echó un hierro candente en la mantequera; al punto un pobre peón, ocupado a la postre en transportar estiércol en el patio, rompió a gritar de una forma horrible: «¡Me han matado, me han matado!», sin dejar de llevarse la mano a la espalda, indicando dónde le dolía, y murió en el acto.

El señor Collett, ayudado por los criados que había allí, le quitó al pobre hombre la ropa y descubrió, para su gran sorpresa, la marca del hierro que había calentado y echado en la mantequera profundamente impresa en su espalda. Tuve noticia de este suceso por boca del propio señor Collett, y no encuentro razón para dudar de la palabra de un hombre de intachable reputación como él.

Su agradecido y seguro servidor,

Sam. Manning

La única falsedad en esta historia, probablemente, es la forma en que murió el pobre muchacho, pues, o bien lo asesinaron vilmente por la absurda sospecha de que tenía algo que ver con el embrujamiento de una mantequera mugrienta, o murió de forma repentina a causa de una afección orgánica común, y la herradura y la marca no eran más que imaginaciones. Pero en 1751 volvió a derramarse, literalmente, sangre de bruja en suelo inglés. En Tring, Hertfordshire, vivían un hombre de edad llamado Osborne y su mujer; pobres, como suelen ser los brujos, ancianos — pasados los setenta los dos— que estaban obligados a mendigar de puerta en puerta; aunque, de ser cierta la creencia popular, podrían haber tenido cuando hubieran querido en virtud de los poderes concedidos por el Diablo. Pero esta era una reflexión que no hacía nadie. En la rebelión del 45[8], solo seis años antes, Mamá Osborne había ido a mendigar un poco de mantequilla a un lechero llamado Butterfield que vivía en Gubblecot. Este, que era un maleducado, le respondió de malos modos que no tenía suficiente para sus cerdos, cuánto menos para ella. «El Pretendiente[9] pronto se hará también contigo y con tus cerdos.» Por entonces el Pretendiente y el Diablo iban de la mano, según la creencia de mucha gente, así que, para el caso, fue como si le dijera al lechero que caería en manos del Diablo, o que ella le iba a mandar a sus demonios para embrujarlo, pues los terneros de Butterfield no tardaron en enfermar de moquillo, sus vacas a morir y su negocio a derrumbarse hasta tal punto que cerró la lechería y abrió una taberna, con la esperanza de que los demonios que podían embrujar la primera se mostrasen impotentes con la segunda. Pero se le olvidó contar con el dueño del establecimiento, pues en 1751 también estaba embrujado; sufría ataques, ataques muy graves, y mandó a buscar a una bruja de Northamptonshire que practicaba la magia blanca, para que le dijera qué le estaba sucediendo. La bruja le dijo que le habían echado una maldición, y dispuso que seis hombres, con cayados y horcas colgados del cuello a modo de

amuletos contra hechizos para su propia seguridad, custodiasen su casa. Sin duda alguna, vieron allí todo lo que habían ido a buscar.

De pronto corrió la noticia de que se iba a zambullir a unas brujas en Longmarston el día 22 de abril. Se congregó una gran multitud en Tring para disfrutar del espectáculo, y todos tenían un mismo pensamiento: que a quienes iban a zambullir era a los Osborne y el espectáculo sería magnífico. Las autoridades parroquiales habían llevado a la pareja de ancianos al asilo de pobres por su propia seguridad, pero la muchedumbre forzó la cancela, echó abajo las puertas y registró hasta el último rincón de aquel lugar, incluso el salero, «por si la bruja se había hecho pequeña» y se había escondido en un rincón. Pero no lograron encontrarla, ni siquiera allí; de modo que, furiosos, rompieron las ventanas, destrozaron los muebles, rodearon la casa con un montón muy alto de paja y amenazaron con quemarla, junto con cualquier alma viviente que hubiera en su interior, si no les entregaban a los Osborne. El director, que nunca se había enfrentado a una situación semejante, sucumbió al miedo —lo que no deja de ser comprensible— y sacó a los ancianos de su escondite para entregárselos a aquella turba salvaje, exaltada y enfurecida. Enseguida los desnudaron por completo, los ataron con los brazos en cruz, tal y como estaba prescrito, los envolvieron con una sábana no muy apretada y los arrastraron durante tres kilómetros por la carretera hasta un pequeño río o laguna donde, acompañados de numerosas maldiciones y patadas, los lanzaron al agua para comprobar si eran o no brujos. Un deshollinador llamado Colley fue el más activo de todos. Al ver que Mamá Osborne no se hundía, se metió en el agua y le dio la vuelta con su vara. La sábana se soltó y ella quedó expuesta, desnuda y medio asfixiada por el lodo, ante una multitud despiadada que no veía nada lastimoso ni vergonzoso en la situación de aquella mujer. Al cabo de un rato, la arrastraron fuera del agua, la tiraron en la orilla y la patearon y la golpearon hasta matarla. Su marido también murió, pero no allí mismo. El hombre que había organizado ese magnífico espectáculo se paseó entonces entre la concurrencia recaudando dinero por la diversión ofrecida. Pero el gobierno tomó cartas en el asunto. Se llevó a cabo una investigación, y se declaró culpable de homicidio con premeditación a Colley, el deshollinador, quien, para gran sorpresa suya e indignación de la gente —muchos lo consideraron un mártir—, fue ahorcado por el asesinato de la bruja de Tring, la pobre anciana Ruth Osborne. La ley contra la brujería, al amparo de la cual se habían producido todos los asesinatos judiciales, había sido revocada unos pocos años antes, concretamente, en 1736, y los compañeros de Colley se lamentaron desconsoladamente de los tiempos degenerados que se avecinaban, en los que una bruja ya no podría ser objeto de la sana diversión del público, sino que sería protegida y defendida como las personas normales, y se le permitiría seguir viviendo para ejercer libremente su malvada voluntad.

Pero, aunque se ha ahuyentado a la serpiente, no se la ha matado. Hemos avanzado respecto a los hombres de aquel pasado más tosco en la misma medida en que lo han hecho nuestras supersticiones, que, si bien igualmente absurdas, también son menos crueles que las suyas, y no hacen daño a nadie más que a nosotros mismos. Sin embargo, seguimos teniendo nuestros brujos y brujas rondando las verjas de entrada y merodeando por los caminos y los patios de las zonas rurales más apartadas; seguimos teniendo nuestros nigromantes, que invocan a los muertos y los hacen salir de la tumba para entablar con ellos conversaciones más tontas y banales que cualquiera de las que tuvieron en vida, y nos reconcilian con la tierra y la humanidad al demostrarnos lo infinitamente inferiores que son el Cielo y la espiritualidad; seguimos teniendo el plano de lo desconocido trazado con líneas claras y firmes; y seguimos afirmando que lo

imposible existe, y los hombres están dispuestos a ofrecer su vida como testimonio de lo que contraviene todas las leyes de la razón y la naturaleza. Seguimos sin conformarnos con observar, esperar, deliberar y comprender antes de decidir; bien al contrario, con cada nuevo puñado de sucesos o apariciones, nos sentimos obligados a elaborar de inmediato un ordenamiento de leyes y razones, y demostrar, con certeza matemática, las propiedades de una quimera, y la vida y belleza sublimes... de una mentira. Incluso la creencia vulgar en la brujería, sin ir más lejos, persiste entre las clases más bajas; de ello pudo dar fe el anciano que murió en Polstead no hace mucho y que de pequeño había visto a una bruja nadando en Polstead Ponds, «moviéndose por la superficie del agua como un corcho», y que solo pedía cinco libras por ver a todas las brujas juntas en una loma en el baile local; como también lo atestigua la extraña carta del juez en el *Times* del 7 de abril de 1857; y el extraño juicio celebrado en Stafford por el embrujamiento de los Charlesworth, unos humildes granjeros de Rugeley, sobre el que puede leerse en el *Times* del 28 de marzo de 1857; y el caso que dio a conocer el clérigo de East Thorpe, en Essex, quien tuvo que montar guardia en la puerta de una vieja arpía acusada de brujería; mientras que los ejemplos de criadas necias, de adivinas que piden unas monedas a cambio de la buenaventura, y de invocaciones propiciatorias a los astros con vestidos desechados y carne podrida son más numerosos que nunca. Mientras la convicción sin indagación y la creencia sin pruebas pasen por ser los fundamentos de la fe, la superstición y la credulidad reinarán sobre el intelecto, y se rechazará la utilidad del razonamiento crítico.

LAS BRUJAS DE ESCOCIA

E. LYNN LINTON

Eliza Lynn Linton continúa su estudio de la brujería en Gran Bretaña con estas crónicas de actividades de brujas —tanto reales como presuntas— en Escocia.

Escocia siempre ha estado a la vanguardia en superstición. Sus agrestes montañas y sus páramos solitarios parecen el entorno perfecto, por evocador e inquietante, para todos los poderes misteriosos; y mucho después de que los espíritus hubieran huido, y los fantasmas hubieran sido acallados en las llanuras del sur, se les seguía viendo por los claros y las cañadas de Escocia. Escasa y poco garbosa era la imaginación que iluminaba la oscuridad de esas supersticiones populares. Incluso Elfame y el país de la hadas eran lugares de terror y angustia, en los que el Diablo había gobernado con mano de hierro y el infierno reclamaba su diezmo anual, y no la tierra de la diversión, la belleza y la alegría desenfrenada, como en otras naciones; las hermosas damas blancas, igual que las *elle-women* alemanas, sembraban el destino de los hijos de los hombres con más desgracia que felicidad. Espíritus como el trasco Gilpin Horner, lleno de maldad y astucia irreverente; como los horribles duendes, indeciblemente aterradores unas veces, grotescos y groseros otras, cuando no más parecidos a sátiros que a geniecillos; como May Moulachs, con los brazos peludos, que vela por el destino de una familia, pero profetizando solo aflicción, nunca alegría; como el cruel Kelpie, agazapado detrás de unos juncos para asustar a transeúntes incautos y ahogarlos en el río; como el elfo infausto y repugnante que tentaba a mujeres cristianas, conduciendo su alma a la perdición si sucumbían al deseo de su cuerpo; o la funesta banshee, heraldo de muerte y perdición. Esas eran las formas populares del mundo espiritual escocés, y en ninguna de ellas encontramos amor ni ternura, sino únicamente maldad y ferocidad, animadversión al hombre y rebelión contra Dios. Pero lo más triste, oscuro e irreverente de todo era la creencia en la brujería, que se propagó por la sociedad como una infección abriéndose paso hasta el mismísimo corazón de la humanidad, y que en ningún sitio fue tan amarga y destructiva como entre los piadosos niños de nuestra hermana del norte. ¡Sorprende que la tierra del Señor haya sido el cuartel favorito de Satanás, que el monte Zión tuviera sus raíces en las profundidades de Tofet[10]!

Las fórmulas de la fe eran tan lúgubres como las personas: el poder del mal de ojo; el don de la clarividencia, que siempre servía para ver los penachos de la carroza fúnebre[11], y nunca ramos de novia; la supremacía del Diablo en este mundo nuestro gobernado por Dios, y el pacto firme y práctico que hombres y mujeres establecían con él a diario; la ilimitada influencia de las

maldiciones, y el pecado y el daño causados por encantos y hechizos; la capacidad de hacer enfermar a quien se desee, así como la facilidad para destruir una cosecha con una plaga o a los animales con una enfermedad, de aquellos que no encontraban los medios de saciar su hambre por un día; esos eran los indicios de ese poder fatal con el que Satanás dotaba a sus elegidos: esos mercaderes necios y desafortunados que iban malvendiendo su alma inmortal, ni siquiera por un plato de lentejas, ni por un bien terrenal que sirviese de solaz a su cuerpo o a su espíritu, sino simplemente a cambio de poder hacer daño a sus vecinos y vengarse de aquellos que los contrariaban. A veces ni siquiera tenían que mercadear con el Diablo para conseguir tales facultades, como era el caso del mal de ojo, pues Kirk, de Aberfoyle, nos explica que «algunos tienen el carácter tan emponzoñado por el odio, tan rebosante de envidia y maldad, que hieren y matan a cualquier criatura en la que posen su mirada por la mañanas (como la cocatriz[12]): tal era el caso de Walter Grahame, un hombre que vivió durante un tiempo en estas tierras donde me encuentro ahora y que mató a su propia vaca después de alabar su grasa y a una liebre después de elogiar su velocidad (hasta ese punto llegaba el poder de un mal de ojo); si bien esto era poco frecuente, solo veía lo que era obvio para los demás igual que para él». Y cierta mujer que miraba por encima de la puerta de un establo, donde un vecino estaba sentado ordeñando, mató al ternero e hizo enfermar a la vaca «con la mirada malévolamente de sus ojos diabólicos». Pero tal vez había conseguido esa malevolencia en un pacto con el Diablo, pues esa era una de las facultades normativas de una bruja, y la primera asignación del erario satánico. Cuando Janet Irving fue llevada a juicio (1616) por tratos impuros con el abyecto demonio, se demostró —porque ¿acaso no lo juró algún testigo, lo que constituía prueba legal suficiente en los casos de brujería?— que este le había dicho: «Vosotras, mujeres, enterrad el rencor contra los demás, para así mirarlos con los ojos bien abiertos, y rogad al Diablo por ellos en su nombre, y conseguiréis lo que desea vuestro corazón»; y, en casi todos los juicios de brujas en Escocia, el «ojo del Diablo» se consideró un cargo más contra el acusado. Maldecir resultaba igual de efectivo. Si a una anciana malhablada se le ocurría dirigirle a un vecino un puñado de palabras más destempladas de la cuenta y, a raíz de esto, por el miedo o como venganza, el vecino sufría o fingía un ataque de nervios, se encerraba a la anciana de inmediato en el calabozo, y solo unas pocas posibilidades de escapar se interponían entre ella y la hoguera. La destreza para curar era, asimismo, tan peligrosa como la capacidad de hacer enfermar; y, para los piadosos e impuros de la época, «las aguas que fluyen hacia el sur», las tisanas y las pócimas preparadas con una sola hierba escondían toda clase de hechizos; mientras que el uso de piedras agujereadas, de oraciones dichas tres veces o al revés, de polvos de *mwildis*[13] o de cualquier otra forma patente de brujería se creía que podía devolver la salud al enfermo, a pesar de lo cual quien aplicaba estos remedios podía tener la fatal seguridad de que acabaría al pie de la horca, siendo el testimonio de aquel amigo al que había sanado el ramal más resistente de la sogá. Esto último, de hecho, era lo más triste de todo el asunto: la falta absoluta de gratitud, confianza y afecto entre una «bruja» y sus amigos. Hasta el más querido de todos se apresuraba a presentar pruebas contra ella sin la menor consideración a los muchos años de amabilidad y ayuda mutua que había durado su amistad; el vecino al que había cuidado día y noche con toda la ternura y dedicación que quepa imaginar, si se obsesionaba y soñaba con la brujería, se ofrecía voluntariamente como testigo para tergiversar y exagerar todos los remedios que le había aplicado y todas las astucias que había utilizado; sus propios hijos se volvían contra ella sin sentir lástima ni remordimiento, y de esas boquitas, que la leche de sus pechos no había dejado que se secan nunca, salían ceceando las mentiras más descaradas. La situación de esas pobres desgraciadas era sumamente penosa y triste, pero también muy instructiva

para nosotros, porque prueba el poder de la superstición, y la debilidad de todas las virtudes humanas cuando se topan con ella. Qué otros dones y poderes atesoraban las brujas se verá mejor en los propios relatos; y es que, pese a lo variados que son, se encuentran ciertas semejanzas entre todos ellos, especialmente en aquellos que transcurren en la misma época y la misma región, como cabía esperar en un asunto tan relacionado con la mera imitación.

Escocia tuvo un papel nada envidiable en el gran terror a las brujas que se extendió como un reguero de pólvora por toda Europa en los siglos xvi y xvii. Encajaba bien con el temperamento puritano, austero e intransigente arrancar aquella cosa execrable del corazón de la nación y ofrecerla, sangrante y palpitante, como sacrificio al Señor; y así observamos que los juicios por brujería se resolvían en Escocia con mayor severidad que en ningún otro lugar, y con un fanatismo religioso más sombrío y salvaje. Quienes osaban cuestionar aun al testigo menos fiable y el testimonio más disparatado eran acusados de ateos e infieles; eran saduceos y pecadores, hombres entregados a la corrupción y el pecado, con quienes ningún honrado servidor podía tener relaciones. Y entonces se sumaron a la contienda los clérigos: igual la Iglesia escocesa que la anglicana, los presbiterianos que los sacerdotes, se pusieron del lado de la intolerancia y la superstición, donde, por desgracia, ha estado siempre el clero. Y, cuando llegó Jacobo VI con su estrechez de miras y su corazón egoísta para formular la falacia de las brujas en un inconfundible canon de fe arbitraria, y le dio mayor relevancia política y poder social, el reino de la humanidad y el sentido común terminó, y dio comienzo la autocracia de la crueldad y la superstición. Es una página gris en la historia de la humanidad; pero, mientras quede un rescoldo de superstición en el mundo, se le podrán dar usos especiales y directos.

La primera vez que tenemos noticia de brujas escocesas es cuando san Patricio las ofendió, a ellas y al Diabolo, tratándolas con inflexible rigor, y ellas arrancaron un pedazo de roca cuando el santo cruzaba el mar y la arrojaron contra él; esta roca se convirtió en la fortaleza de Dumbarton en tiempos posteriores a san Patricio. Después tenemos la historia del rey Duph (968), quien languidecía a causa de una enfermedad mortal, en virtud de una figurita de cera que había sido hecha para destruirle; pero, gracias al afortunado descubrimiento de una joven doncella que no podía soportar la tortura en silencio, fue capaz de encontrar a las brujas, y las quemó en Forres, en la región de Moray, contándose entre ellas la madre de la pobre doncella que no podía soportar que la torturasen; y fue capaz, también, de salvarse rompiendo la figurita que se consumía en el asador a fuego «suave» cuando se encontraba ya casi en su última vuelta. Tenemos a continuación a Thomas de Ercildoune, a quien la reina de las hadas amaba y cuidaba; y después a sir Michael Scot de Balweary, aquel famoso brujo cuyo poder no admitía comparación; mientras que, un poco alejado de aquellos tiempos legendarios, atisbamos la oscura figura de William Lord Soulis, que murió hervido en Nine Stane Brig[14] en justo castigo por sus crímenes. Y más adelante, en 1479, una docena de mujeres humildes y varios brujos fueron quemados en Edimburgo por asar una figura de cera del rey, poniendo así en peligro la vida del señor feudal soberano de una forma que resistía cualquier remedio humano; y a la cabeza del grupo estaba el conde de Mar, a quién también se quemó, como no podía ser de otro modo. En 1480, los íncubos y los súcubos tomaron el control de las tierras que se extendían entre ellos, y hasta la joven dama de Mar se entregó a los brazos de un íncubo: un monstruo horripilante, extremadamente repugnante y aterrador; y, si las jóvenes damas de la nobleza eran capaces de hacer algo así, ¿qué no cabía esperar de la plebe? Pero es hora de dar paso al relato escrito, empezando por «El secretario del Diabolo».

EL SECRETARIO DEL DIABLO

El 26 de diciembre de 1590, John Fian, apodado Cuningham, maestro de escuela en Saltpans, Lothian, y recordado con desprecio como «el secretario y registrador del Diablo», fue acusado de brujería y alta traición. Se presentaron veinte cargos contra él, el menos grave de los cuales habría bastado para que los mejores y más arrojados de la región encendieran la hoguera de las brujas en el funesto Castle Hill. En primer lugar, lo acusaron de hacer un pacto con Satanás, quien se le apareció cuando estaba tumbado en la cama, cavilando y pensando en la mejor forma de vengarse de Thomas Trumbill por no haberle encalado la habitación en conformidad con lo acordado. Después de prometerle a su satánica majestad lealtad y respeto, recibió su marca, que fue encontrada después debajo de su lengua, con dos alfileres clavados hasta el fondo. Lo declararon culpable de «fingir estar enfermo en la cámara de Thomas Trumbill, donde se encontraba en trance y yació muerto por espacio de dos o tres horas, exhalado ya el espíritu, y dejó que lo llevaran por muchas montañas de lo que a él le pareció el mundo entero, según sus declaraciones». Nótese que estas declaraciones las hizo mientras era sometido a una terrible tortura, y que se retractó de ellas inmediatamente después. Lo declararon culpable también de dejar que lo llevaran a la iglesia de North Berwick, donde, junto con otros muchos, rindió homenaje a Satanás, mientras este ocupaba el púlpito, donde habló de forma críptica: «Son muchos los que vienen a la feria, pero no todos compran mercancías», y le dijo: «No temas mi apariencia lúgubre, pues tengo muchos servidores a los que nunca les faltará de nada, ni sufrirán padecimiento alguno, siempre que tengan pelo, y nunca dejaré que sus ojos derramen una lágrima mientras estén a mi servicio», y les dio lecciones: «No os privéis de hacer el mal, y comed y bebed y desprecupaos, descansad y relajaos, porque yo os encumbraré a la gloria el último día». Pero el punto esencial de la acusación era que él, Fian, y otros más de quienes hablaremos más adelante, se confabularon con Satanás para acabar con el rey durante su viaje a Dinamarca, donde, en un arranque de torpe galantería, había decidido visitar a su futura reina. Mientras navegaba hacia Dinamarca, Fian y una tripulación compuesta por entero de brujas y brujos se reunieron con Satanás en el mar, y este, poniendo en la mano de Robert Grierson un gato encantado, le ordenó: «Adelante, lánzalo al agua», y así lo hizo, y al punto sopló una ráfaga de viento. Después, cuando el rey volvía de Dinamarca, el Diablo prometió levantar una bruma que le haría naufragar en aguas inglesas. Para acometer tal proeza, cogió algo semejante a una pelota —al doctor Fian le pareció un mechón— y lo lanzó al mar, con lo cual se levantó una densa bruma que a poco estuvo de arrastrar al viejo pedante y fastidioso hasta territorio inglés, donde nuestra implacable reina le habría hecho pagar la intrusión de un modo muy poco hospitalario. Pero, siendo como era un hombre de Dios, ninguno de estos hechizos y brujerías surtió el efecto deseado. Según otro de los cargos, Fian había hecho tratos una vez más con el Diablo y su séquito, de nuevo en la iglesia de North Berwick, donde dieron vueltas a la iglesia en sentido contrario a las agujas del reloj. Fian sopló en la cerradura —uno de sus trucos favoritos— para abrir la puerta, y sopló también las luces, que ardieron con una llama azul, y eran como cirios enormes en la mano de un anciano alrededor del púlpito. Aquí Satán, en la forma de un «imponente hombre negro, con barba negra y protuberante como la de un chivo, nariz prominente y ganchuda como el pico de un halcón, y una larga cola, ataviado con un vestido andrajoso, tocado con un sombrero desgastado y sosteniendo un libro negro en la mano», les dio un sermón, ordenándoles que fueran buenos servidores suyos, y prometiéndoles que sería un buen amo y que nunca permitiría que les faltase de nada. Pero enfadó a todos al llamar a Robert

Grierson por su nombre cristiano. Tendría que haberlo llamado «Ro el Interventor» o «Rob el Remero». Este desliz del amo les disgustó profundamente, y se armó un gran alboroto, pues iba contra el protocolo que se dirigiesen a uno con su nombre terrenal; de hecho, siempre recibían un nombre nuevo cuando el Diablo les administraba el bautismo infernal, y ellos se entregaban a él y renegaban de su bautismo sagrado. Fue en esta reunión cuando, según la acusación, John Fian profanó tumbas y desmembró cadáveres para utilizarlos en hechizos. Esta y otras muchas cosas hizo el secretario y registrador del Diablo. Una vez, en casa de la madre de David Seaton, sopló en la mano de una mujer sentada junto al fuego, y abrió una cerradura al otro extremo de la cocina. En otra ocasión, hizo que se elevaran cuatro velas hasta quedar sobre las orejas de su caballo, y colocó una quinta sobre el bastón de un hombre que cabalgaba con él. Estas velas mágicas daban tanta luz como el sol de mediodía, y el hombre se quedó tan aterrado que se desplomó inerte en el umbral de su casa. Mandó un espíritu maligno que atormentó a un hombre durante veinte semanas; también se le vio persiguiendo a una gata, y en la persecución saltó un seto, elevándose tanto que no le pudo tocar ni la cabeza a la gata. Según la acusación, era capaz de volar —una forma de desplazarse bastante común en esta clase de personas—. Cuando le preguntaron por qué perseguía a la gata, dijo que Satanás la necesitaba, y que quería todas las gatas que pudiera conseguir para arrojarlas al mar y provocar tormentas y naufragios. Se le acusó también de intentar embrujar a una joven doncella mediante maleficios y hechizos horribles, pero, gracias a una artimaña de la madre de la chica contra las malas artes de los hombres, utilizó un mechón de pelo de ternera en vez de uno de la chica, y el resultado fue que una infortunada novilla lo siguió mugiendo a todas partes —incluso dentro del aula donde daba clase—, restregándose contra él y dando tantas muestras de deseo y amor como una joven dama perdidamente enamorada. Una curiosa ilustración antigua representa a John Fian y la novilla en poses grotescas: a la novilla, con unos ojos grandes, tristes y apasionados, extremadamente ridículos; al maestro, trazando círculos en la arena con su varita mágica. Esto, junto con otros cargos menores, como leer el horóscopo o llevar huellas de topo en la ropa, hasta un total de veinte, constituía la acusación contra él. Se le sometió a tortura. En primer lugar, le retorcieron la cabeza con una cuerda durante una hora, pero no lograron que confesara; a continuación intentaron convencerlo por las buenas, sin obtener mejor resultado; y por último le infligieron «los dolores más intensos y crueles del mundo», es decir, las botas[15], hasta que sus piernas quedaron completamente machacadas y la sangre y el tuétano salieron a chorros. Al tercer golpe se quedó sin habla, y ellos, suponiendo que la marca del Diablo era lo que le hacía guardar silencio, la buscaron, pues el hechizo se rompería cuando la encontraran. Y, como ya se ha dicho, la encontraron debajo de la lengua, donde había dos agujas encantadas clavadas hasta el fondo. Cuando se las sacaron —es decir, después de torturarlo un rato más—, confesó todo lo que sus torturadores quisieron exigirle; dijo que, en ese preciso instante, el Diablo se le había aparecido vestido totalmente de negro, pero con una varita mágica blanca en la mano, y que, al renunciar Fian a él, había roto la varita y había desaparecido. Al día siguiente se retractó de su confesión. Para entonces se había recobrado un poco y había dominado la debilidad de su agonía, lo que les llevó a suponer que el Diablo lo había visitado por la noche y lo había marcado de nuevo. Lo examinaron de arriba abajo, arrancándole las uñas con tenazas de herrero para después clavarle agujas hasta el fondo; pero, al no encontrar nada más satánico que sangre y nervios, lo sometieron a torturas aún peores para vengarse. No sufrió más recaídas, sino que se mantuvo firme hasta el final, soportando el inmenso dolor con paciencia y entereza, y murió como un hombre valiente sabe morir, sea cual sea la ocasión. En vista de que no iban a conseguir nada más de él, pusieron fin, afortunadamente, a aquel tormento. Lo estrangularon y quemaron «en

Castle Hill, en Edimburgo, un sábado, a finales de enero del pasado año 1591», acabando así con una vida un tanto disoluta y no muy heroica de un modo más propio del mártir más señalado de la historia. John Fian, maestro de escuela en Saltpans, sin una sola idea brillante que aportar, ni amigos que lo admirasen y lo alentasen, se comportó tan noblemente como cualquier héroe, y honró a la humanidad y su fuerza natural de un modo que eleva nuestra común naturaleza humana hasta cotas divinas.

ELSPETH CURSETTER Y SUS AMIGOS

Elspeth Cursetter fue juzgada el 29 de mayo de 1602 por toda clase de fechorías. Le pidió a una de sus víctimas que consiguiera los huesos de un pardillo y los llevase en la ropa; dijo que sabía hacer el mal y era capaz de hacerlo, cuando y a quien se le antojara; y se sentó delante de la casa de un hombre que le había prohibido la entrada —pues era una vieja bruja con mala fama, y todos le tenían miedo— diciendo: «Difícilmente prosperarán, y difícilmente correrán», y al cabo de catorce días el caballo de aquel hombre se cayó justo donde había estado ella sentada, y lo mataron de la forma más lamentable. Pero también curó a la vaca de un vecino, para lo cual extrajo un cántaro de agua del arroyo que discurría por delante de la puerta de William Anderson, trajo tres pajitas —una para la mujer de Anderson, otra para la mujer de William Coitt y otra para la de William Bichen—, las echó en el cántaro del agua y puso este sobre el lomo de la vaca; con ese hechizo, las tres pajitas se pusieron a bailar en el agua, y esta a burbujear como si estuviera hirviendo. A continuación, Elspeth extrajo un poco de esta agua encantada y metió el brazo hasta el codo en la garganta de la vaca, y al momento la vaca se levantó, más rebosante de salud que nunca; pero el buey de William Anderson, que estaba en la colina, cayó muerto. Asimismo, practicó hechizos con un sapo y un cubo de agua para curar a un amigo enfermo; el sapo no cabía por la boca del cubo, y, tan pronto como lo lanzó, otro hombre enfermó y murió. También le dirigió unas palabras peligrosas a un niño, al que le dijo: «Bendita sea esa cabecita blanca, pero la viruela te arrancará de los brazos de tu madre». Y resultó cierto, pues la pequeña cabeza blanca quedó postrada al poco tiempo, cuando la viruela azotó la región. «Podría poner fin a esto si quisiera —le dijo la madre después—, igual que pudo prever que mi hijo moriría mucho antes de lo debido.» «Podría ponerle fin si me atreviese», respondió Elspeth, muy orgullosa de estar a salvo. Pero, a pesar de todo este testimonio, Elspeth solo recibió un «castigo arbitrario» que no incluía ni la hoguera ni el estrangulamiento, así que fue más afortunada que sus vecinas. Más afortunada que la pobre Jonet Rendall, a quien, el 11 de noviembre de 1629, tacharon de bruja por una hemorragia del cadáver del pobre desgraciado al que había «hechizado» hasta causarle la muerte. «En cuanto entró ella, el cuerpo, que yacía desde hacía un buen rato sin soltar una sola gota de sangre, empezó a sangrar a borbotones, prueba irrefutable de que era la autora de su muerte.» Y ¿no había dicho también, cuando cierto hombre se negó a darle alojamiento en Navidad, que estaría bien que aquel buen anfitrión ofreciera un banquete navideño?; y ¿acaso no había muerto el hombre apenas quince días después de aquella maldición? Por lo tanto, quedó demostrado que era una asesina además de una bruja, y recibió el justo castigo por ambos crímenes. Alexander Drummond era un hechicero que curaba todo tipo de dolencias horribles que con solo nombrarlas consiguen ponerlo a uno enfermo, y contaba con un familiar[16] que lo había

ayudado durante casi cincuenta años, de modo que fue condenado y quemado.

A continuación tenemos a Jonet Forsyth, muy destacada en su arte. Podía hacer enfermar a cualquiera en el mar, y curarlo otra vez con un baño de agua salada; era capaz de transmitir cualquier enfermedad de un hombre a un animal, de tal modo que, cuando el animal moría y lo abrían, donde debía estar el corazón no encontraban más que «una gota de agua»; sabía hechizar y proteger de cualquier maleficio a todo tipo de ganado sacando tres gotas de sangre de un animal en Halloween y echándolas al fuego de la habitación más recóndita. En época de siembra, embrujó un montón de cebada de Michael Reid, de tal forma que, durante muchos años, este no logró convertirla en malta saludable; lo hizo en beneficio de Robert Reid, y puso las ganancias en manos de uno y de otro en función de cuánto la desafiaban y contrariaban. Todo esto hizo Jonet Forsyth de Birsay, para horror de sus vecinos y, en último término, para su propia desgracia, la de su cuerpo y la de su alma. Llegamos así a Catherine Oswald, esposa de Robert Aitcheson, de Niddrie, que fue juzgada por ser una bruja «de renombre», calumniada por Elizabeth Toppock, que también era bruja y, como ocurría muy a menudo, amiga íntima de Katie. De poco le sirvió a Elizabeth deshacerse tan apresuradamente de su querida amiga y confidente, pues ella misma acabó quemada en la hoguera poco después por los mismos crímenes que habían llevado a la horca a la pobre Catherine. Parece que no era buena idea enemistarse con Catherine. Sufrió un desaire en casa de Adam Fairbairn y su mujer, así que hizo que sus dos vacas enloquecieran hasta morir, y también hizo que el hijo de un caballero al que tenían acogido se volviese loco y muriese. Por otro lado, encendió el horno de Heriot, lleno de grano, y quemó todos sus bienes delante de sus narices, además de hacer que su esposa, en un ataque de locura, muriese ahogada. Y maldijo las tierras de John Clark, de modo que, durante los cuatro años siguientes, por obra de sus hechicerías, «no crecieron allí ni repollos, ni lino, ni cáñamo, ni ningún otro grano», por más que se redoblaron los esfuerzos «al sembrar y al labrar». Embrujó a Thomas Scott diciéndole que tenía tan buen aspecto como cuando Bessie Dobie estaba viva, lo que hizo que él cayera tan gravemente enfermo que no pudo dar un paso más, y lo llevaron a caballo hasta Newbeggan, donde quedó postrado hasta el día siguiente, cuando una mujer fue a verlo y le dijo que le habían echado un maleficio. Estas y otras cosas igualmente malignas —y ciertas— hizo Catherine Oswald, como constatan los archivos del caso. Tuvo una buena defensa, y tal vez se habría salvado de no haber sido por un testigo que declaró haber visto cómo el señor John Aird, el sacerdote, y un cazador de brujas muy celoso de su trabajo le pinchaban en el hombro con una aguja, y cómo ella no solo no sangró, sino que ni siquiera se contrajo por el dolor. Y, como era inútil tratar de refutar una prueba inequívoca como la marca de bruja, ni Satanás ni John Aird lo hicieron. ¿Era la marca de Catherine como un «lunar azul, o una pequeña verruga, o puntos rojos, como picaduras de pulga»? ¿O acaso tenía «la piel hundida como si estuviera hueca», según la descripción publicada por el señor John Bell, ministro del Evangelio en Gladsmuir? Apenas conocemos detalles sobre la naturaleza de esas marcas, solo que fueron encontradas, pinchadas y probadas, y la bruja, ahorcada y quemada a la luz de esas pruebas.

SANDIE Y EL DIABLO

Poco después de la ejecución de Catherine Oswald, uno de su grupo o aquelarre que había estado

a su lado en la gran tormenta de «los días prestados[17] (en el año 1625), en las laderas de Salt pans», un conocido brujo, llamado Alexander Hunter, o Hamilton, también conocido como Hatteraick, apodo que le puso el Diablo, fue ejecutado en Castle Hill. Se le detuvo en 1629. Demostraron que se había encontrado en los montes de Kingston con el Diablo en forma de hombre negro, o, como dice Sinclair[18], de médico; y volvió a encontrárselo con frecuencia montando un caballo negro, o bien se le aparecía en forma de cuervo, gato o perro. Cuando Alexander lo necesitaba, daba enérgicos golpes en el suelo con una vara de madera de abeto y gritaba: «¡Levántate, ladrón asqueroso!», pues a veces los servidores se dirigían a su amo con gran insolencia. Esa vara de madera de abeto, junto con cuatro chelines, se la dio el Diablo cuando establecieron su alianza; y confesó, además, que, después de invocarlo de esta forma, el único modo de deshacerse de él era sacrificar a un gato o a un perro «rápidamente». También le prendió fuego al molino de trigo del deán Cockburn, cogiendo tres tallos de sus montones y quemándolos en Garleton Hills; y reconoció que odiaba a muerte a lady Ormiston, porque en una ocasión le había negado una limosna y le había llamado «canalla miserable». Así pues, para castigarla, unas cuantas brujas y él convocaron al Diablo en Salton Wood, donde apareció en forma de hombre vestido de gris y les dio el alma de un ovillo azul, diciéndoles que lo dejaran en la puerta de la mujer. «Una vez hicieron esto sus compañeras y él, “la señora y su hija no tardaron en verse privadas de su vida natural”.» Pero el relato de Sinclair es el más gráfico. Lo reproduciré con sus propias palabras:

Anent Hattaraick, un viejo hechicero.

Su nombre era Sandie Hunter, pero se llamaba a sí mismo Sandie Hamilton, y parece que el Diablo y algunos otros le pusieron el apodo Hattaraik. Empezó trabajando como vaquero para un caballero de East Lothian. Era muy dado a hechizar y curar a hombres y animales por medio de ensalmos y encantamientos. Sus hechizos a veces salían bien y otras no. Un día, mientras pastoreaba su vacada por la ladera de una colina en pleno verano, el Diablo le salió al encuentro en la forma de un médico, y le dijo: «Sandie, hace mucho que sigues mis pasos, y nunca me has reconocido como tu maestro. No debes enfrentarte a mí, y yo, a cambio, perfeccionaré tus habilidades». Fue entonces cuando se entregó al Diablo y recibió su marca junto con su nuevo nombre. A partir de ese momento, su fama aumentó, y por todo el país corrió la voz de que era capaz de curar enfermedades de hombres y animales mediante hechizos, y se convirtió así en un vagabundo que conseguía comida y dinero a cambio de encantamientos, tal era la ignorancia de muchos en aquellos tiempos.

Dondequiera que iba, nadie se atrevía a negarle una limosna a Hattaraik, lo que suponía más una desgracia que una bendición para él. Un día llegó a las puertas de Samuelstown cuando unos amigos se disponían a montar a caballo después de comer. Un joven caballero, hermano de la dama, al verlo le golpeó con la fusta y le dijo: «Tú, brujo miserable, ¿qué has venido a hacer aquí?»; él se alejó entonces refunfuñando, y le oyeron decir: «Pagarás esto con tu vida, y será pronto». Eso fue *damnum minatum*[19]. El joven caballero condujo a sus amigos muy lejos y volvió más tarde por el mismo camino. Después de cenar, cogió su caballo, cruzó el río Tyne y, cuando ya se dirigía a casa por una zona umbría de la vega, conocida comúnmente como los Alisos, y la tarde empezaba a declinar, se encontró con unas personas que le produjeron una terrible consternación que, en su mayor parte, no llegó a expresar nunca. Esto fue *malum secutum*. Cuando llegó a

casa, los criados advirtieron el terror y el miedo en su semblante. A la mañana siguiente enloqueció, y así estuvo varios días. Su hermana, lady Samuelstown, dijo al enterarse: «Seguro que ese truhán de Hattaraik está detrás de esto. Decidle que venga ahora mismo». Cuando apareció, le preguntó: «Sandie, ¿qué le has hecho a mi hermano William?». «Le advertí —respondió él— que se arrepentiría del golpe que me dio a las puertas del pueblo hace poco.» Ella aplacó al granuja con buenas palabras y la promesa de llenarle la bolsa de comida, con queso y carne de vaca, y así lo convenció para que curase a su hermano. Él aceptó el trato, «pero primero —dijo— necesitaré una camisa suya», lo que le consiguieron enseguida. No hay forma de saber las diabluras que hizo con ella pero, al cabo de muy poco tiempo, el caballero recobró la salud. Cuando Hattaraik fue a que le pagasen, le dijo a la dama: «Tu hermano William se marchará rápidamente del país, y nunca volverá». Y esta, consciente de que las profecías de aquel hombre se cumplían, hizo que su hermano dejara todo su patrimonio a nombre de ella, en perjuicio de su hermano menor, George. Después de que este brujo se aprovechara del país durante mucho tiempo, por fin lo atraparon en Dunbar, lo llevaron a Edimburgo y lo quemaron en Castle Hill. Pero no sin que antes delatase a otros que hasta entonces habían disfrutado de buena reputación, con lo cual el cazador de brujas vio cómo se le acumulaba de pronto el trabajo.

EL DIABLO DE GLENLUCE

Uno de los relatos más extraordinarios que he de contar es este maravilloso ejemplo de truhanería y credulidad en el que el señorito Tom Campbell causó un revuelo mayúsculo en todo el país, y atrajo un sinfín de atención y simpatía sobre su casa y su familia. En 1654, un tal Gilbert Campbell trabajaba como tejedor en Glenluce, una pequeña población cercana a Newton Stewart. Tom, su hijo mayor, y el personaje más relevante de este drama, era estudiante en el Glasgow College; por otro lado, había un viejo mendigo malhablado llamado Andrew Agnew —que acabaría ahorcado en Dumfries por ateo, después de haber dicho, lo bastante alto para que lo oyesen testigos dignos de crédito, que no había ningún Dios, solo sal, carne y agua— que de vez en cuando iba a Glenluce para pedir limosna. Un día, el viejo Andrew visitó a los Campbell, como hacía siempre, pero no le dieron nada; en vista de lo cual, se marchó maldiciendo y blasfemando violentamente, y de inmediato mandó un diablo para que atormentase a la familia, pues los trastornos comenzaron inmediatamente después de aquella negativa, y la conexión resultaba tan evidente que habría sido inútil negarla. Al fin y al cabo, ¿cuál podía ser su causa, sino la maldad de un diablo enviado por el viejo Andrew como venganza? El joven Tom Campbell era quien mayor acoso sufría: un demonio silbaba y armaba jaleo a todas horas allí donde estuviera él y le jugaba toda clase de malas pasadas. En una ocasión, Jennet, la hija menor, se dirigía hacia el pozo cuando oyó un silbido detrás de ella, como el producido por «el pequeño y delgado silbato de cristal de un niño», y una voz como de damisela diciendo: «¡Te tiraré al pozo, Jennet! ¡Te tiraré al pozo!». A mediados de noviembre, cuando los días eran cortos y las noches largas, la situación empeoró considerablemente. El abyecto demonio lanzó piedras a las puertas y ventanas, y también por la chimenea; cortó la urdimbre y los hilos del telar de Campbell; hizo trizas los abrigos, los

sombreros, los calcetines y los zapatos de la familia; les quitó a los niños la ropa de cama mientras dormían, y los dejó desnudos pasando frío, además de propinarles sonoras cachetadas en aquellas partes de su pequeña, redonda y rosada fisonomía que suelen consagrarse a los sacrificios de la palmeta; abrió arcones y baúles, y desparramó su contenido por el suelo; golpeaba todo lo que encontraba a su paso, y maltrataba a la pequeña y a su hermano; en definitiva, atormentó a toda la familia del modo más despiadado. El tejedor mandó a sus hijos a otro lugar, convencido de que su vida corría peligro, y *en su ausencia no se produjo el menor trastorno* —algo digno de reseñar—. Pero, cuando el sacerdote le hizo ver que había cometido un pecado grave al alejarlos de los castigos de Dios, los volvió a traer con gran arrepentimiento. Tom tardó un poco más en volver, y nada ocurrió hasta su llegada; pero, por desgracia, esta trajo consigo de nuevo al demonio, y los días de paz llegaron a su fin.

El domingo siguiente al regreso del señorito Tom, la casa se incendió —cosa del Diablo—, pero los vecinos apagaron las llamas antes de que se produjeran grandes daños. El lunes lo pasaron rezando, pero el martes la casa volvió a incendiarse y, una vez más, se salvó gracias a la ayuda de los vecinos. El tejedor, muy apurado, fue a rogarle al sacerdote que se llevase al desdichado Tom, a quien tan cruelmente perseguía y molestaba el Diablo; finalmente, el sacerdote accedió a su petición, pero le aseguró que se equivocaba si pensaba que el Diablo iba a marcharse así. Y el tiempo le dio la razón; pues Tom, habiendo instruido ya a algunos de los más pequeños en los aspectos prácticos y los juegos de manos que él mismo dominaba, se aseguró de que siguiesen los problemas, pues el demonio les cortaba la ropa, lanzaba turba por el cañón de la chimenea, arrancaba el revestimiento de las paredes y el techo, pinchaba sus pobres cuerpecitos con agujas y armaba tal algarabía que resultaba imposible tener algo de paz y descanso.

El asunto cobraba cada vez mayor gravedad. Glenluce se resistía a convertirse en el cuartel general del Diablo, así que los sacerdotes convocaron una reunión para ayunar y humillarse, el resultado de la cual fue que se le ordenó a Campbell el tejedor que hiciera volver al infortunado Tom, con el Diablo o sin él. Pues ese era el quid del asunto desde el principio. Así pues, Tom volvió; pero, en cuanto cruzó el umbral de la puerta, oyó una voz «prohibiéndole entrar en la casa, o en cualquier otro sitio donde se ejerciera la profesión de su padre». ¿Tenía Tom, el estudiante de Glasgow, miedo de que lo hicieran tejedor con su consentimiento o sin él? A pesar de la voz que le advirtió, entró valientemente, y las persecuciones comenzaron de inmediato. ¿Acaso podía ser de otro modo? Eran espantosas, bárbaras, sin precedentes; tan horribles, de hecho, que se le obligó a marcharse una vez más a casa del sacerdote; pero su imitador o discípulo se quedó para continuar la tarea en su ausencia. El lunes 12 de febrero, el demonio empezó a hablar a sus familiares, quienes, lejos de asustarse, le respondieron con bastante alegría: y así, el Diablo tuvo con ellos conversaciones largas y tranquilas, lo que contribuyó a procurar un poco de ánimo y serenidad. Los sacerdotes, al enterarse, se reunieron de nuevo, esta vez en casa del tejedor, para decidir lo que podían hacer. «*Quum literatum* es buen latín», citó Satanás en cuanto entraron. Estas eran las primeras palabras de las nociones elementales de latín tal y como se enseñaba en la escuela de secundaria. Los conocimientos clásicos de Tom estaban empezando a aparecer.

Al cabo de un rato, gritó: «¡Perro! ¡Perro!». El sacerdote, sintiéndose aludido, respondió: «No creo que se me pueda recriminar nada», a lo cual Satanás respondió: «No se lo decía a usted, señor. Me refería a ese perro de ahí», porque había un perro detrás de ellos. Se fueron entonces a rezar y, mientras tanto, Tom —o el Diablo— guardó silencio reverentemente; no se le había instruido hasta el punto de hacer burla. No bien hubo acabado el rezo, una voz fingida gritó:

«¿Conocen a las brujas de Glenluce? Les hablaré de ellas», y nombró a cuatro o cinco personas de diversa reputación, una de las cuales, sin embargo, estaba muerta. El tejedor le señaló al Diablo este detalle, pensando que lo había pillado en un renuncio, pero el abyecto demonio respondió enseguida: «Es cierto que murió hace mucho, pero su espíritu sigue viviendo entre nosotros».

—Aunque no conviene hablar con una persona excomulgada y condenada —replicó el sacerdote—: «Que el Señor te reprenda, Satanás, y te haga callar. No prestaremos oídos a ninguna información que venga de ti, cualquiera que sea la reputación de esas personas. Lo único que pretenden tus malas artes es seducir a esta familia, pues el reino de Satanás se debilita con divisiones internas»[20].

Después de esta breve discusión, reanudaron los rezos, así que Tom no consiguió mucho con esa estratagema. El joven estudiante de Glasgow estaba sumido en un profundo trance, por lo que hubo más plegarias dedicadas especialmente a su salvación. Cuando se pusieron en pie, el Diablo dijo:

—Dadme una pala y marchaos de esta casa siete días; yo cavaré una tumba, me tenderé en ella y no os molestaré más.

El bueno de Campbell respondió:

—No te daremos ni una brizna de paja, con la ayuda de Dios, aunque eso sirviese. Dios se te llevará a su debido tiempo.

Satanás gritó con insolencia:

—No me iré por vosotros. Cristo me ha encomendado que me quede con esta familia y la atormente.

El sacerdote, saliendo en ayuda del tejedor, respondió:

—Es cierto que tienes permiso, pero Dios te detendrá cuando llegue el momento.

—Señor, tengo un cometido que tal vez dure más que el vuestro —dijo respetuosamente el demonio; y el sacerdote murió en diciembre de aquel año, dice Sinclair.[21]

El demonio dijo también que él, a su vez, le había asignado ese cometido a Tom. Al ser interrogado, el joven caballero respondió con brusquedad que le habían metido algo en el bolsillo, pero que ya no estaba allí. Entonces se pusieron a buscar al abyecto demonio, y un caballero dijo:

—Creemos que esa voz sale de los niños.

El abyecto demonio, muy enfadado al oír esto —o el señorito Tom, muy asustado—, gritó:

—¡Mientes! Dios te juzgará por tus mentiras; y mi padre y yo vendremos a buscarte para llevarte al infierno con ladrones hechiceros. —Así pues, el Diablo le prohibió al caballero decir nada más—: Dejemos que hable aquel que tiene un cometido —refiriéndose al sacerdote—, pues él es el servidor de Dios.

El sacerdote se enfrascó entonces en una pequeña controversia religiosa con el Diablo, quien acabó por responder simplemente:

—No conocía estas escrituras hasta que me las enseñó mi padre.

No habiendo hecho mella nada de esto en su fe, los presentes, por medio del sacerdote, que era el único al que el Diablo obedecía, lo conminaron a que les dijese quién era, a lo que respondió que era un espíritu maligno venido del abismo sin fondo del infierno para atormentar aquella casa, y que Satanás era su padre. En ese punto surgió una mano desnuda, y un brazo hasta el codo, que golpearon el suelo hasta que la casa volvió a tambalearse, y un grito ensordecedor y

espeluznante:

—¡Sube, padre! ¡Sube, padre! ¡Os enviaré a mi padre! ¡Mirad! ¡Está detrás de vosotros!

—Lo cierto es que he visto una mano y un brazo —dijo el ministro— cuando se había dado y oído el golpe.

—¿Lo ha visto? —preguntó el Diablo—. No era mi mano, sino la de mi padre; la palma de mi mano es más negra.

—¡Puede que te haya visto, además de oírte! —exclamó Gilbert Campbell.

—¿Me habéis visto? —dijo el abyecto demonio—. Apagad la vela, e iré al vestíbulo con vosotros convertido en bolas de fuego; me veréis entonces, dadlo por seguro.

Alexander Bailie, de Dunraget, le dijo al sacerdote:

—Vayamos al salón, y comprobemos si hay alguna mano que ver.

Pero el demonio exclamó:

—¡No! Que vaya él (el sacerdote) solo; es un hombre bueno y honrado: su palabra puede darse por cierta. —Acto seguido increpó al señor Robert Hay, un hombre honrado a carta cabal, tachándolo de brujo y hechicero, y, un poco después, gritó—: ¡Una bruja! ¡Una bruja! ¡Hay una bruja sentada en una de las perchas! —Se refería a una gallina que estaba sentada en una viga. Se pusieron a rezar de nuevo, y, cuando acabaron, el Diablo gritó—: Si las plegarias del hijo del buen hombre en el colegio universitario de Glasgow no hubieran convencido a Dios, mi padre y yo habríamos causado estragos aquí mucho antes.

Ay, señorito Tom, ¿tanto sabía entonces de plegarias y de las inclinaciones de los consejeros de Dios?

—Bueno —dijo Alexander Bailie—, veo que reconoce la existencia de Dios, y que escucha las plegarias; por lo tanto, debemos rogar a Dios, y someter el suceso a su consideración.

A lo que el Diablo respondió, mostrando un rencor evidente contra Alexander Bailie:

—Sí, señor, habla usted de plegarias, con ese sombrero de ala ancha (pues el caballero se había comprado recientemente un sombrero de ala ancha a la moda); le traeré unas tijeras de mi padre para recortarlo un poco.

En ese momento, Alexander oyó unas tijeras cortando alrededor de su sombrero, y se lo quitó para comprobar si el abyecto demonio se lo había estropeado.

El Diablo se puso entonces a hacer profecías:

—Tom será mercader; Bob, herrero; John, sacerdote; y Hugh, abogado. —Y todas se cumplieron. A continuación, volviéndose hacia Jennet, la hija del buen hombre, gritó—: Jennet Campbell, Jennet Campbell, ¿serías tan amable de dejarme tu cinturón?

—¿Qué vas a atar con mi cinturón? —preguntó ella.

—Me gustaría ceñir mis huesos flojos.

Una hija menor estaba sentada «acicalando a sus cachorros» (vistiendo a sus marionetas y muñecas), como suelen hacer las muchachas. Él la amenazó con «medirle las costillas», es decir, molerla a palos, pero ella respondió tranquilamente:

—No si el Señor lo impide. —Y se concentró de nuevo en su tarea.

La amable esposa, que había sacado un poco de pan, estaba cortándolo para que todos cogieran una rebanada.

—¡Grissel Wyllie! ¡Grissel Wyllie!, dame un pedazo de ese pan de agua. Hoy no he tomado nada más que un poco del de Marritt —es decir, puesto que estaban hablando en el campo,

Margaret.

—¡Cuidado con eso —les dijo a todos el sacerdote—, porque es un sacrificio al Diablo!

Hicieron venir a Marritt de inmediato y le preguntaron si le había dado pan al abyecto demonio.

—No —respondió—; pero, cuando estaba comiéndome esta mañana la rebanada que me correspondía, algo vino y me la arrebató de las manos.

Había caído la tarde, y la congregación se preparó para marcharse: el sacerdote, su mujer, Alexander Bailie de Dunraget, con su sombrero de ala ancha, y todos los demás. Pero el Diablo soltó un grito desesperado:

—¡No dejéis que se vaya el sacerdote! ¡Quemaré la casa si se va!

Campbell el tejedor, muerto de miedo, le suplicó al sacerdote que se quedase, y este, que no quería ver cómo sufrían más daños, accedió al fin. Cuando volvió a entrar en la casa, el Diablo, con una risotada sarcástica, dijo:

—¡Vaya! ¡Ha acatado usted mi orden! —Una grosería impropia de Tom.

—No por acatar tus órdenes, sino por obediencia a Dios, he vuelto para acompañar a este hombre al que estás afligiendo —replicó el sacerdote, sin perder un ápice de compostura y dignándose discutir las cosas abiertamente con el Diablo. A continuación «dispensó» a todos de hablar con el demonio, diciéndoles que, cuando se dirigiese a ellos, debían limitarse a «arrodillarse y rezar a Dios». Eso no gustó nada al demonio, que rugió con todas sus fuerza y gritó:

—¡¿Cómo?! ¿No hablaréis conmigo? ¡Pegaré a los niños, y haré toda clase de destrozos!

Nadie respondió, de modo que, como ya ocurriera antes, los niños fueron abofeteados y golpeados en sus partes rosadas, donde están acostumbrados a recibir azotes. Al cabo de un rato, esto también cesó, y aquel demonio le dijo a la buena esposa:

—¡Grissel, apaga la vela!

—¿Lo hago? —le preguntó ella a la esposa del sacerdote.

—No —respondió aquella discreta mujer—, porque si lo haces estarás obedeciendo al Diablo.

Al oír esto, el Diablo gritó, elevando aún más la voz:

—¡Apagad la vela! —Pero nadie le obedeció, y la vela siguió encendida—. ¡Apagad la vela, he dicho! —insistió, con un grito más aterrador aún. Grissel, deseosa de poner fin a aquel escándalo, la apagó—. Y ahora —prosiguió él—, ya no volveré a molestaros esta noche. —Me figuro que, para entonces, el señorito Tom estaba soñoliento, cansado y ronco.

Una vez más, sacerdotes y caballeros se juntaron para rezar y continuar con el exorcismo, y es de suponer que Tom no los acompañaba, pues todo estaba en calma; pero no hubo pasado mucho tiempo cuando se reanudó el alboroto, y Tom y los demás sufrieron una penosa mortificación. Gilbert Campbell hizo un llamamiento al sínodo de los presbíteros, y un comité de estos designó un día especial de humillación en febrero de 1656 para liberar la casa del tejedor de este mal. A raíz de aquello, desde abril hasta agosto, el Diablo estuvo completamente callado, y la familia vivió unida y en paz. Pasado ese tiempo, sin embargo, los trastornos comenzaron de nuevo. Tal vez Tom había vuelto a casa del colegio universitario, o quizá su padre había vuelto a hablar de encaminarlo definitivamente en el oficio de tejedor; fuera por el motivo que fuera, no cabía duda: el Diablo había regresado a Glenluce.

Un día, estando la mujer del tejedor junto al fuego preparando avena para los niños, un demonio apareció y le arrebató de las manos el «plato del árbol», en el que estaba la harina, y la desparramó por el suelo.

—Devuélveme el plato del árbol —dijo Grissel Wyllie con actitud muy humilde, y el plato volvió a ella volando.

«Da la impresión de que, si ella le hubiera pedido también la harina, se la habría dado, tal era su cortesía cuando se le suplicaba», observa Sinclair. Pero eso superaba con mucho las dotes de prestidigitador del señorito Tom. A partir de ese momento, las cosas fueron de mal en peor. Los niños fueron golpeados con gruesos garrotes, y todos los miembros de la familia tuvieron que soportar numerosas desdichas; hasta que el 18 de septiembre, a modo de clímax, el demonio dijo que reduciría la casa a cenizas, y, de hecho, le prendió fuego. Pero fue sofocado una vez más antes de que se produjeran daños mayores.

Al cabo de un tiempo —probablemente coincidiendo con la marcha de Tom, o por temor a que lo descubriesen—, el Diablo se calmó y guardó silencio para siempre; y el señorito Tom dedicó su inteligencia y su energía a otras cosas que no fueran matar de miedo a la familia de su padre y cometer bellaquerías disfrazadas de actos demoníacos.

Este relato está tomado casi palabra por palabra de un artículo mío publicado en *All the Year Round*[22]; si le he dedicado más espacio que a otras muchas historias, es porque me parece más colorida y más vívida que ninguna otra que haya leído. Si bien encaja a duras penas en un libro sobre brujas, no se le puede negar cierta relación, aunque tangencial, en el hecho de que Andrew Agnew, el viejo mendigo, fuera ahorcado; pues no cabe duda de que no fue solo su ateísmo, sino también sus maliciosos tejemanejes con Satanás y su conexión con el Diablo de Glenluce, los que ayudaron a ceñirle la soga al cuello. Hay muchas otras historias sobre casas encantadas, entre las que destacan la del señor Monpesson, en Tedworth, obra del Demonio Tamborilero, la del Diablo de Woodstock, que hostigó a los comisarios parlamentarios hasta casi acabar con su vida, y otras igual de interesantes; pero no se encuentra en ellas ningún vínculo, nada que permita sumarlas al triste montón de relatos sobre brujas o asesinatos mediante brujería. Baxter tiene dos o tres historias de este género[23]. [...] Estoy convencida de que cualquier persona desapasionada y libre de prejuicios acertará a ver la oscura sombra del fraude y el engaño planeando sobre cada uno de los relatos que leerá a continuación. Su relevancia estriba, en mi opinión, en las semejanzas evidentes entre estas historias y los prodigios que se producen hoy en día en la sociedad moderna. Y ahora pasemos al siguiente relato.

LAS BRUJAS DE AULDEARNE

Incluye este relato la asombrosa confesión de Isobel Gowdie en 1662. A Isobel no la pincharon ni la torturaron antes de embarcarse en su singular historia de elaboradas mentiras. Probablemente no era más que una loca, cuyos delirios seguían un patrón habitual y que no estaba tanto engañando a los demás como engañada por la demencia. El tribunal que la juzgó estaba compuesto por personas muy respetables, y parecía que la habían alentado a desvariar, no forzado a mentir. Empezó diciendo que un día, hacía quince años, mientras pasaba entre «los pueblos» o casas de labranza de Drumdewin y The Heads, se encontró con el Diablo, quien habló con ella y la invitó a

reunirse con él esa noche en la iglesia parroquial de Auldearne. Ella le prometió que iría, y cumplió su palabra, y él la bautizó con el nombre de «Janet» y la tomó a su servicio. Margaret Brodie la sostuvo mientras ella renegaba de su bautismo cristiano, y a continuación el Diablo la marcó en el hombro, chupándole sangre que después «escupió a chorros» en su mano, para, acto seguido, rociarle la cabeza diciendo: «¡Yo te bautizo, Janet, en mi nombre!». Pero primero le había puesto una mano en la coronilla y otra en la planta de los pies, mientras ella le entregaba todo lo que había entremedias, poniendo el cuerpo y el alma a su cuidado. Estaba en el facistol, con apariencia de «hombre negro corpulento y con barba», leyendo un libro negro; de modo que Isobel pasó a llamarse Janet en el mundo de las brujas, y fue una de las más leales de su aquelarre; pues estaban repartidas en aquellarres o grupos, dijo, y dirigidas por verdaderos oficiales. John Young era el oficial al mando del suyo, que estaba compuesto por trece brujas. Ella y otras de su grupo se llevaron la avena de Bradley de sus tierras. Cogieron a un niño sin bautizar que habían sacado de su tumba, trozos de uña, espigas de todo tipo de granos y hojas de coliflor, bien troceado y mezclado; lo enterraron en las tierras del hombre, con lo que consiguieron toda la fuerza de su avena y de su cosecha, y se la repartieron entre las brujas del grupo. En otra ocasión, prepararon un arado unciendo sapos. El Diablo lo sujetaba y John Young lo conducía: iba tirado por sapos en vez de por bueyes, los arcos estaban hechos de grama y la cuchilla era el asta de un carnero, lo mismo que la reja. Lo pasaron dos veces por el campo, con todas las brujas siguiéndolos y rezándole al Diablo para que les diera el fruto de aquella tierra, y allí solo creciesen cardos y zarzas para el señor de Park. Así pues, Bradley tuvo muchas dificultades para labrar sus tierras, y, cuando terminó, no sacó de ellas más que espinas y malas hierbas, mientras que las brujas recogieron los frutos de su trabajo.

Cuando le preguntaron cómo se las arreglaban ella y sus compañeras para abandonar a sus maridos por las noches, dijo que, las noches en que celebraban sus aquellarres, solían poner escobones o taburetes de tres patas en la cama al lado del marido; de esta forma, si los pobres ilusos se despertaban antes de que regresasen, pensarían que su mujer estaba a salvo, como de costumbre. Los escobones y los taburetes de tres patas adoptaban la forma de las mujeres, evitando así que las descubriesen. Para asistir a los aquellarres, se ponían una paja entre los pies y gritaban: «¡Caballo y sombrero, en nombre del Diablo!», y al punto salían volando, ni más ni menos que como pajas en el aire. Cualquier tipo de paja servía, y aquel que las viera flotando en el torbellino y no se santiguase corría el riesgo de morir en el acto a voluntad de las brujas, y su cuerpo se quedaba con ellas haciendo las veces de caballo, pequeño como una paja.

Estas reuniones nocturnas siempre terminaban con una cena; la doncella del grupo se sentaba al lado del Diablo, que tenía debilidad por las brujas jóvenes, rellenitas y lozanas, y no prestaba mucha atención a las «viejas y feas», excepto para golpearlas y fustigarlas. Cuando les servían la comida, como si bendijeran la mesa, decían:

Tomamos estos alimentos en nombre del Diablo,
con pesar, suspiros y una gran vergüenza;
destruiremos la casa y la fortaleza,
las ovejas y los bueyes en el establo,
y poco provecho se obtendrá
del resto de la pequeña provisión.

Terminada la cena, cada una de las brujas miraba fijamente a su «espeluznante» presidente y, haciendo una profunda reverencia, decía: «¡Te damos gracias por esto, Señor!». Pero no había mucho que agradecerle en general, porque los viejos versos parecían cumplirse casi a rajatabla, y las cocineras, al menos, por no hablar de la comida, eran de la peor clase. Las pobres brujas nunca consiguieron del Diablo más de lo que habrían tenido en su casa, lo cual es otra de las múltiples pruebas de que la mente no puede viajar más allá de su propia esfera de conocimiento, y de que incluso las alucinaciones están limitadas por la experiencia, y la clarividencia, por la visión real del pasado.

Isobel fue entonces a Downie Hills, para ver a las «consumadas brujas» causantes de las desgracias de Bessie Dunlop y Alasoun Peirsoun. La ladera del monte se abrió y entró ella. Allí le ofrecieron más alimentos de los que podía comer, algo que no hacía muy a menudo por aquellos días, y le pareció una de las cosas más destacables de la visita. La reina de las hadas iba magníficamente vestida de lino blanco, y con ropajes marrones y blancos, pero no admitía comparación con la gloriosa criatura que embrujó a Thomas de Ercildoun con su mirada encantadora y su pelo dorado; y el rey era un hombre formidable, apuesto y de rostro ancho; tan solo un hombre y una mujer de la mejor clase, bien dotados, espléndidos y atractivos, justo lo que Isobel Gowdie y personas como ella considerarían la máxima expresión de la perfección humana. Pero ni siquiera en el monte de las hadas era todo belleza y deleite, pues había «toros elfo mugiendo y bramando», lo que asustó a la pobre Isobel, así como a su auditorio, pues en este punto fue interrumpida y reconducida. Pasó entonces a explicar que, cuando robaban la leche de alguna vaca, lo hacían trenzando y enrollando una cuerda del revés y, en nombre del Diablo, introduciéndola entre las patas traseras de la vaca y sacándola entre las patas delanteras. La única forma de recuperar la leche era cortar la cuerda. Para quitarle el alcohol a la cerveza de alguien, solían tomar una pequeña cantidad de cada barril, en nombre del Diablo (nunca se olvidaban de esta fórmula), y la mezclaban con la cerveza a la que quisieran aumentarle la graduación; y nadie era capaz de proteger su cerveza de ellos, excepto quienes la hubieran santificado. Además, en colaboración con otros, hizo una figurita de arcilla de un niño pequeño, que iba a representar a todos los niños varones del señor de Park. John Taylor trajo a casa la arcilla en un bolsillo de su falda, su mujer la rompió en pedazos pequeños, como si fuera comida, y la espolvoreó; a continuación echó agua encima en nombre del Diablo, y la amasó como si fuera harina de centeno hasta darle la forma del hijo del señor de Park. «Tenía todas las partes y rasgos de un niño, tales como cabeza, ojos, nariz, manos, pies, boca y unos labios pequeños. No le faltaba ni un solo detalle; y las manos se doblaban por los lados.» Esta bonita imagen, que era como un pedazo de masa o un cochinillo despellejado, fue puesta en el fuego hasta que se secó y adquirió el color rojo de las brasas; la pusieron en el fuego cada dos días, y, por el poder maligno que encerraba este hechizo, todos los hijos varones del señor de Park sufrirían, a menos que se rompiese. Tanto ella como los demás entraban y salían de las casas de sus vecinos, unas veces con forma de grajillas, otras, de liebres, gatos, etc., y se comían y bebían lo mejor de su despensa, además de llevarse la virtud de todas las cosas «que no hubieran sido bendecidas»; y cada uno tenía sus propios poderes. «Sin embargo —dijo Isobel con tristeza—, ahora no tengo ningún poder.» En otra confesión, lo contó todo sobre su grupo de brujas. Había trece en cada uno, y todas tenían un apodo, así como un espíritu a su servicio. No fue capaz de recordar el nombre de todos, pero dio los que pudo: Swein, vestido de verde hierba, servía a Margaret Wilson, a la que llamaban Pickle-nearest-the-wind[24]; Rorie, de amarillo, servía a Bessie Wilson, o Throw-the-corn-

yard[25]; Roaring Lion, de verde mar, servía a Isobel Nichol, o Bessie Rule; Mak Hector, un diablo con apariencia de joven y vestido de verde hierba, fue asignado a Jean Martin, hija de Margaret Wilson (Pickle-nearest-the-wind), la doncella del grupo, llamada Over-the-Dyke-with-it[26] porque el Diablo siempre llevaba a la doncella de la mano a su lado y, cuando saltaban, los dos gritaban: «¡Saltemos la zanja!». Robert the Rule, de color pardo apagado, capitán de los espíritus, servía a Margaret Brodie, Thief-of-hell-wait-upon-herself[27], y servía también a Bessie Wilson, apodada Throw-the-corn-yard; el espíritu de Isobel era Red Riever[28], y siempre vestía de negro; el octavo espíritu era Robert the Jakes, un anciano vestido de color pardo, «un espíritu insensato y estúpido», y servía a Bessie Hay o, lo que es lo mismo, Able-and-Stout[29]; el noveno era Laing, al servicio de Elspet Nishie, rebautizada como Bessie Bauld[30]; el décimo era Thomas, un hada... Pero los interrogadores de Isobel la interrumpieron en ese punto, temiendo oír más sobre las «consumadas brujas», que bien podían estar en ese momento entre ellos, haciendo daño a quienes las agraviaban y querían conducir las a la muerte. De modo que no se dio más información sobre los espíritus de las brujas. Contó entonces que, para desatar ráfagas de viento, cogían un trapo, lo humedecían y después golpeaban una piedra con una tabla de madera al tiempo que repetían tres veces:

Golpeo este trapo contra esta piedra
para desatar el viento en nombre del Diablo.
Y ¡no cesará, hasta que yo así lo quiera!

Cuando querían que el viento amainase, secaban el trapo y decían tres veces:

¡En nombre del Diablo el viento frenamos,
y no volverá a levantarse hasta que nosotras lo digamos!

Y si el viento no cesaba al momento de decir esto, llamaban a su espíritu: «¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Conjura el viento y ordénale que pare!». En cuanto a las puntas de flecha de elfo, el Diablo les da forma con sus propias manos, y después se las entrega a los elfos jóvenes para que las afilen y las pulan con algo parecido a una aguja saquera; y, cuando Isobel estaba en tierra de elfos, veía a los muchachos afilándolas y puliéndolas. Los que las pulían, dijo, eran pequeños, hundidos y jorobados, y hablaban con brusquedad. Cuando el Diablo les daba las flechas a las brujas, solía decir:

Disparadlas en mi nombre,
y jamás sanará su herida.

Y cuando las brujas las disparaban, lo que hacían lanzándolas con la uña del pulgar, decían:

Disparo a aquel hombre en nombre del Diablo,
y jamás sanará su herida,
como es igualmente cierto
que no quedará ni un gramo de él con vida.

Isobel tenía un gran talento para las rimas. Le contó al tribunal cómo, cuando las brujas

querían transformarse en liebre o en gato, decían tres veces —siempre tres—:

Me convertiré en una liebre,
con pesar, preocupación y miedo.
En nombre del Diablo lo haré siempre,
hasta que regrese a casa de nuevo.

Isobel recitó esta rima una vez, cuando los criados de Patrik Papley se dirigían a trabajar. Iban con sus perros, y estos la persiguieron —a ella en forma de liebre—. Angustiada y agotada, tuvo el tiempo justo para llegar corriendo a su casa y esconderse detrás del arcón, donde repitió:

Liebre, liebre, Dios te ha traído zozobra,
tengo apariencia animal ahora,
pero seré una mujer sin demora.
¡Liebre, liebre, Dios te ha traído zozobra!

De no haberlo hecho, los perros la habrían atacado, y habrían privado a la posteridad de su confesión. Isobel les enseñó a los jueces otros muchos versos ripiosos, todos cortados por el mismo patrón que los ya citados: rimas fáciles en nombre del Diablo, cuando no simples paráfrasis del misal. Unos eran para curar y otros para hacer daño; unos en nombre de Dios y de todos los santos, otros en nombre del Diablo, utilizados osada y abiertamente; pero tanto unos como otros, igual de detestables en opinión de los jueces, y merecedores todos de la pena de muerte. Las puntas de flecha de elfo mencionadas anteriormente resultaban de gran utilidad. El Diablo se las daba a sus brujas y ellas las utilizaban para matar a hombres y mujeres a diestro y siniestro. Algunas veces erraban el tiro, como cuando Isobel le disparó al señor de Park mientras este cruzaba el arroyo y falló, por lo que Bessie Hay le dio un fuerte bofetón; o cuando Margaret Brodie disparó al señor Harie Forbes, el sacerdote de Auldearne, estando este al lado de los menhires, y preguntó si debía disparar por segunda vez, a lo que el Diablo respondió: «¡No! Porque esta vez no acabaríamos con su vida». En vista de que las flechas de elfo resultaban inútiles contra el señor Harie Forbes, probaron con hechizos y encantamientos aprovechando una ocasión en que se puso enfermo. Hicieron una bolsa, en la que metieron la carne, las vísceras y la vesícula biliar de un sapo, el hígado de una liebre, granos de cebada, trozos de uña y trozos de tela; lo dejaron todo a remojo bajo la atenta mirada de Satanás, y repitieron lo que este decía:

¡Está postrado en su cama, enfermo y dolorido!
Dejémosle en su cama dos meses y tres días más.
Seguirá postrado en su cama, enfermo y dolorido.
¡Seguirá postrado en su cama, dos meses y tres días más!

Cuando dijeron estas palabras, estaban todas arrodilladas, con el pelo por encima de los hombros y los ojos, alzando las manos hacia el Diablo y suplicándole que destruyese al señor Harry. Se decidió entonces que había que entrar en su dormitorio y agitar la bolsa por encima de él. Este cometido se le asignó a Bessie Hay —Able-and-Stout—, quien, con la bolsa en la mano y el propósito de asesinarlo en la cabeza, entró en la habitación del hombre, con quien tenía una estrecha relación; pero en ese momento estaba acompañado por personas respetables, así que

Bessie no le hizo daño, solo echó encima de él unas pocas gotas que no lo mataron. El Diablo era muy estricto y exigente con ellas. Solían llamarlo Black Johnnie, siempre que no estuviera delante, aunque a menudo las oía y aparecía de pronto a su lado diciendo: «Sé muy bien lo que estabais diciendo de mí», y las zarandeaba y las golpeaba violentamente. Siempre les estaba pegando, en especial si habían faltado a alguna de las reuniones, o si olvidaban hacer algo que él les había encargado. Alexander Elder recibía palizas a todas horas. Era muy blando y totalmente incapaz de defenderse, pero lloraba y gritaba cuando el Diablo le azotaba. Las mujeres tenían más agallas. Margaret Wilson —Pickle-nearest-the-wind— se defendía a las mil maravillas, llevándose las manos a la cabeza para protegerse de los golpes; y Bessie Wilson —Throw-the-corn-yard— «protestaba y echaba venablos contra él a voz en grito». Acostumbraba a zurrarles a todos allí donde los cogiera con azotes o con cuerdas gruesas, mientras ellos gritaban como fantasmas desnudos: «¡Piedad! ¡Piedad! ¡Clemencia! ¡Clemencia, Señor!». Pero él nunca tenía piedad ni clemencia, sino que les sonreía burlonamente como un perro que los fuera a devorar. Les daba dinero precioso, al menos para que lo contemplasen, pero en veinticuatro horas había desaparecido todo, o se había convertido en mugre y basura. El Diablo llevaba unas veces botas y otras veces zapatos, pero sus pies siempre estaban hendidos, y siempre era negro. Todo esto, con algunas variaciones, fue en resumen lo que confesó Isobel Gowdie en sus cuatro declaraciones, tomadas entre el 13 de abril y el 27 de mayo del año de gracia de 1662.

Janet Braidhead, esposa de John Taylor, fue la siguiente. En su primera confesión, hecha el 14 de abril, explicó que no sabía nada de brujería hasta que su marido y su suegra, Elspeth Nishie, la instruyeron. Lo primero que le enseñaron fue a preparar unas «medicinas» que servían para arruinar mediante un hechizo la fruta y la avena de un tal John Hay de Mure, así como para matar su ganado. Después, su marido la llevó a la iglesia de Auldearne para que fuera bautizada y marcada, lo cual se hizo del modo habitual. También habló de una figura de arcilla con la que pretendían asesinar a todos los niños varones del señor de Park; y dio una larga lista de los asiduos a los aquelarres, en la que estaban incluidos algunos de los vecinos más respetables de la zona. En otros muchos asuntos, confirmó las declaraciones de Isobel Gowdie, sobre todo en lo concerniente al Diablo y a la naturaleza inequívoca de su relación con él, cuestión que expuso con notable claridad y rotundidad.

Desconocemos qué suerte corrieron Isobel Gowdie y Janet Braidhead, pero hicieron confesiones más que suficientes para quemar media Escocia, por lo que se antoja poco probable que escapasen al destino que esperaba a quienes eran como ellas.

ESPÍRITUS DE BRUJAS

Las brujas escaseaban cada vez más con el paso de los años, y no encontramos a ninguna que merezca especial atención hasta que llegamos al caso de Margaret Nin-Gilbert, de Caithness, en el año 1718, el mismo en que el sacerdote de Redcastle perdió a su mujer por brujería, y la casa del señor M’Gill, en Kinross (donde era sacerdote), se vio tan salvajemente perturbada por un espíritu que robaba las sábanas, ponía alfileres en los huevos y la carne, cortaba las faldas de la capa de una dama o la cola del vestido de una criada, tiraba por el cañón de la chimenea piedras que rodaban un poco por el suelo y después salían disparadas por la ventana, tiró al fuego la

Biblia del sacerdote, echaba a perder los pasteles y, en definitiva, hacía toda clase de diabluras sin sentido para atormentar a la familia y desafiar a Dios. Si era capaz de hacer cosas así a plena luz del día, ¿caso no quedaban probados los poderes sobrenaturales de Margaret Nin-Gilbert? Por otra parte, tenía una amiga, una tal Margaret Olson, una mujer que, según parece, se comportaba de forma malvada, y a quien el señor Frazer echó de su casa, tomando como inquilino en su lugar a William Montgomerie; a raíz de este incidente, Margaret Olson fue a hablar con su amiga Nin-Gilbert, la afamada bruja, y le rogó que castigase al señor Frazer; pero, dado que se trataba de un caballero adinerado y con una elevada posición social, era inmune a las brujas, y Nin-Gilbert confesó que no tenía deseo de hacerle daño ni el poder suficiente para ello. No obstante, una noche, cuando el caballero en cuestión estaba cruzando un puente, lo intentaron, pero no consiguieron su objetivo; y él, cuando le preguntaron, dijo que recordaba perfectamente cómo «su caballo había lomeado violentamente en aquel punto pero, gracias a Dios, había salido ileso». También había caído gravemente enfermo por las fechas en que atraparon a esas dos mujeres, pero tenía suficiente sentido común para no atribuírselo a ellas. En vista de que no tenían influencia sobre el señor Frazer, centraron sus esfuerzos en Montgomerie, «un mampostero de Burnside, Scrabster», con quien también la tenían tomada por haber aceptado el arriendo que le había sido arrebatado a Margaret Olson. De la noche a la mañana, su casa se infestó de gatos, a tal punto que su familia ya no estaba a salvo allí. Él se encontraba fuera, pero su mujer mandó que fueran a buscarlo hasta cinco veces, con la amenaza de que, si no volvía a casa para protegerlos, se marcharía a Thurso. Su criada los abandonó de repente a mitad del trimestre, porque cinco gatos se acercaron al hogar, donde estaba ella sola, y empezaron a hablar entre ellos con voces humanas e inteligibles. Así pues, William Montgomerie, mampostero de Scrabster, volvió a casa para hacer frente al enemigo. Los gatos volvieron como lo habían hecho antes y en igual número, y William se preparó lo mejor que pudo. El viernes por la noche, 28 de noviembre, una de las gatas se metió en un arcón agujereado y, cuando volvió a asomar la cabeza fuera, William le dio una estocada con su espada, con lo que consiguió «cortarla», pero aun así no fue capaz de atraparla. Abrió entonces el arcón, y su criado, William Geddes, le hundió su puñal a la gata entre las patas traseras y la clavó al arcón, después de lo cual, Montgomerie la golpeó con su espada y la sacó muerta fuera de la casa; pero a la mañana siguiente había desaparecido, despejando cualquier duda sobre su verdadera naturaleza. Cuatro o cinco noches después, su criado, ya acostado en la cama, «gritó que una de aquellas gatas había entrado en su dormitorio para atacarlo». Montgomerie corrió en su auxilio, tiró su manta escocesa encima de la gata y la atravesó con su puñal para, acto seguido, aplastarle la cabeza con la culata de un hacha y lanzarla fuera como a la primera. A la mañana siguiente también esta había desaparecido, lo que suponía prueba suficiente para abrir otro caso. Así pues, dado que ninguna de aquellas gatas era del vecindario y se habían juntado nueve en una sola noche, y «teniendo toda la apariencia de brujería, y habiendo amenazado con que aquello no debía continuar en su casa», William Montgomerie le pidió al juez suplente de Caithness que le hiciese una visita «a cierta persona de mala reputación» que había enfermado inmediatamente después del incidente referido, con el fin de comprobar si tenía alguna herida en el cuerpo o no. «Puesto que este relato resultaba desde el principio sumamente disparatado y fabuloso, el juez en modo alguno pudo tomarlo en consideración.» Pero cuando, el 12 de febrero, un vecino vio cómo a Margaret Nin-Gilbert «se le caía media pierna en la misma puerta de su casa, y teniendo en cuenta su fama de bruja, así como el aspecto negro y putrefacto de la pierna, se le hizo comparecer ante el juez suplente» (no ante el principal, el conde de Caithness, quien tal vez habría actuado con más sentido común), y este ordenó que se detuviese a Nin-Gilbert y se la interrogase. Margaret

despachó el asunto con rapidez. Cuando fue interrogada el 8 de febrero de 1719, confesó que estaba aliada con el Diablo, a quien se había encontrado hacía mucho tiempo en forma de hombre negro mientras caminaba una tarde; dijo que también se le aparecía a veces en forma de caballo negro, y otras, montado en uno, así como en forma de nube negra, o de gallina negra. Confesó además que estaba en casa de William Montgomerie la tarde en que la atacó, y que él le cortó una pierna con el puñal o el hacha, a consecuencia de lo cual se le había separado del resto del cuerpo; también dijo que había estado allí con ella Margaret Olson, quien, poseedora de una fuerza superior a la suya, la había lanzado contra el puñal cuando tenía la pierna gravemente herida. A continuación delató a otras cuatro mujeres, una de las cuales era Helen Andrew, a quien Montgomerie había aplastado y lisiado de tal modo que «murió esa misma noche o unos pocos días después a causa de las heridas»; y otra, M’Huistan, «se arrojó al mar desde los acantilados de Borrowstoun y no se ha vuelto a saber de ella»; a una tercera, Jannet Pyper, la identificó por la combinación roja que llevaba puesta. Cuando le preguntaron cómo se las habían arreglado para que no las descubriesen, respondió que «el Diablo levantó una neblina para ocultarlas». No bien terminó su confesión, se detuvo a sus compinches, y ella murió en prisión al cabo de dos semanas. Se interrogó entonces a Margaret Olson. Le examinaron los hombros (en busca de marcas de bruja), «donde había varios lunares, unos rojos y otros azulados; al clavarle una aguja con gran fuerza casi hasta el fondo, no sintió nada, como pueden atestiguar el señor Innes, el señor Oswald, sacerdote, y varios hombres honrados, además de Bailzie Forbes. Por otra parte, mientras tenía la aguja clavada en el hombro, preguntó: “¿No soy una mujer honrada ahora?”». Así pues, este caso de locura y perversidad humanas acabó con el método habitual de la cuerda y la hoguera.

LA ÚLTIMA BRUJA

Nos acercamos ya al final de esta funesta superstición. En 1726, Woodrow recoge «algunos relatos de brujas bastante extraños», referidos por dos hombres de Ross-shire, pero no nos proporciona detalles muy precisos, con la única excepción de que una de ellas, en la hora de su muerte, «confesó que, por medio de brujería, había dejado ciego de un ojo a un sacerdote episcopaliano, el cual perdió la visión de repente, sin que pudiese encontrar explicación alguna». Y, a principios de 1727, se encendió la última hoguera para brujas que habría de contaminar el aire de la preciosa Escocia. Dos mujeres pobres de las Tierras Altas, madre e hija, comparecieron ante el capitán David Ross de Littledean, juez suplente de Sutherland, acusadas de brujería y de tener trato con el Diablo. Se acusó a la madre de haber utilizado a su hija como «caballo y sombrero»^[31], provocando con ello que el Diablo la herrase, lo que la dejó lisiada de pies y manos para siempre; y, dado que el suceso quedó probado de forma convincente, y el capitán David Ross plenamente convencido de su veracidad, metieron a la pobre anciana en un barril de alquitrán y la quemaron en Dornoch en el soleado mes de junio. «Se dice que cuando la llevaron a su ejecución, con un tiempo inclemente, se sentó muy serena a calentarse junto al fuego que esperaba para devorarla, mientras se preparaban los otros instrumentos de muerte.» La hija escapó; después se casó y tuvo un hijo que estaba lisiado como ella, y del mismo modo, además; aunque no parece que el Diablo lo herrase nunca para que lo montase una bruja. «Este hijo —dice sir Walter Scott en 1830— vivió hasta hace tan poco que recibió la caridad de la actual marquesa

de Stafford, condesa de Sutherland a título propio.»

Así pues, esta fue la última ejecución por brujería en Escocia; en junio de 1736 se revocaron oficialmente las Leyes contra la Brujería. A partir de ese momento, para espanto de los tímidos y enfado de los piadosos, el Parlamento de Inglaterra se opuso rotundamente a la categórica consigna de la ley de Dios: «No dejarás que la bruja viva»; y declaró el texto sobre el que tantas estupideces se han dicho, y en cumplimiento del cual tanta sangre inocente se ha derramado, inútil, supersticioso, intolerable y contrario a la razón humana, que es la ley de Dios más elevada de las reveladas a los hombres hasta la fecha. Pero, si bien el Parlamento tenía potestad para suspender ejecuciones, no la tenía para erradicar creencias, ni para reemplazar la insensatez por racionalidad. Hace menos de sesenta años, una anciana llamada Elizabeth M'Whirter fue «arañada» por un tal Eaglesham en el concejo de Colmonel, Ayrshire, porque su hijo se había puesto enfermo y los vecinos decían que estaba embrujado. Obligaron a la pobre Bessie M'Whirter a cruzar los montes hasta casa del muchacho, una distancia de cinco kilómetros, y, una vez allí, a arrodillarse junto a la cama de este y repetir el padrenuestro. Cuando hubo terminado, el padre del joven cogió un clavo oxidado y le hizo a la pobre anciana un araño en forma de cruz en la frente, tan escrupulosamente que tardó varias semanas en cicatrizar, y la cicatriz duró hasta el último día de su vida. Si Elizabeth M'Whirter hubiera vivido en una generación anterior, tal vez habría disputado una carrera contra la muerte y un barril de alquitrán, y habría acabado perdiendo, como la pobre desdichada de Dornoch.

Pero las viejas creencias perduran en aquellos hermosos valles, y se esconden en los refugios de las cañadas; los duendes siguen rondando los sitios en ruinas, y las brujas mandan plagas y desgracias a voluntad; los elfos siguen yendo a lomos de los torbellinos y bailando a la luz de la luna; y las montañas, las laderas, los ríos y los arroyuelos tienen su propio espíritu, que rivaliza con los fantasmas del camposanto en malevolencia sin límites contra los hombres. Y el don de la clarividencia, aunque en camino de desaparecer en virtud de estos tiempos degenerados de utilitarismo y tejedoras mecánicas, aún puede encontrarse donde la vieja sangre fluye más espesa, y donde las viejas ideas se han visto menos adulteradas; y toda la nación sigue aferrándose con fuerza irregular a su credo pesimista de los predestinados y los elegidos, y se sostiene en la temprana fe cuyos estrechos límites otros han superado para proseguir por una senda más amplia y luminosa. Ya no se encienden hogueras de brujas en Castle Hill; los serios eclesiásticos ya no se entregan, como el señor John Aird, a la búsqueda de marcas del Diablo estampadas de forma visible en carne humana; sin embargo, el corazón de la gente no ha abandonado a su antiguo Dios, y, aunque los altares tal vez estén adornados con las flores de otra estación, y el nombre en el pedestal esté grabado con otros caracteres, el ídolo que mora en su interior es el mismo. El Dios al que la Escocia calvinista sigue adorando es el mismo en nombre del cual fueron sacrificados las brujas y brujos de antaño: es el Dios de la Superstición, el Dios de la Condena, en cuyo templo la Naturaleza no tiene cabida, ni la Humanidad derechos.

LA BRUJERÍA EN IRLANDA

LADY WILDE

Con lady Jane Francisca Speranza Wilde (1826-1896), Irlanda tiene a una cronista de lo oculto tan distinguida como la señora Linton. También ella era hija de un clérigo y empezó a escribir para ocupar el tiempo, como hicieron otras muchas damas victorianas elegantes. En 1851 se casó con sir W. R. Wilde, renombrado cirujano y presidente de la Academia Irlandesa, y dio a luz a su famoso hijo, Oscar, en 1854. Profundamente interesada durante muchos años por los aspectos sobrenaturales de la historia irlandesa, lady Wilde dedicó gran cantidad de tiempo y esfuerzo a escribir *Ancient Legends, Mystic Charms and Superstitions of Ireland* [Leyendas antiguas, ensalmos místicos y supersticiones de Irlanda], que se publicó en 1888 y puede considerarse con justicia uno de los libros más importantes en la materia. También encontró tiempo para escribir numerosas y espléndidas poesías con el nombre de Speranza y dirigir el salón literario más famoso de Irlanda en su casa de Dublín. Aunque eclipsada ahora por su hijo, lady Wilde tiene un estilo fluido y ameno que brilla con todo su esplendor en estos relatos sobre brujería irlandesa y el «ojo del mal».

LADY BRUJA

Hace unos cien años, vivía en Joyce's Country una mujer a la que todos los vecinos tenían miedo, porque siempre disponía de mucho dinero, pese a que nadie sabía cómo lo conseguía; y en su casa se comía y bebía siempre lo mejor, sobre todo por la noche: carnes y aves y vino español en abundancia para todo el que quisiera pasarse por allí. Y, cuando la gente preguntaba de dónde salía todo aquello, ella se reía y respondía simplemente: «Lo he pagado».

Así que por todo el país se corrió la voz de que se había vendido al Maligno, y de que podía tener lo que quisiera con solo desearlo, y en razón de su riqueza la llamaron «Lady Bruja».

Solo salía por la noche, siempre con una brida y una fusta en la mano, y a menudo se oía en mitad de la noche a un caballo galopando a lo lejos, por los caminos cercanos a su casa.

Empezó a circular entonces el extraño rumor de que, si un hombre joven bebía sus vinos españoles en la cena y se quedaba dormido después, ella lo embridaba y lo convertía en caballo, para luego recorrer el país montada en él, y que todo lo que tocaba con su fusta pasaba a ser de su

propiedad. Aves, o mantequilla, o vino, o tartas recién hechas... No tenía más que desearlo, y los espíritus se lo llevaban a casa y lo dejaban en su despensa. Cuando el viaje terminaba y ya había conseguido suficiente de todo lo que quería a lo largo y ancho del país, le quitaba la brida al joven y este volvía a su forma natural y se quedaba dormido; cuando se despertaba, no recordaba nada de lo ocurrido, y Lady Bruja lo invitaba a que volviera y bebiese sus vinos españoles siempre que quisiera.

Pues bien, había un muchacho magnífico y valiente en el vecindario que tomó la determinación de averiguar cuánta verdad encerraba aquella historia, por lo que iba a menudo a casa de Lady Bruja, hasta que entablaron amistad y se sentaba a charlar con ella, pero sin bajar nunca la guardia. Ella le cogió un gran aprecio y le dijo que tenía que ir a cenar alguna noche, que le daría lo mejor que tenía, y que no podía dejar de probar su vino español.

Así pues, fijó una fecha, y él acudió de buen grado, pues le picaba la curiosidad. Cuando llegó, había servida una espléndida cena acompañada con abundante vino. Comió y bebió, pero fue prudente con el vino, y vació su copa en el suelo cuando ella no miraba. Fingió entonces que tenía mucho sueño, y ella dijo:

—Hijo mío, estás agotado. Échate en aquel banco y duerme; se ha hecho muy tarde y estás lejos de tu casa.

De modo que se acostó como si estuviera muerto de sueño y cerró los ojos, pero sin dejar de vigilarla un instante.

Ella se acercó al poco y lo miró fijamente, pero él no se movió, solo respiró más profundamente.

A continuación, la mujer se alejó sin hacer ruido, cogió la brida de la pared y volvió a acercarse con el mismo sigilo para ponérsela en la cabeza, pero él se incorporó de pronto y, arrebatándole la brida, se la puso a ella, que se convirtió de inmediato en una briosa yegua gris. La sacó fuera, se subió de un salto y se alejó cabalgando a la velocidad del viento hasta que llegó a la forja.

—¡Herrero! —grito—. ¡Levántate y hierra mi yegua, que está agotada después del viaje!

Y el herrero se levantó e hizo el trabajo que se le pedía, con esmero y pericia. Cuando hubo terminado, el joven caballero volvió a montar, y regresó cabalgando como el viento a casa de la bruja; allí le quitó la brida, y ella recuperó al punto su forma natural y se sumió en un sueño profundo.

Pero, como en la forja habían puesto las herraduras sin decir la fórmula necesaria, siguieron clavadas a sus manos y sus pies, y no hubo poder en la tierra capaz de quitarlas.

Así que no volvió a levantarse de la cama nunca, y murió después de mucho tiempo soportando el dolor y la vergüenza. Nadie en todo el país acompañó el féretro de Lady Bruja a su tumba, y la brida ardió en el fuego, y nada quedó de todas sus riquezas más que un puñado de cenizas que fueron esparcidas por los cuatro puntos de la tierra y los cuatro vientos del cielo, con lo que se rompió el encantamiento y se puso fin al poder del Maligno.

EL DEMONIO CON FORMA DE GATO

Había una mujer en Connemara, esposa de un pescador; como a este siempre le acompañaba la suerte, a ella nunca le faltaba una buena reserva de pescado en casa listo para vender. Pero, para su gran fastidio, descubrió que un gran gato negro entraba por las noches y devoraba el mejor pescado. De modo que decidió llevar consigo siempre una vara y estar atenta.

Un día, mientras tejía en compañía de una mujer, la casa se quedó de pronto completamente a oscuras y la puerta se abrió de golpe como empujada por una ráfaga de aire de la tormenta, cuando entró caminando un enorme gato negro, que fue derecho hacia el fuego y después se volvió y les gruñó.

—Vaya, seguro que es el Diablo —dijo una muchacha que estaba allí separando el pescado.

—Te voy a enseñar a no ir insultándome —dijo el gato; y, saltando sobre ella, le arañó el brazo hasta que empezó a sangrar—. Ahí lo tienes —dijo—. La próxima vez serás más educada cuando un caballero venga a verte.

Con esto se fue caminando hasta la puerta y la cerró para evitar que alguna de ellas se marchase, pues la pobre muchacha, entre fuertes gritos de miedo y dolor, había hecho un intento desesperado por escapar.

Acertó a pasar por allí un hombre que, al oír los gritos, abrió la puerta de un empujón e intentó entrar, pero el gato estaba en el umbral y no le permitía pasar. El hombre lo atacó con un palo y le propinó un fuerte golpe; sin embargo, esto no amedrentó lo más mínimo al gato, que le saltó encima y le arañó la cara y las manos tan salvajemente que el hombre acabó por volver las espaldas y alejarse corriendo tan rápido como le permitieron sus piernas.

—En fin, hora de cenar —dijo el gato, acercándose a inspeccionar el pescado dispuesto en las mesas—. Espero que el pescado sea bueno hoy. Ahora no me molestéis ni arméis escándalo. Me serviré yo mismo.

Y entonces se subió de un salto a las mesas y comenzó a devorar el mejor pescado al tiempo que le gruñía a la mujer.

—No toques eso, bestia malvada —gritó ella, y le asestó un golpe con las tenazas que bien podría haberle partido el lomo, si no se hubiera tratado de un demonio—. Aléjate; no vas a probar ni un bocado.

Pero el gato se limitó a sonreírle burlonamente y siguió destrozando, estropeando y devorando el pescado, sin dar la menor muestra de haber acusado el golpe. En ese momento, las dos mujeres arremetieron contra él con sus varas, y le dieron golpes suficientes para matarlo, a lo que el gato reaccionó fulminándolas con la mirada y echando fuego por la boca; acto seguido, saltó encima de ellas y les arañó la cabeza y los brazos hasta hacerlas sangrar, y las mujeres, aterrorizadas, salieron de la casa corriendo y gritando.

No obstante, la doncella volvió al cabo de un rato con una botella de agua bendita y, al asomarse al interior, vio que el gato seguía devorando el pescado sin la menor precaución. De modo que se acercó sigilosamente y, sin decir palabra, lo roció de agua bendita. No bien hubo hecho esto, la estancia se llenó de un denso humo negro que no permitía ver nada más que los dos ojos rojos del gato, encendidos como ascuas. Después el humo fue disipándose poco a poco, y ella pudo ver el cuerpo del animal ardiendo lentamente, hasta que se arrugó y se puso negro como el carbón y, finalmente, desapareció.

Desde aquel día, el pescado estuvo intacto y a salvo de cualquier daño, pues el poder del Maligno había sido vencido, y el demonio con forma de gato no volvió a aparecer por allí.

EL MAL DE OJO

No hay nada que tema más la gente, ni cuyos efectos considere más mortíferos, que el mal de ojo.

El mal de ojo actúa de diversas formas, unas más mortales que otras. Si lo primero que uno hace por la mañana es cruzarse con ciertas personas, la mala suerte lo acompañará a lo largo de todo el día. Si el aojado entra para descansar y mira fijamente algo —un animal o un niño, por ejemplo—, hay fatalidad en su mirada; una fatalidad que no puede evitarse si no es con un contrahechizo poderoso. Pero, si el aojado murmura un verso sobre un niño dormido, ese niño morirá con toda certeza, pues el encantamiento es del Diablo, y no hay hechizo con poder suficiente para romperlo o contrarrestarlo. Algunas veces, el embrujamiento se lleva a cabo mirando fijamente a la víctima a través de nueve dedos; sus consecuencias son especialmente funestas si está sentada al lado del fuego por la noche y con la luna llena. Por lo tanto, para disipar toda sospecha de portar un mal de ojo, es necesario, cuando se mira a un niño, decir al mismo tiempo: «Que Dios te bendiga». Y, al pasar por una granja en la que se han juntado las vacas para ordeñarlas, decir: «Que Dios os bendiga a ti y a tus tareas». Si se omite esta fórmula, cabe esperar el peor de los resultados, y el miedo y la consternación se apoderarán de la gente, a no ser que se ejerza de inmediato un contrahechizo.

La mayoría de la gente ha sentido la extraña influencia maléfica de una mirada alguna vez en la vida; una influencia que parece privarnos del raciocinio y del habla solo por la mera presencia en la habitación de alguien que resulta misteriosamente hostil a nuestra naturaleza. Y es que el alma es como un arpa bien afinada que vibra con la fuerza o el movimiento más leves, y la presencia y la mirada de algunas personas son capaces de irradiar en torno a nosotros una alegría maravillosa, mientras que otras pueden aniquilar el alma con una burla o un mal gesto. Nosotros calificamos estas sutiles influencias como misterios, pero las razas antiguas creían que las producían los espíritus, buenos o malos, al actuar sobre los nervios o el intelecto.

Hace unos años vivía en Kerry una anciana, y tan mal augurio se consideraba encontrársela por la mañana que las niñas, con el fin de evitar su mirada maligna, esperaban a la puesta de sol antes de salir a buscar agua para el día siguiente, pues todo lo que miraba se malograba.

Había también un hombre igual de temido por razón del extraño y funesto poder de su mirada, y eran tantos los accidentes y las desgracias que encontraban explicación en su presencia que los vecinos insistieron por fin en que debía llevar un parche negro tapándole el ojo maligno, y no quitárselo salvo que se le pidiera, pues algunos caballeros eruditos, sintiendo curiosidad por este tipo de cosas, le pedían de vez en cuando una prueba de su poder, y él trataba de ganar una apuesta mientras bebía con sus amigos.

Un día, cerca de un viejo castillo en ruinas, se encontró con un muchacho que lloraba desconsolado porque su paloma domesticada se había posado en lo alto de las ruinas y no había forma de convencerla para que bajase.

—¿Qué me das —le preguntó el hombre— si hago que baje?

—No tengo nada que darle —dijo el chico—, pero rezaré a Dios por usted. Solo bájeme mi paloma, y seré feliz.

Entonces el hombre se quitó el parche negro y miró fijamente al pájaro, cuando de pronto este cayó al suelo y se quedó inmóvil, como aturdido; pero no había sufrido ningún daño, y el muchacho lo recogió y se fue a su casa contentísimo.

Hace varios años, una mujer que vivía en Kerry afirmó que le habían echado un mal de ojo. No había nada en su vida que le procurase placer o consuelo, y la iba consumiendo el miedo que llevaba dentro, causado por la siguiente circunstancia extraña:

Cada vez que salía de casa y no había nadie cerca que pudiese oírla, se encontraba con una mujer totalmente desconocida que, mirándola fijamente y en silencio, con una expresión terrible, la tiraba al suelo y se ponía a golpearla y a pellizcarla hasta dejarla casi sin sentido; después de lo cual, su torturadora desaparecía.

Habiendo sufrido esta situación varias veces, la pobre mujer acabó negándose a salir de casa, a menos que contase con la protección de un criado o un acompañante; y tomó esta precaución durante muchos años, en los cuales no sufrió molestia alguna. Así pues, empezó a pensar que el hechizo se había roto, y que su extraño enemigo se había ido para siempre.

En consecuencia, fue relajando poco a poco su habitual precaución, y un día bajó sola a un pequeño arroyo que pasaba cerca de la casa para lavar algunas prendas.

Inclinada sobre la ropa, sin pensar en ningún peligro, empezó a cantar como en los tiempos alegres anteriores al mal de ojo; de repente, una sombra oscura se proyectó en el agua y, al alzar la vista, comprobó con horror que la extraña mujer estaba en la otra orilla del pequeño riachuelo, con su terrible mirada clavada en ella, dura y penetrante como si la mujer fuera de piedra.

Levantándose de un salto, tiró la ropa con un grito de terror y salió corriendo hacia la casa; pero enseguida oyó pasos a su espalda, y su torturadora comenzó a apalearla aún con más saña que antes, hasta que perdió el conocimiento; y en ese estado la encontró su marido, tumbada boca abajo, sin habla. La llevó de inmediato a la casa y se le dispensaron todos los cuidados que el afecto y el conocimiento rural podían ofrecer, pero fue en vano. Recobró la conciencia lo suficiente, no obstante, para relatarles el terrible encuentro antes de morir aquella misma noche.

Existía la creencia de que el poder de fascinación por medio de la mirada, que no era necesariamente un poder maléfico como el mal de ojo, lo poseían en un alto grado personas sensatas y eruditas, en especial los poetas, de tal modo que podían ganarse la admiración y el amor de la joven que quisieran solo con el influjo de su mirada. En torno al año 1790, residía en el condado de Limerick un hombre joven que tenía este poder en un grado fuera de lo común. Era un rimador inteligente e ingenioso en lengua irlandesa, y seguramente tenía los ojos profundos característicos de la naturaleza apasionada de los poetas; ojos que, incluso sin nigromancia, ejercían un poderoso influjo magnético sobre la razón de las mujeres.

Un día, mientras viajaba muy lejos del hogar, llegó a una casa de labranza de aspecto alegre y acogedor, y, sintiéndose cansado, paró y pidió un poco de leche y permiso para descansar allí. La hija del granjero, una joven atractiva que no quería acoger a un desconocido porque todas las criadas estaban batiendo nata y ella se encontraba sola en casa, se negó a dejarle entrar.

El joven poeta la miró a los ojos sin decir nada unos segundos, y después se dio la vuelta lentamente y se alejó de la casa en dirección a una pequeña arboleda que había justo enfrente. Allí se quedó un rato reclinado contra un árbol, de cara a la casa, como para dedicarle una última mirada rencorosa o admirativa, y al cabo siguió su camino sin volver la vista atrás ni una sola vez.

La joven había estado observándolo por la ventana, y, en cuanto él se puso en marcha, salió por la puerta como sumida en un sueño y lo siguió despacio, paso a paso, por la avenida. Las criadas se alarmaron y avisaron al padre, que salió corriendo y le pidió a gritos que se detuviera,

pero ella no se volvió ni dio muestras de oírle. El joven, sin embargo, sí que se dio la vuelta y, al ver a toda la familia persiguiéndolo, apretó el paso, no sin antes mirar a la muchacha fijamente un instante. Esta se lanzó tras él, y estaban a punto de perderse de vista cuando una de las criadas descubrió una hoja de papel atada a una rama del árbol en el que había descansado el poeta. Sintiendo curiosidad, la cogió, y, en cuanto se deshizo el nudo, la hija del granjero se paró en seco y se quedó inmóvil; y, cuando su padre llegó hasta ella, dejó que la llevase de vuelta a la casa sin oponer resistencia.

Cuando se le preguntó, dijo que se había sentido arrastrada por una fuerza invisible a seguir al joven desconocido dondequiera que fuera, y que lo habría seguido al fin del mundo, pues su vida parecía estrechamente ligada a la de él; carecía de voluntad para resistirse, y no tenía conciencia de nada más que de la presencia del hombre. Sin embargo, el hechizo se había roto de repente, y fue entonces cuando escuchó la voz de su padre y se dio cuenta de lo extraño de su comportamiento.

Cuando desplegaron el papel, encontraron escritas cinco palabras misteriosas escritas con sangre, y en el siguiente orden:

Sator.

Arepo.

Tenet.

Opera.

Rotas.

Estas letras están dispuestas de tal modo que se lean como se lean, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, hacia arriba o hacia abajo, dan como resultado las mismas palabras; y, si se escriben con una pluma de águila, ejercen un hechizo al que ninguna mujer (según se dice) puede resistirse; pero el lector incrédulo puede comprobar fácilmente por sí mismo la veracidad de esta afirmación.

LA BRUJERÍA EN GALES

MARY LEWES

Mary Lewes (1860-1920) se propuso, como Eliza Lynn Linton y lady Wilde en sus respectivas tierras, documentar todas las supersticiones, costumbres misteriosas y leyendas de su Gales natal. El libro resultante, *The Queer Side of Things* [El lado extraño de las cosas], publicado en 1923, ha sido descrito como «un auténtico tesoro para los buscadores de tradiciones singulares», y solo puede calificarse de sorprendente que lleve descatalogado cincuenta años. Mary Lewes nació y creció en una zona rural de Gales y atesoraba un amplio conocimiento de brujería «blanca» en particular, como podrán comprobar en el siguiente extracto. Sus observaciones sobre extrañas curas por medio de brujería sin duda despertarán especial interés en los estudiosos de lo oculto, pues es bien sabido que numerosas variantes de las aquí mencionadas han sobrevivido hasta nuestros días en las regiones más remotas de las Islas Británicas.

Por extraordinario que parezca en estos tiempos realistas, las «brujas» y los «hechiceros» profesionales, según creo, ni mucho menos han desaparecido de las regiones rurales más remotas de Gales, aunque, por supuesto, su número, ya reducido, disminuye de día en día. Además, es muy difícil tener noticias suyas, puesto que rara vez dan pruebas de su talento. Pero no cabe duda de que pueden encontrarse con facilidad ejemplos no muy antiguos —quizá incluso actuales— de personas enfermas que consultaron con el hechicero local como último recurso cuando el tratamiento del médico tradicional había fallado.

Sea cual sea la cualidad o atributo propios de los hechiceros y las brujas, se decía a veces que era exclusivo de ciertas familias. En una aldea que quedaba a pocos kilómetros de mi casa, había una familia «de brujas»; es decir, que siempre había en ella uno u otro miembro que afirmaba tener poderes «de bruja».

La creencia en la relación entre brujas y liebres estaba muy extendida. Addison la menciona en uno de sus ensayos al hablar de una vieja bruja llamada Moll White: «Si una liebre logra escapar de forma sorprendente de unos perros de caza, el cazador maldice a Moll White [...]. He visto cómo, en una ocasión así, el amo de una jauría mandaba a uno de sus criados a comprobar si Moll White había salido aquella mañana».

No solo se creía que las brujas se transformaban en liebres, sino que Elias Owen, en su *Welsh Folk-lore* [Folclore galés], nos cuenta que, en su época, los ancianos de Gales creían que las brujas, por medio de encantamientos, podían transformar a otras personas en animales. Recoge el caso de un hombre, en el vecindario de Ystrad Meurig (Cardiganshire), al que convirtieron en

liebre mediante brujería. Refiere también el caso de una mujer de Gales del Norte que sabía, antes de que nadie se lo dijera, que cierta persona acababa de morir. El clérigo del distrito le preguntó cómo podía tener conocimiento de la muerte de aquel vecino si nadie la había informado y no había ido a su casa. Su respuesta fue: «Lo sé porque vi a una liebre venir desde la casa y cruzar el camino delante de mí». Evidentemente, la mujer había relacionado la aparición de la liebre con la muerte del hombre.

Se aprecia en esta historia un rastro de la creencia, imperante antiguamente en algunas partes de Gales, en la transfiguración de las almas, según la cual el alma que abandona el cuerpo del difunto se aloja en el de un animal.

Pero es probable que en toda Gales se tuviese a la liebre por una especie de heraldo de la muerte. Se dice que este animal era muy utilizado por los druidas en sus profecías, que hacían a partir de la interpretación de sus movimientos cuando arrancaban a correr. Así pues, es muy probable que la atmósfera incómoda que parece rodear a esta criatura inofensiva en todos los países celtas tenga su origen en su vínculo con los lejanos misterios druidas.

Antiguamente, las brujas galesas solían lanzar hechizos a animales y vecinos que las molestaban. Si la víctima era una vaca, enfermaba sin motivo aparente, dejaba de dar leche y, a menos que se rompiera el hechizo, moría. El efecto de la brujería en un cerdo consistía en una extraña locura, una especie de ataque; y también en este caso las consecuencias eran fatales si no se evitaba con un contrahechizo. No hace mucho, un recopilador de folclore citó uno de estos hechizos en un periódico local: «A una vieja bruja que vivía cerca de Llangadock (en Carmarthenshire), en una ocasión en que había embrujado a un cerdo, la obligaron después a “desembrujar” al animal. Ella puso la mano en el lomo del cerdo, y dijo: “*Duwa`th gadwo i`th berchenog* (Dios te guarde para tu dueño)”, lo que se antoja una forma dócil de calmar a un cerdo enloquecido.

A unos dos kilómetros y medio de mi casa, vivía una famosa bruja. Era conocida como Mary Perllan Peter, pues el nombre de su casa, situada en lo más profundo de un frondoso barranco —u hondonada, como solemos llamarlo aquí en Cardiganshire—, era Perllan Peter. Esta forma de ponerle nombre a la gente es habitual en Gales, donde la variedad de apellidos entre el campesinado tiende a ser muy limitada, con preferencia por los Jones, Davies, Evans, etc. De tal modo que el nombre de pila de la persona, seguido del de su casa, resulta mucho más distintivo que un apellido que seguramente coincide con el de un tercio de la región. Así pues, la bruja era «Mary del Huerto de Peter» (porque *perllan* significa «huerto», si bien nunca supe quién era Peter), y no cabe duda de que tenía grandes poderes, como demostrarán las siguientes historias.

Un día le pidió a un vecino que le trajera un poco de trigo que le hacía falta, y el hombre accedió a regañadientes, pues el sendero que llevaba hasta la casa era muy escarpado y no resultaba nada fácil bajarlo con una pesada carga de trigo. Se le cayó un poco por el camino, y Mary se enfadó mucho y farfulló amenazas delante de sus amigas cuando se marchó. Cuando él volvió a su casa y fue al establo, cuál no sería su sorpresa al ver a su pequeña yegua «sentada como un cerdo» sobre su grupa y mirando al frente con los ojos desorbitados. Se acercó a ella y tiró del cabestro para intentar ponerla de pie, pero no lo consiguió; el animal parecía incapaz de moverse. Entonces el hombre, muy asustado, se acordó de las amenazas de la bruja, pues no tenía ninguna duda de que la yegua estaba hechizada. Así que ordenó que hicieran venir a Mary para que rompiera el hechizo y, cuando esta llegó, fue derecha hacia el animal; «*Moron fach*[32] (¿Qué te pasa?)», fue lo único que dijo, y la yegua se puso en pie de un salto, tan sana y briosa como

siempre.

En otra ocasión, Mary Perllan Peter fue al molino de un pueblo vecino para moler algo de trigo. El molinero realizó el trabajo con mucha lentitud, hasta tal punto que Mary acabó irritándose y maldijo el molino. Con lo cual, un momento después este empezó a girar en sentido contrario, y así continuó hasta que lograron aplacar a la bruja y rompió el hechizo.

Estos casos los relató un primo de Mary llamado John Pwllglas, quien, al parecer, creía sinceramente en el asombroso poder de su prima.

En Cardiganshire, como en otras muchas regiones rurales, se ha creído siempre con firmeza que, cuando la mantequilla no cuaja el día de batir la nata, es porque la nata o la mantequera han sido embrujadas. Había muchos remedios para este contratiempo: uno consistía en colgar una rama de serbal encima de la puerta de la lechería, y otro, en meter un cuchillo en la mantequera, pues todas las brujas, igual que las hadas, odian el hierro.

Conozco una casa de la que, hace unos años, la lechera se marchó en un acceso de furia. Nunca habían tenido ninguna dificultad en la preparación de la mantequilla en esa lechería en concreto, que funcionaba con gran eficiencia, pero, por extraño que parezca, desde la semana en que Jane la lechera se marchó, no había forma de cuajar la mantequilla.

Batir la nata era una tarea que en primavera se empezaba de buena mañana y duraba horas: todos los de la casa hacían turnos en la manivela, y por fin, hacia el mediodía, la renuente mantequilla se dignaba aparecer. Pero ¡qué mantequilla! Aquello era incomible, y esa situación se prolongó varias semanas; no era una cuestión de temperatura, ni de constancia en la tarea de batido, y los expertos en preparación de mantequilla no lograban dar con ninguna otra razón que explicase el sorprendente comportamiento de la nata. Por supuesto, todos los vecinos decían que Jane había embrujado la mantequera al marcharse; no soy capaz de dar una explicación, pero lo cierto es que, al cabo de cinco o seis semanas, y sin causa aparente, la mantequilla empezó de repente a cuajarse bien de nuevo, es de suponer que porque el «hechizo» había terminado.

En cierta ocasión en que fui a pasar unos días en Aberdovey, observé una depresión con forma extraña en la colina que había detrás de la escuela y, cuando pregunté, me dijeron que se llamaba Tumba de la Bruja, y que, al parecer, habían quemado allí a una bruja y enterrado después sus cenizas en el mismo lugar. El antiguo prado comunal se encontraba en el pequeño altiplano donde estaba la «tumba», así que, si se había quemado a alguien alguna vez, muy probablemente habría sido allí.

Esta es la única leyenda que he oído hasta ahora sobre brujas maltratadas en Gales. Creo que, a diferencia de lo ocurrido en otras regiones, en el Principado nunca se ha molestado mucho a las brujas y los hechiceros, sino que más bien se les temía y se les buscaba. La bruja quemada en Aberdovey, si hemos de dar crédito a la leyenda, fue quizá víctima de la terrible oleada de quemas y persecuciones que arrasó Gran Bretaña y el continente en los siglos xvii y xviii.

La práctica de realizar hechizos con hilo estaba, según he podido averiguar, muy arraigada en la región de Aberdovey, si bien ya se ha abandonado casi por completo. Otra creencia extendida en la zona es la de la «mantequilla de bruja». Se trata de un tipo de hongo que se agita y tiembla cuando lo tocas. Trae muy mala suerte encontrárselo, pues significa que estás embrujado. El remedio consiste en coger un poco con mucho cuidado y clavarle agujas. Estas agujas remorderán la conciencia de quien te haya embrujado y conseguirán que retire el hechizo.

Llegó a mis oídos una curiosa historia sobre un capitán de barco de Aberdovey cuyo jardín estaba infestado de gusanos, lo que, según él, era resultado de un hechizo lanzado por una bruja a

la que había ofendido.

Los «hechiceros» parecen haber florecido desde tiempos inmemoriales en Gales, donde cada población tenía antaño su *dyn hysbys*[33]. Se dice que si había tantos era por la supersticiosa práctica, extendida entre la ignorante población rural, de «sacrificar niños al Diablo» con la finalidad de convertirlos en «hechiceros». El reverendo Rees Pritchard, de Llaydover, en un cántico contra los «prestidigitadores», alude a esta horrible costumbre:

*Tynnu'r plentyn trwy ben crwcca.
Neu trwy'r fflam ar nos f'lamgaua,
a'u rhoi ymhinny felyn uchel,
yw offfrumm plant i Gythraul.*

Que significa: «Obligar a un niño a pasar por un aro de fuego en Halloween, y llevarlo al granero del molino para zarandearlo, es la forma de sacrificarlo al Maligno».

Creo que el primer paso de los descritos —es decir, obligarlo a pasar por un aro— podría hacer referencia a la costumbre galesa de hacer pasar a niños delicados por un fresno talado para curarlos de raquitismo u otras dolencias. Conozco a una persona que pasó por esta experiencia de pequeño, pero en su caso no cabe duda de que la intención fue únicamente curativa, y nada tuvo que ver en ello la devoción al Maligno. Sin embargo, en la época del vicario Pritchard —hace unos trescientos años, más o menos—, existían en el país, con toda certeza, muchos vestigios de creencias que han desaparecido desde entonces; del mismo modo que otras están desapareciendo poco a poco hoy en día y, a menos que los interesados en este tipo de cosas tomen nota de ellas, se perderán para las futuras generaciones.

Ni que decir tiene que el príncipe de Gales de los magos era Merlín, de quien todavía se cuentan maravillosos relatos y leyendas entre los vecinos de Carmarthen, el pueblo donde se supone que nació el gran astrólogo y adivino. Todavía se conserva una profecía suya en galés en la que predice el intento de desembarco de los franceses en Fishguard, y cómo lord Cawdor se encargaría de frustrarlo; se trata de un texto muy curioso, pero no aburriré a los lectores con más citas en lengua vernácula.

Se dice que Merlín profetizó también la inundación de Carmarthen, un desastre que, afortunadamente, no ha sucedido todavía[34].

Dejemos atrás la enigmática personalidad del gran mago, junto con otras muchas luces menos brillantes que le siguieron, y volvamos a tiempos históricos, donde encontramos numerosos ejemplos de «hechiceros» famosos, de quienes podría decirse que, en términos generales, su influencia entre la gente era beneficiosa, y su talento parecía más inclinado a la bondad que a la maldad. Un mago de Gales del Norte al que llamaban Mochyn y Nant y que murió hace unos cien años causaba pavor entre los malhechores de la región por el asombroso conocimiento que poseía de todos sus delitos, por muy en secreto que los cometiesen. De Quincey visitó una vez a Mochyn y Nant, y ofrece un divertido relato de la experiencia en sus *Confesiones*.

La siguiente historia, rescatada de entre mis notas, ilustra a la perfección el tipo de asunto sobre el que estos videntes eran consultados siempre.

Un caballero de Denbigshire perdió una gran copa de plata de gran valor, una reliquia familiar desde hacía varias generaciones. Después de indagar a conciencia totalmente en vano, decidió poner el asunto en manos de Robin Ddu, el mago. Robin fue a la casa solariega y, después de

ponerse su gorro rojo en la cabeza, hizo llamar a los criados para que se presentaran ante él y les aseguró que encontraría al ladrón antes de medianoche. Todos negaron haber robado la copa. «En ese caso —dijo Robin—, puesto que sois inocentes, no tendréis inconveniente en que os haga una prueba mágica.» Ordenó entonces que pusieran un gallo joven debajo de una olla en la despensa, y les dijo a todos los criados que frotasen la olla con las dos manos. Si alguno de ellos era culpable, el gallo cacarearía mientras el ladrón frotase el recipiente. Cuando todos hubieron pasado por la despensa, el mago ordenó que le enseñasen las manos, y advirtió que las del mayordomo estaban limpias. Su conciencia le había impedido tocar la olla. Robin lo acusó del robo, y el mayordomo lo reconoció, y al final la copa le fue restituida a su propietario.

Las siguientes historias, que me han llegado por la mejor de las fuentes, nos llevan al concejo de Llanfihangel-Geneurglyn, en Cardiganshire, y el John Price que se menciona vivía hace muy pocos años y, que yo sepa, sigue vivo.

Había un hombre en el pueblo de Llanfihangel que tenía una vaca enferma. No conseguía averiguar lo que le ocurría al animal, y al final, desesperado, fue a consultar a John Price, el hechicero, que vivía en Llanbadarn-fawr, a solo unos kilómetros. John afirmó de inmediato que la vaca estaba embrujada.

—Porque, como puedes ver —dijo—, tiene todos los dientes flojos.

—Caray, y ¿quién le habrá hecho eso? —preguntó el granjero.

—No lo sé —le respondió el hechicero—, pero sí puedo decirte que la persona que la ha embrujado ha visitado tu casa hoy.

No dijo nada más, y el granjero se marchó corriendo a su casa.

Fue a examinar la boca de la vaca sin perder un instante y, en efecto, todos los dientes estaban flojos. A continuación le preguntó a su mujer:

—¿Quién ha venido hoy?

—Nadie —respondió ella—, excepto... —y dijo el nombre de una pobre muchacha que iba de vez en cuando a buscar trabajo. Así supo el granjero quién había hechizado a su vaca, que, dicho sea de paso, se recuperó.

En el mismo distrito de Llanfihangel había un niño muy enfermo; tan enfermo, de hecho, que los médicos lo habían desahuciado. El padre fue en secreto a consultar a John Price, quien afirmó que el niño estaba embrujado pero se recuperaría; y así fue.

Conozco a un hombre que era vicario de este distrito cuando se dieron estos dos casos, y fue él quien los puso por escrito. Ahora es vicario de un distrito en el norte de Pembrokeshire.

Cerca de Borth (en la costa, a poca distancia de Aberystwyth), vivía en una granja otro hechicero al que se le consultaba a menudo. Llegó a mis oídos el caso de una joven que estaba enferma, y su familia pensaba que la habían embrujado, conque la llevaron al hechicero, quien les dijo que, cuando volvieran a casa, la primera persona que se encontrasen por el camino sería la «bruja» que le había echado el maleficio. Salieron hacia su casa, y no habían avanzado mucho cuando ¿a quién se cruzaron sino a un pobre anciano inofensivo que, como bien sabían ellos, no podía ser el responsable de aquella maldad? Así pues, volvieron a toda prisa a contárselo al hechicero, quien les respondió con calma:

—No ha sido él, sino su hermano fallecido. Y la muchacha no se pondrá bien hasta que el cuerpo de ese hombre se descomponga. —Es decir, al cabo de unos veinte años.

La historia no aclara si la familia creyó al mago en esta ocasión, pero la persona que me habló

de él dijo que tenía muchos clientes, y que una de sus habilidades consistía en escribir «conjuros» para que la gente los llevase encima.

Por los días en que me hablaron de este mago, mi informador me preguntó si alguna vez había oído algo sobre el «vicario Pritchard de Pwllheli» (ya fallecido), quien en su época fue un conocido ahuyentador de fantasmas, y cuya fama aún perdura en Merionethshire, pues estaba muy solicitado en todo el país cada vez que un espectro molesto incordiaba. Provisto de una vela y un libro, al modo ortodoxo, le decía al fantasma:

—¿Me prometes que dejarás de perturbar esta casa mientras dure esta vela?

El espíritu lo prometía encantado, pensando que no tendría que esperar más que una o dos horas. Pero el vicario apagaba al momento la llama y metía la vela en una caja de plomo, la cerraba herméticamente y la enterraba bajo un árbol, donde sigue hoy en día, y el fantasma no puede seguir haciendo daño.

La mayoría de los lectores me perdonará esta digresión irrelevante por el ejemplo que supone de un clérigo más o menos moderno actuando como ahuyentador profesional de fantasmas.

El relato que sigue, sobre una bruja de Pembrokeshire, me lo mandó un viejo amigo hace algunos años, y es preferible reproducirlo aquí con sus propias palabras, cambiando tan solo los nombres personales por sus iniciales.

Estuve en Carmarthen la semana pasada, y volví en compañía del archidiácono H. y el señor H. W. En Whitland, un médico local entró en el compartimento; yo no lo conocía, pero ellos sí, y esto es lo esencial de lo que nos contó: vivía cerca de la abadía de Whitland una famosa bruja. La casa de esa mujer se vendió, y quien la compró fue un cuñado del narrador de la historia. Un guardabosques del señor Z., el propietario de la abadía, entró en la casita de la bruja. Ella se enfadó mucho y anunció que ajustaría cuentas con todos los implicados. Lo que ocurrió fue lo siguiente: la mujer del guardabosques se convirtió en madre (el narrador atendió el parto), y el niño nació con un número anómalo de extremidades, y murió. El cuñado del médico se vio aquejado de repente por una misteriosa enfermedad mientras se vestía una mañana, y tuvo que guardar cama durante mucho tiempo. El médico perdió una vaca, dos caballos y una cerda.

Estos sucesos causaron un gran revuelo, e incluso el señor Z. estaba preocupado. Era un poco supersticioso y estaba impaciente por que el médico le sacase sangre a la bruja colocando la hoja de un cortaplumas entre el dedo índice y el pulgar de tal modo que sobresaliese lo justo para hacerla sangrar sin producirle una herida grave. El médico dijo que no estaba dispuesto a hacerlo, porque ¡la mujer lo denunciaría por agresión!

Cuando se le requirió, el médico atendió a la bruja, pero por nada del mundo se habría atrevido a presentarle la factura.

Si los hechos relatados anteriormente son ciertos, sin duda presentan un ejemplo extraordinario de «malevolencia»: un poder que desde hace siglos se cree que poseen unas pocas personas de voluntad férrea y disposición malvada, y que inspira un miedo tan antiguo como la humanidad, aún latente, como hemos visto, entre la población rural de regiones remotas de este y otros muchos países.

El tema de las brujas nos lleva de forma natural a los extraordinarios remedios que prescribían a menudo y a los antiguos herbolarios hasta llegar a los albores del pasado siglo, o

después incluso. Todavía puede encontrarse a gente que visita y consulta a los herboristas, encontrándolos a veces escondidos en tendejones oscuros y polvorientos de callejuelas apartadas del centro, o viviendo, solos por lo general, en apartadas casitas de campo cerca de algún bosque o páramo en remotas zonas rurales. Y no hay duda de que algunas de las mixturas que prescriben estos «herboristas» modernos son efectivas y están preparadas hoy en día a partir de productos alimenticios comunes y plantas más o menos saludables y totalmente inofensivas. Es improbable, por ejemplo, que un herbolario del siglo xx le venda lombrices secas a un paciente como remedio para los ataques, o le recomiende aceite de lombriz para tratar los nervios y «aliviar el dolor de las articulaciones». Y, aunque se recetasen estos remedios, nadie en su sano juicio se tomaría algo tan nauseabundo.

Sin embargo, hace poco más de un siglo, no solo era habitual encontrar en las prescripciones de «hechiceros» y herbolarios cosas así de desagradables, sino que hay razones fundadas para creer que ingredientes que hoy se nos antojan espantosos eran ingeridos con docilidad y fe ciega en su eficacia por personas cultivadas, no solo por las clases ignorantes y menos exigentes.

Me prestaron en una ocasión un libro antiguo y curioso; se titulaba *A General Dispensatory* [Farmacopea general], del doctor R. Brookes, y la fecha de publicación era 1753. Había una larga lista, ordenada alfabéticamente, de toda la *materia medica* utilizada en el siglo xviii, y algunas de esas «materias» eran de lo más extrañas. Una buena parte del recetario consistía en preparaciones a partir de varios tipos de piedra; de estas, las principales eran la piedra de águila, la piedra de judío, la de bezoar y la de sangre. El bezoar se extraía de ciertas especies de «cabra montés, llamada por algunos “capricarva” [...]. Se trata de un animal muy medroso al que le encanta la montaña y rara vez desciende a la llanura [...]. Se ensalza el uso de las piedras como antídoto contra toda suerte de venenos, plagas, enfermedades contagiosas, fiebres malignas; contra la viruela y el sarampión»...

Estas piedras se molían y se administraban en polvos. Otras se aplicaban externamente frotando la parte afectada. Me consta que hay una piedra en Cardiganshire, del tamaño de una canica grande, que era utilizada antiguamente para curar el bocio; se les prestaba a los afectados por esta dolencia para que la frotasen contra su cuello. Su actual propietaria, una dama anciana, conoce casos en los que la piedra, sin la menor duda, curó esta enfermedad en otros tiempos. Al parecer, existe la creencia de que dicha piedra está relacionada de algún modo con una serpiente, si bien nadie recuerda la naturaleza exacta de esa relación. Pero es muy probable que se la conociera en tiempos remotos como piedra de serpiente, y que se creyera que había sido extraída de la cabeza de una serpiente; pues en Gales se pensaba que ese tipo de piedras se encontraban a veces en la cabeza de sapos y víboras, y que estaban dotadas de maravillosos poderes mágicos y curativos.

La piedra de sangre, por supuesto, se ha utilizado desde tiempos inmemoriales para detener hemorragias, y otro remedio para lo mismo era el hueso o «piedra» sacado de la cabeza de un manatí o vaca marina. Llevar pelo de liebre en el bolsillo prevenía el ardor de estómago. Otro remedio «de bolsillo» era una patata para el reumatismo, y tengo constancia de que se confiaba en él hasta hace muy poco tiempo. Por lo visto, los ojos de cangrejo —probablemente secados y en polvo— eran una medicina popular; se decía que la mandíbula de lucio tenía propiedades muy parecidas a las de los ojos de cangrejo, pero resultaban más «eficaces para la pleuresía y la neumonía». El ámbar gris, quemado y reducido a polvo, se echaba en un calentaplatos, y el humo se inhalaba para detener las hemorragias nasales. Este precioso producto marino se llevaba a

modo de amuleto contra las brujas, el mal de ojo[35] y la ceguera.

El caldo de caracoles se consideraba un gran remedio rural para la tisis antiguamente. Culpeper, en su libro *Herbal*, da una receta para prepararlo. «Se lavan los caracoles con su concha, a continuación se rompe la concha y se hierven en agua mineral, pero sin quitar la espuma, pues esta se irá depositando en el fondo por sí sola, y el caldo resultante, tomado como una bebida normal, es un remedio excelente para la tisis.» El «agua de caracol» también se prescribe para la misma enfermedad; era una mixtura verdaderamente espantosa, pues, además de «dos kilos de caracoles de jardín», incluía hiedra picada, pata de potro, escabiosa, pulmonaria, verdolaga, ambrosía, verónica, sangre de cerdo castrado y vino blanco, hojas secas de tabaco, orozuz, elecampana, orris, semillas de algodón, semillas de anís, azafrán, rosas rojas, violetas y flores de borraja; se dejaba macerando tres días y después se destilaba. Uno se pregunta si el desdichado paciente que ingería esta decocción tenía la menor idea de lo que estaba tragando. Un pulmón de zorro desecado y convertido en jarabe, así como succionar el extremo de un palo de regaliz, eran también «remedios de acción rápida en tísicos».

Las natillas, o el trigo hervido hasta crear una gelatina, eran otro remedio rural para la tisis, especialmente en Gales, donde los ancianos también ensalzaban las virtudes de la infusión de ortigas, «muy buena para el pecho» y para dolencias varias.

Una decocción de semillas de ortiga se suponía que curaba la rabia, pero no era el único remedio aconsejado para esta temida enfermedad. Una que encontré en un recetario manuscrito muy antiguo, bajo el encabezamiento «Para la mordedura de un perro rabioso», era sencilla en extremo: «Pelar una cebolla, mezclarla con miel y sal y aplicar en la herida». Frotar con cebolla una picadura de abeja o avispa proporciona sin duda un alivio inmediato, pero cuesta imaginar que pueda hacer mucho para contrarrestar el veneno mortal de la rabia. La raíz de hepática —*lichen caninus*— se consideraba infalible para curar o prevenir en el caso de mordedura de perro rabioso. Hay que mezclar la hepática molida con pimienta negra, y el paciente «debe perder entre doscientos cincuenta y trescientos mililitros de sangre, para después tomar dos gramos y medio del polvo todas las mañanas en ayunas, durante cuatro mañanas seguidas, con un cuarto de litro de leche de vaca tibia; a continuación ha de meterse en una bañera con agua fría, en un manantial o en un río a primera hora de la mañana, antes de desayunar, durante cuarenta días seguidos, sumergiéndose por completo; pero no debe permanecer allí con la cabeza fuera del agua más de medio minuto, si el agua está muy fría».

Otro curioso específico para la rabia lo menciona Iolo Morganwg en su *Diario* de 1802. Mientras paseaba en dirección a Llanfernach, en North Pembrokeshire, se encontró con un hombre «que cargaba con una piedra por aquella región, que él llamaba Llysfaen. La raspaba con un cuchillo para conseguir polvo y lo vendía a unos cinco chelines la onza como remedio infalible para la rabia canina. Decía que aquella piedra solo podía conseguirse en la montaña después de una tormenta eléctrica, y que no todos eran capaces de encontrarla. Yo le aseguré que no era más que alabastro de Glamorganshire, pero me sorprendió oír a mucha gente afirmar con rotundidad que habían visto con sus propios ojos cómo esos polvos curaban la rabia en perros y en personas, después de haberlos tomado con leche nueve días seguidos, durante los cuales eran la única bebida y también el único alimento».

Un método mucho más drástico que el arriba mencionado para tratar a pacientes con rabia lo cita la señora Trevelyan como un remedio que antiguamente gozaba de gran popularidad en toda la costa de Gales. A la persona que había sido mordida se la llevaba en barco al mar. «Antes de

nada, se la ataba con firmeza de pies y manos, y, cuando ya estaba a cierta distancia de la costa, dos hombres la sumergían en el agua tres veces. En cada ocasión, al hombre, o mujer, si ese era el caso, se le preguntaba si había tenido suficiente. Pero, justo cuando abría la boca para responder, lo hundían de nuevo. La zambullida se repetía nueve veces, haciendo una pausa cada tres para darle al paciente la oportunidad de tomar aire. La impresión o el miedo temporal producido por las zambullidas, y la cantidad de agua tragada, obraban su efecto.»

La recurrencia del número nueve en muchas de estas viejas recetas resulta llamativa, y pone de manifiesto que estos tratamientos rudimentarios escondían un significado místico en el que residía el poder «curativo», y que posiblemente seguía curando a los que los utilizaban con fe mucho después de que ese significado cayera en el olvido.

Verdaderamente asombrosos eran algunos de los remedios prescritos para «la enfermedad que te derrumba», como se conocía a la epilepsia. Ya he mencionado el uso de lombrices en polvo, pero también se tomaban decocciones de madera y hojas de muérdago; y la pezuña de alce, bien llevándola en un anillo, bien raspada e ingerida, era una recomendación habitual. «Pero —aclara una autoridad en la materia— tiene que ser la pezuña de la pata trasera derecha.» Con más fervor aún se creía en el poder curativo de un polvo hecho a partir de cráneos humanos, un ingrediente repugnante que figura en una receta que tengo para «los ataques convulsivos». «Tómese cinabrio nativo, raíces de peonía macho y un preparado de cráneo humano, treinta gramos de cada cosa; azúcar blanco y sal de ámbar, dos gramos de cada; mézclese todo y divídase en cuarenta y ocho partes iguales. Esta es la receta del doctor Pughe.»

Se consideraban especialmente valiosos los cráneos de quienes habían sufrido una muerte violenta, y las cabezas de los delincuentes se compraban con avidez por este motivo. El hígado de erizo, secado, pulverizado y bebido con vino, era otro específico para la epilepsia.

Las víboras eran muy apreciadas como medicina en varias partes del país, y, preparadas de diversas formas, se tomaban con gran fe. La antigua farmacopea citada más arriba dice: «La carne de víbora se considera un fantástico reconstituyente, muy balsámica, enemiga de toda malignidad y excelente para purificar la sangre, razón por la que se prescribe para alargar la vida y contrarrestar venenos».

He leído una vieja receta para preparar «caldo de víbora», que incluye pollo además de serpiente; solo cabe esperar, pues, que el sabor predominante fuera el del ave y no el de la sierpe.

No parece del todo descabellado que haya varias hierbas que posean propiedades terapéuticas para mejorar la visión; la eufrasia se utilizaba mucho a tal objeto. Pero cuesta creer que comer crías de golondrina, algo que se recomendaba también, pudiera beneficiar en algo a los ojos, a menos que los polluelos se tomaran acompañados de una ingente cantidad de fe.

En algunos distritos, se creía que llevar un sapo desecado en el sobaco prevenía la fiebre. A los pobres animalillos los metían vivos en una vasija de barro y los secaban poco a poco en un horno con calor moderado hasta que estaban listos para reducirlos a polvo. El mismo procedimiento se seguía con las abejas; y una antigua receta dice: «Quemar hasta reducir a cenizas y convertirlas en sosa, y de pelo se cubrirá la cabeza calva que se lave con ella».

Un extraño remedio para la ictericia consistía en rebozar con mantequilla una araña viva hasta formar una píldora y tragársela. Muy recientemente leí en el periódico el caso de un niño al que habían encontrado con una araña encerrada en una nuez que, a su vez, llevaba colgada del cuello con el propósito de curarse de tos ferina. Pero lo llevaba a modo de amuleto, por supuesto; un tipo de remedio que, según parece, gozará de popularidad mientras el mundo siga girando.

Las bebidas dietéticas eran un recurso frecuente de los médicos poco profesionales de las zonas rurales, y seguro que pueden encontrarse recetas para su preparación en alguno de esos singulares «libros caseros» que atesoran las viejas casas solariegas. Tuve la oportunidad de hojear uno de ellos, y di con una receta para la preparación de una «bebida dietética» compuesta por no menos de diecinueve ingredientes, en su mayoría hierbas, tales como saúco menor, celidonia, retama negra, aro, verónica, ajenjo, eufrasia, etcétera, etcétera, hasta llenar «dos cubos y medio de bebida». Siento lástima por la pobre víctima que tuviera que empezar el día bebiéndose una taza de tan nauseabunda mixtura.

En el Cardiganshire actual, se cree que una decocción de zuzón silvestre es excelente para el reumatismo; y otra de ajo se recomienda para «la indigestión». Me consta que en ese mismo condado se aplican hojas de zarzamora para curar úlceras; se trata de un remedio muy antiguo, y su supervivencia es interesante. Como también lo es que en la parroquia de Talybont, en North Cardiganshire, haya una familia que posee una receta para la cura de la erisipela, la cual ha alcanzado una fama considerable en la zona, pero cuyo secreto no conoce nadie más que ellos.

Ese punto de secretismo es una característica común a casi todos estos «remedios» rurales; vestigio sin duda de la antigua creencia de que, para que un tratamiento médico funcione, debe estar envuelto en misterio.

POSEÍDOS POR DEMONIOS

CATHERINE CROWE

Catherine Crowe (1800-1870) es otra escritora victoriana cuyo nombre aún es conocido en la literatura esotérica gracias a un libro, *The Night Side of Nature* [El lado oscuro de la Naturaleza], publicado en 1848. Pasó buena parte de su vida en Escocia y, según sus biógrafos, padecía una disposición mórbida y con frecuencia se sumía en largas temporadas de abatimiento, una de las cuales derivó en una breve pero violenta crisis de demencia. Muchas de sus obras se encuadran en el género de la tragedia, y caben pocas dudas de que se entregó sin tapujos a la tarea de recopilar historias extrañas y sobrenaturales para *The Night Side of Nature*. De esta obra he seleccionado un fragmento que revela su acercamiento documentado al tema de la posesión demoníaca.

De todos los ámbitos de la brujería y lo sobrenatural a los que he dirigido mi atención, el de la «posesión demoníaca» es quizá el que despierta mayor fascinación. Muchos médicos alemanes sostienen que hoy en día siguen dándose casos de auténtica posesión, y son varios los trabajos publicados en su lengua sobre la materia; además, creen que el magnetismo es el único remedio, y desechan los demás por resultar, según su parecer, del todo inútiles. De hecho, consideran la posesión un estado magnético-demoníaco, en el cual el paciente está en comunicación con espíritus perversos o malévolos. Afirman que, si bien se trata de un mal poco frecuente, aflige a ambos sexos y a todas las edades, y es un grave error suponer que ha cesado desde la resurrección de Cristo, o que la expresión «poseído por el demonio», utilizada en las Escrituras, hace referencia simplemente a quien padecía locura o convulsiones. Los griegos conocían bien esta enfermedad, que no es contagiosa, y, en época más reciente, Hofman recogió varios casos que han quedado probados fuera de toda duda. Destacan como síntomas más característicos que el paciente hable con una voz que no es la suya y que sufra horribles convulsiones y movimientos del cuerpo, manifestaciones de la enfermedad que se presentan de repente, sin ninguna indisposición previa; también el uso de expresiones blasfemas y obscenas, así como un conocimiento de cosas secretas y de sucesos futuros; vomitar cosas extraordinarias, como pelo, piedras, alfileres, agujas de coser, etc. Huelga decir que esta no es una opinión aceptada por todo el mundo en Alemania, pero es la predominante entre muchos que han tenido numerosas oportunidades de observación.

El doctor Bardili tuvo en 1830 un caso que juzgó con todo convencimiento de posesión. La paciente era una campesina de treinta y cuatro años que nunca había padecido ninguna enfermedad, y cuyas funciones corporales siguieron mostrando un comportamiento normal mientras se daban los fenómenos extraños descritos a continuación. Cabe señalar que la mujer

estaba felizmente casada y era madre de tres hijos, no era ninguna fanática y disfrutaba además de una bien ganada reputación de persona constante y trabajadora, cuando, sin indicio alguno ni causa aparente, se vio sometida a las más violentas convulsiones, mientras de su interior salía una voz extraña, supuestamente la de un espíritu maligno que había habitado anteriormente una forma humana. Mientras sufría estos ataques, perdió por completo su identidad y se convirtió en esa otra persona; cuando volvió en sí, recobró del todo su entendimiento y su personalidad. Las blasfemias y las maldiciones, igual que los aullidos y los alaridos, fueron espantosas. Resultó gravemente herida a causa de las fuertes caídas y los golpes violentos que se propinaba ella misma; y, cuando disfrutaba de una tregua, no podía hacer otra cosa más que llorar por lo que le decían que había ocurrido y el estado en que se encontraba. Se quedó además en los huesos, pues cuando intentaba comer la cuchara giraba en su mano, y a menudo se pasaba varios días seguidos sin probar bocado. Este mal se prolongó tres años; todos los remedios resultaban inútiles, y el único alivio se lo procuraban las continuas y fervorosas plegarias de quienes tenía a su lado y las suyas propias; porque, aunque a este demonio no le agradaban los rezos y se oponía con violencia a que se arrodillase, forzándola incluso a estallar en vergonzosos ataques de risa, ejercían poder sobre él. Resulta sorprendente que el embarazo, la reclusión y la crianza de su hijo no influyesen en absoluto en la enfermedad de la mujer. Todo se desarrolló con normalidad, pero el demonio no abandonó su puesto. Finalmente, al ser magnetizada, la paciente se sumió en un estado parcialmente sonámbulo en el que habló con otra voz distinta a la anterior, que no era sino la de su espíritu protector, el cual la animó a tener paciencia y esperanza, y le prometió que obligaría al invitado maligno a abandonar su actual aposento. Para entonces se sumía a menudo en un estado magnético sin la ayuda de un magnetizador. Al cabo de tres años, se recuperó del todo y volvió a estar tan sana como siempre.

En el caso de Rosina Wildin, una niña de tres años, ocurrido en Pleidelsheim en 1834, el demonio solía anunciar su llegada gritando: «¡Aquí estoy de nuevo!», y la exhausta niña, que hasta ese momento yacía postrada como un cadáver, se enfurecía y despotricaba con voz de hombre, haciendo los más extraordinarios movimientos y demostraciones de violencia y fuerza, hasta que gritaba: «¡Ahora tengo que irme otra vez!». Este espíritu solía hablar en plural, pues, según decía, la niña tenía otro a su lado, un demonio mudo, que era el que más la atormentaba. «Él es quien la obliga a dar vueltas y más vueltas, le deforma el rostro, hace girar sus ojos, aprieta sus dientes y demás. ¡Lo que él me ordena, lo tengo que hacer!» Esta niña logró ser curada por fin con magnetismo.

Barbara Rieger, una niña de diez años de Steinbach, fue poseída en 1834 por dos espíritus que hablaban en dos dialectos y con dos voces claramente diferenciadas; uno decía que había sido mampostero, y el otro se presentó como un provisor muerto, siendo este último el peor de los dos con diferencia. Cuando hablaban, la niña cerraba los ojos, y, cuando volvía a abrirlos, no era consciente de haber dicho nada. El mampostero confesó que había sido un pecador impenitente, pero el provisor era frío y orgulloso, y se negaba a confesar nada. Pedían comida a menudo, y la obligaban a comérsela, si bien a ella no le hacía ningún provecho, pues, cuando volvía en sí, estaba muy hambrienta. Al mampostero le gustaba mucho el brandi, y lo bebía en grandes cantidades; si no se lo servían cuando lo pedía, su furia y sus bramidos causaban auténtico pavor. Cuando se encontraba en pleno uso de sus facultades, la niña detestaba este licor. Le dispensaron tratamientos para lombrices y otras dolencias, sin el menor resultado; hasta que por fin, por magnetismo, logró expulsarse al mampostero. El provisor se mostró más pertinaz, pero finalmente

consiguieron deshacerse también de él, y la niña se restableció del todo.

En 1835, un respetable ciudadano, cuyo nombre completo no se nos revela, fue llevado a la consulta del doctor Kerner. Tenía treinta y siete años y, hasta hacía siete, tanto su carácter como su comportamiento habían sido de lo más corrientes. Sin embargo, a la edad de treinta años, había experimentado un cambio incomprensible que había hecho muy infeliz a su familia; y de pronto un día, hacía poco tiempo, una voz extraña había empezado a hablar a través de él, diciendo que era el difunto juez S., y que llevaba dentro de él seis años. Cuando se expulsó a este espíritu por medio del magnetismo, el hombre cayó al suelo y se retorció con tal violencia que a punto estuvo de romperse en pedazos; pero entonces se quedó quieto durante un rato, como si hubiera muerto, y después se levantó, completamente recuperado y libre.

En otro caso, una mujer de Gruppenbach que estaba en su sano juicio oyó la voz de su demonio (que era también una persona fallecida) hablar a través de ella, sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

En resumen, los ejemplos de este tipo no son ni mucho menos infrecuentes; y, si un fenómeno como el de la posesión ha existido alguna vez, no veo con qué autoridad habríamos de afirmar que ya no existe, pues, a decir verdad, no sabemos nada de él; solo que, decididos a no aceptar nada tan contrario a las ideas de hoy en día, zanjamos el asunto concluyendo que es imposible.

Puesto que se dan casos en otros países, no cabe duda de que deben darse también en este; de hecho, yo misma me encontré con un caso mucho más notable en sus detalles que cualquiera de los referidos anteriormente, el cual ocurrió en Bishopwearmouth, cerca de Sunderland, en el año 1840; y, dado que los pormenores del caso han sido publicados y atestiguados por dos médicos y dos cirujanos, por no hablar del testimonio de muchas otras personas, creo que estamos obligados a aceptar los hechos, cualquiera que sea la interpretación que elijamos darles.

La paciente, llamada Mary Jobson, tenía entre doce y trece años; sus padres eran personas respetables de costumbres humildes, y ella asistía a una escuela dominical. Enfermó en noviembre de 1839, y al poco comenzó a sufrir ataques terribles que continuaron, a intervalos, a lo largo de once semanas. Fue en este período cuando la familia advirtió unos golpes extraños a los que no fueron capaces de encontrar explicación. Unas veces se oían en un sitio, y otras en otro; incluso por encima de la cama, cuando la niña yacía profundamente dormida, con las manos entrelazadas por encima de las sábanas. A continuación, oyeron una voz desconocida, la cual les contó cosas que ellos no sabían en ese momento, pero que resultaron ser ciertas. Después se oyó un ruido como de espadas chocando, y un estruendo tal que el inquilino del piso de abajo pensó que la casa iba a caérsele encima; pasos donde no se veía a nadie, agua goteando en el suelo desde nadie sabía dónde, puertas cerradas que se abrían y, por encima de todo, una música indescriptiblemente melodiosa. Los médicos y el padre se mostraron suspicaces, y se tomaron todas las precauciones posibles, pero no consiguieron encontrar explicación a aquel misterio. Este espíritu, sin embargo, era bondadoso, y les sermoneaba y les daba muchos consejos buenos. Fueron muchas las personas que visitaron la casa para presenciar el extraño fenómeno, y a algunas la voz les expresó su deseo de que la siguieran cuando se encontraban en su propia casa. Así, Elizabeth Gauntlett, mientras estaba ocupada en las tareas domésticas, se sobresaltó al oír una voz que le decía: «Sé fiel y verás las obras de tu Dios, y ¡lo oirás con tus propios oídos!». Ella exclamó: «¡Dios mío! ¿Qué es esto?», y al momento vio una gran nube blanca cerca de ella. Esa misma tarde, la voz le dijo: «Mary Jobson, una de tus alumnas, está enferma; ve a verla; será beneficioso para ti». Esta mujer no sabía dónde vivía la niña, pero averiguó la dirección y fue, y en la puerta volvió a oír la misma

voz pidiéndole que subiera. Al entrar en la habitación, escuchó otra voz, dulce y bonita, que le pidió que fuera fiel y le dijo: «Soy la Virgen María». Esta voz le prometió una señal en casa; y así fue que esa misma noche, mientras leía la Biblia, la oyó decirle: «Jemima, no te asustes; soy yo; si sigues mis mandamientos, todo te irá bien». Cuando visitó a la niña por segunda vez, ocurrió lo mismo que la anterior, y escuchó la música más exquisita.

Todos los que fueron experimentaron fenómenos de idéntica naturaleza: los inmorales fueron reprendidos; los buenos, alentados. Algunos recibieron la orden de marcharse de inmediato, y se les obligó a hacerlo. También se oyeron las voces de algunos familiares muertos de la niña, que hicieron revelaciones.

La voz dijo: «¡Mirad, y veréis el sol y la luna en el cielo!», y al punto apareció una bonita representación de estos astros en colores vivos: a saber, verde, amarillo y naranja. Además eran figuras indelebles; pero el padre, que albergaba dudas desde hacía mucho tiempo, insistió en taparlas con una mano de cal; sin embargo, siguieron siendo visibles.

Entre otras cosas, la voz dijo que, aunque pareciese que la niña estaba sufriendo, no era así; ella no sabía dónde estaba su cuerpo; su espíritu lo había abandonado y otro lo había ocupado. Dijo también que su cuerpo había sido convertido en un megáfono. La voz les contó a la familia y a los visitantes muchas cosas sobre los amigos que tenían lejos, y, como comprobaron después, eran todas ciertas.

La joven vio en dos ocasiones una forma divina que le hablaba junto a la cabecera de la cama, y a Joseph Ragg, uno de los que habían sido invitados por la voz, se le apareció una figura bella y celestial junto a su cabecera a las once de la noche del 17 de enero. Llevaba un atuendo masculino y estaba rodeada por un resplandor. Esa misma noche se le volvió a aparecer por segunda vez. En cada ocasión, abrió las cortinas y lo miró con expresión benévola durante un cuarto de hora. Cuando se marchaba, las cortinas volvían a su sitio. Un día, estando en la habitación de la niña enferma, Margaret Watson vio un cordero atravesar el dormitorio y entrar en otra habitación en la que se encontraba el padre, John Jobson; pero este no lo vio.

Uno de los aspectos más destacables de este caso es la música agradable que escuchó todo el mundo; también la familia, incluido el padre incrédulo, y, de hecho, parece que fue esto, en gran medida, lo que acabó por convencerlo. Esta música fue escuchada en repetidas ocasiones a lo largo de seis semanas; unas veces sonaba como un órgano, aunque más bonito; otras, eran cantos de canciones sagradas, *en parte*, y la letra se escuchaba con claridad. La súbita aparición de agua en la habitación fue también inexplicable; porque la sintieron, y era realmente agua. Cuando la voz expresó su deseo de que el agua fuera rociada, esta al momento pareció rociarlos. En otra ocasión, después de haberle prometido al padre una señal, el suelo se cubrió súbitamente de agua; y esto sucedió «no una, sino veinte veces».

En el transcurso de toda esta posesión, las voces les dijeron que un milagro iba a obrarse en la niña; y, en efecto, el 22 de junio, cuando estaba más enferma que nunca y ellos rezaban ya solo por que muriese, a las cinco de la madrugada la voz ordenó que preparasen la ropa de la niña y abandonasen todos la habitación, excepto la hermana pequeña, que tenía dos años y medio. Ellos obedecieron y, después de esperar junto a la puerta un cuarto de hora, la voz gritó: «¡Entrad!», y al hacerlo vieron a la niña completamente vestida y con muy buen aspecto, sentada en una silla con la pequeña en sus rodillas, y no ha vuelto a estar enferma ni una hora desde ese día hasta la publicación del reportaje, que lleva fecha del 30 de enero de 1841.

Es muy fácil reírse y afirmar que nada de todo esto ocurrió, porque es absurdo e imposible;

pero, puesto que personas inteligentes, honradas y bienintencionadas que estuvieron allí aseguran lo contrario, confieso que me siento obligada a creerlas, a pesar de los muchos detalles del caso que son incompatibles con mis ideas. No fue cosa de una hora o un día: hubo tiempo de sobra para la observación, pues el fenómeno se prolongó desde el 9 de febrero hasta el 22 de junio; y el descreimiento del padre sobre la posibilidad de apariciones espirituales, tan enérgico que finalmente expresó un gran arrepentimiento por la severidad de su conducta, es una garantía nada despreciable para descartar el engaño. Además, se negaron en redondo a aceptar dinero o ayuda, y ningún bien podía hacer a su imagen pública el reconocimiento de estos sucesos.

El doctor Reid Clanny, quien publicó el reportaje a partir de la declaración de los testigos, es un médico con muchos años de experiencia, y es también, según tengo entendido, el inventor de la lámpara de seguridad; y se declara firmemente convencido de la veracidad de los hechos, asegurando a sus lectores que «muchas personas de rango superior en la iglesia establecida, clérigos de otras confesiones y muchos ciudadanos laicos, muy respetados por su erudición y devoción, se muestran igual de convencidos». La primera vez que vio a la niña tumbada de espaldas, aparentemente inconsciente y con los ojos inyectados en sangre, no le cupo duda de que padecía una enfermedad cerebral, y no estaba ni mucho menos dispuesto a creer que el asunto tuviera un componente misterioso, hasta que la subsiguiente investigación le obligó a aceptarlo. Podemos estar seguros de que su creencia era firme, habida cuenta de que estuvo dispuesto a cargar con el oprobio inevitable tras semejante confesión.^[36]

Dice también que, desde que la niña se recuperó, tanto la familia de esta como la de Joseph Ragg han oído con frecuencia la misma música celestial que sonaba en el curso de su enfermedad; y el señor Torbock, un cirujano, quien no duda de la veracidad de lo narrado anteriormente, menciona también un caso en el que tanto él como la persona moribunda a la que estaba atendiendo oyeron una música divina justo antes del fallecimiento.

De este último fenómeno, el de oír música celestial justo antes de una muerte, he encontrado numerosos ejemplos.

A partir de la investigación del caso anterior, el doctor Clanny ha llegado a la conclusión de que el mundo espiritual se identifica ocasionalmente con nuestros asuntos, y el doctor Drury afirma que, además de este caso, se ha encontrado con otras situaciones que lo han conducido a la firme convicción de que vivimos en un mundo de espíritus, y de que él ha estado en presencia de un ser ultraterreno que había «cruzado un límite del que, según dicen, ningún viajero regresa».

SEGUNDA PARTE

FICCIÓN

Como quizá era de esperar, las brujas han atraído la pintoresca imaginación de los escritores de muchas épocas y países.

Lady Duff-Gordon

EL ANILLO MÁGICO

H. L.

Basta con un vistazo rápido a las revistas y periódicos de comienzos de la época victoriana para percatarse de los poquísimos relatos que aparecían firmados por su autor; un velo de anonimato, de hecho, ocultaba a buena parte de los que escribían, lo que no ha facilitado en absoluto la tarea del investigador a la hora de encontrar a mujeres de letras. No obstante, ha aparecido algún que otro relato del que se ha podido determinar con certeza que fue escrito por una mujer, y «El anillo mágico» (*The Magic Ring*, 1839) entra en esta categoría. H. L. era, al parecer, la esposa de un médico de provincias —de Essex, posiblemente—, y estaba profundamente interesada en cuentos y leyendas sobre brujas. Su relato, que ve la luz de la imprenta por primera vez en bastante más de cien años, es de una sencillez casi poética y, sin embargo, evoca con viveza los oscuros ritos de la brujería.

Se reunieron a medianoche, bajo una luna menguante que no se atrevieron a mirar mientras formulaban el hechizo. Desde la musgosa orilla, la luz trémula de las luciérnagas bailaba en la superficie del agua. De pie bajo la humedad de los alisos pronunciaron las temibles palabras. Él puso el misterioso anillo en la mano de ella y observó la hora señalada. Habían robado la tierra de la tumba de un maníaco, esparcieron el polvo en el riachuelo, miraron la estrella polar. La estrella retiró sus brillantes rayos, y se ocultó tras una nube oscura, y con miedo dijeron el horrible hechizo. Los espíritus malignos se regocijaron, el viento gimió con tristeza a su alrededor, las luciérnagas apagaron su llama, y ellos, que habían tentado a la suerte, que habían esparcido el polvo del maníaco, leyeron su sino en los suspiros del viento, y desearon no haber pronunciado las terribles palabras.

El guarda forestal se marchó, deambuló por otros climas, el pasado se le antojaba un sueño, no pensó en sus juramentos, ni recordaba el poder del hechizo. Ella vivió en los claros del bosque, junto a la límpida corriente, alejada de los sitios frecuentados por los hombres, en la más profunda soledad. Habían pasado ya días y meses, pero el guarda no volvió; el quinto día de la semana, cuando las nubes envolvían la estrella polar, el viento soplaba entre los robles, y la niebla y la lluvia formaban remolinos en el valle, la muchacha dirigió sus pasos a aquel temido lugar, junto a la humedad de los alisos. Miró fijamente la reluciente gema azul, recuerdo del hechizo; su color no había cambiado, pues para quien lo llevaba seguía siendo auténtico. Deseaba demostrar el amor de su amante, y contempló el cielo con temor; pronunció las palabras que despiertan a los muertos y miró el anillo; la piedra azul se volvió de color blanco mortal, y supo

entonces que el amor de él era falso. Los espíritus que habían oído el hechizo se regocijaron en los ecos a su alrededor, la niebla de medianoche cayó espesa y húmeda, pero el frío estaba en su alma; la tisis avanzó entre la niebla y trepó hasta su pecho.

Sus ojos eran claros y sus mejillas bonitas, pero el hechizo había escrito el fin de sus días. Cayó como una flor en el campo y desapareció de la faz de la tierra. Duerme junto a la tumba del maníaco, bajo la estrella polar. El guarda regresó. La morada de aquella a quien había amado estaba abandonada. El recuerdo de días pasados cobró fuerza, el hechizo secreto seguía teniendo poder en su cabeza; lo acosaba por la noche, lo acosaba por el día, lo rodeaba, invisible, pero omnipresente, y marcó sus facciones con la expresión funesta del mentiroso; los ojos que lo veían lo evitaban, todos los corazones le daban la espalda, buscó afecto, pero no lo encontró: nadie lo quería, y nadie lloró su muerte; ninguna oración bendijo nunca su tumba, ni ofreció descanso a su espíritu atormentado; sus cenizas se las llevó el viento; el peregrino evita el lugar, pues allí los espíritus malignos celebran sus ritos sobrenaturales, y formulan los hechizos de muerte.

LA BRUJA DEL ÁMBAR

LADY DUFF-GORDON

Este fascinante relato reúne probablemente a la mejor traductora de la época victoriana y una de las mejores novelas europeas sobre brujas del siglo xix. Lady Duff-Gordon (nacida Lucy Austin, 1821-1869) era hija del distinguido filósofo inglés John Austin y de Sarah Taylor, una renombrada escritora y traductora. Entró en los círculos literarios londinenses a edad muy temprana, y John Stuart Mill se contaba entre sus amigos de infancia. Después de su matrimonio con sir Alexander Duff-Gordon en 1840, se convirtió rápidamente en una brillante anfitriona literaria y comenzó sus estudios de literatura alemana, los cuales no abandonó nunca y la llevaron a conocer y entablar amistad con Heine. Uno de sus grandes hallazgos es, sin duda alguna, su traducción, con el título de *The Amber Witch* —«el juicio por brujería más interesante que se conoce», según reza su portada—, de *Maria Schweidler, der Bernsteinhexe* [Maria Schweidler, la bruja del ámbar], una novela gótica escrita por el clérigo luterano alemán Wilhelm Meinhold en 1838. Cuando se publicó la traducción inglesa en 1843, se extendió la creencia de que era un testimonio real de un juicio por brujería celebrado durante la Guerra de los Treinta Años (debido, sobre todo, a que incluía fotografías supuestamente auténticas de la bruja). Sin embargo, aunque está inspirada hasta cierto punto en un caso real, es en esencia una obra de ficción; una ficción evocadora y de extraordinaria calidad. El fragmento reproducido aquí empieza cuando el narrador, un pastor llamado Abraham Schweidler, está describiendo el juicio de su hija Mary, a quien cree que está acusando falsamente de practicar brujería una vieja arpía llamada Lizzie Kolken.

Cuando comparecimos de nuevo ante el tribunal, la sala estaba abarrotada, y algunos se estremecieron al vernos, mientras que otros rompieron a llorar; mi hija volvió a negar la acusación de que era una bruja. Pero cuando llamaron a declarar a nuestra vieja sirvienta Ilse, a la que no habíamos visto porque estaba sentada en un banco del fondo, la entereza de la que el Señor había dotado a Mary la abandonó de nuevo, y repitió las palabras de nuestro Salvador: «El que come conmigo se ha vuelto contra mí»; y se agarró con fuerza a mi silla. La vieja Ilse también se tambaleaba al caminar debido a la pena, las lágrimas le impedían hablar y se contorsionaba como si la estuvieran sometiendo a un suplicio. Pero, cuando el *Dom. Consul* la amenazó con que el alguacil la ayudaría a hablar, declaró que mi hija se despertaba a menudo por la noche y llamaba en voz alta al abyecto demonio.

P: ¿Alguna vez ha oído que Satanás le respondiera?

R: No, nunca le he oído.

P: ¿Ha observado que la *rea*[37] tenga un familiar[38], y en qué forma? Recuerde que se encuentra bajo juramento y ha de decir la verdad.

R: Nunca he visto ninguno.

P: ¿La ha oído alguna vez salir volando por la chimenea?

R: No, siempre ha salido en silencio por la puerta.

P: ¿Nunca ha echado en falta por la mañana su escoba o su horca?

R: Una vez la escoba no estaba, pero la encontré detrás de la cocina, donde pude haberla dejado yo por equivocación.

P: ¿Alguna vez ha oído a la *rea* lanzar un maleficio, o desearle mal a esta o aquella persona?

R: No, nunca; lo único que les ha deseado siempre a los vecinos es el bien; y no solo eso, sino que, en las épocas en que más acuciaba el hambre, se ha quitado el pan de la boca para dárselo a otros.

P: ¿Está al tanto del ungüento que se ha encontrado en el cofre de la *rea*?

R: ¡Sí, claro! Mi joven señora lo trajo de Wolgast para su piel, y me dio un poco en una ocasión en que yo tenía las manos agrietadas, y me alivió mucho.

P: ¿Tiene algo más que decir?

R: No. Solo cosas buenas.

Llamaron a continuación a mi criado, Claus Neels. También él se presentó llorando, pero respondió a todas las preguntas con un «no», y al final declaró que nunca había visto ni oído nada malo de mi hija, y que no tenía conocimiento de sus actividades nocturnas, puesto que dormía en el establo con los caballos; tenía además el absoluto convencimiento de que algunas personas malvadas —al decir esto miró a la vieja Lizzie— la habían arrastrado a esta desgracia, y creía que era completamente inocente.

Cuando le llegó el turno a aquella extremidad de Satanás, que era la testigo principal, mi hija volvió a declarar que no aceptaba el testimonio de la vieja Lizzie contra ella, y pidió justicia al tribunal, pues esa mujer la odiaba desde pequeña y tenía costumbres y fama de bruja desde mucho antes que ella.

Pero la vieja arpía exclamó:

—Que Dios perdone tus pecados; todos en el pueblo saben que soy una mujer devota y fiel servidora del Señor.

Apeló entonces al viejo Zuter Witthahn y a mi coadjutor, Claus Bulk, quienes así lo atestiguaron. El viejo Paasch, en cambio, se quedó de pie negando con la cabeza; sin embargo, cuando mi hija dijo: «Paasch, ¿por qué mueves la cabeza?», él se sobresaltó y respondió:

—¡Oh, por nada!

No obstante, el *Dom. Consul* también se había dado cuenta, y le preguntó si tenía alguna acusación que hacer contra Lizzie; de ser así, debía rendir gloria a Dios y formularla; *item*[39], todos estaban en la obligación de hacerlo; es más, el tribunal les exhortaba a que dijeran todo lo que supieran.

Pero, por miedo a la vieja arpía, todos callaron como ratoncillos, de forma que podía oírse a las moscas sobrevolando la escribanía. Entonces me puse en pie, cargando con toda mi desdicha, extendí los brazos hacia mis asombrados y pusilánimes sirvientes, y les hablé así:

—¿Seréis capaces de crucificarme de esta forma junto a mi pobre hija? ¿Acaso merezco esto

de vosotros? Hablad, pues; ¡ay de mí!, ¿es que vais a guardar silencio?

Lo cierto es que oí cómo varios lloraban amargamente, pero nadie dijo una palabra; y en ese momento mi pobre hija fue obligada a guardar silencio.

Y tal fue la maldad de la vieja arpía que no solo acusó a mi hija de los actos más horribles de brujería, sino que contó también que un día la muchacha se había entregado a Satanás para que le robase su honor de doncella; y dijo que sin duda Satanás la había deshonrado. Mi hija no respondió, pero bajó la mirada y el rostro se le encendió de vergüenza ante semejante obscenidad; y a la otra calumnia blasfema que la vieja arpía lanzó con muchas lágrimas, esto es, que mi hija había entregado a su marido (el de Lizzie), en cuerpo y alma, a Satanás, ella reaccionó como lo había hecho antes. Pero, cuando la vieja bruja pasó a relatar cómo la había visto bautizándose de nuevo en el mar, y dijo que, mientras buscaba fresas en el bosquecillo, había reconocido la voz de mi hija y se había acercado sigilosamente a ella, y había observado aquella conducta diabólica, mi hija sonrió y respondió:

—¡Mujer malvada! ¿Cómo pudiste oír mi voz si yo estaba en el mar y tú en el bosque en lo alto de la montaña? Está claro que mientes, puesto que el murmullo de las olas te lo habría impedido.

Esto enfureció a la arpía y, al intentar deshacer el error, lo agravó aún más diciendo:

—¡Vi el movimiento de tus labios, y así fue como supe que estabas llamando a tu amante el Diablo!

A lo que mi hija replicó:

—¡Vieja impía! Acabas de decir que estabas en el bosque cuando oíste mi voz; ¿cómo pudiste ver desde allí si yo, que estaba abajo en el agua, movía los labios o no?

Estas contradicciones asombraron incluso al *Dom. Consul*, por lo que amenazó a la vieja bruja con el potro de tortura si seguía mintiendo; a lo que ella respondió:

—¡Escuche, entonces, y verá si miento! Cuando se metió desnuda en el agua, no tenía ninguna marca en el cuerpo, pero, cuando volvió a salir, vi entre sus pechos una marca del tamaño de un penique de plata, por lo que deduje que se la había hecho el Diablo, si bien no lo había visto con ella, ni había visto tampoco ningún espíritu o humano, pues parecía estar completamente sola.

En ese momento, el gobernador civil saltó de su asiento y gritó:

—¡Hay que buscar esa marca ahora mismo!

A lo que el *Dom. Consul* respondió:

—Sí, pero no lo haremos nosotros, sino dos mujeres de buena reputación.

Haciendo oídos sordos a las protestas de mi hija, que intentaba explicarle que se trataba de un lunar y que lo tenía desde la infancia, mandó buscar a la mujer del alguacil y, cuando se presentó, le murmuró algo al oído. Como los ruegos y las lágrimas no sirvieron de nada, obligaron a mi hija a ir con ella. No obstante, le concedieron el favor de que no fuera Lizzie Kolken la otra mujer, como a esta le habría gustado, sino nuestra vieja doncella Ilse. También yo las acompañé, con gran pesar, pues no sabía lo que podían hacerle esas dos mujeres. Mary lloró amargamente mientras la desvestían, y se tapó los ojos con las manos, incapaz de soportar la vergüenza.

¡Ay de mí!, su cuerpo era tan blanco como el de mi difunta esposa; aunque de niña, si mal no recuerdo, era muy amarilla, y vi con asombro el lunar entre sus pechos, del que nunca antes había oído hablar. De pronto soltó un fuerte grito y dio un salto hacia atrás, pues la mujer del alguacil, cuando nadie la miraba, le había clavado un alfiler en el lunar, tan profundamente que la sangre

roja goteaba entre sus pechos. Esto me enfureció, pero la mujer dijo que lo había hecho por orden del juez, lo que resultó cierto[40], pues, cuando volvimos al tribunal y el gobernador civil le preguntó cómo había ido, ella testificó que tenía una marca del tamaño de un penique de plata, de color amarillento, pero que tenía sensibilidad, dado que la *rea* había gritado cuando ella, sin que se diera cuenta, la había pinchado con un alfiler. Sin embargo, el *Dom. Camerarius*, entretanto, se había levantado de pronto y, acercándose a mi hija, le levantó los párpados y exclamó, poniéndose a temblar:

—Contemplad la señal que nunca falla.

Toda la sala se puso en pie y miró el pequeño punto debajo de su párpado derecho, que era en verdad la marca de un orzuelo, pero nadie quiso creernos.

—¡Mira, Satanás te ha marcado el cuerpo y el alma! —dijo el *Dom. Consul*—. Y tú sigues mintiendo ante el Espíritu Santo; pero no te servirá de nada, pues recibirás el castigo más severo. ¡Mujer desvergonzada! Has negado el testimonio de la vieja Lizzie; ¿negarás también el de todas estas personas, que te han oído llamar en la montaña a tu amante el Diablo, y lo han visto aparecer en forma de gigante barbudo que te besaba y te acariciaba?

Al oír esto, el viejo Paasch, la señora Witthahn y Zuter se presentaron para dar testimonio de que habían visto cómo esto sucedía en torno a la medianoche, y tan seguros estaban que lo habrían jurado por su vida. Contaron que la vieja Lizzie los había despertado un sábado a las once de la noche, les había dado una jarra de cerveza y los había convencido para que siguieran a escondidas a la hija del párroco y espieran lo que hacía en la montaña. Al principio se negaron, pero, con el fin de averiguar la verdad sobre la brujería en el pueblo, y después de rezar con fervor una oración, consintieron por fin en hacer lo que se les pedía y la siguieron en nombre del Señor.

No tardaron en ver a través de los arbustos a la bruja bajo la luz de la luna; parecía estar cavando, sin dejar de hablar mientras tanto en una lengua extraña, cuando apareció de pronto el horrible demonio y se lanzó a su cuello. Huyeron entonces despavoridos, pero, con la ayuda de Dios Todopoderoso, en quien habían depositado su fe desde el primer momento, quedaron a salvo del poder del Maligno. Pues, aunque se dio la vuelta al oír un crujido en los arbustos, no tuvo poder suficiente para hacerles daño.

Finalmente, a mi hija le imputaron como delito incluso que se hubiera desmayado en la carretera de Coserow a Pudgle; nadie creyó que hubiera sido a causa de la humillación producida por las habladurías de la vieja Lizzie, y no por mala conciencia, como afirmó el juez.

Cuando se hubo interrogado a todos los testigos, el *Dom. Consul* le preguntó si había provocado ella la tormenta, cuál era el significado de la rana que había saltado en su regazo, *item*, del erizo que se había cruzado en su camino. A todo esto respondió que sabía tan poco de una cosa como de la otra, en vista de lo cual el *Dom. Consul* negó con la cabeza y ordenó que se la sometiera a tortura para determinar la verdad. El tribunal acordó de inmediato que debía hacerse al día siguiente, y se levantó la sesión. A mi hija se la llevaron a prisión, donde tendría que esperar a su interrogatorio.

El jueves, día 25 de *Augusti*, a mediodía, el honorable tribunal entró en la prisión en la que yo estaba haciendo compañía a mi hija, como era mi costumbre. El alto alguacil se asomó por la puerta de la celda y, con una sonrisa, gritó:

—¡Ajajá! Ya están aquí, ya están aquí; ahora empiezan las cosquillas.

Mi hija se estremeció, pero no tanto por la noticia como por la visión de aquel sujeto. Apenas

se había ido cuando volvió de nuevo para quitarle los grilletes y llevársela. La acompañé al tribunal, donde el *Dom. Consul* leyó la sentencia del honorable y alto tribunal como sigue: que debía ser interrogada una vez más con buenos modos en relación a los artículos incluidos en la acusación; y, si persistía en mostrarse testaruda, debería ser sometida a la *peine forte et dure*, puesto que la *defensio* presentada resultaba insuficiente y había *indicia legitima, prægnantia et sufficientia ad torturam ipsam*[41]; a saber:

1. *Mala fama.*
2. *Maleficium, publicè commissum.*
3. *Apparitio dæmonis in monte.*[42]

El honorabilísimo tribunal central citó entonces más de veinte *auctores*, de los que, sin embargo, solo recuerdo unos pocos. Cuando el *Dom. Consul* le hubo leído esto a mi hija, alzó la voz una vez más y la conminó con muchas palabras a confesar por voluntad propia, pues era hora de que la verdad saliese a la luz.

Ella respondió con rotundidad que esperaba una sentencia mejor, pero que, como era la voluntad de Dios someterla a una prueba aún más dura, se ponía resignadamente en Sus manos misericordiosas, y solo podía confesar lo que ya había dicho antes: esto es, que era inocente y que algunas personas malvadas la habían arrastrado a esta desgracia. El *Dom. Consul* le hizo entonces una señal al alguacil y este abrió de inmediato la puerta de la sala contigua para dejar entrar al *Pastor Benzensis* con su sobrepelliz, a quien el tribunal había llamado para que la conminara de forma más efectiva valiéndose de la Palabra de Dios.

Suspiró profundamente y dijo:

—Mary, Mary, ¿es así como tenemos que volver a vernos?

Al oír esto, mi hija rompió a llorar con amargura y a declarar su inocencia una vez más. Pero él hizo caso omiso de su aflicción, y en cuanto la oyó rezar el Padrenuestro, «Los ojos de todos están puestos en Ti» y «Dios Padre habita en nosotros», alzó su voz y le recordó el odio del Dios vivo a todos los brujos y brujas, pues no solo se les castiga con el fuego en el Antiguo Testamento, sino que lo dice el Espíritu Santo en el Nuevo Testamento (Gálatas, 5), que «los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios», sino que «serán arrojados al lago de fuego y azufre, que es la segunda muerte» (Apocalipsis, 21). Por eso no debía ser testaruda ni murmurar contra el tribunal cuando fuera torturada, puesto que todo se hacía por amor cristiano y para salvar su alma desdichada. No debía retrasar más su arrepentimiento, porque solo conseguiría torturar su cuerpo y entregarle su alma desgraciada a Satanás, quien con toda seguridad no cumpliría en el infierno las promesas que le había hecho en la tierra, ya que era «un asesino desde el principio, y no dice nunca la verdad, porque es el padre de la mentira» (Juan, 8).

—¡Ay, Mary, hija mía! —exclamó—, tú que tantas veces te has sentado en mis rodillas, y por quien ahora imploro cada noche y cada mañana a mi Dios, si no te apiadas de ti ni de mí, apiádate al menos de tu honrado padre, a quien no soy capaz de mirar sin que se me salten las lágrimas al ver que su pelo se ha vuelto del color de la nieve en tan solo unos días. Salva tu alma, hija mía, y ¡confiesa! Tu Padre Celestial sufre por ti tanto como tu padre terrenal, y los santos ángeles ocultan su rostro por el dolor que les causa ver a quien fue una vez su hermana querida convertida ahora en la hermana y novia del Diablo. ¡Regresa, pues, y arrepiéntete! Hoy el Salvador te llama, pobre cordero descarriado, para que vuelvas a Su rebaño. «¿No debería esta mujer, que es hija de Abraham, y a quien Satanás ha maniatado... ser liberada de esta atadura?» Tales son sus compasivas palabras (Lucas, 13); *item*, «Regresa, apóstata Israel, dijo el Señor, y no descargaré

mi ira contra ti, pues soy misericordioso» (Jeremías, 3). ¡Regresa, pues, alma apóstata, junto al Señor tu Dios! Él, que escuchó la oración del idólatra Manasés, cuando «buscó al Señor su Dios y se humilló» (2 Crónicas, 23); Él, que mediante Pablo aceptó el arrepentimiento de los brujos de Éfeso (Hechos, 19); el mismo Dios misericordioso que ahora te grita a ti como lo hizo al ángel de la iglesia de Éfeso, diciendo: «Recuerda, por lo tanto, de dónde has caído y arrepíentete» (Apocalipsis, 2). ¡Oh, Mary, Mary, recuerda, hija mía, de dónde has caído, y arrepíentete!

Con esto guardó silencio, y pasó un rato hasta que las lágrimas y los sollozos permitieron hablar a mi hija, quien al fin respondió:

—Si las mentiras no le resultan menos detestables a Dios que la brujería, no puedo mentir, sino más bien declarar, por la gloria de Dios, lo mismo que he declarado siempre: que soy inocente.

Esta respuesta enojó sobremanera al *Dom. Consul*, que frunció el ceño y le preguntó al alguacil si estaba todo listo; *item*, si las mujeres estaban preparadas para desvestir a la *rea*; a lo que el alguacil respondió con una sonrisa, como era su costumbre, y dijo:

—Ja, ja, ja. Nunca he faltado a mi deber, y no lo haré hoy; le haré cosquillas de tal forma que no tardará en confesar.

A continuación, el *Dom. Consul* se volvió hacia mi hija y dijo:

—Eres estúpida, y no sabes el tormento que te espera, por eso sigues obstinándote en tu actitud. Ahora sígueme a la cámara de tortura, donde el verdugo te mostrará los *instrumenta*, y tal vez recapacites cuando veas a lo que te enfrentas.

Pasó entonces a otra sala, y el alguacil lo siguió con mi hija. Cuando me disponía a acompañarlos, el *Pastor Benzensis* me sujetó, con muchas lágrimas, y me suplicó que me quedase donde estaba. Pero no le presté atención y me zafé de él, y juré que, mientras corriese una gota de sangre por mi desgraciado cuerpo, no abandonaría a mi hija. Así pues, pasé a la sala contigua, y de ahí a un sótano, donde estaba la cámara de tortura, sin ventanas para que desde fuera no se oyeran los gritos del torturado. Cuando entré, ya ardían dos teas, y aunque al principio el *Dom. Consul* me ordenó que me marchara, al cabo de un rato se compadeció de mí y me permitió quedarme.

Después, aquel perro del infierno que era el alguacil se adelantó y primero le enseñó a mi pobre hija el potro, diciendo con salvaje regocijo:

—¡Mira! En primer lugar, te tumbarás aquí, y te ataremos de pies y manos. A continuación, te colocaremos estas empulgueras[43], que enseguida harán que la sangre mane a chorros de la punta de tus dedos; como tal vez hayas observado, todavía están manchadas con la sangre de la vieja Gussy Biehlke, a la que quemaron el año pasado, y que, como tú, no quería confesar al principio. Si tú sigues negándote a confesar, lo siguiente que te pondré serán estas botas españolas[44], y, si te vienen demasiado grandes, les pondré una cuña, para que la pantorrilla, que ahora tienes en la parte posterior de la pierna, sea empujada hacia el frente, y la sangre saldrá a borbotones de tu pecho, como cuando aplastas moras en una bolsa.

»Si a pesar de todo sigues sin confesar...

Dando un fuerte bramido, abrió de una patada la puerta que tenía detrás, de tal modo que el sótano tembló, y mi pobre hija cayó de rodillas, asustada. Al poco tiempo, dos mujeres trajeron un caldero burbujeante, lleno de brea y azufre hirviendo. Aquel perro del infierno ordenó que pusieran el caldero en el suelo y, de debajo de la capa roja que llevaba puesta, sacó un ala de ganso, de la que arrancó cinco o seis plumas que sumergió en el azufre hirviendo. Después de

tenerlas un rato en el caldero, las tiró al suelo, donde se retorcieron y salpicaron azufre por todas partes. A continuación, llamó a mi pobre hija de nuevo:

—¡Mira! Echaré estas plumas sobre tus lomos blancos, y el azufre hirviente irá penetrando en tu carne hasta llegar al hueso, lo que te servirá de anticipo de las diversiones que te esperan en el infierno.

Al oírlo hablar así, entre risas y burlas, se apoderó de mí tal furia que salí del rincón en el que estaba de pie, apoyando mis temblorosas articulaciones en un viejo barril, y grité:

—¡Oh, perro infernal! ¿Dices todo eso por ti mismo, o te lo han ordenado otros?

Aquel hombre me propinó tal golpe en el pecho que me caí de espaldas contra la pared, y *Dom. Consul* me gritó lleno de cólera:

—¡Viejo demente!, si quieres estar aquí, ni se te ocurra molestar al alguacil; de lo contrario, haré que te echen inmediatamente. Se limita a cumplir con su deber, y lo que ha dicho es exactamente lo que le ocurrirá a tu hija si no confiesa, o si parece que el abyecto demonio le ha dado un hechizo contra la tortura[45].

En ese momento, el perro del infierno se acercó a hablar con mi pobre hija sin prestarme la menor atención, excepto para reírse en mi cara.

—¡Mira! Cuando ya estés bien rota, ja, ja, ja, te levantaré mediante estas dos anillas que hay en el suelo y en el techo, te extenderé los brazos por encima de la cabeza y los ataré bien al techo, para luego coger estas dos antorchas y ponerlas debajo de tus hombros hasta que tu piel parezca la corteza de un jamón ahumado. A partir de ese momento, tu amante infernal ya no podrá ayudarte, y confesarás la verdad. Ahora ya has visto y oído todo lo que voy a hacerte, en nombre de Dios y por orden de los magistrados.

El *Dom. Consul* se adelantó una vez más y la conminó a confesar la verdad. Pero ella se atuvo a lo que llevaba diciendo desde el principio; así pues, él la puso en manos de las dos mujeres que habían traído el caldero para que le quitasen la ropa hasta dejarla como Dios la trajo al mundo y le pusieran la vestidura negra de los torturados; hecho lo cual, se dispusieron a conducirla descalza ante el honorable tribunal. Pero una de esas mujeres era el ama de llaves del gobernador civil (la otra era la esposa del insolente alguacil), y mi hija dijo que no permitiría que la tocasen más que mujeres honradas, algo que el ama de llaves estaba lejos de ser, y le rogó al *Dom. Consul* que mandase buscar a su doncella, quien estaba en su celda leyendo la Biblia, si no tenía a mano a otra mujer decente. Esto hizo que el ama de llaves soltase una extraordinaria andanada de insultos e imprecaciones, pero el *Dom. Consul* la reprendió, y le respondió a mi hija que también en este asunto accedería a su deseo, ordenando a la mujer del descarado alguacil que hiciese venir de la prisión a la doncella. Después me cogió del brazo y me rogó tan encarecidamente que lo acompañase arriba, dado que mi hija todavía no iba a sufrir ningún daño, que no pude negarme.

No había pasado mucho rato cuando ella misma subió, acompañada por las dos mujeres; iba descalza y con la vestidura negra de tortura, y estaba tan pálida que a mí mismo me costó reconocerla. El odioso alguacil, que las seguía de cerca, la agarró de la mano y la llevó ante el honorable tribunal.

Dieron comienzo una vez más las reprensiones, y el *Dom. Consul* le ordenó que mirase las manchas marrones de la túnica negra, pues era la sangre de la vieja señora Biehlke, y que se parase a pensar en que, dentro unos pocos minutos, se mancharía también con su propia sangre; a lo que ella respondió:

—Lo he pensado muy bien, pero confío en que mi fiel Salvador, que me ha deparado este

tormento aun conociendo mi inocencia, me ayudará también a soportarlo, como ayudó a los santos mártires de la antigüedad; porque, si ellos, con la ayuda de Dios y de su fe, soportaron los tormentos que les infligieron los ciegos paganos, también yo soportaré los tormentos que me inflijan otros ciegos paganos que, de hecho, se hacen llamar cristianos, pero son más crueles que los de antaño; porque aquellos se limitaban a hacer que las santas vírgenes fueran despedazadas por bestias salvajes, pero vosotros habéis recibido el nuevo mandamiento: «Que os améis unos a otros, como vuestro Salvador os ha amado; que os améis unos a otros, pues así todos sabrán que sois Sus discípulos» (Juan, 13); vosotros mismos seréis las bestias salvajes y despedazaréis a una doncella inocente, hermana vuestra, quien nunca os ha hecho el menor daño. Haced, pues, como se os antoje, pero pensad bien cómo responderéis de ello ante el Juez supremo. Y os digo una vez más, nada teme el cordero, pues está en manos del Buen Pastor.

Después de que mi incomparable hija hubo hablado de ese modo, el *Dom. Consul* se puso en pie, se quitó el casquete negro que llevaba siempre porque ya estaba calvo en la coronilla, hizo una reverencia al tribunal y dijo:

—En ese caso, le hacemos saber al honorable tribunal que el interrogatorio ordinario y extraordinario de la testaruda y blasfema bruja Mary Schweidler va a comenzar, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Ante estas palabras, toda la sala se puso en pie excepto el gobernador civil, que ya se había levantado antes y caminaba inquieto de un lado a otro. De lo que ocurrió a continuación, y de lo que hice yo mismo, no recuerdo una palabra, pero lo relataré tal y como me lo contaron mi hija y otros *testes*[46].

Cuando el *Dom. Consul*, después de hablar así, cogió el reloj de arena de encima de la mesa y se dirigió hacia la puerta, yo me dispuse a seguirlo. Entonces el *Pastor Benzensis* me rogó con muchas palabras que desistiera de mi propósito, y, al ver que no servía de nada, mi hija me acarició las mejillas y me dijo:

—Padre, ¿alguna vez has leído que la Santísima Virgen estuviera presente cuando su cándido Hijo fue azotado? Aléjate de mí, entonces. Estarás junto a la pira en la que me quemén, te lo prometo; igual que la Santísima Virgen estuvo al pie de la cruz. Pero ahora vete; ¡vete, te lo ruego, porque no serás capaz de soportarlo, ni yo tampoco!

En vista de que tampoco esto lograba convencerme, el *Dom. Consul* le ordenó al alguacil que me llevase a la fuerza a otra sala y me encerrase allí; sin embargo, me zafé de él y caí a los pies del magistrado, suplicándole por las heridas de Cristo que no me separase de mi hija; le prometí que nunca olvidaría su amabilidad y su misericordia, y que rezaría por él día y noche; es más, el día del juicio final yo sería su intercesor con Dios y los santos ángeles si me permitía estar junto a mi hija; no movería un dedo ni diría una palabra, le aseguré, pero tenía que ir con ella.

Tanto conmovieron mis palabras al digno hombre que rompió a llorar, y tanto tembló de pena por mí que el reloj de arena se le cayó de las manos y rodó hasta los pies del gobernador civil, como si el mismísimo Dios quisiera darle a entender que tenía las horas contadas; y así debió de interpretarlo él, porque estaba tan blanco como la pared cuando lo recogió y se lo devolvió al *Dom. Consul*. Este por fin accedió a dejarme ir con ellos, diciendo que aquel día le iba a quitar diez años de vida, pero le ordenó al insolente alguacil, que también nos acompañaría, que me sacase de allí si hacía el menor *rumor* durante la tortura. Y con esto el tribunal en pleno bajó al sótano, a excepción del gobernador civil, quien dijo que le dolía la cabeza y que creía que su antiguo *malum*, la gota, lo estaba atacando de nuevo, por lo que se fue a otra sala; *item*, el *Pastor*

Benzensis también se marchó.

Abajo, en la cámara de tortura, el alguacil trajo antes de nada mesas y sillas para que se sentase el tribunal, y el *Dom. Consul* también me acercó a mí una silla, pero no la utilicé, sino que me arrodillé en un rincón. Entonces empezaron de nuevo con sus viles amonestaciones, y como mi hija, a semejanza del cándido Salvador ante Sus injustos jueces, guardó silencio, el *Dom. Consul* se levantó y le ordenó al alguacil que la tumbara en el potro de tortura.

Ella tembló como una hoja de álamo mientras la ataba de pies y manos; y cuando estaba a punto de venderle sus preciosos ojos con un trapo viejo, mugriento y asqueroso en el que mi doncella le había visto llevar pescado el día anterior y que aún estaba lleno de brillantes escamas, me percaté y saqué mi pañuelo de seda, rogándole que utilizara este en lugar de aquel, como así hizo. Acto seguido, le pusieron las empulgueras, y le preguntaron otra vez si estaba dispuesta a confesar libremente, pero ella se limitó a mover su pobre cabecita cegada, y a repetir con un suspiro las palabras en arameo de su Salvador agonizante: «*Eli, Eli, lama sabachthani?*», y en griego: «*Theé mou, Theé mou, giatí me enkatalépsate?*».[47] El *Dom. Consul* retrocedió asustado e hizo la señal de la cruz (pues, como no sabía griego, creyó, como reconoció él mismo después, que estaba llamando al Diablo para que la ayudase), y entonces le ordenó con un grito al alguacil:

—¡Atornilla!

Pero, al oír esto, lancé tal alarido que tembló toda la cámara; y cuando mi pobre hija, que estaba muerta de miedo y desesperación, escuchó mi voz, forcejeó primero intentando librarse de las ataduras como un cordero moribundo en el matadero, y por fin gritó:

—Soltadme y confesaré lo que queráis.

Lo cual supuso una alegría tal para el *Dom. Consul* que, mientras el alguacil la desataba, cayó de rodillas y le dio gracias a Dios por evitarle aquella angustia. Pero, en cuanto soltaron a mi desesperada hija y hubo dejado a un lado su corona de espinas (es decir, mi pañuelo de seda), saltó del potro y fue corriendo hacia mí, que estaba desplomado y medio muerto en el rincón después de haber sufrido un desmayo.

Esto enojó mucho al honorable tribunal, y, cuando el alguacil me hubo sacado de allí, la *rea* fue conminada a confesar conforme a lo prometido. Pero, en vista de que estaba demasiado débil para tenerse en pie, el *Dom. Consul* le ofreció una silla, pese al ostensible descontento del *Dom. Camerarius*, y estas fueron las principales preguntas que le hicieron por orden del honorabilísimo tribunal central, formuladas por el *Dom. Consul* y registradas *ad protocollum*.

P: ¿Sabe embrujar?

R: Sí, sé embrujar.

P: ¿Quién le ha enseñado?

R: El mismo Satanás.

P: ¿Cuántos diablos tiene?

R: Con uno me basta.

P: ¿Cómo se llama?

Lo pensó un momento.

R: Se llama *Disidæmonia*.

El *Dom. Consul* se estremeció y dijo que debía de ser un diablo verdaderamente terrible, pues no había oído nunca ese nombre, y que tenía que deletrearlo, para que el *Scriba* no cometiese

ningún error. Y así lo hizo ella, después de lo cual, el interrogatorio continuó.

P: ¿En qué forma se le ha aparecido?

R: En forma de gobernador civil, y a veces como una cabra con cuernos enormes.

P: ¿La ha rebautizado Satanás? ¿Dónde?

R: Sí, en el mar.

P: ¿Qué nombre le ha dado?

R: ...

P: ¿Algún vecino estuvo presente cuando la rebautizaron? ¿Quiénes?

En este punto, mi incomparable hija alzó la mirada al cielo, como si se debatiese entre deshonorar o no a la vieja Lizzie, pero finalmente dijo:

R: ¡No!

P: Debe de haber tenido padrinos. ¿Quiénes son? ¿Cuál fue su regalo de bautizo?

R: Allí solo había espíritus; por eso la vieja Lizzie no vio a nadie cuando me descubrió rebautizándome.

P: ¿Alguna vez ha vivido con el Diablo?

R: Nunca he vivido en ningún sitio más que en la casa de mi padre.

P: Creo que ha preferido no entenderme. Lo que quiero decir es si ha tenido relaciones licenciosas con Satanás, y si le conoce carnalmente.

Ante esta pregunta, ella se sonrojó, y fue tal su vergüenza que se tapó la cara con las manos y empezó a sollozar. Y, como después de muchas preguntas siguió sin dar respuesta, la conminaron otra vez a decir la verdad; de lo contrario, el verdugo volvería a ponerla en el potro. Por fin dijo: «¡No!»; sin embargo, el venerable tribunal no la creyó, y ordenó al verdugo que la apresara de nuevo, y entonces ella respondió: «¡Sí!».

P: ¿Encontró al Diablo caliente o frío?

R: No lo recuerdo.

P: ¿Ha concebido y dado a luz a algún hijo de Satanás? ¿Qué forma tenía?

R: No, a ninguno.

P: ¿Le ha hecho el abyecto demonio alguna señal o marca en el cuerpo? Si es así, ¿dónde?

R: El tribunal ya ha tenido oportunidad de ver la marca.

La acusaron entonces de toda la brujería practicada en el pueblo, y ella asumió la responsabilidad de todo, excepto de la muerte del viejo Seden, *item*, de la enfermedad de la pequeña Paasch; y tampoco quiso, por último, reconocer que había echado a perder mi cosecha y llenado mi huerto de orugas. Aunque trataron de asustarla tumbándola una vez más en el potro y poniéndole las empulgueras, ella se mantuvo firme, y dijo:

—¿Por qué tendríais que torturarme, si he reconocido delitos mucho más graves que esos, y negar estos no me va a ayudar a salvar mi vida?

Finalmente, el honorable tribunal se dio por satisfecho, y le permitieron levantarse del potro de tortura, sobre todo porque había confesado el *articulus principalis*; esto es, que Satanás se le había aparecido en la montaña en forma de gigante barbudo. De la tormenta y la rana, igual que del erizo, nada se dijo, pues para entonces el honorable tribunal ya había comprendido lo absurdo de suponer que podía haber desatado una tormenta mientras estaba sentada tranquilamente en un carruaje. Por último, rogó que le concedieran el deseo de morir vestida con la misma ropa que había llevado cuando fue a saludar al rey de Suecia; *item*, que le permitieran a su desdichado

padre acompañarla a la hoguera y quedarse a su lado mientras la quemaban, pues así se lo había prometido en presencia del honorable tribunal.

Con esto la dejaron una vez más a cargo del alto alguacil, a quien se le ordenó que la pusiera en una celda más segura y austera. Pero aún no había salido con ella de la cámara cuando el hijo bastardo del gobernador civil, el que había tenido con el ama de llaves, entró con un tambor y se puso a tocar y a gritar:

—¡Vamos a asar el ganso! ¡Vamos a asar el ganso!

Esto enfureció mucho al *Dom. Consul*, que salió corriendo detrás de él; pero no consiguió atraparlo, pues el pequeño bellaco se conocía todas las entradas y salidas de la cámara. Fue en ese momento cuando el Señor hizo que me desmayase, y mis sentidos abandonaron este terrible lugar donde no parecía que hubiera reposo ni para mí ni para mi pobre hija, tan injustamente condenada.

[Nota del editor: gracias sobre todo al esfuerzo de su padre (nuestro narrador), Mary consigue finalmente quedar absuelta de todos los cargos de brujería, pero no antes de una serie de episodios dramáticos que la acercan peligrosamente a la hoguera.]

EL ESPECTRO DE LA BRUJA

ANÓNIMO

Como ya se ha apuntado en el primer relato de esta sección, muchas revistas victorianas omitían el nombre del autor en muchas de sus publicaciones. Probablemente la más destacada de esta categoría fuera *The Dublin Review*. (No creo que pueda sorprender a nadie que esta revista mensual mostrase tanta inclinación por lo macabro si se tiene en cuenta que su editor fue durante muchos años el célebre escritor de relatos de fantasmas Joseph Sheridan Le Fanu.) De los muchos números de esta publicación que he examinado con gran placer, me gustaría presentarles el siguiente relato publicado en 1845 con el título de «El espectro de la bruja» (*The Witch Spectre*), que, según señala el editor, es obra de «una dama de sociedad del condado de Cork» y está basado en un hecho real.

Hace unos treinta años, en el mes de mayo, despertaron a medianoche a un clérigo católico que vivía en Rathdowney, en Queen's County, para que atendiese a un moribundo en una zona remota de la parroquia. El sacerdote obedeció sin rechistar, y, una vez administrada la extremaunción al pecador moribundo, lo vio abandonar este mundo antes salir de la cabaña. Como todavía era de noche, el hombre que había ido a llamar al sacerdote se ofreció ahora a acompañarlo a su casa, pero este rechazó el ofrecimiento y emprendió el viaje solo. La luz grisácea del alba empezó a asomar por encima de las montañas. El buen sacerdote estaba profundamente cautivado por la belleza de la escena, y siguió avanzando con su caballo, observando ahora con atención todo lo que lo rodeaba y soltando latigazos a los murciélagos y a las bonitas moscas nocturnas que se cruzaban revoloteando de vez en cuando en su solitario camino. Enfrascado en esta distracción prosiguió su viaje lentamente, hasta que el amanecer cada vez más próximo empezó a permitirle distinguir los objetos perfectamente, y entonces se apeó de su caballo, soltó las riendas, sacó el breviario de su bolsillo y se puso a leer su «oficio matutino» mientras caminaba sin prisa.

No había avanzado mucho cuando advirtió que su caballo, un animal muy brioso, parecía querer detenerse en mitad del camino y miraba fijamente un campo en el que pastaban tres o cuatro vacas. No obstante, él no prestó demasiada atención a esta circunstancia y siguió caminando un poco más, cuando el caballo de pronto corcoveó violentamente y trató de soltarse. El sacerdote logró dominarlo con gran dificultad y, al observarlo más de cerca, se dio cuenta de que temblaba y sudaba copiosamente. El animal se tranquilizó entonces, pero se negó a moverse de donde estaba, y ni las amenazas ni las súplicas pudieron inducirlo a continuar. El sacerdote no salía de su asombro, pero, como recordaba haber oído a menudo que una forma de obligar a un caballo

asustado a seguir trabajando era vendarle los ojos, sacó su pañuelo y se lo ató en la cabeza. A continuación se montó y, pegándole con suavidad, el caballo prosiguió su camino sin oponer resistencia, pero aún sudando y temblando incontrolablemente. No habían avanzado mucho cuando llegaron a un estrecho camino de herradura, flanqueado por setos altos y tupidos, que comunicaba el camino principal con el campo en el que pastaban las vacas. El sacerdote miró por casualidad al sendero y vio un espectáculo que le heló la sangre. Las piernas de un hombre, sin tronco ni cabeza, venían trotando hacia ellos. El buen sacerdote se asustó mucho, pero, siendo un hombre de gran coraje, decidió que, pasase lo que pasase, esperaría y haría frente a aquel singular espectro. Así pues, se quedó parado, y lo mismo hizo la acéfala aparición, como si le diera miedo acercarse a él. El sacerdote, al ver esto, reculó un poco, alejándose de la entrada al sendero, y el fantasma se puso en marcha de nuevo. No tardó en llegar al camino, y el sacerdote tuvo entonces la oportunidad de observarlo minuciosamente. Iba con unos bombachos de gamuza amarillos, bien sujetos a la altura de las rodillas con unas cintas verdes, pero no llevaba ni zapatos ni calcetines, y sus piernas estaban cubiertas de pelo largo y rojo, y empapadas de agua, sangre y barro, resultado, al parecer, del roce con los espinosos setos. El sacerdote, aunque muy asustado, sintió deseos de estudiar al fantasma, y con este propósito echó mano de todo su aplomo para atreverse a hablarle. El fantasma iba ahora un poco adelantado, siguiendo su marcha con el mismo trote ligero, así que el sacerdote espoleó a su caballo hasta que lo alcanzó, y entonces le dijo:

—¡Hola, amigo! ¿Quién eres, y adónde vas tan temprano?

El horrible espectro no respondió, pero lanzó un gruñido feroz y sobrehumano, algo así como «Ja».

—Una mañana estupenda para que los fantasmas salgan a pasear —insistió el sacerdote.

Otro «Ja» por respuesta.

—¿Por qué no dices nada?

—Ja.

—No parece muy inclinado a hablar hoy.

—Ja —otra vez.

El buen hombre empezó a irritarse ante el obstinado silencio de su misterioso acompañante, y le dijo, un tanto enfadado:

—Por todos los santos, te ordeno que me respondas: ¿quién eres, y a dónde te diriges?

Por toda respuesta, obtuvo un «Ja» más alto y furioso que los anteriores.

—Tal vez —dijo el sacerdote— probar mi látigo te vuelva más comunicativo. —Y acto seguido le asestó un fuerte golpe en el trasero.

El fantasma lanzó un grito salvaje y sobrenatural y cayó hacia delante, y cuál no sería la sorpresa del sacerdote al percatarse de que el suelo se había cubierto de leche. Se quedó mudo de asombro; el fantasma, tumbado en tierra, siguió soltando grandes cantidades de leche por todas partes; al sacerdote le daba vueltas la cabeza y se le nubló la vista; se sumió en un estupor que duró varios minutos y, cuando se recuperó, el aterrador espectro había desaparecido, y en su lugar vio tirado en el camino, y medio sumergido en leche, el cuerpo de Sarah Kennedy, una anciana del vecindario conocida desde hacía mucho tiempo en el distrito por practicar la brujería y la superstición. Ahora se descubría que, con ayuda infernal, había adoptado aquella forma monstruosa y se había dedicado toda esa mañana a succionar la leche a las vacas del pueblo. Si un volcán hubiera entrado en erupción entre sus pies, el hombre no se habría sorprendido tanto; se

quedó un rato mirando en atónito silencio mientras la anciana gemía y se retorció convulsivamente.

—Sarah —dijo él por fin—, llevo tiempo advirtiéndote de que te arrepentirías de tu comportamiento perverso, pero has hecho oídos sordos a todas mis súplicas; y ahora, condenada mujer, te sorprende en plena fechoría.

—Oh, padre, padre —gritó la pobre anciana—, ¿no puede hacer nada para salvarme? Estoy perdida; el infierno se ha abierto para mí y legiones de diablos me rodean en este momento, esperando para llevar mi alma a la perdición.

El sacerdote no tuvo fuerzas para responder; el sufrimiento de la desdichada bruja se acentuó; su cuerpo se hinchó hasta adquirir un tamaño enorme; sus ojos se encendieron como el fuego, su rostro se oscureció como la noche, todo su cuerpo se retorció de mil formas distintas; sus gritos eran espantosos, se le hundió la cara, se le cerraron los ojos, y al cabo de unos minutos expiró en medio del más penoso tormento.

El sacerdote siguió su camino, deteniéndose en la primera casa que encontró para dar noticia del extraño suceso. Los restos de Sarah Kennedy se trasladaron a su propio chozo, situado en la linde de un pequeño bosque no muy lejos de allí. Llevaba viviendo en aquella zona muchos años, pero seguía siendo una forastera, y nadie sabía de dónde procedía. No tenía ningún familiar en aquel lugar más que una hija, ya entrada en años, que vivía con ella. Poseía una vaca, pero vendía más mantequilla, según decían, que cualquier granjero de la región, y la sospecha general era que la conseguía por medios diabólicos, pues ella nunca había ocultado sus amplios conocimientos de brujería y hechicería. Profesaba la religión católica romana, pero nunca había comulgado con las prácticas impuestas por dicha iglesia; por lo tanto, se les negó a sus restos cristiana sepultura, y fueron enterrados en una mina de arena próxima a su chozo.

La noche del entierro la gente de la aldea se reunió y quemó el chozo. Su hija huyó y nunca más volvió.

LA HISTORIA DE FANTASMAS DE MI HERMANO

AMELIA EDWARDS

Amelia Blandford Edwards (1831-1892) es quizá la autora más conocida de las incluidas en esta antología. Novelas suyas como *My Brother's Wife* [La mujer de mi hermano] (1855) y *Lord Brackenbury* (1880) siguen en circulación, y de vez en cuando se incluye uno de sus relatos en una antología. Nació en Londres, y estaba profundamente interesada en Egipto; no en vano fundó la Egyptian Exploration Fund. También le fascinaban las leyendas de fantasmas, y escribió unos cuantos relatos basados en testimonios de personas que aseguraban haberlos visto. Sus relatos ligeros y absorbentes alcanzaron popularidad en una época en que la mayoría de lo que se publicaba era pesado y pedante, y, a decir verdad, tal vez sea esta la razón de que su obra siga imprimiéndose hoy. El siguiente cuento de fantasmas guarda tan solo una relación tangencial con la brujería (el tema del presagio trágico o la presciencia sobrenatural) y se publicó en el número de Navidad de 1860 de la revista de Dickens *All the Year Round*, con el título original de *My Brother's Ghost Story*.

Mía es la historia de fantasmas de mi hermano. Le ocurrió hace unos treinta años, mientras caminaba entre los Alpes con su cuaderno de esbozos en la mano, eligiendo temas para un libro ilustrado sobre Suiza. Habiendo entrado en el Oberland por el paso de Brunig, y repleto su cuaderno de lo que él solía llamar «pedazos» de la comuna de Meiringen, pasó por Grosse Scheidegg hasta Grindelwald, adonde llegó una oscura tarde de septiembre, unos tres cuartos de hora después de la puesta del sol. Se había celebrado una feria ese día, y el sitio estaba abarrotado. En la mejor posada no encontró un centímetro de espacio libre —solo había dos posadas en Grindelwald hace treinta años—, así que mi hermano se dirigió a la que estaba al otro lado del puente cubierto, junto a la iglesia, y allí, no sin dificultad, consiguió la promesa de una pila de mantas y un colchón, en una habitación que ya estaba ocupada por otros tres viajeros.

El Adler era una posada anticuada, medio granja, medio mesón, con grandes galerías laberínticas en el exterior y una inmensa sala común que era una especie de granero. En un extremo de esta sala había grandes cocinas, como mostradores metálicos, repletas de cacerolas humeantes que brillaban por debajo como calderas. En el otro extremo, fumando, cenando y charlando, había congregados treinta o cuarenta huéspedes: guías, conductores y montañeros en su mayoría. Mi hermano tomó asiento entre ellos, y le sirvieron, como a los demás, un tazón de sopa,

una fuente de carne, una jarra de vino francés y una hogaza de pan hecha con maíz indio. Enseguida se le acercó un san bernardo gigantesco y metió el hocico debajo del brazo de mi hermano. Entretanto, entabló conversación con dos jóvenes italianos, bronceados y de ojos negros, que estaban sentados cerca de él. Eran florentinos. Le dijeron que se llamaban Stefano y Battisto. Llevaban varios meses viajando y vendiendo a comisión camafeos, mosaicos, piezas de sulfuro y otras baratijas italianas por el estilo, y se dirigían ahora a Interlaken y Ginebra. Cansados del frío del norte, y nostálgicos como niños, no veían el momento de volver a sus montes azules y sus olivos verde grisáceos; a sus talleres en Ponte Vecchio y a su casa junto al Arno.

Supuso un gran alivio para mi hermano descubrir, cuando llegó el momento de irse a dormir, que aquellos muchachos eran dos de sus compañeros de habitación. El tercero ya estaba allí, durmiendo como un lirón de cara a la pared. Los otros apenas lo miraron. Estaban todos cansados y con ganas de levantarse al amanecer, pues habían acordado caminar juntos por la Wengernalp hasta llegar a Lauterbrunnen. Así pues, mi hermano y los dos jóvenes se dieron rápidamente las buenas noches y, antes de que hubieran pasado muchos minutos, ya se habían adentrado en la tierra de los sueños tan lejos como su desconocido compañero.

Mi hermano durmió profundamente; tan profundamente que, cuando por la mañana lo despertó un clamor de voces alegres, se incorporó soñoliento y preguntándose dónde estaba.

—Buenos días, *signor* —exclamó Battisto—. Aquí tenemos a un compañero que va en la misma dirección que nosotros.

—Christien Baumann, nativo de Kandersteg, de oficio fabricante de cajas de música, y al servicio de *monsieur* para lo que usted mande —dijo el durmiente de la noche anterior.

Se trataba del muchacho más apuesto que uno pueda imaginarse. Esbelto, fuerte, bien proporcionado, con el pelo castaño rizado y unos ojos brillantes y sinceros que parecían bailar al son de cada palabra que salía de su boca.

—Buenos días —dijo mi hermano—. Estabas dormido anoche cuando subimos.

—¡Dormido! Supongo que sí, después de pasarme todo el día en la feria, y caminando desde Meiringen la noche anterior. ¡Qué estupenda feria!

—Y que lo digas —dijo Battisto—. Ayer vendimos camafeos y mosaicos por valor de casi cincuenta francos.

—¡Vaya, vosotros dos vendéis camafeos y mosaicos! Enseñadme vuestros camafeos y yo os enseñaré mis cajas de música. Tengo algunas muy bonitas, con coloridas vistas de Ginebra y Chillon en la tapa, que tocan dos, cuatro, seis e incluso ocho canciones. ¡Qué diablos, os daré un concierto!

Y, con esto, soltó las correas de su maleta, dispuso sus pequeñas cajas en la mesa y les dio cuerda, una tras otra, para deleite de los italianos.

—Yo mismo colaboré en la fabricación de cada una —dijo orgulloso—. ¿No os parece una música preciosa? A veces pongo una en marcha cuando me acuesto por la noche, y me duermo escuchándola. ¡Así me aseguro de tener sueños agradables! Pero veamos vuestros camafeos. Tal vez os compre uno para Marie, si no son muy caros. Marie es mi prometida, y vamos a casarnos la semana que viene.

—¡La semana que viene! —exclamó Stefano—. Eso es muy pronto. Battisto también tiene novia, allá en Impruneta; pero tendrán que esperar mucho tiempo hasta poder comprar el anillo.

Battisto se puso colorado como una muchacha.

—¡Calla, hermano! —dijo—. Enséñale los camafeos a Christien, y ¡dale descanso a tu lengua! Pero Christien no estaba dispuesto a cambiar de conversación.

—¿Cómo se llama? —preguntó—. ¡Vamos, Battisto, tienes que decírmelo! ¿Es guapa? ¿Es morena o rubia? ¿La ves a menudo cuando está en casa? ¿La quieres mucho? ¿La quieres tanto como Marie a mí?

—¿Cómo quieres que sepa eso? —preguntó Battisto, más ponderado—. Me ama, y yo la amo a ella, es lo único que sé.

—¿Cómo se llama?

—Margherita.

—¡Qué nombre más adorable! Y me atrevo a aventurar que es tan bonita como su nombre. ¿Has dicho que era rubia?

—No he dicho que fuera de ninguna forma —respondió Battisto, abriendo el cierre de hierro de una caja verde y sacando una bandeja tras otra con su preciosa mercancía—. ¡Fíjate! Estos cuadros hechos con pequeñas incrustaciones son mosaicos romanos; estas flores sobre un fondo negro son florentinas. El fondo está hecho con piedra negra, y las flores, con trozos de jaspe, ónix, cornalina y demás. Esas nomeolvides, por ejemplo, son trocitos de turquesa, y esa amapola está tallada en una pieza de coral.

—Los romanos son los que más me gustan —dijo Christien—. ¿Qué sitio es ese con tantos arcos?

—Es el Coliseo, y lo de al lado es la basílica de San Pedro. Pero a nosotros los florentinos no nos interesan mucho las piezas romanas. No son ni la mitad de bonitas y valiosas que las nuestras. Los romanos hacen sus mosaicos por composición.

—Composición o no, los pequeños paisajes son los que más me gustan —dijo Christien—. Hay uno magnífico, con un edificio puntiagudo, y un árbol, y montañas al fondo. ¡Cómo me gustaría para Marie!

—Puede ser tuyo por ocho francos —respondió Battisto—. Vendimos dos ayer por diez cada uno. Representa la tumba de Cayo Cestio, cerca de Roma.

—¡Una tumba! —repitió Christien, visiblemente consternado—. *Diable!* Sería un regalo funesto para la prometida de uno.

—Nunca sabría que es una tumba, si tú no se lo dijeras —sugirió Stefano.

Christien negó con la cabeza.

—Sería como la puerta de al lado de engañarla —dijo.

—No —intervino mi hermano—, el propietario de la tumba lleva muerto dieciocho o diecinueve siglos. Uno casi olvida que alguna vez estuvo enterrado ahí.

—¿Dieciocho o diecinueve siglos? Entonces, ¿era un pagano?

—Sin duda, si con eso quieres decir que vivió antes que Cristo.

El rostro de Christien se iluminó de inmediato.

—Bueno, eso zanja la cuestión —dijo; sacó su pequeño portamonedas de lona y pagó al instante—. Que sea la tumba de un pagano o que no sea una tumba viene a ser lo mismo para mí. Encargaré que me hagan un broche con él en Interlaken. Dime, Battisto, ¿qué vas a llevarle a Margherita cuando vuelvas a Italia?

Battisto se rió e hizo tintinear sus ocho francos.

—Eso depende de cómo vaya el negocio —respondió—: si conseguimos buenos beneficios de

aquí a Navidad, tal vez le compre una muselina suiza en Berna; pero ya llevamos siete meses fuera y apenas hemos ganado cien francos, una vez descontados nuestros gastos.

Dicho esto, la conversación derivó a temas generales, los florentinos guardaron sus tesoros, Christien volvió a cerrar las correas de su maleta, y todos, incluido mi hermano, bajaron juntos a desayunar al aire libre en la parte exterior de la posada.

Hacía una mañana espléndida; soleada y sin nubes, con una brisa fresca que arrancaba susurros a la parra que cubría la galería y salpicaba la mesa con la inquieta sombra de las hojas verdes. Rodeándolos por los cuatro costados, se alzaban las grandes montañas, con sus glaciares de un blanco azulado bajando hasta el borde de los prados, y los bosques de pinos trepando como una mancha oscura por los lados. A la izquierda, el Wetterhorn; a la derecha, el Eiger; justo enfrente de ellos, deslumbrante e imperecedero, como un obelisco de plata escarchada, el Schreckhorn, o «cuerno del miedo». Acabado el desayuno, se despidieron de sus anfitrionas y, con el bastón de montaña en la mano, tomaron el camino a la Wengernalp. Medio en luz, medio en sombra se extendía el tranquilo valle, moteado de granjas y atravesado por un torrente que fluía apresurado, blanco como la leche, escapando de su prisión en el glaciar. Los tres muchachos caminaban a paso vivo un poco adelantados: sus voces sonaban juntas de cuando en cuando y a continuación venía un coro de risas. Por alguna razón, mi hermano se sentía triste. Se descolgó del grupo y, arrancando una florecilla roja de la orilla, la vio marcharse a toda prisa con el torrente, como una vida en el río del tiempo. ¿Por qué sentía esa pesadumbre? Y ¿por qué ellos estaban tan alegres?

Conforme avanzaba el día, la melancolía de mi hermano, igual que el alborozo de los jóvenes, parecía aumentar. Rebosantes de juventud y esperanza, hablaban del venturoso futuro y levantaban hermosos castillos en el aire. Battisto, que se iba volviendo más locuaz, admitió que casándose con Margherita, y llegando a ser un consumado artista de mosaicos, cumpliría el mayor sueño de su vida. Stefano, que no estaba enamorado, prefería viajar. Christien, quien parecía ser el más próspero, confesó que su máxima aspiración era alquilar una granja en el valle del Kander, donde había nacido, y llevar la vida patriarcal de sus padres. En cuanto al negocio de las cajas de música, dijo, uno tenía que vivir en Ginebra para que fuese rentable; y, en su caso, no cambiaría los pinares y los picos nevados por ninguna ciudad de Europa. Marie, además, también había nacido entre montañas, y se le rompería el corazón solo de pensar en tener que pasar toda su vida en Ginebra y no volver a ver nunca el Kander Thal. Con estas conversaciones transcurrió la mañana hasta el mediodía, y el grupo se detuvo a descansar un rato a la sombra de unos abetos gigantes engalanados con banderas colgantes de musgo verde grisáceo.

Allí comieron, acompañados por la música argentina de una de las pequeñas cajas de Christien, y al poco oyeron el eco sombrío de una avalancha lejana, en una cornisa del Jungfrau.

Después se pusieron en marcha de nuevo bajo la tarde abrasadora, a altitudes donde la rosa de los Alpes abandona las yermas laderas escarpadas y el líquen marrón crece cada vez más escaso entre las piedras. Aquí, solo los esqueletos estériles y blanqueados de un bosque de pinos muertos rompían la desolada monotonía; y arriba, en la cima del puerto de montaña, se alzaba una pequeña posada solitaria, entre ellos y el cielo.

En esa posada volvieron a descansar y bebieron a la salud de Christien y su prometida de una jarra de vino francés. Este estaba de un humor excelente, y no hacía más que darles la mano a todos una y otra vez.

—Mañana al anochecer —dijo—, ¡la estrecharé entre mis brazos de nuevo! Han pasado ya

casi dos años desde que volví a casa para verla, una vez acabado mi aprendizaje. Ahora soy capataz, con un salario de treinta francos semanales, y estoy preparado para casarme.

—¡Treinta francos semanales! —repitió Battisto—. *Corpo di Bacco!* Eso es una pequeña fortuna.

El rostro de Christien se encendió.

—Sí —dijo—, vamos a ser muy felices; y, dentro de poco... ¿quién sabe?; tal vez acabemos nuestros días en el Kander Thal, y criemos a hijos que nos sucedan. ¡Ah! Si Marie supiera que voy a llegar mañana por la noche, ¡qué contenta estaría!

—¿Qué quieres decir, Christien? —preguntó mi hermano—. ¿No sabe que vuelves?

—No tiene la menor idea. Ni se imagina que puedo estar allí pasado mañana... y no podría, de hecho, si cogiese el camino que da un rodeo por Unterseen y Frutigen. Tengo pensado dormir esta noche en Lauterbrunnen, y dirigirme por la mañana hacia Kandersteg a través del glaciar Tschlingel. Si me despierto un poco antes del amanecer, debería estar en casa para la puesta de sol.

En ese momento llegaron a un punto en que el camino giraba de repente e iniciaba un descenso que ofrecía una inmensa panorámica de valles muy lejanos. Christien lanzó su gorra al aire y dio un grito de júbilo:

—¡Mirad! —dijo, abriendo los brazos como si quisiera abrazar aquel paisaje tan querido y familiar—. ¡Mirad! ¡Ahí están las montañas y los bosques de Interlaken, y aquí, al pie de los precipicios sobre los que nos encontramos, está Lauterbrunnen! ¡Alabado sea Dios, que hizo tan hermosa nuestra tierra natal!

Los italianos se miraron y sonrieron, pensando que su valle del Arno era mucho más bonito; pero el corazón de mi hermano se sintió reconfortado con la alegría del muchacho, y se hizo eco de su gratitud con ese espíritu que acepta toda la belleza como un derecho de nacimiento y una herencia. Ahora su recorrido se extendía a través de una inmensa meseta, repleta de trigales y praderas y tachonada de sólidas casas construidas con vieja madera marrón, con aleros enormes y sargas de maíz indio colgando como lingotes de oro de los balcones tallados. En las orillas del camino crecían arándanos, y de vez en cuando se encontraban con una genciana silvestre o una siempreviva con forma de estrella. Después el camino se convirtió en un mero zigzag por la superficie del precipicio, y en menos de media hora llegaron a lo más bajo del valle. La luminosa tarde aún no se había apagado tras los pinos más elevados cuando se sentaron a cenar todos juntos en el salón de una pequeña posada con vistas al Jungfrau. Por la noche mi hermano se dedicó a escribir cartas, mientras los tres jóvenes daban un paseo por el pueblo. A las nueve se dieron las buenas noches y cada uno se fue a su habitación.

A pesar de lo cansado que estaba, a mi hermano le resultó imposible conciliar el sueño. Seguía poseído por aquella melancolía inexplicable y, cuando por fin se sumió en un sueño agitado, no fue más que para despertarse sobresaltado una y otra vez por pesadillas espantosas, y debilitado a causa de un terror indescriptible. Ya amanecía cuando consiguió abandonarse a un sueño profundo, y no volvió a despertarse hasta que la mañana ya avanzaba rápidamente hacia el mediodía. Descubrió entonces con pesar que Christien se había marchado hacia mucho. Se había despertado antes del amanecer, desayunado a la luz de una vela y salido con la luz grisácea del alba... «más feliz —dijo el posadero— que un fullero en una feria».

Stefano y Battisto habían esperado para ver a mi hermano, con el encargo de transmitirle un amistoso mensaje de despedida de parte de Christien, así como la invitación a su boda. A ellos

también los había invitado, y tenían intención de ir; así que mi hermano quedó en encontrarse con ellos el martes siguiente en Interlaken, desde donde podrían ir caminando hasta Kandersteg siguiendo etapas fáciles y llegando a su destino el jueves por la mañana, a tiempo de ir a la iglesia para la boda. Después compró algunos pequeños camafeos florentinos, les deseó toda la suerte del mundo a los dos muchachos y los vio alejarse por el camino hasta que ya no alcanzó a distinguirlos.

Ahora que se había quedado solo, paseó con su cuaderno de esbozos y pasó el día en la parte alta del valle; al caer la tarde, cenó solo en su habitación a la luz de una sola lámpara. Cuando terminó, se acercó un poco más al fuego, sacó una edición de bolsillo de los ensayos sobre arte de Goethe y se comprometió a disfrutar de unas horas de lectura. (Qué bien me conozco ese libro, ese mismo ejemplar, con la portada descolorida, y ¡cuántas veces le he escuchado describir aquella tarde solitaria!) Para entonces la noche se había vuelto fría y lluviosa. La leña húmeda chisporroteaba en la chimenea, y el viento recorría el valle gimiendo y llevando con él la lluvia que azotaba los cristales en súbitas rachas. Mi hermano se dio cuenta enseguida de que iba a resultarle imposible leer. Su atención se desviaba continuamente. Leyó la misma frase una y otra vez, sin ser consciente de su significado, y sus pensamientos tomaron otro derrotero y se adentraron en el oscuro pasado.

Transcurrieron así las horas, y a las once oyó que cerraban las puertas en el piso de abajo y todos se retiraban a descansar. Tomó la determinación de no seguir sucumbiendo a aquella apatía soñadora. Echó más leños al fuego, despabiló la lámpara y dio varias vueltas por la habitación. A continuación abrió la ventana, y la lluvia lo golpeó en la cara y el viento le alborotó el pelo, igual que alborotaba las hojas de la acacia en el jardín que se extendía debajo. Así estuvo unos cuantos minutos y, cuando al fin cerró la ventana, tenía empapados la cara, el pelo y la camisa por la parte de delante. No hace falta decir que abrir su mochila y sacar una camisa seca fue su primer impulso; dejar caer la camisa al suelo, escuchar con atención y ponerse en pie de un salto, desconcertado y sin respiración, fue el siguiente.

Pues, arrastrada intermitentemente por el viento, ora llegando hasta la ventana, ora apagándose en la distancia, oyó los compases de una melodía que recordaba perfectamente, sutil y argentina como los «dulces aires» de la isla de Próspero[48], y procedente sin duda de la caja de música que el día anterior había amenizado su comida bajo los abetos de la Wengernalp.

¿Acaso había vuelto Christien y era esa la forma que había elegido de anunciar su regreso? De ser así, ¿dónde estaba? ¿Debajo de la ventana? ¿En el pasillo? ¿Refugiado en el porche a la espera de que le abriesen la puerta? Mi hermano abrió la ventana de nuevo y lo llamó.

—¡Christien! ¿Eres tú?

Fuera reinaba un profundo silencio. Pudo oír la última racha de viento y lluvia gimiendo cada vez más lejos en su desenfrenado viaje por el valle, y los pinos temblando, como algo vivo.

—¡Christien! —volvió a gritar, y tuvo la extraña impresión de que su voz resonaba en su oído —. ¡Habla! ¿Eres tú?

Tampoco ahora respondió nadie. Se asomó a la noche oscura, pero no lograba ver nada, ni siquiera la silueta del porche debajo de él. Empezó a pensar que su imaginación lo había engañado, cuando de pronto la música rompió a sonar de nuevo; solo que esta vez parecía provenir de dentro de la habitación.

Cuando se dio la vuelta, esperando encontrar a Christien detrás de su hombro, la melodía se interrumpió de golpe, y una sensación de frío intenso se apoderó de todo su cuerpo; no se trataba

de un mero escalofrío producido por el miedo nervioso, ni de la consecuencia física de exponerse al viento y la lluvia, ¡sino de una congelación mortal de todas sus venas, una parálisis de todos sus nervios, la espeluznante certeza de que, al cabo de unos segundos más, sus pulmones dejarían de funcionar y su corazón dejaría de latir! Incapaz de hablar ni de moverse, cerró los ojos, convencido de que se estaba muriendo.

Este extraño desfallecimiento no duró más que unos segundos. Poco a poco, fue recuperando el calor vital y, con él, las fuerzas para cerrar la ventana y llegar tambaleándose hasta una silla. Ya sentado, se dio cuenta de que la pechera de su camisa estaba rígida y helada, y de que llevaba carámbanos pegados al pelo.

Miró su reloj. Se había parado a las doce menos veinte. Cogió el termómetro de la repisa de la chimenea y vio que el mercurio marcaba veinte grados. ¡Dios Santo! ¿Cómo era posible todo aquello con una temperatura de veinte grados y un gran fuego ardiendo en la chimenea?

Se sirvió medio vaso de coñac y se lo bebió de un trago. Irse a la cama quedaba descartado por completo. No se atrevía a dormir; apenas se atrevía a beber. Lo único que podía hacer era cambiar las sábanas, echar más leña al fuego, enrollarse con las mantas y pasarse toda la noche sentado en un sillón delante del fuego.

Sin embargo, no llevaba mucho tiempo así sentado cuando el calor, y probablemente la reacción nerviosa, lo arrastraron al sueño. Por la mañana se despertó tumbado en la cama, sin el menor recuerdo de cómo o cuándo había llegado hasta ella.

Volvía a hacer un día espléndido. La lluvia y el viento habían desaparecido, y, al final del valle, el Silverhorn alzaba su cabeza hacia un cielo despejado. Contemplando el amanecer, casi dudaba de los sucesos de la noche, y, salvo por la evidencia de su reloj, que seguía marcando las doce menos veinte, habría estado dispuesto a creer que todo había sido un sueño. En cierto modo, atribuía más de la mitad de sus miedos a los escrúpulos de un cerebro sobreexcitado y demasiado fatigado. A pesar de todo, seguía deprimido e inquieto, y tan poco dispuesto a pasar otra noche en Lauterbrunnen que decidió emprender esa misma mañana el camino a Interlaken. Cuando todavía estaba demorándose con el desayuno, y planteándose si sería mejor hacer a pie los once kilómetros de camino o alquilar un vehículo, un *char*[49] llegó a gran velocidad a la puerta de la posada y un hombre joven se apeó de un salto.

—¡Caramba, Battisto! —exclamó asombrado mi hermano al verlo entrar en la habitación—; ¿qué te trae por aquí hoy? ¿Dónde está Stefano?

—Lo he dejado en Interlaken, *signor* —respondió el italiano.

Había algo en su voz, algo en su cara; algo extraño y alarmante al mismo tiempo.

—¿Qué ocurre? —preguntó ansiosamente mi hermano—. ¿Está enfermo? ¿Ha ocurrido un accidente?

Battisto negó con la cabeza, miró furtivamente a uno y otro lado del pasillo y cerró la puerta.

—Stefano está bien, *signor*; pero... pero ha ocurrido algo... ¡algo muy extraño!... *Signor*, ¿cree usted en los espíritus?

—¿En los espíritus, Battisto?

—Ay, *signor*; si alguna vez el espíritu de un hombre, vivo o muerto, le ha hablado a un oído humano, el espíritu de Christien me visitó anoche a las doce menos veinte.

—¡A las doce menos veinte! —repitió mi hermano.

—Yo estaba acostado en mi cama, *signor*, y Stefano dormía en la misma habitación. Yo había

subido bastante acalorado, y me había quedado dormido pensando en cosas agradables. Al poco rato, a pesar de que estaba abrigado con abundante ropa de cama, y tapado además con una manta de viaje, me desperté aterido de frío y apenas incapaz de respirar. Intenté llamar a Stefano, pero no tenía fuerzas ni para emitir el más leve sonido. Pensé que había llegado mi hora. De repente, oí un sonido que venía de la ventana... un sonido que reconocí como el de la caja de música de Christien; y la canción que sonaba era la misma que cuando comimos bajo los abetos, solo que esta vez era más salvaje y extraña y melancólica y solemne... ¡Horrible! Después, *signor*, fue apagándose poco a poco, y luego pareció como si se marchase con el viento, hasta desaparecer a lo lejos. En cuanto dejé de oírla, mi sangre helada volvió a calentarse de nuevo, y llamé a Stefano. Cuando le conté lo que había pasado, dijo que lo habría soñado. Le hice encender una cerilla, para poder ver mi reloj. Señalaba las doce menos veinte, y estaba parado; y, lo que es más extraño aún, al reloj de Stefano le había pasado lo mismo. Ahora dígame, *signor*, ¿le encuentra algún significado a todo esto, o cree, como se empeña en pensar Stefano, que no fue más que un sueño?

—¿Qué opinas tú, Battisto?

—Mi opinión, *signor*, es que algo malo le ha pasado al pobre Christien en el glaciar, y que su espíritu vino a verme anoche.

—Battisto, le ayudaremos si está vivo, o rescataremos su pobre cadáver si ha muerto; pues yo, igual que tú, creo que algo va mal.

Mi hermano pasó entonces a relatarle brevemente lo que le había ocurrido a él por la noche; después mandaron mensajeros en busca de los tres mejores guías de Lauterbrunnen, y prepararon cuerdas, hachas para el hielo, bastones de alpinismo y todo lo necesario para una expedición glaciar. Por mucha prisa que se dieron con los preparativos, era casi mediodía cuando partió la expedición.

A la media hora, cuando llegaron a un sitio llamado Stechelberg, dejaron el carruaje en el que habían viajado hasta ese momento en una cabaña y subieron un escarpado sendero con vistas al glaciar Breithorn, que se alzaba a su izquierda como un muro almenado de hielo. El camino seguía durante un rato entre pastos y pinares. A continuación llegaron a una colonia de cabañas llamada Steinberg, donde llenaron sus cantimploras, prepararon las cuerdas y se aprestaron a abordar el glaciar Tschlingel. Unos minutos después ya estaban en el hielo.

Llegados a este punto, los guías ordenaron parar y consultaron entre ellos. Uno optaba por dirigirse hacia la izquierda por la parte baja del glaciar y llegar a la parte alta por las rocas que lo delimitaban al sur. Los otros dos preferían ir por el norte, es decir, por la derecha; y esta fue la opción por la que se decantó mi hermano. El sol calentaba ahora con intensidad casi tropical, y avanzar por la superficie del hielo, surcada por grietas largas y traicioneras, pulida como el cristal y azul como un cielo de verano, era complicado y peligroso. En silencio y con mucha cautela, siguieron caminando, unidos por cuerdas a intervalos de tres metros: con dos guías a la cabeza y el tercero cerrando la marcha. Cuando llegó el momento de girar a la derecha, se encontraron con una roca de unos doce metros de alto que tenían que escalar para llegar a la parte alta del glaciar. La única forma de que Battisto y mi hermano pudiesen aspirar a conseguirlo era con la ayuda de una cuerda anclada arriba y abajo. Tiraron, pues, la cuerda desde arriba, y mi hermano se dispuso a subir el primero. No bien hubo apoyado su pie en el primer escalón, un grito ahogado de Battisto lo detuvo.

—¡Santa María! *Signor*! ¡Mire allí!

Mi hermano miró, y allí (así lo afirmaré después durante toda su vida), tan seguro como que

hay un cielo sobre todos nosotros, vio a Christien Baumann de pie bajo la luz del sol, ¡a menos de cien metros de distancia! Reconocerlo mi hermano y desaparecer fue casi la misma cosa. No se desvaneció, ni se hundió en el hielo, ni se marchó; simplemente desapareció, como si nunca hubiera estado allí. Pálido como un muerto, Battisto cayó de rodillas y se tapó la cara con las manos. Aterrorizado y sin habla, se apoyó en la roca y sintió que el objetivo de su viaje había sido funestamente alcanzado. Los guías, por su parte, ignoraban lo que había ocurrido.

—¿Han visto eso? —les preguntaron mi hermano y Battisto al mismo tiempo.

Pero los hombres no habían visto nada, y el que se había quedado abajo dijo:

—¿Qué tendría que ver si no es hielo y sol?

Mi hermano se limitó a responder que había una grieta, de la que no había apartado los ojos ni un segundo desde que había visto la figura de pie en el borde, que quería explorar a fondo antes de dar un paso más; con lo cual, los dos hombres bajaron de lo alto del risco, recogieron las cuerdas y siguieron a mi hermano con incredulidad. En el estrechamiento final de la grieta, se detuvo y clavó con fuerza su bastón en el hielo. Se trataba de una fisura inusualmente larga: una simple hendidura al principio, pero que se iba ensanchando poco a poco, abriéndose a desconocidas profundidades de un azul oscuro casi negro, bordeada por largos carámbanos, como estalactitas de diamante. No habían pasado ni diez minutos desde que empezaran a seguir el recorrido de esta grieta, cuando el guía más joven exclamó apresuradamente:

—¡He visto algo! ¡Algo oscuro encajado en los dientes de la grieta, a gran profundidad!

Todos lo vieron: poco más que un bulto indistinguible, casi engullido por las paredes de hielo que se abrían a sus pies. Mi hermano ofreció cien francos a aquel que lo subiese. Todos dudaron.

—No sabemos lo que es —dijo uno.

—Puede que no sea más que una gamuza muerta —sugirió otro.

Su apatía lo enfureció.

—No es una gamuza —dijo enfadado—. Es el cuerpo de Christien Baumann, nativo de Kandersteg. Y ¡juro por Dios que, si son demasiado cobardes para intentarlo, bajaré yo mismo!

El guía más joven tiró al suelo su chaqueta, se ató una cuerda a la cintura y cogió un hacha.

—Iré yo, *monsieur* —dijo; y, sin añadir una palabra más, dejó que lo bajasen. Mi hermano se apartó. Una terrible angustia se apoderó de él, y al poco oyó el eco sordo del hacha en las profundidades del hielo. Alguien pidió otra cuerda, y después los hombres se hicieron a un lado en silencio, y mi hermano vio al guía más joven de nuevo junto al abismo, colorado y temblando, con el cuerpo de Christien extendido a sus pies.

¡Pobre Christien! Con sus cuerdas y bastones improvisaron unas toscas angarillas, y lo llevaron, con grandes dificultades, de vuelta a Steinberg. Allí encontraron ayuda adicional hasta Stechelberg, donde lo subieron al carruaje y lo transportaron hasta Lauterbrunnen. Al día siguiente, mi hermano se encargó de la triste tarea de preceder al cuerpo hasta Kandersteg y preparar a sus amigos para su llegada. Aún hoy, no obstante haber pasado treinta años de aquello, no soporta recordar la desesperación de Marie, ni todo el dolor que llevó muy a su pesar a aquel tranquilo valle. La pobre Marie murió hace mucho. La última vez que mi hermano pasó por el Kander Thal de camino a Gemmi, vio su tumba, al lado de la de Christien Baumann, en el cementerio del pueblo.

Esta es la historia de fantasmas de mi hermano.

LA MUJER ENCANTADA

ANNA KINGSFORD

Anna Bonus Kingsford (1846-1888) era muy conocida y respetada en los círculos científicos victorianos de la segunda mitad del siglo XIX, y fue durante un tiempo la ilustre presidenta de la Theosophic Society de Londres. Educada en la Facultad de Medicina de París, fue una de las primeras mujeres inglesas en licenciarse en esa disciplina. Consagrada al estudio, curiosa y esmerada, defendió la dieta vegetariana y los derechos de la mujer y obtuvo un gran reconocimiento por su obra sobre los sueños, *Dreams and Dreams Stories* [Sueños e historias de sueños] (1888), a la que dedicó toda su vida: un estudio llevado a cabo principalmente porque ella misma era especialmente proclive a tenerlos. Recopiló muchos de ellos, «poniéndolos por escrito lo antes posible nada más despertar», y he seleccionado de entre todos el siguiente (fechado en 1888), que presenta grandes dosis de esoterismo. En su prefacio, Anna Bonus Kingsford creyó conveniente apuntar que nunca había tomado «opio, hachís u otros agentes inductores de sueños. Una taza de té o de café es lo único que me permito».

La primera sensación que vino a interrumpir mi sueño la pasada noche fue la de estar flotando, la de ser arrastrada rápidamente por alguna fuerza invisible a través de un espacio inmenso; después sentí que me bajaban con suavidad; y, a continuación, una luz, hasta que, de forma gradual, me encontré de pie bajo la claridad del mediodía y, ante mí, campo abierto. Montes y más montes hasta donde alcanzaba la vista; montañas con nieve en la cima y neblina rodeando los barrancos. Eso fue lo primero que vi con nitidez. Después bajé la vista al suelo y me percaté de que estaba rodeada de grandes masas de una materia gris que, al principio, me parecieron bloques de piedra con forma de leones; pero, al observarlos más detenidamente, comprobé con horror que estaban vivos. El pánico se adueñó de mí y traté de huir pero, al darme la vuelta, descubrí de pronto que aquellas formas aterradoras estaban por todas partes, y las caras de las que tenía más cerca me infundieron un espanto inefable, pues sus ojos, y algo en la expresión de su cara, aunque no en la forma, eran humanos. Me encontraba completamente sola en un mundo terrible poblado por leones monstruosos. Haciendo un esfuerzo por recobrar la serenidad, volví a alzar el vuelo, pero, mientras pasaba entre aquella afluencia de monstruos, me di cuenta de pronto de que no eran conscientes de mi presencia. Apoyé las manos incluso, al pasar, en la cabeza y la melena de unos cuantos, pero no dieron muestra alguna de verme o de notar que los habían tocado. Al cabo llegué a las puertas de un gran pabellón que no parecía construido por manos humanas, sino por la propia naturaleza. Las paredes eran sólidas, y, sin embargo, estaban formadas por una apretada hilera de

árboles, a modo de columnas; y el techo lo formaba un denso follaje, a través del cual no se filtraba un solo rayo de luz del exterior. La luz que había era tenue y parecía surgir del suelo. Me encontraba sola en el centro del pabellón, contenta de haberme alejado de aquellas bestias horribles y de su implacable mirada.

Advertí que la luz nebulosa de aquel sitio se iba concentrando en un foco situado en la pared de columnas que quedaba frente a mí. Fue aumentando, ganando intensidad, y después se expandió, revelando mientras lo hacía una serie de imágenes en movimiento que semejaban escenas representadas para mí. Pues las figuras de esas imágenes estaban vivas, y se movían delante de mis ojos, aunque no escuché ninguna palabra ni sonido. Y esto es lo que vi. En primer lugar, apareció un texto en la pared del pabellón: «Esta es la historia de nuestro mundo». Mientras las miraba, estas palabras parecieron hundirse en la pared del mismo modo que habían surgido de ella un momento antes, y dieron paso a una sucesión de imágenes, difusas al principio, pero claras y vívidas como escenas reales después.

Primero contemplé a una mujer hermosa, con el rostro más dulce y la figura más perfecta que pueda imaginarse. Vivía en una cueva entre montañas, en compañía de su marido, quien también era de una belleza extraordinaria, más propia de un ángel que de un hombre. Daban la impresión de ser muy felices juntos; y su morada era como el Paraíso: todo belleza, reposo y luz del sol. Esta imagen también desapareció, igual que el texto. Y acto seguido apareció otra; el mismo hombre y la misma mujer conduciendo juntos un trineo tirado por renos por campos de hielo, rodeados de nieve, glaciares y grandes montañas envueltas en un velo de niebla. El trineo avanzaba veloz, y sus ocupantes hablaban alegremente entre ellos, a juzgar por su sonrisa y el movimiento de sus labios. Pero lo que más me sorprendió fue que llevaban entre ellos, o en sus manos, más bien, una reluciente llama, cuyo fervor sentí reflejado en mis mejillas. El hielo de alrededor se iluminó con su brillo. La niebla que cubría las montañas nevadas captó su resplandor. Sin embargo, a pesar de lo intensos que eran la luz y el calor que desprendía, no parecían quemar o deslumbrar ni al hombre ni a la mujer. También esta imagen, que con su belleza y su resplandor me había causado una profunda impresión, desapareció como la anterior.

A continuación, vi a un hombre de apariencia terrible ataviado con ropa de mago y solo en un risco de nieve. Encima de él, suspendido en el aire como una libélula, había un espíritu maligno con cabeza y rostro humanos. El resto de su cuerpo recordaba la cola de un cometa, y parecía hecho de fuego verde, oscilando a un lado y a otro como mecido por el viento. Mientras lo contemplaba, vi de pronto, por un hueco entre las montañas, el paso del trineo, llevando a la bella mujer y a su marido; y en ese mismo momento también los vio el mago, y su cara se crispó, y el espíritu maligno descendió y se interpuso entre él y yo. La imagen desapareció entonces absorbida por la pared.

Lo siguiente que vi fue la misma cueva entre montañas que había visto antes, y a la hermosa pareja junta en su interior. De repente una sombra oscureció la entrada de la cueva, y allí estaba el mago, preguntando si podía pasar; ellos lo invitaron alegremente a entrar, y cuando el mago se acercó con sus ojos de serpiente fijos en la encantadora mujer, comprendí que deseaba tenerla para él solo, y que en ese preciso momento estaba planeando la forma de llevársela con él. El espíritu que flotaba a su lado parecía ocupado en sugerirle ardidés para conseguirlo. En ese momento la imagen se fundió y se volvió borrosa, dando paso durante un breve instante a otra en la que se veía al mago llevándose a la mujer en brazos, mientras ella forcejeaba y lloraba, con su melena larga y brillante ondeando a su espalda. Esta escena se desvaneció como si un viento la

hubiera arrastrado, y surgió en su lugar una imagen que me impresionó más vivamente que las otras por la acusada sensación de realidad que transmitía.

Representaba un mercado, en medio del cual había un montón de leña y una estaca, tal como se utilizaban antes para quemar a herejes y brujas. El mercado, rodeado por filas de asientos como si se esperase una gran concurrencia de espectadores, parecía, no obstante, totalmente desierto. Solo había allí tres seres vivos: la atractiva mujer, el mago y el espíritu maligno. Sin embargo, tuve la impresión de que los asientos estaban ocupados en realidad por espectadores invisibles, pues de vez en cuando se advertía una agitación en la atmósfera como la que produce una gran multitud; a lo que se añadía, además, la sensación de encontrarme frente a muchos testigos. El mago condujo a la mujer a la hoguera, la ató con cadenas de hierro, encendió la leña a sus pies y se retiró unos metros, donde se quedó plantado con los brazos cruzados y mirando cómo las llamas la engullían. Di por sentado que ella había rechazado su amor, y que, movido por la ira, la había denunciado por bruja. En el fuego, por encima de la hoguera, vi entonces al espíritu maligno sobrevolándola como una mosca: subiendo, bajando y revoloteando en la espesa humareda. Mientras me preguntaba qué podía significar aquello, las llamas que habían ocultado a la hermosa mujer se abrieron por la mitad y revelaron una visión tan aterradora e inesperada que un estremecimiento me recorrió de pies a cabeza y se me heló la sangre. Encadenada a la estaca no estaba la bella mujer que había visto tan solo un momento antes, sino un monstruo horrendo; una mujer, sí, pero con tres cabezas y tres cuerpos unidos en uno solo. Sus largos brazos no terminaban en una mano, sino en una garra como la de un ave rapaz. Su pelo se asemejaba al de la clásica Medusa, y sus caras eran inefablemente repugnantes. Se retorció entre las llamas, con todas sus horribles cabezas y extremidades, y, sin embargo, parecía que estas no la consumían. Atrapó las llamas con sus garras y las hizo bajar; su triple cuerpo pareció succionar el fuego, como si una ráfaga de aire lo empujase dentro. La escena me horrorizó. Me cubrí la cara con las manos y no osé volver a mirar.

Cuando al fin aparté las manos y levanté la vista hacia la pared, la imagen que tanto me había aterrorizado ya no estaba, y en su lugar vi al mago volando por el mundo, perseguido por el espíritu maligno y por la mujer horrenda. Parecían estar recorriendo el mundo entero. Las escenas cambiaban a una velocidad extraordinaria. A veces la imagen resplandecía con la riqueza y la magnificencia de la zona tórrida, otras hacían su aparición las banquisas nórdicas; pero siempre las mismas tres figuras por los aires; siempre la arpía tricéfala persiguiendo al mago y, junto a ella, el espíritu maligno con alas de libélula.

Esta sucesión de imágenes terminó al fin, y contemplé una región desolada, en mitad de la cual estaba sentada la mujer, con el mago a su lado y la cabeza de este apoyada en su regazo. O bien la presencia de la mujer se había convertido en algo familiar para él y, por tanto, menos aterradora, o bien ella lo había subyugado con un hechizo. Sea como fuere, se habían apareado al fin, y sus hijos estaban esparcidos a su alrededor, sentados en el suelo de piedra o moviéndose de aquí para allá. Eran leones; monstruos con rostro humano, como los que había visto al principio de mi sueño. Goteaba sangre de sus mandíbulas; caminaban de un lado a otro, dando coletazos. Después también se desvaneció esta imagen y se la tragó la pared, como había ocurrido con las otras. Y sus contornos desdibujados formaron de nuevo las palabras que había visto al principio: «Esta es la historia de nuestro mundo», solo que por algún motivo me parecieron distintas, pero cuál era ese motivo, no sabría decirlo. El horror de todo aquello pesaba tanto sobre mí que no me atrevía a seguir mirando la pared. Y desperté, repitiéndome una y otra vez la misma pregunta: ¿cómo podía una mujer convertirse en tres?

LA BRUJA DE LA CIÉNAGA

ETHEL MARRIOTT-WATSON

Ethel Marriott-Watson (1858-1903) nació y pasó la mayor parte de su vida en una región remota de Cornualles, y resulta obvio que la atmósfera del siguiente relato está inspirada en gran medida en esa parte del país. Publicó mucha poesía en revistas y periódicos semanales para mujeres; en cambio, escribió muy pocos relatos y muy separados en el tiempo. Para quien estuviera familiarizado con sus versos tiernos y cadenciosos, la publicación de *Diogenes of London and Other Fantasies and Sketches* [Diógenes de Londres y otras fantasías y esbozos] (1893), colección a la que pertenece el siguiente relato (*The Witch of the Marsh* en su título original), debió de suponer una gran sorpresa, dada la cantidad de sucesos desconcertantes que se narran en ella. Y, aunque pueda presentar ciertas limitaciones, tiene pese a todo un halo de terror que muchos escritores se han esforzado por conseguir desde entonces.

Anohecía ya cuando llegué a la Gran Ciénaga, que ya estaba cubierta por los vapores blancos, flotando por encima de los niveles más bajos como fantasmas en un camposanto. Aunque mi estado de ánimo al salir de casa era de puro deleite, el camino por el páramo me había serenado, y ahora me encontraba inquieto y alerta. Mientras mi caballo bajaba bamboleándose por las herbosas pendientes que caían hacia la boca del pantano, pude ver pequeñas corrientes de niebla que ascendían muy despacio, cerniéndose como espectros sobre los altos juncos antes de volverse más densas poco a poco y alejarse soplando con fuerza por la marisma. La apariencia de la ciénaga a esa hora solitaria, tan alejada de toda sociedad humana y tan propicia para las presencias malignas, me llevó a preguntarme extrañado por qué habría elegido ella este sitio para nuestra cita. Era un familiar del páramo, donde siempre me la encontraba, pero parecía puro capricho poner a prueba mi devoción con una cita en sitio tan lóbrego.

El panorama me resultaba desalentador más allá de toda razón, pero el hecho de tenerla tan cerca me impulsaba a seguir, y me infundía ánimos pensar en que por fin iba a ser mía. Después de atar mi caballo en la orilla de la ciénaga, encontré enseguida el sendero que la atravesaba y, armándome de valor, me puse en camino hacia el corazón de aquel paraje. El camino no parecía muy transitado, pues los juncos, que se alzaban a ambos lados muy por encima de mis ojos, crecían sin orden por todas partes formando arcos que tuve que esquivar porque me cortaban continuamente el paso de la forma más molesta. No menos de media hora estuve solo en aquel páramo, y, cuando por fin un sonido que no era el de mis pasos rompió el silencio, ya había anohecido del todo.

Para entonces iba yo avanzando muy despacio, casi decidido a dar la vuelta y abandonar aquella expedición, pues pocas dudas albergaba ya de que me habían gastado una broma. Frenado por esta reticencia me encontraba, cuando de pronto me detuvo del todo un canto ronco a mi izquierda, entre los juncos que surgían del lodo negro. Un poco más adelante volví a oírlo muy cerca; y no había dado muchos pasos, lleno de asombro y perplejidad, cuando lo oí por tercera vez. Me detuve a escuchar, pero el pantano era una tumba, así que, tomando aquel sonido por la llamada de alguna rana escandalosa, seguí mi camino. Pero al poco se repitió aquel canto, y deteniéndome bruscamente aparté los juncos y escudriñé el fango.

No alcancé a ver nada, pero al momento me pareció oír que alguien me seguía. Mi desagrado con aquella aventura iba parejo al recelo cada vez mayor que sentía, y, de no haber sido por mi encaprichamiento, sin duda habría dado la vuelta y me habría vuelto cabalgando a casa. El ruido siguió persiguiéndome de vez en cuando, hasta que por fin, incapaz de soportar la irritación que me producía la sensación de tener un acompañante silencioso y persistente, intenté deshacerme de él con una carrera corta. Al parecer, aquella criatura (o lo que quiera que fuera) no pudo seguirme, pues no volví a oírla, y así continué mi camino en paz. Este salió por fin de entre los juncos a un tranquilo llano del que ella me había hablado, y aquí mi corazón se aceleró, y el lugar dejó de parecerme lúgubre.

El llano se encontraba en el mismo centro de la ciénaga, y aquí y allá un junco escuálido o un árbol marchito se elevaban como un espectro por encima de la niebla blanca. Al otro extremo me pareció ver un edificio, pero la niebla que había ido acumulándose desde que diera comienzo mi viaje se cerró ahora sobre mí y la impresión desapareció de pronto. Mientras esperaba a que las nubes pasaran de largo, una voz me llamó desde su centro, y al momento la vi, con bandas de niebla arremolinándose en torno a su cuerpo, venir corriendo hacia mí desde la oscuridad. Me rodeó con sus largos brazos, y yo, estrechándola contra mí, la miré fijamente a los ojos. A mucha profundidad, creí distinguir una carcajada mística bailando en las fuentes de luz.

—¡Por fin! —dijo—. ¡Por fin, mi amado!

La acaricié.

—¿Por qué? —pregunté, estremeciéndome por los nervios—. ¿Por qué has interpuesto este viaje entre nosotros? ¿Qué absurda locura puede explicar tu presencia en esta ciénaga?

Ella soltó una risotada de plata, y volvió a acurrucarse contra mí.

—Soy la criatura de este sitio —respondió—. Este es mi hogar. Juré que me verías en mi lugar de origen antes de que me raptés y me lleves contigo lejos de aquí.

—Vamos, pues —dije yo—. Ya lo he visto; acabemos con esto. Te conozco, sé lo que eres. Esta ciénaga atenaza mi corazón. Dios no permita que pases un solo día más aquí. Vamos.

—No tengas tanta prisa —exclamó ella—. Hay mucho que aprender todavía. Mira, amigo mío —dijo—, me conoces, sabes lo que soy. Esta es mi prisión, y he heredado sus propiedades. ¿No tienes miedo?

Por toda respuesta, la estreché contra mí, y sus cálidos labios conjuraron la pésima disposición de ánimo a la que me había empujado la noche; pero un brillo fugaz de burla en sus ojos me golpeó como un fogonazo, y me quedé helado de nuevo.

—Llevo la ciénaga en la sangre —susurró—, la ciénaga y la niebla que la envuelve. Piénsatelo bien antes de prometerte a mí, porque soy la nube de un cielo estrellado.

Criatura ágil y adorable, a todas luces de carne caliente, alzó su mágico rostro hacia el mío y me suplicó lastimeramente con estas palabras. El rocío del anochecer colgaba de sus pestañas, y

parecía unirse a mí en las súplicas por su situación solitaria y desamparada.

—¡Escúchame! —grité—. Bruja o diablo de la ciénaga, ¡vendrás conmigo! Te he conocido en los páramos, una aparición errante de belleza; es lo único que sé, y es lo único que quiero saber. Me da igual el significado de este deprimente lugar, ni lo que quieren decir esos ojos místicos y extraños. Tienes poderes y sentidos que escapan a mi comprensión; tu mundo y tus costumbres son tan misteriosos e inaprensibles como tu belleza. Pero eso —dije— es mío, y el mundo que es mío será tuyo también.

Acercó su cabeza a mí con un gesto pícaro, y sus ojos brillantes me miraron con un destello repentino, a semejanza (¡Santo Cielo!) de una cobra. El sobresalto me hizo caerme de espaldas, pero en ese momento ella volvió su rostro y se quedó inmóvil de cara a la densa niebla que llegaba deslizándose en grandes masas por el llano. La nube nos alcanzó en silencio, mientras yo, aturdido e inquieto, observaba cómo ella la miraba igual de silenciosa. Se diría que esperaba algún augurio, y también yo temblaba de miedo ante su llegada.

De la noche surgió entonces el canto ronco y espantoso que había oído por el camino. Alargué el brazo para tocar su mano, pero un momento después la niebla se disipó y me encontré extendiendo el brazo hacia el vacío. Una especie de pánico se apoderó de mí, y, avanzando a tientas por la oscuridad cegadora, recorrí el llano llamándola. Al poco tiempo, el remolino desapareció, y la vi en la orilla del pantano, con la mano levantada como si diera órdenes imperiosas; corrí hacia ella, pero me detuve, pasmado y temblando a causa de una visión aterradora. En el fango, entre los juncos empapados, había agazapado algo pequeño, como una rana monstruosa, tosiendo y jadeando como si estuviera asfixiándose. Mientras la miraba fijamente, la criatura se irguió sobre sus patas y reveló un rostro humano. Era blanco y delgado, con pelo negro largo; su cuerpo era nudoso y retorcido como si tuviera mil años. ¡Comprendí con gran espanto que ese monstruo había sido alguna vez un hombre!

Temblando, con voz entrecortada y quejumbrosa, y señalando con un dedo huesudo a la mujer que tenía a mi lado, dijo:

—Tus ojos han sido mi guía. ¿Crees que después de todos estos años no conozco tus ojos? ¿Hay algo perverso en ti que yo no sepa? Este es el infierno que creaste para mí, y ahora quieres abandonarme en uno aún más terrible.

El pobre desdichado hizo una pausa y se inclinó jadeando sobre un arbusto, mientras ella guardaba silencio, burlándose de él con la mirada y aplacando mi terror con su tacto suave.

—¡Escucha! —gritó, volviéndose hacia mí—, escucha el relato de esta mujer para conocerla de verdad. Es la bruja de las ciénagas. Mujer o Diablo, no lo sé, pero sí que la ciénaga maldita se ha infiltrado en su alma y la ha convertido en su espíritu maligno; ella misma, que vive y crece joven y bonita en este lugar, tiene también todo el poder de la ciénaga para asolar, congelar y matar. Yo, que fui una vez como tú, lo sé con certeza. ¿Quién puede decir, salvo ella, los huesos que yacen en el lecho de este pantano? Me ha quitado la salud, me ha quitado la razón y me ha quitado el alma; ¿qué se interpone entre ella y su deseo para no quitarme también la vida? Me ha convertido en un demonio de su infierno, y ahora me deja solo con mi dolor y se va en busca de otra víctima. Pero ¡no lo permitiré! —gritó, mientras le castañeteaban los dientes—; ¡no se irá! ¡Mi infierno es también el suyo! ¡No se irá!

La ojos tranquilos y risueños de ella dejaron de mirarlo y se volvieron hacia mí: extendió sus brazos mientras se acercaba contoneándose, y eran tales el fervor y la luz que iluminaban su rostro que, como un demente que cree tener poderes sobrehumanos, la estreché entre mis brazos. Y

entonces la locura se adueñó de mí.

—Mujer o bruja —dije—, ¡iré contigo! ¿Qué me importa tu miserable pasado? Destruyeme igual que a ese desgraciado, ¡me da igual siempre que estés conmigo!

Ella se rió, y, desprendiéndose de mi abrazo, se inclinó, medio agarrada a mí, hacia la criatura que tosía en el lodo.

—Ven —grité, cogiéndola por la cintura—. ¡Ven!

Ella volvió a reírse con aquel timbre de plata. Caminó conmigo lentamente por el llano hasta los límites de la ciénaga, donde empezaba el sendero. Se rió y se agarró a mí.

Pero al borde del camino me sobresaltó un grito ronco y estridente; y qué vi a mis pies sino a la odiosa criatura alzándose y enroscando sus largos brazos en torno a ella, al tiempo que chillaba y lloraba de dolor. Me agaché y lo aparté de su falda, y con un amplio movimiento de mi brazo la llevé al otro lado del sendero; cuando su cara pasó por delante de la mía, sus ojos sonreían, muy abiertos.

De pronto la niebla en calma nos envolvió una vez más; pero antes de que descendiera alcancé a ver a la retorcida figura temblando en la orilla, con la cara pálida, demacrada y traspasada por el dolor. Ante esta visión, un profundo estremecimiento me recorrió todo el cuerpo. En ese momento, a través de la penumbra amarilla, vi la sombra de ella pasar a toda velocidad por mi lado hacia la otra orilla del camino. Oí la tos ronca, el ruido apagado de una refriega, un sonido silbante, un grito ahogado y después el cieno succionando algo entre los juncos. Me planté de un salto en el otro lado, y la niebla volvió a dispersarse, y la vi a ella, mujer o diablo, de pie en la orilla, mirando risueña el cieno fétido y asqueroso.

Con un grito agudo proferido por mi alma encogida, me di la vuelta y huí despavorido de aquel lugar maldito por el estrecho sendero; mientras corría, la espesa niebla se cerró sobre mí, y oí a lo lejos, aunque tan claramente como si siguiera a mi lado, el sonido argentino de su risa burlona.

LA PIEDRA DEL DIABLO

BEATRICE HERON-MAXWELL

Beatrice Maude Emelia Heron-Maxwell (nacida Eastwick, 1859-1927) nos presenta un aspecto distinto de la brujería en este intrigante relato (*The Devil Stone* en su título original) que se publicó por primera vez en la *Pall Mall Magazine* en 1895. Podría describirse como una historia de posesión —con detalles que recuerdan al reportaje de Catherine Crowe también incluido en esta antología—, pero quizá sea más apropiado definirlo como un cuento sobre el mal que acecha. Los victorianos —muchos de ellos, al menos— tenían un miedo atroz a las influencias malignas, y, en su relato, Heron-Maxwell describe el poder oculto de un antiguo anillo indio y cómo afecta trágicamente a la vida de dos personas. La autora viajó por toda Europa y el lejano Oriente durante su juventud, y entre sus obras cabe mencionar *What May Happen: Stories Natural and Supernatural* [Lo que puede pasar: relatos naturales y sobrenaturales] (1901) y *The Queen Regent* [La reina regente] (1902).

Declinaba ya una tarde templada y crepuscular de un día particularmente cálido, vaporoso y apacible en Aix-les-bains, en Saboya, cuando atravesé el jardín del hotel dispuesta a dar un lánguido paseo por las calles de la pequeña ciudad. Estaba harta de no tener nada que hacer ni nadie con quien hablar; los otros huéspedes del hotel eran en su mayoría extranjeros y, al margen de eso, carecían por completo de interés; en cuanto a mi padre, era casi como si no existiera para mí en ese momento, hasta que su «camino» hubiese terminado. Se pasaba el día, desde primera hora de la mañana hasta que la tarde lo cubría todo de rocío, sumergido en el agua, por fuera, por dentro o de las dos formas; y más allá de alguna ocasión en que lo veía fugazmente, ataviado con un traje que le daba apariencia de jeque árabe y llevado en silla de manos con gran pompa hacia los baños o de vuelta de ellos, yo era, metafóricamente hablando, huérfana hasta la *table d'hôte*[50].

Cuando cruzaba la terraza, alguien se levantó de una tumbona y, dejando a un lado el libro que estaba leyendo, dijo:

—¿Dónde va, señorita Durant? ¿Me permite acompañarla?

—Si le apetece —respondí, con tanta cortesía como indiferencia—; solo voy a buscar cucharas.

—A buscar ¿qué?

—Cucharas. Las colecciono, ya sabe; una afición como cualquier otra... Y siempre puede uno regalarlas si se cansa de ellas.

Paseamos, pues, uno al lado del otro; y al poco empecé a sentirme menos aburrida, y más reconciliada con las tribulaciones de la existencia, y, finalmente, divertida, interesada y halagada.

Aquel hombre de mediana edad de aspecto apacible —a quien mi padre me había presentado dos días antes como un amigo suyo, y al cual yo había catalogado mentalmente como «bastante agraciado, quizá inteligente, posiblemente presuntuoso y probablemente casado»— se estaba mostrando simpático como solo puede hacerlo un hombre cultivado, refinado y con mucho mundo que desea causar una impresión favorable; poco a poco, me descubrí reconociendo que su rostro oscuro e intelectual, con su corona de pelo ondulado y de color gris hierro, era algo más que agraciado, y que su inteligencia era suficiente para llevarlo más allá de la presunción, aunque, al parecer, no lo colocaba por encima del placer más que evidente que le procuraban la compañía y la conversación de una joven. Ya había tomado nota de casi todos mis gustos y ocupaciones, y me sonsacó, valiéndose de una empatía magnética, algunas confesiones acerca de mis aspiraciones y pensamientos más íntimos; a cambio, él me contó que viajaba con desaliento en busca de reposo, atendiendo a una orden imperiosa de su médico, y que lamentaba su solitaria soltería, cuando mi atención quedó atrapada por unas extrañas cucharas medio ocultas entre otros insulsos objetos de plata en el escaparate de una desolada tiendecita a la que nuestros pasos sin rumbo nos habían conducido por callejuelas estrechas y sombrías.

—Me gustaría saber cuánto cuestan —dije; y, pidiéndome que esperase fuera, el coronel Haughton desapareció en el oscuro interior de la tienda.

Yo me quedé mirando un momento a través del escaparate, y después, impelida por no sé qué vano impulso, seguí caminando lentamente.

El sonido de una ventana abriéndose por encima de mi cabeza y una risa de mujer me detuvieron, y alcé la vista. Era una risa extraña: baja y controlada, pero que encerraba una burla maliciosa que parecía el remate apropiado para un discurso mordaz; y justo detrás de la celosía abierta, con los brazos apoyados en el alféizar y la barbilla ligeramente reclinada sobre las manos entrelazadas, estaba la mujer más bella que he visto nunca. Apenas alcancé a ver su pelo castaño rojizo sobre una blanca frente, sus ojos como pensamientos marrones y sus labios partidos, que parecían pétalos escarlatas sobre la perfecta palidez de sus mejillas redondeadas, pero ha quedado fotografiada para siempre en mi cabeza. Pues, mientras la miraba, la mano y el brazo de un hombre, bronceado, delgado y muy ágil, con dedos nerviosos, en uno de los cuales brillaba una piedra verde, rodeó su cuello y le hundió una daga en el corazón. La sonrisa tembló en los bonitos labios antes de congelarse, pero de estos no salió ningún sonido, y los ojos se le pusieron en blanco y se cerraron; mientras se tambaleaba en la ventana abierta, el hechizo que me tenía paralizada se rompió y salí huyendo con un grito aterrado. Corrí y corrí —ciega, loca, desesperadamente—, sin sensación ni pensamiento ni emoción alguna salvo un miedo irrefrenable. Una niebla roja pareció cerrarse en torno a mí, y mientras luchaba contra ella sentí que me fallaban las fuerzas, y todo se quedó negro y en calma.

Percibí una voz que hablaba en esa oscuridad, el tacto de una mano en mi cara, un destello de luz, la dolorosa sensación de que alguien estaba sufriendo, y luego recobré la conciencia y la memoria. Mi padre estaba inclinado sobre mí con rostro preocupado, y su voz, como si hablase desde una gran distancia, dijo:

—Theo, ¿te encuentras mejor, cariño? No, no te levantes; descansa, y tómate esto.

Volví a recostarme, y comprendí vagamente que estaba en mi habitación del hotel, y que había allí un desconocido, médico sin duda. Me encareció que guardase reposo absoluto hasta que me

visitase de nuevo, y pidió que se le informase de inmediato si se repetían los desmayos. Más adelante, cuando yo estuviera en condiciones de explicar la causa de aquel ataque, podría recetarme algo. La luz del crepúsculo luchaba por entrar a través de las cortinas, y supe que debía de haber estado muchas horas inconsciente. Con el esfuerzo de borrar todos los recuerdos de la terrible escena que había presenciado, vino el aletargamiento, y, poco después, un sueño profundo y tranquilo.

Varios días de reclusión y reposo me devolvieron parcialmente la salud y el ánimo, y empecé a pensar que lo ocurrido no había sido más que una especie de sueño diabólico, un horror que sería mejor olvidar. Mi padre, cuando escuchó mi historia, se mostró incrédulo al principio; después, impresionado a su pesar por la seriedad con que se lo conté, decidió creerme a regañadientes, pero me suplicó que no se lo contase a nadie. No consiguió encontrar ninguna noticia sobre un asesinato en los periódicos locales, ni pudo determinar si el trágico suceso que yo había presenciado había ocurrido en realidad, y, como no quería ver mezclado mi nombre en ninguna investigación, dejó correr el asunto. No volví a hablarlo con él, pero el recuerdo no desapareció del todo. Me atormentaba la visión de aquel rostro adorable, y el sonido de aquella risa con su espantoso desenlace. También di en pensar que aquella cara me resultaba en cierto modo familiar; me pasaba horas tumbada con los ojos cerrados, intentando en vano averiguar a quién se parecía. En esas reflexiones andaba enfrascada un día cuando salí de mi ensoñación y me topé con mi propio reflejo en un espejo colgado en la pared de enfrente. Me quedé mirándolo fijamente, sin aliento, mientras un terror nuevo se apoderaba de mí. Allí estaba el parecido que andaba buscando: el pelo castaño rojizo, los profundos ojos negros, la cara pálida con labios rojos partidos. No tan bonita, quizá, como la que había visto en la ventana; de hecho, cuando comprendí poco a poco que estaba mirándome a mí misma, no vi belleza en aquellos rasgos conocidos; pero sí parecido: ¡un parecido extraordinario y terrible! Y fue entonces cuando empecé a dudar por primera vez de la realidad de mi visión, y a esperar con impaciencia que al recuperar las fuerzas se borrara de mi cabeza. Decidí poner fin al descanso y las ensoñaciones, y esa tarde bajé al jardín.

—¡Por fin! —dijo el coronel Haughton, cogiéndome las dos manos—. Creí que no volveríamos a verla. He estado reprochándome haberla cansado en exceso aquel día... y haberla dejado sola; no tenía intención de alejarme de usted más que un momento, y quiero explicarle por qué me entretuve. Cuando salí y vi que no estaba, pensé que habría vuelto aquí, y me apresuré, con la fortuna de que la encontré un segundo antes de que se desmayase. Su padre me ha dicho que ha tenido un poco de malaria, y espero... Pero la estoy angustiando, señorita Durant; la estoy agotando. Permítame que le busque una silla cómoda y la deje descansar.

—No, no —grité ansiosamente—; quédese. Dígame, ¿dónde consiguió ese anillo?

En su dedo brillaba una extraña piedra verde que parecía idéntica a la que había visto en la mano que empuñaba la daga.

—Eso es precisamente lo que quiero contarle —dijo—. Después de comprarle las cucharas, vi, en un estuche tallado, este anillo. Es una piedra muy peculiar. Como puede comprobar, ahora mismo parece desprovista de brillo; sin embargo, puede llegar a relucir con el esplendor de un diamante. Y en la parte de atrás lleva tallada parte de la cabeza de una serpiente. Solo he visto otro anillo como este, y fue hace muchos años en un templo de la India. La llamaban la Piedra del Diablo y le rendían admiración. Me contaron, además, su historia. La había descubierto un santo varón hacía varios siglos, engastada en una reliquia sagrada, y le había construido un santuario, de

donde la robaron. En el siguiente capítulo de su historia, un marajá la dividió en dos partes iguales y encargó que se hicieran con ellas dos anillos, uno de los cuales lo llevaba siempre puesto, y el otro se lo regaló a su maharaní, a la que amaba con locura. Un día descubrió que ella ya no lo llevaba en el dedo y, en un arrebatado de celos, la mató y se suicidó. Su anillo pasó a manos de los brahmanes, pero el de ella no se encontró nunca. Ellos dicen que antes o después los dos anillos volverán a unirse, y que hasta entonces el anillo perdido llevará a cabo su misión, que, según se cree, es impulsar a su portador a cometer actos violentos y a destruirse a sí mismo; y, cuando el espíritu maligno que hay en su interior está satisfecho, el anillo resplandece. Dicen también que, si te deshaces de él, te desprendes también de toda la felicidad de tu vida y pierdes la oportunidad de volver a conseguirla nunca. Sin embargo, si lo llevas puesto, toma las riendas de tu destino. En cuanto lo vi, reconocí en él el anillo perdido, y le pregunté al hombre por cuánto lo vendía. Pero se negó a darme un precio; dijo que no estaba a la venta, de modo que me fui, porque no quería hacerla esperar más; pero volví al día siguiente y logré que me lo vendiera. El hombre, un anciano italiano bastante peculiar, se mostró muy reticente, pero parecía haber hecho algunas averiguaciones sobre la leyenda del anillo, y me dijo que estaba «maldito», y que no era aconsejable ni venderlo ni llevarlo. A él se lo había vendido un compatriota suyo, dijo, un hombre con una oscura historia, demasiado dispuesto siempre a echar mano de su navaja, y que había acabado mal. Le dije que lo robaría, y que podía cobrarme lo que quisiera por otros artículos que le comprase, y así fue como resolvimos el dilema.

—¿No tiene miedo de llevarlo? —pregunté—. Me estremezco solo de verlo. Encierra algún tipo de hechizo, estoy segura.

—No le tengo miedo a nada —dijo con ligereza—, excepto a su desagrado, señorita Theo. Si le molesta, me lo quitaré, pero he de confesarle que siento una gran fascinación por él. No creo en supersticiones, pero me gusta la piedra por su antigüedad y su curiosa historia. Algún día se lo enviaré a mis amigos los brahmanes; mientras tanto, no me inspira ninguna propensión maligna, y, dado que le ha interesado, estoy satisfecho con él de momento.

Así pues, resolví alejar de mis pensamientos el anillo y su historia y puse toda mi atención en el nuevo aliciente que había surgido en mi vida. Los siguientes días transcurrieron tan felizmente, y me resultaba tan natural que Lionel Haughton estuviera siempre a mi lado que no me paré a preguntarme la razón de nuestra estrecha relación..., aunque creo que, en mi fuero interno, la sabía. Y cada día, cada hora que pasaba con él, nos acercaba más y nos unía con lazos que no sería fácil romper.

—Haughton ha mejorado una barbaridad —dijo mi padre un día— desde que lo conocí hace muchos años; su hermano era un gran amigo mío, y a él no lo traté demasiado; al parecer, ha pasado buena parte de su vida en la India, e imagino que su salud se ha resentido. Supongo que no volverá allí. Tengo que convencerlo de que venga a visitarnos cuando estemos en casa, ¿no crees, Theo?

Una tarde, cuando nuestra estancia llegaba a su fin, pensamos en ir al casino y probar mi suerte en el juego.

—Siempre tengo suerte en lo que depende del azar —dije—, y me temo que no he aprovechado esa cualidad desde que llegué aquí. Vayamos a apostar esta noche, y ganaré una fortuna para todos nosotros.

Esa noche, sin embargo, el coronel Haughton no nos acompañó como de costumbre en la *table d'hôte*, y más tarde me llegó una nota suya en la que me informaba de que se había sentido

indispuesto, pero que ya se encontraba mejor y se reuniría con nosotros en el casino. Era la primera vez en mi vida que apostaba, y pronto resultó evidente que mi profecía sobre mi suerte se estaba cumpliendo: gané, y gané, y gané otra vez, hasta que tuve ante mí un montón de oro y billetes que me convirtió en el centro de las miradas de toda la mesa. Jugaba de modo temerario, y, aun así, no había forma de que perdiera, hasta que mi atención se vio distraída de pronto por la llegada del coronel Haughton, que se inclinó por encima de mi hombro y dejó su apuesta al lado de la mía. Al hacerlo, tuve la impresión de que el anillo emitía un leve destello, y sentí como si mi despreocupada buena fortuna me hubiera abandonado. Ahora *quería* ganar, mientras que antes había apostado solo por la emoción, con el verdadero espíritu del jugador. Sin embargo, a partir de ese momento perdí. Él también perdió, grandes sumas, tan grandes que me pregunté si sería tan rico como para tomárselo con la filosofía con que parecía hacerlo. No obstante, tanto había ganado yo al principio que, aunque muy mermada, seguía siendo una pequeña fortuna lo que me llevé cuando abandonamos las mesas.

—Me ha traído usted mala suerte —le dije al coronel Haughton cuando volvíamos caminando al hotel—. ¿Sabe?, creo que fue su anillo.

—No volvería a ponérmelo nunca si pensara eso —respondió. Después, cuando llegamos al jardín y mi padre entró en el salón, dijo—: Theo, espere un segundo. Tengo algo que decirle. Querida, la amo; la amo más que a mi vida: ¿intentará sentir un poco de afecto por mí a cambio? Quiero que sea mi esposa. ¡La adoro!

¡Oh, Lionel! ¡Querido! ¡No hacía falta que me aseguraras tu amor para tener la certeza del mío por ti! Si alguna vez las puertas del cielo se han abierto a ojos mortales, esa noche estaban entreabiertas para nosotros; el jardín iluminado por las estrellas se convirtió en un auténtico Edén, por el que caminamos con asombrado regocijo, y no nos paramos a pensar en un ángel con espada de fuego que esperaba en silencio para sacarnos de nuestro paraíso y llevarnos a la oscuridad exterior.

Todavía no eran las doce cuando empezamos al día siguiente el ascenso al Dent du Chat, uno de los picos de montaña que dominaban Aix.

—Me siento como si tuviera alas y tuviera que elevarme a una atmósfera más alta —dije alegremente—. Dado que no podemos volar, escalemos. Quiero llegar a lo alto de la montaña contigo, y dejar el mundo a nuestra espalda. Vamos.

Íbamos a recorrer una parte del camino a caballo, para desmontar después y alcanzar el punto más alto a pie. Llevábamos tres guías que nos seguían sin prisa, hablando y gesticulando entre ellos, sin prestarnos demasiada atención, si no era para incitar a las mulas con un potente grito cuando nos aproximábamos a una curva peligrosa del sinuoso sendero, lo que tenía el efecto de crear una momentánea sensación de incertidumbre y peligro en lo que, por lo demás, era un ascenso tranquilo. No nos disgustó cuando, al cabo de dos o tres horas avanzando de esta forma, los guías nos dijeron que debíamos hacer un alto y que se quedarían a cargo de las mulas hasta que volviéramos. Era una subida bastante ardua, y el sol caía a plomo sobre nosotros, pero nos sentimos recompensados cuando, cerca ya de la cima, llegamos a una meseta en la que pudimos descansar, mientras una brisa fresca procedente de los lejanos picos nevados nos reanimaba.

—Aquí tienes un sillón listo para ti —dijo Lionel, llevándome a un mullido lecho de musgo a la sombra de un alto saliente de roca. Un par de metros más allá, la escarpada ladera de la montaña descendía, vertical e intransitable, hasta casi el pie, terminando en un barranco oscuro y estrecho entre dos cadenas de montañas. Muy abajo, a nuestra izquierda, se acurrucaba Aix, y a su

lado, el lago Bourget, con su isla monasterio rodeada por aguas tan azules como las del propio lago Lemán.

—¡Qué preciosidad! —exclamé—. Hasta ahora no sabía lo bonita que puede ser la vida.

—Ni yo —respondió él—; he estado esperando a que mi esposa me lo enseñara.

Entonces me habló de su vida en la India, y de las muchas aventuras que había vivido, y por último me habló otra vez del anillo y de mi extraña y repentina enfermedad aquel día.

—Algún día te hablaré de eso —dije—, y de por qué tengo un extraño sentimiento de rechazo al anillo. Me gustaría que no lo llevaras; sin embargo, ahora que lo tienes en tu poder, tengo el mal presentimiento de que, si te deshaces de él, se vengará de ti de alguna forma. Estoy segura de que lo vi brillar anoche cuando las cartas se volvieron contra nosotros. Tuviste una suerte pésima.

—Desafortunado en el juego, afortunado en el amor —citó; pero advertí una sombra en su rostro—. ¿Qué has hecho con tu fortuna, pequeña jugadora? Todavía no te ha dado tiempo a gastarla.

—Aquí está —dije, sacando mi monedero, donde había embutido los billetes—; pero le he cogido manía... Creo que debería darlo. Preferiría ser afortunada en otro sentido —y lo dejé a mi lado en la hierba.

—Mandaré el anillo a la India el día de mi boda —exclamó Lionel—; hasta entonces, ¿lo llevarás por mí? —Y, quitándoselo de su dedo, se dispuso a ponerlo en el mío.

Pero no le dejé hacerlo, y, dejándolo encima de los billetes de banco, dije:

—¡Es una contradicción! ¡Buena suerte y mala suerte lado a lado! Dejémoslas ahí —añadí, medio en broma, medio en serio— y empezamos de cero.

De repente me dio la espalda, y, temiendo haberle ofendido, puse mi mano en su brazo; pero él se la quitó de encima con un leve movimiento, y entonces me di cuenta de que estaba muy pálido, y de que su respiración era rápida y corta, y de que sus ojos tenían una expresión extrañamente preocupada y concentrada.

—Lionel, ¿estás enfermo? —grité—. ¿Qué te pasa, amor mío? ¿Qué puedo hacer por ti?

—No es nada —dijo débilmente, pero su voz había cambiado—: se me pasará. Volveré con los guías y beberé un poco de agua. Espera aquí hasta que vuelva.

—Déjame acompañarte —le rogué, pero él negó con la cabeza y dijo que se encontraba mejor y que se recuperaría del todo si hacía lo que me pedía; y así empezó el descenso. Yo lo observé durante un rato, hasta que lo perdí de vista en un recodo del sendero, antes de volver a mi asiento. Pero el sol se había puesto y todo parecía frío y oscuro, y un sentimiento grave y gris me oprimía el corazón. Estaba muy sola sin él, y el tiempo pasaba lento y triste, hasta que la quietud y la incertidumbre me resultaron insoportables.

Decidí que esperaría solo cinco minutos más antes de ir a buscarlo, y me recosté y cerré los ojos, superada por el cansancio. Sufrí una especie de desfallecimiento, pues estaba agotada, y el cambio repentino de la felicidad más absoluta a esta angustia, esta indefinible preocupación, me había dejado helada y aturdida.

Puede que hubieran pasado solo unos pocos minutos, o quizá más (no sabría decirlo), cuando fui consciente de pronto de que, aunque no había oído pasos, tenía a alguien cerca. Me quedé completamente quieta y escuché con atención, y, si bien no se advertía ningún ruido o movimiento manifiestos, percibía una sutil agitación en la quietud que me rodeaba, una respiración leve que auguraba peligro. Me sentí paralizada por la misma impotencia que se había adueñado de mí

cuando se representara ante mis ojos la tragedia en la ventana. Se me ocurrió que tal vez fuera un ladrón, que, atraído por los billetes y el anillo que tenía a mi lado, se acercaba sigilosamente creyéndome dormida. Mi mano casi los tocaba, y, al bajar la vista para comprobar si podía alcanzarlos sin moverme, comprobé con un estremecimiento de inefable terror que la piedra verde brillaba con mil rayos de luz fulgurante.

En ese momento... algo se movió detrás de mí, y rodeando mi cuello apareció una mano que empuñaba un pequeño y afilado cuchillo como los que suelen llevar los indios, y lo colocó sobre mi corazón como si fuera a clavármelo. En un agónico impulso de rebelión desesperada contra mi destino inminente, cogí el anillo y lo lancé hacia el precipicio. Mientras la piedra emitía destellos por el aire, el asesino soltó el cuchillo y salió corriendo hacia el borde en un vano intento por atraparlo antes de que se perdiera. Pero tropezó, perdió el equilibrio y, soltando un grito terrible y moviendo las manos con desesperación para intentar aferrarse a algo, cayó de espaldas al abismo.

No era otro que Lionel, ¡mi amado!

Cuando los guías vinieron a buscarnos, les dije con una sonrisa que al caballero inglés se le había caído el anillo y, al intentar recuperarlo, se había resbalado y había caído por el precipicio.

Me acompañaron en la bajada, tratándome con gran amabilidad y hablando entre ellos en voz baja, si bien alcancé a oír cómo decían:

—Ten en cuenta que el coronel inglés estaba enamorado de la hermosa dama, y ha muerto delante de sus ojos... Es algo terrible, y la ha dejado trastornada.

Cuando unos días después mi padre me dijo con mucho tacto que *lo* habían encontrado y que iban a enterrarlo ese día en el pequeño cementerio, rompí a reír abiertamente.

Pero nunca he vuelto a sonreír desde entonces... y ahora estoy perfectamente cuerda; creo que he tenido suficiente risa para lo que me queda de vida. Y a veces me pregunto por qué tuvo que ocurrir todo aquello, y si hay alguna otra explicación que no sea la única que se me ocurre.

LA PEQUEÑA DONCELLA DE SALEM

PAULINE MACKIE

Pauline Bradford Mackie (1859-1919), destacada escritora de narrativa histórica, aparece en esta antología porque en el texto elegido trata el «brote» de brujería más famoso: el de Salem en 1692. Serán pocos los lectores que no estén familiarizados con este capítulo oscuro de la historia de Estados Unidos, cuando un grupo de hombres y mujeres fueron juzgados y condenados con las pruebas más endebles que cabe imaginar, acusados de practicar brujería. De estos juicios surgieron varias figuras de gran relevancia histórica, siendo la de más infausta memoria, probablemente, la de Cotton Mather, un sacerdote de Boston que lideró sin piedad muchas de las persecuciones y cuyo nombre sembró el terror por todo el país. En su novela *Ye Lyttle Salem Maide* [La pequeña doncella de Salem] (1901), de la que no es fácil encontrar ejemplares hoy en día, Pauline Mackie combina hábilmente realidad y ficción al relatar la historia de una muchacha inocente que se ve atrapada en la histeria contra la brujería introduciendo algunos personajes reales. En el siguiente fragmento, la joven, Deliverance, se encuentra ya en prisión para ser interrogada con relación a la acusación formulada por un dirigente local, sir Jonathan Jamieson. Y cualquier esperanza de ser absuelta parece a punto de esfumarse por la llegada a la ciudad del señor Cotton Mather, que por una vez en la larga tradición de ficciones y crónicas sobre los juicios de Salem aparece dibujado bajo una luz benévola.

El día que comienza nuestra historia, el devoto clérigo Cotton Mather estaba en Salem asistiendo al juicio de una anciana cuyo espectro se les había aparecido a varias personas y las había aterrorizado con amenazas horribles. Además, el pertiguero había declarado que la había visto «con forma de muerta» merodeando por el mismísimo púlpito de la parroquia. Cotton Mather escuchó con insólito placer su condena de muerte, pues consideraba aquel crimen en particular una traición deliberada al Señor.

En cuanto salió del tribunal caluroso y polvoriento al aire fresco de la calle, donde lucía un sol radiante y un regusto salado anunciaba la proximidad del mar, sintió cómo un torrente de alegría inundaba su corazón, y rezó para sus adentros una oración pidiendo que Dios le ayudase a acabar con aquella feria, aquella nueva tierra de brujas, y así contemplar la iglesia de sus padres firmemente establecida.

Dejó su caballo de momento donde estaba, atado a un poste en la puerta del centro de reuniones, y caminó lentamente por la calle del pueblo hacia la posada, donde pensaba comer antes de partir hacia Boston.

Los árboles frutales que crecían a ambos lados de la calle estaban verdes y proyectaban pequeñas manchas de sombra en el pavimento de adoquines. Pensó en la cosecha del otoño dorado —inclinado como se sentía al recuerdo del deber cumplido—, cuando los severos puritanos celebraban un banquete en acción de gracias al Señor.

Toda la ternura apasionada del poeta despertó en él al ver estos arbolitos simbólicos.

—Hay hermosos árboles frutales —murmuró—, y también árboles de vacuidad.

A veces saludaba con una inclinación a las chismosas que tejían al sol en la puerta de una casa, otras se agachaba para levantar a un niño pequeño que se había caído. En el astillero ahuyentó con severidad a un grupo de muchachos que estaban haciéndoles cosquillas en los pies a prisioneros que se retorcían en el suelo.

Y de este modo, en uno de los pocos momentos de serenidad de su atribulada vida, fue paseando sin prisas.

Pero solo su exaltado estado de ánimo, envolviéndolo como una vestidura invisible e impenetrable, le permitía sentirse sereno en aquel momento.

Todos los demás llevaban un peso de terror como si fuera un manto. El mismo aire que respiraban parecía cargado con una horrible superstición. ¡Qué poco natural aquel cielo azul! ¡Qué alivio habría supuesto para sus alterados nervios otra fuerte tormenta! Eso les habría permitido liberar con un grito el terror que se había adueñado de ellos; pero ahora los vecinos hablaban susurrando, así de imponente era el silencio de aquel mediodía radiante. Y muchos, aun sabiendo que los espíritus malignos solían salir por la noche, deseaban que llegase la oscuridad y los envolviera. Nadie se atrevía a mirar a los ojos de su vecino. De una casita llegó el llanto de un bebé todavía en pañales, abandonado por su aterrorizada madre, quien creía que lo había poseído un espíritu maligno.

Pese a todo, los vecinos continuaban con sus tareas diarias mecánicamente.

En la taberna, Cotton Mather vio al juez Samuel Sewall y al maestro —que hacía también de actuario en el tribunal— conversando por encima de sus tazas de vino blanco español. Contento de haber encontrado tan buena compañía, acercó un taburete a su mesa.

—¡Ay, mi querido amigo —dijo el buen juez—, este asunto de la brujería está pesando mucho en mi alma! No veo el final, y no sé quién será el próximo condenado. Es un espectáculo lamentable, lo sé, pero me parece que, con el tiempo, en este angustiado municipio solo quedará el verdugo. Hasta mi estómago se vuelve contra mis platos favoritos.

El rostro sereno, casi majestuoso, del joven se humanizó con un leve brillo burlón.

—En ese caso, el Señor habría utilizado este asunto de la brujería con un propósito loable, al menos, si logra que abandones los placeres de la carne, Samuel. —En su mirada se advertía una extraña dulzura, fruto de la serenidad de su alma y de la amistad que los unía.

—No, no —respondió el buen juez con aspereza—, es una mezcla de remordimiento de conciencia y estómago desdeñoso. No tengo en gran estima al hombre que le da la espalda a su comida. ¡Ay, y que ese hombre tenga que ser yo y yo tenga que ser ese hombre! —se quejó—. La cara de esa niña a la que condenamos el otro día me atormenta por las noches.

Cotton Mather frunció el ceño en gesto amenazante, y el amigo jovial se transformó en el sacerdote protestante, imperioso en sus decisiones. Descargó un fuerte golpe en la mesa con la mano.

—¿Tenemos entonces que dejarnos cautivar por las mejillas redondeadas y la ternura de la

infancia, y no atrevemos a cumplir el mandato del Señor? El mal casi siempre adopta la forma de muchachas como esa, y son más temibles que todas las viejas arpías de la cristiandad juntas.

—Ay —intervino el maestro—, ¡el mal casi siempre adopta la forma de muchachas como esa! Circulan extraños rumores sobre ella. Se dice que, por la tranquilidad de la comunidad, no se la puede ahorcar demasiado pronto. Además, la mujer de Ipswich que fue ahorcada hace dos semanas rogó que la joven bruja se salvara. Como todo el mundo sabe, es asombroso que una bruja le desee el bien a otra.

Cotton Mather dirigió una mirada terrible al gran juez.

—¡Idiota! —gritó—. ¿Es que no ves la mano del Diablo en todo esto? La mujer de Ipswich quería que se salvase la joven bruja para así ocupar con su negro espíritu el cuerpo de la hermosa muchacha y, de esta forma, con poder redoblado, al trabajar las dos en un mismo cuerpo, sembrar el caos en el mundo.

—No, no —protestó el juez—, mi carne es más débil que mi espíritu voluntarioso, y me temo que se ha dejado impresionar por una cara bonita y la vanidad de la apariencia. Pero tenemos que volver al tribunal, mi querido amigo —añadió, dirigiéndose al maestro de escuela.

Así pues, los dos se levantaron, se pusieron sus sombreros de copa alta, empuñaron sus bastones y, cogidos del brazo, se fueron caminando sin prisa por en medio de la calle.

Mientras comía, Cotton Mather fue enfrascándose en pensamientos cada vez más agitados. Se fue convenciendo de que era su deber investigar a fondo y personalmente los rumores sobre la doncella bruja. Además, intentaría convencerla para que confesara por la salvación de su alma, y, de camino, tal vez aprendiese cosas sobre la conducta malvada de las brujas y pudiese, con algo de ingenio, volver sus métodos contra ellas mismas y así honrar al Señor.

Lleno de impaciente determinación, ni siquiera se acabó la comida, sino que salió de la taberna y se encaminó a la cárcel.

Allí le indicó al carcelero que abriese la puerta de la celda muy despacio, por ver si, con un poco de suerte, sorprendía a la prisionera haciendo alguna maldad.

El viejo carcelero abrió la puerta muy poco a poco.

Cotton Mather vio a una pequeña doncella sentada en un camastro de paja, tejiendo. Llevaba enganchadas algunas briznas de paja en el pelo, así como en la enagua de lino y lana. El aro de hierro se había deslizado por su blanca muñeca, donde había dejado una marca roja.

El rostro de Deliverance palideció cuando alzó la vista y advirtió la presencia de su visitante. Ante su mirada severa, se echó a temblar, agachó la cabeza y dejó de tejer. El ovillo cayó rodando de su regazo y fue a parar a los pies del joven sacerdote.

Ella esperó a que él hablase. Pasaron los segundos y él no decía nada, y tan penosa le resultó la tortura de su silencio que por fin levantó la cabeza y lo miró a los ojos, pero la pena le impedía hablar.

—¿Qué quiere de mí, señor?

—He venido a rezar contigo, y a exhortarte a confesar.

—No, señor —protestó Deliverance—, no soy una bruja.

El viejo carcelero entró con un taburete para el señor Mather y, en cuanto lo hubo dejado, se marchó.

Antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada, llamaron la puerta.

En respuesta a la invitación a entrar del joven sacerdote, apareció la figura de sir Jonathan

Jamieson.

Deliverance lo miró con indiferencia, pues sentía que él le había hecho ya todo el daño que podía hacerle, y que ya nunca más podría perjudicarla.

El joven sacerdote, que le tenía un gran respeto a sir Jonathan, se levantó y le rogó que se sentara. Pero sir Jonathan, queriendo ser igual de cortés, se negó a privar al señor Mather del taburete. Y así podrían haber estado un buen rato, discutiendo y haciéndose reverencias, de no haber aparecido el carcelero con otro taburete.

—No he podido evitar verle entrar, pues ha dado la casualidad de que en ese momento salía yo de la taberna que hay aquí al lado —dijo sir Jonathan, poniéndose cómodo en el taburete, con la espalda apoyada en la pared—; y, dado que es mi intención escribir un libro sobre las malas artes de la brujería, le he seguido, convencido de que venía usted a exhortar a la prisionera al arrepentimiento. Por eso, le ruego que me conceda el privilegio de escuchar en caso de que confiese, pues de ese modo tal vez consiga algunas notas valiosas.

Mientras hablaba, le lanzó a la muchacha una mirada fugaz y amenazadora que ella no supo interpretar. ¿Tenía miedo de que confesase, o lo que pretendía en realidad era forzarla a hacerlo?

Cotton Mather, con el rostro iluminado por un fervor sincero y apasionado, se volvió hacia él.

—Faltaría más —respondió, con calurosa simpatía—; es una vocación noble y provechosa. A menudo encuentro más compañía en los muertos a través de sus libros que en la sociedad de los vivos, y una de las cosas que más le he agradecido siempre al Señor es que me haya bendecido con una pluma siempre a mano. Pero ya hablaremos de esto en otro momento. Ahora arrodillémonos y oremos.

Los dos se arrodillaron.

Pero Deliverance siguió sentada.

—Puede que sea malvada y obstinada —dijo—, pero sir Jonathan me impide rezar. No puedo arrodillarme con él aquí.

Ya no tenía ningún miedo a decir lo que pensaba.

Al oír esto, Cotton Mather miró a sir Jonathan y vio cómo se le encendía el rostro. Esto despertó de inmediato sus sospechas; olvidó todo el respeto que sentía por la gran riqueza y la posición elevada de sir Jonathan, y habló con severidad, convertido de nuevo en sacerdote, sin consideración alguna por la menor o mayor categoría de su profesión.

—¿Ejerce usted un hechizo malicioso que impide a esta joven bruja rezar cuando se ablanda y se siente inclinada a la devoción?

—No —respondió sir Jonathan—, es la maldad de su espectro malvado e invisible, que le susurra al oído para que me eche la culpa a mí.

—Le ruego que salga, no obstante, y espere en el pasillo, y así veremos si la joven bruja, libre de su presencia, reza conmigo —le dijo Cotton Mather.

En su fuero interno, sir Jonathan se indignó con esta orden. Sin embargo, se levantó con el mejor talante que fue capaz de fingir y salió al pasillo. Pero un miedo indefinible había brotado en su corazón. Pues bastaba una mirada, una palabra, una acusación, para que lo tacharan a uno de brujo.

Deliverance, aunque le tenía miedo al joven sacerdote, sabía que no era solo un gran hombre, sino también una buena persona que quería lo mejor para su alma. Así pues, se arrodilló de buen grado delante de él.

Rezaron durante mucho rato y con gran fervor. Mientras tanto, sir Jonathan daba vueltas por el pasillo, balanceando despreocupadamente su bastón de madera de endrino y tarareando su canción del viejo mundo.

Cada vez que pasaba por delante de la puerta abierta, le lanzaba a Deliverance una mirada terrible por encima de la figura arrodillada del sacerdote, y ella se estremecía, sintiéndose atrapada entre el poder de la oscuridad por un lado, y un ángel de luz por el otro.

Cotton Mather no podía ver esas miradas terribles, pero, incluso mientras rezaba, era consciente del tarareo despreocupado de sir Jonathan y de sus pasos relajados, lo cual demostraba cierta falta de respeto, así que, cuando le dijo que volviera a entrar, lo hizo con desagrado.

—Soy incapaz de entender, sir Jonathan —observó, levantándose y volviendo a su taburete—, por qué un hombre devoto como usted ejercería un hechizo para impedirle rezar a esta joven bruja.

Sir Jonathan se encogió de hombros.

—Tiene un espectro que pretende hacerme daño. Es un plan del Diablo para cubrirme de oprobio porque me he negado a seguir sus órdenes. —Una expresión de retorcida astucia asomó a su mirada—. ¿No ha experimentado nunca algo similar, señor Mather? Tengo entendido que los torturadores de una muchacha afligida consiguieron que la imagen de usted se apareciera ante ella.

—Sí —replicó el señor Mather con cierto acaloramiento—, los demonios se adueñaron de su lengua, y cuando sufría ataques se quejaba de que yo le infligía tormentos sobrenaturales. Sin embargo, sus únicas protestas cuando recuperaba el conocimiento eran contra mis pobres oraciones. Finalmente, mis exhortaciones se impusieron, y tanto ella como mi buen nombre quedaron libres de la maldad de Satanás.

Sir Jonathan se agachó para limpiarse el polvo de sus zapatos de hebilla con su pañuelo.

—Uno nunca sabe en quién puede recaer la acusación de brujería. Ni siquiera el más piadoso está libre de sufrir alguna calumnia. —Al agacharse, a Deliverance le había parecido que esbozaba una sonrisa, pero, cuando volvió a levantar la cabeza, su expresión era de profunda gravedad, e hizo frente con serenidad a la mirada suspicaz e incómoda del joven sacerdote—. Lo que más me convence de la culpabilidad de la presa —prosiguió con tranquilidad—, más aún que el sufrimiento que me ha causado, es el testimonio del viejo terrateniente que la vio conversando en el bosque con Satanás. Si pudiéramos llegar a la raíz del asunto, tal vez lográsemos desentrañar todo el misterio. Pero sugiero humildemente que ella me lo cuente al oído, a solas, por si el relato resulta de una naturaleza demasiado terrible y escandalosa para unos oídos tan piadosos como los suyos. Después yo se lo repetiría a usted con el debido tacto.

—No —respondió Cotton Mather—, un estómago delicado no me impedirá investigar nada que pueda llevar a un mejor establecimiento del Señor en este distrito.

Deliverance empezó a pensar que le iban a arrancar alguna historia en contra de su voluntad. ¡Ay! ¿Qué medios le quedaban para defenderse? Sus dedos se cerraron convulsivamente sobre las medias sin terminar en su regazo. Se despertó en ella el instinto femenino de buscar alivio de un pensamiento doloroso en alguna ocupación sencilla como coser o tejer. Decidió continuar con su labor, contando cada punto para sus adentros, sin permitir nunca que su atención se apartase de la tarea, independientemente de las palabras que le dirigieran.

Y así, con gran sencillez, y ajena a todos los convencionalismos mundanos, buscó refugio en su labor.

Fue una acción tan inaudita, evocadora de una domesticidad relajada y una forma de ocuparse

propia de mujeres honradas, que tanto el sacerdote como el seglar se quedaron desconcertados y no supieron cómo actuar.

Sir Jonathan rompió a reír de pronto con aspereza.

—La bruja participa de la obstinación de su Maestro —exclamó—. Creo que sería aconsejable, en vista de que sus oraciones y exhortaciones resultan inútiles con ella, probar con métodos menos delicados y recurrir a amenazas.

Su artera inteligencia comprendió que por muy extraña (aunque, se temía él, conocida) que fuera la historia que contase la pequeña doncella, podría tomarse erróneamente por la maldad de quien se ha entregado a Satanás.

—Quizá sea lo mejor —asintió Cotton Mather, sumamente perplejo.

Sir Jonathan agitó el dedo índice en dirección a Deliverance.

—Escucha, señorita —dijo, y le clavó una mirada amenazadora.

Deliverance, que estaba contando sus puntos, no le prestó atención.

¡Qué pálida estaba su carita! ¡A qué velocidad se movían y rozaban las agujas! Y, mientras contaba puntos, un trasfondo de pensamientos, las palabras de su sueño: una pequeña vida vivida con dulzura.

—Escucha bien lo que te digo —continuó sir Jonathan—. ¿Has oído que han sentenciado a muerte al viejo Giles Corey?

Las agujas temblaron en sus pequeñas manos. En ese momento se le fue un punto, y de seguido otro.

—Y, como no dice ni que sea culpable ni que no lo sea, se rumorea que va a ser aplastado hasta morir bajo unas piedras.

Un suspiro de terror siguió a sus palabras. El sonido involuntario provenía de Cotton Mather, cuyo organismo imaginativo y excitable respondía a la menor impresión. Tenía los ojos fijos en la pequeña doncella. Vio cómo le temblaban las manos al extremo de que no era capaz de guiar las agujas. ¡Qué manos tan pequeñas, muestra de la inocente apariencia de la infancia! ¡Oh, que el Diablo tuviera que ponerse semejante disfraz!

—Por lo tanto, si no confiesas —continuó sir Jonathan, con voz gélida y amenazadora—, ni siquiera se te concederá la merced de ser ahorcada, sino que te atarán de pies y manos y te tumbarán en el suelo. Y los vecinos del pueblo irán a tirarte piedras, y aquel a quien hayas hecho sufrir las contará conforme vayan cayendo. Yo estaré allí para ver cómo te golpea la primera...

Un grito desgarrador de la muchacha torturada lo interrumpió. Ella se lanzó a los pies de él con los brazos extendidos.

—Y ¡cuando me golpee la primera piedra —gritó—, Dios me llevará con Él! ¡Podrá contar usted las piedras que me lanzan los demás, pero nunca sabré lo rápido que caen!

Cotton Mather se conmovió.

—Pongamos el celo necesario para deshacernos de todos estos malvados hechiceros y de sus fascinaciones, sir Jonathan, pero actuemos con misericordia cuando no esté reñido con la justicia, no vaya a resultar que torturar a cualquier ser vivo sea un reflejo de nuestra hombría. —A continuación se dirigió con ternura a Deliverance, que se había derrumbado en su camastro y se cubría la cara con las manos—. Explícanos por qué la mujer de Ipswich que fue ahorcada deseaba tu salvación.

Deliverance no respondió. Y él no encontró ninguna otra forma de convencerla para que

hablase. Así pues, al cabo de un rato agotador rezando y exhortándola, sir Jonathan y él se pusieron en pie y se marcharon. En el umbral, Cotton Mather le echó una mirada por encima del hombro a la pequeña doncella, que no dejaba de llorar.

—Este caso me da mala espina —observó, apoyando la mano con fuerza en el hombro de su acompañante mientras recorrían el pasillo—; el corazón me ha dado un vuelco, y sus gritos han despertado sentimientos extraños dentro de mí.

La tarde estaba ya muy avanzada. El joven sacerdote no podría llegar a Boston hasta pasada la medianoche, por lo que decidió posponer su viaje hasta el día siguiente. Además, suponía una excusa magnífica para acercarse al juzgado por la mañana, pues disfrutaba mucho de aquellos juicios de brujas.

Pero esa noche a Cotton Mather le costó conciliar el sueño, pues no dejaba de pensar en la doncella y en si sería o no culpable de los cargos que se le imputaban...

[Nota del editor: después de una serie de interrogatorios, la joven bruja es declarada inocente de todos los cargos, y el hombre al que más agradecida ha de estarle por librarla de la horca es, curiosamente, ¡el señor Mather! Es sorprendente esta resolución en un momento en que la mayoría de los lectores seguían viendo a los personajes de los juicios famosos —en especial a los abogados de la acusación— en tonos muy definidos de blanco y negro.]

QUEMA DE BRUJAS

BAILLIE REYNOLDS

Baillie Reynolds (1842-1912) se cuenta entre las numerosas escritoras victorianas que, como Pauline Mackie, sentían fascinación por los tristemente famosos juicios de brujas y los utilizaban como base de sus relatos. Era una conocida colaboradora de publicaciones como *The Windsor Magazine* y *The Strand Magazine*, y es de las descoloridas páginas de esta última de donde he extraído esta evocadora y dramática historia de terror (*A Witch Burning*, en su título original) publicada en 1901 y luego incluida en el volumen *The Relations and What They Related and Other Stories* [Los parientes y lo que contaron y otros relatos] (1902). Baillie Reynolds escribió también algunas novelas de temática sobrenatural y era miembro entusiasta de varias organizaciones dedicadas a la investigación de fenómenos parapsicológicos.

La noche había caído sobre la tierra dura y helada, cubierta de una ligera nieve en polvo. Gilbert Caton se sentó junto a la ventana de su modesta habitación alquilada para contemplar la gran plaza del mercado de la populosa Mizpah, en Nueva Inglaterra.

Allí vio figuras de hombres, envueltos en gruesos abrigos que los protegían del frío cortante, que trabajaban afanosamente en apilar haces de leña para la bruja que iba a ser quemada al día siguiente.

Mientras observaba esto, al joven le hervía de rabia el corazón. No podía evitar lo que iba a ocurrir. O sí que podía, pero solo como el monje Telémaco había evitado las luchas de gladiadores en Roma: sacrificándose él mismo como un mártir[51].

Era inglés, y llevaba dos años en el exilio, ocupándose de los pocos de su confesión que vivían aquí entre los disidentes[52]. No tenía posición ni influencia. No podía hacer otra cosa que sentarse y ver las atrocidades que eran capaces de cometer los hombres en nombre de la rectitud. Sus feligreses y él eran tema tabú para los otros habitantes, y, aunque no se les perseguía abiertamente, había una hostilidad persistente que ofrecía a los sacerdotes pocas oportunidades en los tribunales de justicia y ninguna en absoluto en los cargos públicos.

Y ahora una horrible inclinación, que había permanecido latente en los últimos tiempos, había despertado de nuevo en la gente, y lo había hecho con fuerzas renovadas: le habían cogido el gusto a la quema de brujas. Hacía tan solo seis meses, una anciana, viuda de un marinero —quien había guardado el secreto de un preparado de hierbas que su marido había traído de tierras lejanas—, había sido arrastrada al agua, sumergida y torturada cruelmente antes de darle muerte. El suceso había despertado el instinto cazador de la multitud. Una vez saboreado el júbilo salvaje de la

persecución, la captura y la destrucción, sintieron ansias de más. Y no habían pasado muchos meses cuando empezó a circular el cuento de dos brujas que sin duda alguna tenían poderes ocultos y que vivían en las profundidades del bosque de Hanarec, donde, como todo el mundo sabía, había pumas, por lo que ninguna mujer que no estuviera protegida por poderes satánicos podía vivir allí a salvo.

Día tras día llegaban historias sobre las habilidades de estas mujeres; sobre los milagros que obraban con solo murmurar un hechizo, en los que el movimiento de manos desempeñaba una función importante y maravillosa. Dos hombres que fueron enviados para traer a las delincuentes volvieron intimidados y temblando, con miedo de ponerle la mano encima a cualquiera de ellas. De inmediato la sed de sangre se extendió como la pólvora por el pueblo, la gente se echó a la calle, se dio caza a las mujeres con perros y se las arrastró hasta la prisión del pueblo.

Al principio hubo división de opiniones sobre el grado de culpabilidad de cada mujer. Una de las dos, a todas luces la cabecilla, fue quemada al cabo de una semana. Y ahora se decía que la segunda cautiva, quien por lo visto se había mostrado arrepentida al principio, había intentado sobornar a los carceleros para que la ayudasen a escapar; por lo que también esta iba a ser quemada mañana.

Y Caton se sentó allí, preguntándose cómo juzgaría Dios a un pueblo que, en menos de un año, había asesinado a tres mujeres indefensas. Le rondaban por la cabeza algunas ideas imprecisas: pensaba en reunir a media docena de hombres para llevar a cabo un rescate. Pero dudaba de que ni siquiera eso fuera posible.

Mientras cavilaba, llamaron con un fuerte golpe a la puerta de la calle. Se levantó a abrir y se encontró con la fornida figura y el rostro severo de Brading, el alguacil. Llevaba en la mano un farol, pues estaba oscureciendo y pronto sería noche cerrada.

—Su señoría, en su misericordia, me ha mandado a buscarle —dijo, con su voz ronca—. Que ningún hombre pueda decir que incluso al más indigno no se le da una oportunidad. La bruja de allá abajo, a la que van a quemar mañana, dice que pertenece a la fe inglesa. Así que baje usted y rece una oración por ella, e intente desviar sus pensamientos de Satanás para dirigirlos al Señor, pues se niega a escuchar las piadosas exhortaciones del señor Lupton.

Gilbert se puso en pie y miró con ojos como platos al mensajero. ¿Cómo? ¿Ir a hablarle a esa pobre criatura desesperada de la misericordia de Dios cuando no podía esperar misericordia alguna de los hombres? Pensar en semejante tarea le hizo temblar. El alguacil soltó una ronca y odiosa risotada.

—Tiene miedo... Miedo de que la bruja le lance un hechizo —se burló—. Por el amor de Dios, hombre. El señor Lupton ha estado en su celda casi dos horas, en contra de la voluntad de la bruja, y esta no ha sido capaz de hacerle daño, gracias a la fe de él en el Señor. Pero usted, que confía tanto en formalidades y ceremonias, tiene miedo. ¿A quién puede sorprenderle?

Gilbert sintió un impulso repentino que lo calmó por completo.

Sin decir una palabra, se acercó a un atril que había al lado de su mesa, cogió sus devocionarios y los guardó en el bolsillo de su sotana, la cual llevaba habitualmente, como los clérigos de su época. Después cogió del perchero su gruesa capa y su sombrero de ala ancha y le dio a entender a Brading que estaba listo para seguirle.

Era casi de noche cuando salieron a la calle y se encaminaron, después de atravesar el amplio espacio en el que se elevaba el montón de leña como un borrón en mitad de la blancura circundante, por el angosto pasadizo donde las casas empezaban a apiñarse, y de ahí al estrecho

arco de piedra que era la entrada a la prisión.

Brading abrió con su llave y se quedaron de pie en la pequeña sala de espera, donde había dos o tres hombres repantigados al calor de un gran fuego. Los hombres saludaron a Gilbert con un respeto no demasiado convincente.

Su poderoso físico y su gran fortaleza le procuraban una consideración que su vida intachable y su franca sencillez no habrían conseguido inspirar. Uno de los hombres le dijo a Brading que se requería su presencia en casa del alcalde para tratar las medidas a tomar al día siguiente. Brading recibió el mensaje con entusiasmo, pues sabía que en la casa del alcalde estarían a punto de servir una cena caliente; de modo que se marchó de inmediato, llevándose con él su farol y ofreciéndole una especie de disculpa a Gilbert porque tendría que volver a casa a oscuras.

Gilbert apenas lo escuchó. Estaba observando cómo elegía la llave un hombre que se había levantado para atenderle, y que a continuación lo condujo por unas escaleras de caracol que parecían bajar a las entrañas de la tierra.

¡La celda de la condenada!

Dentro estaba todo sumido en la oscuridad y el silencio. Caton le cogió la antorcha al hombre, iluminó con ella lo que tenía alrededor y vio un aro de hierro en la pared, donde dejó finalmente la luz.

—Dé un golpe fuerte cuando quiera salir —dijo el carcelero, y se retiró, cerrando con un fuerte golpe la puerta de hierro.

Gilbert clavó la mirada en el montón de harapos acurrucado en un rincón.

—Buenas noches —dijo, con su voz clara de alta cuna—. Que Dios esté contigo.

Se oyó un susurro en la paja. El montón de harapos se movió, se volvió hacia él y mostró, para su horror, el rostro de una muchacha, apenas más que una niña. Parecía toda ojos: su mirada le quemó el alma. Su cara era blanca como la nieve, su pelo negro ondulado le caía a ambos lados, dándole la apariencia de una luna plateada en un cielo oscuro. Su boca tierna y joven se curvaba en una expresión lastimera. Su mirada elevaba esa súplica muda y terrible que uno ve en los ojos de los animales maltratados. Se le heló la sangre en las venas al verla.

—¡Hija mía! —dijo, con una voz que era casi un sollozo de compasión.

A ella le temblaron los labios; toda la cara. Se acercó gateando a él, con una espantosa interrogación en su mirada salvaje. ¿De verdad había allí un ser humano hablándole con ternura, en vez de lanzarle maldiciones?

El joven tiró al suelo la capa y el sombrero y se arrodilló a su lado en la paja. Ella puso su mano pequeña y helada en la que él le tendió.

—Está caliente —dijo ella en un murmullo—. Y ¡ha traído una luz! He estado a oscuras... sola... pasando mucho frío.

En un arrebato de compasión, la levantó y la estrechó entre sus brazos, poniendo la cabeza de la muchacha en el hueco de su hombro.

—¿Qué quieren decir? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Qué quieren decir cuando te llaman bruja?

Ella movió levemente la cabeza.

—No... no lo sé —balbuceó.

Él echó un vistazo al horrible calabozo y vio en un estante una jarra de agua y una taza. Daba la casualidad de que llevaba en el bolsillo una petaca de vino y unas galletas que había cogido

para ofrecérselas esa tarde a un feligrés menesteroso, pero no lo había visto. Mezcló vino y agua y le dio de comer y de beber; en su afán por calmar las necesidades corporales de ella, se olvidó de todo lo demás, como suele ocurrir en una situación así.

El sabor de la exquisita galleta la animó a comer; el vino hizo que la sangre volviera a correr por sus venas. Mientras comía y bebía, él la tuvo envuelta en su capa para darle calor, y notó cómo la rigidez de su cuerpo iba atenuándose.

Sin embargo, ¿era eso amabilidad o crueldad?, se preguntó. ¿Habría sido mejor dejarla en su aletargamiento de frío y hambre? ¿Habría burlado a las llamas después de todo? ¿No le había devuelto la conciencia plena de su sufrimiento?

—Cuéntame —dijo Gilbert por fin, mientras ella estaba sentada en silencio, con la cabeza apoyada de lado en el hombro de él—, ¿qué has hecho? ¿Qué has dicho para que te condenen por bruja?

Ella suspiró cansada.

—Nada, que yo sepa. Dijeron que la abuela era una bruja; y yo vivía con ella.

—¿Es cierto? ¿Practicaba tu abuela artes mágicas?

—Podía dormir a las personas moviendo las manos por encima de ellas. Podía curar acariciando la zona que les dolía. ¿Es eso malvado?

—Ay, no lo sé. ¿Quién le enseñó esas cosas?

—Las aprendió hace mucho tiempo de una enfermera gitana que tenía. Eran muy ricos, mis abuelos, y poseían una gran finca. Los indios los atacaron y mataron a mi padre y a mi madre y... a casi todos. Solo quedamos la abuela y yo, y desde entonces se comportó siempre de una forma extraña. No quería vivir en el pueblo, tenía muchas manías absurdas. Pero era buena conmigo. Éramos muy felices hasta que Joseph, nuestro criado, murió.

—¿Cuánto hace de eso?

—No lo sé; lo he olvidado. Lo enterramos y, a partir de ese día, la abuela no quiso seguir viviendo en aquella casa. Dijo que nos iríamos con mi tío, que tenía una bonita casa en Inglaterra y un parque con cisnes y un lago, y muchos criados. Así que emprendimos el viaje a pie hasta la costa, pero ella estaba vieja y enferma. Encontramos una casa en el bosque, y nos quedamos a descansar allí; y la gente nos encontró, y se portó bien con nosotras hasta que vino a cazarnos. ¡Oh! —De pronto irguió la espalda, levantó las manos y gritó como una loca—: ¡Van a quemarme! ¡Van a quemarme! —Rodeó las rodillas de él con los brazos—. ¿Es usted amable? ¿Es usted humano? —dijo llorando—. ¿Puede salvarme de ellos? ¿Puede?

La frente del hombre se perló de sudor. Todo había ocurrido de repente... tan de repente. Ni un segundo de pausa entre el tranquilo día a día de su existencia habitual y esta súbita zambullida en una lucha entre la vida y la muerte.

—¿Estás bautizada? —preguntó él de pronto.

—Oh, sí; y confirmada también, por un obispo —respondió ella débilmente.

Era una oveja de su redil, y tenía que salvarla o morir con ella.

Le dijo que se llamaba Luna Clare. ¡El claro resplandor de la luna! Él pensó que el nombre le iba como anillo al dedo.

Hizo un repaso mental de la situación. Se le pasó por la cabeza la descabellada idea de sacarla de allí vestida con su ropa. Pero era imposible. Ese cuerpecito apenas abultaba la mitad que el suyo. Y, aun suponiendo que los carceleros estuvieran borrachos y un plan semejante

podiera realizarse con éxito, una vez hubiera escapado de la prisión y estuviera sola, ¿qué sería de ella? Moriría de frío, o se la comerían los animales salvajes, o la capturarían de nuevo.

La joven observaba con expresión anhelante los pensamientos, las dudas, la preocupación en el rostro de Caton. Alargó su mano y tocó la de él.

—Máteme —dijo—. Máteme aquí con sus propias manos. No le tengo miedo a la muerte; no tengo nada por lo que vivir; solo tengo miedo de la tortura, de morir gritando mientras hombres diabólicos se regodean con mi agonía. Máteme ahora; es la única salida.

Por un segundo, a Caton le pareció que tenía razón. La cabeza de la muchacha se apoyó lánguidamente en su áspera sotana. Él la abrazó, con sus ojos claros y grises mirando por encima de la cabeza de ella, considerando la situación.

De pronto, mientras pensaba en la extrema delgadez del cuerpo que tenía entre sus brazos, se le ocurrió una idea que le hizo ruborizarse, que hizo que la cabeza le diera vueltas por un momento, y a continuación lo invadió una calma y una entereza que lo sorprendieron.

—Luna —dijo, con una voz nueva—, ¿prometes hacer todo lo que yo te diga?

Ella se movió, de tal forma que su cara pequeña y pálida, con aquella barbilla puntiaguda y lastimera, quedó frente a la de él.

—Sí —dijo sin más, y esperó impaciente a que siguiera hablando.

—Luna, debes confiar en mí sin reservas. A los ojos de Dios, soy tu hermano; estás a salvo conmigo. —Se puso en pie—. Déjame comprobar lo que pesas —murmuró, y cogió su minúsculo cuerpo en brazos con una facilidad que lo dejó pasmado—. Puede hacerse —dijo entre dientes—. Con la ayuda de Dios, puede hacerse.

Oyó en el piso de arriba una risotada despreocupada y un fragmento de una canción de borrachos. En ausencia de Brading, los carceleros se estaban achispando. Había una ligera posibilidad de llevar a buen puerto el plan. Sus dudas se disiparon; se volvió de golpe hacia ella.

—Voy a ponerte en mi espalda —dijo—, y a sacarte de aquí oculta bajo la sotana.

A pesar de su determinación, se puso colorado mientras lo decía.

Luna no parecía ni asustada ni sorprendida. Se le iluminó la mirada.

—Estaré muy quieta —dijo sin aliento.

Él ya había empezado a desprenderse de su larga vestidura, y quedó plantado delante de ella, corpulento y fornido, con su camiseta de franela gris y sus calzones.

—Quítate el vestido —le ordenó—. Tenemos que ponerlo en el rincón, con un relleno de paja, para hacerlo pasar por ti.

Ella comprendió el plan. Se lo quitó, y allí estaba, con los brazos desnudos y aspecto frágil, vestida únicamente con su deslucida combinación; una criatura de nubes y aire.

El corazón de los dos jóvenes latió con fuerza. Se sentían solos contra el mundo. Gilbert se agachó y se colocó a la chica en la espalda, de forma que los brazos de ella se aferraban a sus hombros. Los pies le colgaban a poca altura del suelo. Con la ancha faja de la sotana la ató a él con firmeza para que no tuviera que hacer tanta fuerza con los brazos. Previamente, le había hecho un corte a la sotana en la espalda, desde debajo de la cintura hasta la tirilla del cuello. Ahora la abotonó con ellos dos dentro y se echó por encima la gran capa, con la que quedaba oculta la rasgadura de la espalda. El peso era mayor de lo que había imaginado, pero no tanto como para que no pudiera soportarlo.

Todo estaba preparado. El vestido, relleno de paja, semejaba una joven acurrucada en el

rincón. La encarcelada Luna colgaba completamente inmóvil a su espalda, con los brazos que apenas se adivinaban bajo la gruesa capa, y la cabeza oculta por la capucha. Él sintió la calidez de la mejilla de ella en su hombro.

Entonces, en el umbral de su aventura, rezó una breve pero enérgica oración, y oyó una voz suave murmurar: «Amén», en el preciso instante en que daba un golpe y gritaba para que el carcelero le abriese la puerta.

Arriba estaban tan adormilados por la bebida y por el gran fuego que tuvo que estar un rato dando golpes y gritando para que bajase el hombre.

—¿Serás capaz de soportarlo? —preguntó apresuradamente en el último momento.

Ella se limitó a responder:

—Sí.

Pero la fuerza de diez hombres parecía sostenerlo mientras la puerta se abría muy despacio.

—¡Que Dios nos ampare! ¡Que Dios nos ampare! —murmuró, alzando las manos en un gesto horrorizado por si fracasaba su misión.

—¿Qué, no ha habido suerte? Bueno, era poco probable que triunfara en lo que el hermano Lupton había fracasado —dijo el carcelero con una risilla.

—Tal vez la soledad... y la oscuridad... surtan efecto —observó Gilbert con severidad, cogiendo la antorcha y apagándola con los pies—. Déjela reflexionar sobre mis palabras.

Resultó más difícil de lo que había previsto subir por la estrecha escalera de caracol. Mientras lo hacía lentamente, golpeando su carga contra las paredes, sintió, mezcladas con el miedo, unas ganas locas de echarse a reír. Tenía la frente sudada y el corazón le latía como una máquina cuando llegó a la sala de espera, donde el fuego de la chimenea lo iluminaba todo y proyectaba la sombra distorsionada del señor Caton en la pared.

Cerraron el calabozo por última vez hasta la mañana siguiente, de modo que, entre ellos y su mínima esperanza de escapar, ya solo se interponía una puerta.

Afortunadamente, Gilbert llevaba una pequeña moneda de plata en el bolsillo. Cuando se encontraba en la puerta, se la ofreció al carcelero, cuyo compañero estaba tumbado en el banco durmiendo la mona.

—Una noche fría, amigo —dijo—. Aquí tiene una ayuda para entrar en calor.

El carcelero murmuró algo inaudible. Lo cierto es que estaba muy achispado. Se inclinó para introducir la llave en la cerradura y cayó cuan largo era justo delante del umbral.

Gilbert giró la llave de inmediato, pero dudó si pasar por encima del hombre postrado, que todavía estaba consciente y se esforzaba por levantarse. Él sabía que los pies de Luna, que colgaban a unos pocos centímetros del suelo, rozarían las extremidades inferiores del carcelero, y tal vez este lo notase, aun cuando tenía los sentidos embotados por el alcohol. Así pues, le tendió la mano con una sonrisa amistosa y lo animó a levantarse. Dos veces intentó en vano ponerse en pie, y dos veces volvió a caerse, mientras Gilbert jadeaba y se tambaleaba por el esfuerzo. Al tercer intento, consiguió levantarse, pero al momento cayó encima del joven con tal fuerza que lo hizo retroceder tambaleándose y se golpeó violentamente contra la pared. Fue inevitable; nada pudo hacer para amortiguar la fuerza del impacto. Si a la muchacha se le escapaba un ruido, estaban sentenciados.

Ella aguantó en absoluto silencio, aunque él notó cómo un estremecimiento recorría los brazos de la joven. Apenas fue consciente de lo que le decía al idiota borracho, quien ahora, ablandado

por la moneda, se lanzó a abrazarlo.

Aquello debía de ser el final; el descubrimiento era, ahora sí, inevitable. Angustiado, Gilbert levantó las manos.

—¡Pare, pare, hombre! ¡Mi reumatismo! Tenga un poco de compasión. Vamos, siéntese en este taburete; un trago más de esto lo reanimará.

Acercó el vaso humeante de licor que había en la mesa a los labios del borrachín; y un momento después había abierto la puerta y salía tambaleándose.

Los habitantes de Mizpah se acostaban temprano, por lo que se encontró la calle desierta. Se apresuró con paso vacilante, mientras el bulto de su espalda parecía, a semejanza del de san Cristóbal, más pesado a cada segundo[53]. Y ¿si ella relajaba la tensión de sus brazos y caía al suelo? El esfuerzo debía de ser terrible. Se detuvo un segundo para recolocarse la carga, pero el deslizamiento que se produjo a continuación en su espalda le advirtió de que a ella se le estaban agotando las fuerzas. Siguió adelante, lleno de temor, pensando que, si se encontraba con alguien por el camino, lo descubrirían. La visión de su sombra, proyectada por la luz del fuego en la pared, le había hecho comprender el grave riesgo que estaba corriendo.

La luz trémula que arrojaba el farol en la puerta de su casa parecía un rayo del cielo. Vivía solo, ayudado por una mujer que iba todos los días a encargarse de los «quehaceres domésticos», como se les solía llamar. Sabía que tendría la cena preparada. Tenían que comer y después huir. ¿De dónde iba a sacar ropa para la muchacha?

Casi se arrojó dentro de la casa; corrió el gran cerrojo y, agachándose bajo el peso de aquel bulto aparentemente inerte, buscó su caja de yesca, encendió una luz y, con dedos frenéticos, se quitó sus envolturas.

La chica se derrumbó, inconsciente y extenuada, en el gran sillón, y allí se quedó, a la luz de la lámpara, tan quebrantada por la crueldad y la privación que el joven llegó a pensar que su rescate había llegado demasiado tarde.

La frente se le cubrió de sudor cuando empezó a tomar conciencia de sus actos. Había infringido la ley y se había hecho responsable de una joven salida de nadie sabía dónde. No tenían más remedio que huir, pero ¿cómo iban a hacerlo?

Tenía los nervios de punta por la tensión a la que los había sometido, pero se armó de valor para completar su aventura; cogió la tetera hirviendo de las brasas, sirvió un poco de leche en una taza y la acercó a los labios de la muchacha. Esta recobró gradualmente el conocimiento. Él vio en su reloj que eran apenas las ocho. Los fugitivos tenían toda la noche por delante.

Mientras ella se bebía la leche y echaba tímidos vistazos a su alrededor, Caton se puso a comer, al tiempo que ponía sus ideas en orden y decidía lo que debía llevarse con él y qué rumbo tomar. De momento todo había salido bien; de momento estaban libres. Pero...

Dio un respingo y su rostro se quedó helado. Se oían pasos y voces afuera, en la calle silenciosa... Pasos apresurados que venían de la prisión. Y, mientras estaba sentado contando los martillazos de su corazón, llamaron a su puerta con golpes fuertes y perentorios.

Levantó la cabeza y miró a la frágil huérfana, que se había quedado petrificada. Se levantó y se quedó quieto; la viva imagen de la perplejidad. Al cabo de un momento volvió en sí. Cruzó la habitación y por un instante fijó en ella una mirada que estaba a medio camino entre la orden y la súplica. Ella le respondió como si le hubiera hablado, poniéndose de pie y cogiéndole la mano. Él la condujo a la puerta de su dormitorio, la abrió y le dijo en voz baja:

—Entra... entra...

Ella le obedeció sin decir una palabra, sin titubear, y él cerró la puerta con llave y se metió esta en el bolsillo, mientras los golpes en la puerta se repetían, con más fuerza que antes.

Echó la capa encima de la sotana rasgada y fue al encuentro del Destino.

Fuera, en la noche nevada, había tres hombres. Parecían un caballero y sus dos criados. El caballero llevaba un traje de viaje muy caro y cubierto por muchas pieles, y tanto su voz como la cortés inclinación con que lo saludó pusieron de manifiesto su cuna inglesa.

—Siento tener que importunarlo. ¿Es usted el señor Gilbert Caton, el párroco local?

Gilbert asintió.

—¿Me permite que le robe unos pocos minutos de su valioso tiempo, señor? Vengo simplemente a hacerle una pregunta. Estoy buscando a mi madre y a mi joven sobrina. Me llamo Clare, Leonard Clare, de Clare Hill, en el condado de Devon. Mi padre tenía una gran finca al oeste de aquí, pero fue atacada por indios, y muchos miembros de mi familia, asesinados. No obstante, tengo entendido que mi madre logró escapar con una de las hijas de mi hermano, y les he seguido la pista con razonable certeza hasta este distrito. Las autoridades locales, sin embargo, me dicen que aquí no saben nada de ellas. Como son de confesión episcopal, he pensado que tal vez usted supiera algo; y, antes de marcharme de aquí, me he atrevido a molestarle.

Un temblor repentino se apoderó de las piernas y brazos de Gilbert. Después de invitar a entrar a sus visitantes con un gesto, se derrumbó en una silla, tapándose la cara con las manos.

Acto seguido, alzando la vista con un rayo de inspiración y esperanza, preguntó impaciente:

—¿Tiene caballos?

—Sí... tenemos caballos.

—En ese caso, será mejor huir —dijo Gilbert con voz ronca.

El señor Clare, majestuoso y asombrado, en la pequeña sala, miraba con extrañeza al joven párroco, cuya cordura parecía cuestionable.

—¿Huir? —repitió.

—Los vecinos de Mizpah —dijo Gilbert, quebrándosele la voz— quemaron a su madre por bruja. Yo vi cómo ardía, ahí fuera, en la plaza del mercado. Han dispuesto la quema de su sobrina para mañana. Lo han declarado día festivo para que todo el mundo pueda asistir al espectáculo.

El señor Clare soltó una especie de bramido.

—¡Que van a quemar a mi sobrina! Y ¿usted me insta a huir?

Gilbert asintió con la cabeza. Se levantó y fue hacia la puerta de su dormitorio. La abrió de par en par y llamó a la muchacha. Esta salió y se quedó en el umbral con su combinación harapienta; acorralada, salvaje, encogiéndose, con los ojos desorbitados. Por un momento esperó allí, preparada para seguir instrucciones, pero a continuación se lanzó en brazos de Gilbert y se aferró a él con todas sus fuerzas.

—¡No! ¡No! —chilló—. ¡No deje que me lleven con ellos! ¡Máteme!... ¡Máteme usted! ¡No deje que me quemen!

Tan alterada estaba que a Gilbert le costó un buen rato hacerle entender que estaba a salvo. Ahora que tenía claro cómo debía proceder, recobró toda su energía y agudeza. Le explicó la situación al señor Clare con la mayor claridad posible.

Estaba convencido de que era una insensatez esperar a la mañana y enfrentarse con las autoridades. La gente, al ver que se le escapaba su presa, montaría en cólera y causaría disturbios.

Además, los vecinos de todos los demás pueblos del distrito les tenían el mismo odio y terror ciegos a las brujas, por lo que podían considerarlos enemigos potenciales. El plan más seguro era vestir a la muchacha con ropa de chico y huir a caballo enseguida. Tenían por delante una noche clara y despejada, aunque fría. Debían viajar en línea recta hasta alcanzar la costa, y allí tomar un barco hacia Inglaterra. Él podía encontrar algo que ponerle a Luna, y ellos le podían dejar una capa.

Leonard Clare escuchó, con el corazón ardiéndole de ira, pero comprendiendo que el consejo era bueno. Decidieron que mandaría a sus criados a la posada para que pagasen la cuenta y trajeran los caballos y su equipaje. Había un caballo de sobra para transportar todo lo necesario para el viaje, y, hasta que hubieran salido del distrito y comprado otro caballo, Luna podía ir montada en él.

Tenían que darse mucha prisa, y, con los nervios de los preparativos, Leonard Clare apenas tuvo tiempo de pararse a pensar en el papel trascendental que había desempeñado el joven párroco.

Pero, cuando cerraron a Luna una vez más en el dormitorio para que se lavara y se vistiera, los dos hombres se quedaron de nuevo cara a cara, y, al advertir las marcas azules bajo los ojos del joven, se percató de lo desagradecido que se había mostrado. Habló entonces con circunspección y elegancia de la deuda contraída. No iba a osar insultar al joven ofreciéndole una recompensa, pero si había algo que pudiera hacer...

Gilbert le dio las gracias en voz baja. Dijo que sencillamente no podía permitir que la joven fuera asesinada. Había hecho lo que estaba en su mano, y Dios se había encargado del resto.

Puso fin de inmediato a las protestas dibujando un plano de la ruta recomendada y dándole indicaciones detalladas.

En eso estaban cuando la puerta del dormitorio se abrió silenciosamente y salió una figura delgada con calzones, camisa y el pelo recogido y oculto bajo un sombrero de montar.

La timidez de Luna había desaparecido. En sus ojos brillaba una idea nueva y terrible. Acercándose a Gilbert, le dijo, con su voz delicada y maravillosa:

—¿Qué va a hacer usted?

Él se inclinó por encima de la mesa y la miró a los ojos.

—Quedarme aquí y seguir con mi trabajo —dijo serenamente.

—Cuando descubran que he escapado, vendrán a por usted.

Él se encogió de hombros.

—Quizá no. Puede que crean que el Diablo ha escapado contigo en mitad de la noche.

—Si *no* piensan eso, la muchedumbre le hará pedazos.

—Es algo que no puedo evitar. He hecho lo que debía.

La chica se dio la vuelta muy despacio, como si no pudiera liberar a sus ojos del dominio de los de él. Miró a su tío.

—No puedo marcharme de aquí a no ser que el señor Caton venga también.

—Tengo que rogarle humildemente que me perdone. No había comprendido el peligro que ha corrido usted al rescatar heroicamente a mi sobrina —tartamudeó el señor Clare—. Los sucesos de esta noche... Creo que mi inteligencia es demasiado corta, señor. Pero permítame enmendar el error. Venga con nosotros esta noche, y yo me encargaré de que pueda seguir con su vocación.

Gilbert dudó, con el rostro encendido. Luna se acercó a él y le cogió la mano.

—Si él se queda, yo me quedo con él —dijo con voz clara.

Oyeron caballos en la puerta. Se mezclaban voces con las pisadas de los animales. El alcalde había venido a expresarle al señor Clare su pesar por que se fuera del pueblo sin respuesta a sus indagaciones.

Salieron a hablar con él. Gilbert le explicó que iba a acompañar al señor Clare durante la primera etapa del viaje, pues este no estaba seguro del camino a seguir en los primeros quince kilómetros, antes de llegar a la carretera principal. Se subió al caballo sobrante y a continuación ayudaron al paje a montarse delante de él.

—Asegúrese de llegar a tiempo para la quema —dijo el alcalde con preocupación—. Queremos que se encargue de las últimas oraciones.

—Descuide, habrá tiempo de sobra para eso —respondió Gilbert con tranquilidad.

LA SATANISTA

MARY CRAWFORD FRASER

Mary Crawford Fraser (1851-1922) firmó muchas veces con su nombre de casada, señora de Hugh Fraser, y a veces con el de su hijo, John Crawford Fraser; su hermano y su hermana, Francis Marion Crawford y Mary Ann Crawford, fueron también novelistas, con mayor éxito que ella, por cierto. Con la muerte de la reina Victoria y el final de su largo y restrictivo reinado, el clima social cambió en muchos ámbitos, y el mundo literario no fue el de menor importancia. Por supuesto, había habido escritores y artistas muy críticos (por no hablar de la industria editorial pornográfica clandestina que floreció a lo largo del siglo xix), pero, en general, los libros se habían ajustado con rigor a todas las restricciones morales y sociales. Decir que las compuertas de la literatura se abrieron con la muerte de la anciana reina no sería del todo cierto, pero no cabe duda de que la atmósfera cambió, lo que permitió que se publicasen opiniones más radicales y ficción más explícita. En el terreno que abarca este libro encontramos de pronto relatos más detallados de aterradoras prácticas de magia negra y crónicas de aquelarres donde las brujas van desnudas. En el cuento siguiente veremos escenas bastante escalofriantes y vívidas descripciones de misas negras. «La satanista» (*The Satanist*, 1912), junto con unos cuantos relatos más de ese período, sentó las bases para la ficción esotérica de hoy en día, y su eco resuena en los cuentos de August Derleth, Dennis Wheatley y también, de forma particular, en la fascinante y macabra novela de Ira Levin *La semilla del diablo* (*Rosemary's Baby*, 1967). Igual que estas narraciones, se trata de una historia sin un final (pues la práctica del satanismo nunca termina).

El mensaje que Léonie recibió de Yolanda no era muy explícito, pero algo en el tono le produjo un escalofrío mientras se dirigía apresuradamente a casa de su amiga. Nada más entrar, esta la llevó de inmediato a la sala de estar, cerró la puerta y la sentó de un empujón en el sofá.

—No me tomes por loca, Léonie —empezó a decir Yolanda con gran energía—, pero ha llegado el momento de que responda a toda la confianza que me has brindado con tu sincera amistad. Y voy a hacerlo ahora mismo. Ahora mismo... —repitió, dándose la vuelta y acercándose a una alta lámpara de pie—. ¿Puedes venir aquí, por favor? Quiero que me desabroches el corpiño. No te asustes, pero haz lo que te pido.

Léonie se levantó y la siguió, como sumida en un trance, con esa pasividad impuesta por la extraña ineluctabilidad de la acción y petición de su amiga.

—Yolanda, querida, ¿es absolutamente necesario? —fue lo único que preguntó—. En ese caso, lo haré.

Solo una vez, cuando la blusa de seda se abrió y mostró un poco de ropa interior blanca, titubeó Léonie, presa de una terrible desazón que le obligó a apartar la mirada.

—Yolanda, ¿estás segura? —le preguntó en tono de súplica—. Puede haber cosas que... que tal vez lamentos después.

—No... —respondió su amiga, con tan firme determinación que a Léonie no le quedó más remedio que ceder. La nuca de la muchacha, curvada con indómita docilidad, como si esperase un golpe mortal, así como sus dos manos, con las que se sujetaba la falda por ambos lados con furiosa resolución, expresaban una orden que no podía ser desobedecida—. Vamos, Léonie. No lo hagas más difícil de lo que ya es.

Léonie obedeció. Aflojó los bordes del cambray bordado y los separó, dejando al descubierto la piel blanca como la leche de debajo de los omóplatos; y entonces, sobrecogida por otra cosa que había revelado el movimiento de sus dedos, se inclinó hacia delante bajo la luz de la lámpara y soltó un grito de horror.

—Ah, ¿ya lo has visto? —dijo Yolanda con un suspiro, relajando su cuerpo—. Entonces vuelve a taparlo, por favor. Ahora ya puedo contarte lo que espero no tener que contarle nunca a nadie más; excepto a un sacerdote, algún día, cuando haya disfrutado de mi ración de felicidad en este mundo y esté cansada del amor... suponiendo que eso pueda llegar a suceder. Vamos, Léonie, dime, ¿todavía te extraña que sea tan celosa de mi feminidad que prefiera reservarle mi vida al amor y la confianza de un hombre antes que perderla, quizá, y su amor con ella, para conseguir mi salvación?

Léonie, demasiado repugnada y perpleja por lo que había visto para elaborar siquiera una frase completa, solo acertó a decir unas pocas palabras inconexas con las que quiso expresarle una tierna compasión, mientras volvía a abrochar las delicadas prendas para ocultar lo que había herido tan hondamente su imaginación.

—Oh, mi pobre niña, ¡mi pobre niña! —tartamudeó, mientras las lágrimas la cegaban de tal modo que apenas veía nada—. Mi pobre Yolanda, ¿quién te ha podido hacer una maldad así?

Cuando acabó de abrochársela de nuevo, besó la blusa, movida por un acceso de ternura, como si quisiera restañar así la herida que ocultaba.

Yolanda se dio la vuelta entonces, soltó la cola de su vestido, que se había enrollado en las muñecas, y alzó la vista con una deslumbrante sonrisa, como un alma que se hubiera librado de los grilletes de la fatiga y el dolor físico.

—No sufras, mi dulce Léonie; el dolor ha desaparecido ya —dijo—. Nunca volverá a torturarme ni a avergonzarme. Volvamos al sofá y te contaré lo que no te he contado nunca: cómo he llegado a ser lo que soy. No creo que me lleve mucho tiempo.

Con la barbilla apoyada en las manos, y los codos descansando en sus rodillas cruzadas, Yolanda miraba fijamente el fuego en busca de fragmentos esparcidos de su memoria para unirlos de nuevo antes de dar comienzo a su historia. Al cabo de un momento, sin cambiar de posición, dijo:

—Ahora que lo pienso, Léonie, esta es la primera vez que te hablo de mi vida antes de conocerte. De eso hace cinco años. ¿Por qué nunca me has preguntado nada sobre mí?

—Y ¿qué derecho tenía, Yolanda? Tú estuviste dispuesta a aceptarme sin condiciones, ¿cómo podía yo hacer otra cosa? Me sentí atraída por ti desde el principio; la noche en que fuimos las

dos únicas personas en abandonar la reunión de la logia romana antes de... antes de la inconcebible parte del ceremonial. Supe al instante que estabas allí por lo mismo que yo, por miedo a *ellos*, y lo lamenté por ti. Ni siquiera sabía tu nombre, ¿te acuerdas?, y yo te dije el mío cuando salíamos de allí juntas. Nunca me preguntaste por qué me había unido a *ellos*, y a mí nunca se me ocurrió preguntártelo a ti. Las dos sufríamos porque nos despreciábamos y nos avergonzábamos de nosotras mismas, y con eso me bastaba.

Yolanda le puso una mano en la rodilla como si tocase algo sagrado, con suavidad, prolongando la caricia unos segundos.

—Gracias por todo lo que has significado para mí desde entonces —continuó—. Y gracias por no preguntarme nunca por qué estaba donde me encontraste la primera vez, Léonie. Pero ahora, como te decía, ha llegado el momento de contártelo. Si es posible, me gustaría que pensaras en mí con un poco de compasión, aun cuando parezca que solo merezco repulsa. ¡Bien sabe Dios que daría cualquier cosa por reconciliarme con Él!...

»Pues bien, todo comenzó el día que nací —prosiguió—. Se esperaba que fuera un niño, ya sabes, pero no era más que una niña. Así que lo tuve todo en contra desde el principio. Y el hecho de no tener ni hermanos ni hermanas no mejoró en absoluto las cosas.

»A veces pienso que, en ciertos casos, si los niños pudieran ser apartados por completo de sus padres y educados por otras personas que no esperasen obtener provecho alguno de ellos, hasta que fueran lo suficientemente mayores para disponer de su propia armadura moral, sería mejor para todas las partes, tanto para los padres como para los hijos.

»No llegaste a conocer a mi madre, porque yo no quise. Me daba miedo que pudiera enseñarte incluso a ti, en aquellos últimos años de su vida, a mirarme como si yo fuera algo que no conviniera tocar sin guantes.

—¡Yolanda! ¿Tu propia madre? Pero...

—Intenta no interrumpirme si puedes evitarlo, Léonie... aunque lo que vas a escuchar bastará para obligarte a guardar silencio. Quiero ser lo más justa posible al hablar de mi madre. Le causé una herida, y no estaba en su naturaleza perdonar heridas. Era una mujer desgraciada, además, en muchos sentidos. No practicaba religión alguna, y la sola mención de otra vida bastaba para que montase en cólera, porque implicaba la idea de la muerte y... y de la claudicación ante una providencia con la que nunca estuvo dispuesta a reconciliarse, en venganza por la crueldad con que, a su modo de ver, la había tratado. Nunca he conocido a nadie a quien la idea de morir le suscitase tanto odio y tan horrible amargura; era una monomanía, una obsesión.

»He hablado de una herida que le había causado. Es fácil de entender. En primer lugar, como te he dicho, que yo fuera una niña en vez de un niño le supuso una amarga decepción, porque ya se había hecho a la idea de tener un hijo que cosechase los beneficios de la carrera política de mi padre; y, en segundo lugar, a raíz de mi nacimiento perdió la salud y la belleza. Hasta entonces había sido una de las mujeres más hermosas de su época; cuando su fortaleza y su belleza la abandonaron, no le quedó nada, tal y como lo veía ella, por lo que vivir. Me atrevo a decir que, de tanto mortificarse dándole vueltas a esta pérdida, con el paso del tiempo su cabeza acabó profundamente afectada. En cualquier caso, así prefiero pensarlo ahora, en favor del recuerdo que guardo de ella. Se sentía demasiado infeliz, humillada y amargada para conservar la cordura.

»Ojalá hubiera sido capaz de juzgarla con tanta benevolencia cuando aún estaba viva.

»Jamás me hablaba con amabilidad si podía evitarlo. Tenía que guardar las apariencias en público, por supuesto, pero no me besó ni una sola vez, ni entró nunca en mi dormitorio, cuando

aún era una niña pequeña, para darme las buenas noches. Pero si alguna vez tengo la oportunidad de darle las buenas noches a un hijo mío...

Hizo una pausa antes de continuar.

—Cuando yo tenía unos doce años, y ella se dio cuenta de que iba a ser una joven atractiva, las cosas se volvieron tan monstruosas que la gente empezó a percatarse, hasta que finalmente mi padre me mandó un par de años a un colegio de monjas en el sur, en Milán. Creo que tenía miedo de que ella me hiciese algo y se armase un escándalo. En cualquier caso, me tuvo alejada de casa todo el tiempo que le permitió la decencia. Ni siquiera me dejó volver a pasar las vacaciones hasta que pensó, supongo, que había tenido tiempo de superar su desagrado por mí; si bien es cierto que hacía el esfuerzo de viajar él solo a Milán dos veces al año para llevarme a pasar un mes o seis semanas a Candenabia o Mentone. Siempre fue amable conmigo. Cuando yo ya me había convertido en una muchacha atractiva, presumía de hija delante de cualquier amigo que se encontraba en los hoteles. Ellos me hacían los cumplidos más tontos para complacerle (no todos de buen gusto, por cierto), pero yo los agradecía igual.

»Antes de ir al colegio, la religión no había significado para mí, en ningún sentido, lo que significa para la mayoría de los niños: una especie de guardería o cuarto de juegos espiritual. No era más que media hora en la iglesia una vez a la semana (papá siempre insistía en que fuera, a pesar de que a él no lo veían por allí ni en pintura) y cuatro o cinco minutos arrodillada a solas todas las mañanas, rezándole a no sabía muy bien qué. No tenía a nadie que me estimulase, como a otros niños, para mirar las cosas desde una perspectiva religiosa; nadie que me escuchase rezar mis oraciones y me hablase de Dios y del ángel de la guarda.

»Las monjas de Milán hicieron cuanto estaba en su mano para interesarme por las cosas que significaban tanto para ellas. Pero era demasiado tarde para influirme con sus métodos; no encontraron cimientos sobre los que levantar nada, aunque, insisto, hicieron lo que pudieron. Me confirmaron y se encargaron de que recibiese mi primera comunión como es debido; después, no pudieron más que tratarme como a las otras niñas, protegiéndome de cualquier daño mientras estuviese a su cuidado. Lo único que me aportó mi estancia allí, aparte de una educación muy esmerada, fue la acendrada convicción de que Dios intervenía en los asuntos cotidianos. No se trataba ni mucho menos de amor a Dios, pues en mí no había sitio para el amor (en todo caso para la admiración); era solo eso: una convicción inquietante y pertinaz, más rebelde que dócil. Seguro que entiendes que yo pensara que las monjas se lo tomaban todo demasiado en serio, mientras que oía a papá hablar con sus amigos sobre lo que él llamaba “la lamentable estrechez de miras y la falta de generosidad del actual sistema de la Iglesia”. Yo veía que era un gran hombre, un personaje importante, y que ellas, en cambio, eran solo mujeres sin su conocimiento del mundo ni su energía ni su inteligencia.

»Después de volver con él a casa, lo cierto es que las cosas fueron al principio un poco mejor de como habían sido antes. Tenía la impresión, y yo por entonces era lo suficientemente perspicaz para darme cuenta de esas cosas, de que mi madre me tenía bastante miedo (aunque me equivocaba en una cosa: a quien le tenía miedo era a papá), y no me pasaba desapercibido que se esforzaba mucho, cuando estábamos los tres juntos, por hacerle creer que sus sentimientos por mí habían cambiado. Pero yo ponía buen cuidado en no quedarme a solas con ella. No me cabía la menor duda de que su desagrado era muy superior a sus fuerzas, y de que, si se presentaba la oportunidad, se adueñaría de ella. Fue entonces cuando empecé a odiarla de veras: a odiar su maldad, la fealdad subyacente en todo lo que me decía y me hacía siempre que papá tenía un ojo

puesto en nosotras dos.

»Durante esas primeras semanas, observé mis deberes religiosos de forma un tanto mecánica, pero me molestaba que interfirieran de modo intolerable con mi odio a mi madre. Recuerdo que una noche, cuando llegué a lo de “perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos...”, etc., sencillamente no fui capaz de decirlo. No pude continuar. Tuve que ponerme de pie y quedarme allí plantada, enfurecida por la injusticia de aquella petición. “No tienes derecho a pedirme eso; yo no soy quien la ha ofendido. ¿Por qué tengo que mentir? No lo haré, ¡no lo haré! ¿Por qué Te pones de *su* parte? ¿Qué daño os he hecho nunca a Ti o a ella?”

La nota de resentimiento que se apreciaba en su tono, incluso ahora, mientras revivía de nuevo aquel espantoso momento a través de sus nítidos recuerdos, era más de lo que Léonie podía soportar sin conmoverse.

—¡Yolanda, no! —gritó—. Fue hace mucho tiempo... Y ¡tú no eras más que una niña! No desentierres el pasado. ¡Piensa en lo que tienes que decirme y continúa!

—Tienes razón, Léonie —replicó la voz mágica—. El pasado descansará relativamente en paz en su tumba a partir de esta noche. Pero por esta vez debes permitirte mirarlo. Desde ese día hasta hace cuatro años, cuando nos dejó mi madre, no recé ni una sola vez. Como he dicho, no era capaz. Desde entonces, he rezado, por ella y por mí; no muy a menudo, me temo, ni de la forma más ortodoxa, pero he rezado pese a todo. Y sabes que nunca he sido capaz de perder mi fe.

»Después de aquella noche, fue como si mis palabras hubieran desatado los poderes oscuros en la casa. No pasaba ni un solo día, ni una sola hora, sin que tuviera la impresión de que el espíritu del odio estaba a punto de escapar al control de mi madre; incluso el aire, denso y viciado, parecía anunciarlo, y por las noches nunca me acostaba sin pasar el pestillo de mi habitación. Supe así lo que era el miedo. Pero ese miedo solo sirvió para fortalecer mi obstinación contra la sumisión y el perdón; contra pedir perdón y misericordia para conseguir la victoria sobre mí misma. Fue entonces cuando empecé (de forma inconsciente, pues ni siquiera había oído hablar de esas cosas) a deambular por la frontera del territorio que *ellos* tienen bajo su dominio.

»He de decirte que fue por aquellos días cuando a una doncella, Rosina Delré, se le encargó la tarea de cuidar de mí y de mi ropa.

—¡Esa criatura! —estalló Léonie.

—Bueno, ahora ya está muerta, así que intentemos no pensar en ella con demasiada severidad; además, estaba sinceramente arrepentida al final. Hasta entonces yo apenas la había visto unas pocas veces. Era muy rápida y discreta haciendo lo que tenía que hacer; pero la sorprendí una o dos veces mirándome como si quisiera decirme algo pero no estuviera segura de cómo me lo tomaría. Tenía la impresión de que sentía pena por mí, y estuve tentada de tomarla como confidente y aliada (la soledad empezaba a hacérseme insoportable), pero no me decidía, y tuve la boca cerrada hasta que, por fin, las circunstancias me empujaron a contárselo todo.

Hizo otra pausa, con el fin de cerciorarse de su propio valor antes de continuar.

—Una mañana, hacia el final de aquel verano, yo estaba en el jardín con papá cuando llegó un telegrama para él en el que se le informaba de que debía marcharse de inmediato a Monza.

»Se habían producido allí grandes inundaciones, y se requería su ayuda para coordinar las medidas de socorro. Los ríos se habían desbordado por las lluvias torrenciales, a pesar de que en casa llevábamos semanas sin ver una gota de lluvia y el calor era asfixiante.

»Cogió el primer tren después del mediodía, y yo me quedé sola con mi madre y los criados;

¿puedes hacerte una idea de cómo me sentía ante semejante perspectiva!

»Cómo mi madre y yo fuimos capaces de sobrevivir a la comida es algo que no puedo explicarte. Fue como comer con un gato grande y artero; sus ojos, aunque nunca me miraban directamente, tampoco llegaban a perderme de vista. Parecía que estaba continuamente midiendo su fuerza y la mía. Sin embargo, solo habló una vez, para decirle al mayordomo que esa tarde no estaría disponible para nadie.

»Cuando estábamos terminando de comer, la ira y la expectación que sentía eran tales que habría sido capaz de pegarle. Recuerdo perfectamente lo mucho que deseaba que ella hiciera o dijera algo que me provocase y me hiciera perder el control. Pero se limitaba a seguir comiendo y bebiendo del mismo modo deliberado y cruel; apenas comía, pero bebía sin parar... hasta que algo que apenas parecía humano me miró a través de sus ojos.

»Supe que el momento que tanto había temido aquellas tres semanas, pero que para entonces esperaba ya con impaciencia, estaba muy cerca.

»Después de comer, mi madre salió del comedor y fue al estudio, al otro lado del vestíbulo; mi intención era dejarla allí sola y subir a mi habitación, pero se dio la vuelta y me detuvo.

»“¿Dónde vas?”, me preguntó. Nos habíamos quedado solas, y la puerta del comedor estaba cerrada. “A mi cuarto”, le dije. Me percaté de que me temblaba la voz por la ira y los nervios, y vi que ella también se había dado cuenta, y que había estado esperando algo así, porque tragó saliva un par de veces y rompió a reír con una especie de regocijo ante mi aire indefenso.

»Al verla reír, todo empezó a darme vueltas en medio de una neblina rojiza. No pude hacer otra cosa que agarrarme a la barandilla de la escalera hasta que me recuperé del mareo, y me di cuenta de que me estaba ordenando que hiciera algo.

»“¿Me has oído?”, preguntó, con una voz que era apenas un susurro, y, cuando negué con la cabeza, me cogió por los hombros y me condujo hasta la puerta del estudio. Estaba tan aturdida, tan poco preparada para aquel odio terrible que se me había echado encima, que la dejé hacer lo que quiso; apenas podía tenerme en pie, cuánto menos reunir valor para plantarle cara.

»Abrió de golpe la puerta del estudio y se separó de mí de forma tan repentina que, al intentar recuperarme, tropecé y caí hacia delante contra el gran escritorio de papá, que ocupaba el centro de la estancia. Me di con la cabeza en la esquina de la mesa, y el golpe me dejó un poco atontada... O eso creo, al menos, pues solo guardo un recuerdo muy vago de lo que ocurrió a continuación.

»Debí de pasarme varios minutos tirada en el suelo, hasta que empecé a preguntarme tontamente qué hacía tumbada ni más ni menos que en la moqueta del estudio, con la blusa subida hasta las muñecas a plena luz del día. Al principio pensé que debía de tratarse de una pesadilla y decidí despertarme, así que intenté ponerme de pie, pero me vi empujada de nuevo contra el suelo y oí la voz de mi madre repitiendo una y otra vez: “¡Vas a gritar! ¡Vas a gritar!”. Fue entonces cuando me acordé de todo, y (Léonie, intenta ponerte en mi lugar) me mordí la mano para evitar satisfacerla. Empezaba a recobrar los sentidos... pero no voy a hablar de eso. Lo has visto con tus propios ojos. Sigo sin saber con certeza lo que utilizó. Sospecho que fue algo de metal; hasta entonces ella había llevado siempre una *chateleine*[54] con una larga cadena, que no he vuelto a ver desde entonces. Al fin conseguí levantarme, pero ella estaba demasiado agotada para hacer otra cosa que no fuera derrumbarse en la silla más cercana, riéndose y cantando como una loca.

»La dejé allí; y yo, tal como iba, salí al vestíbulo y subí a mi dormitorio. Dio la casualidad de que no me encontré con ningún criado, pero no creo que me hubiera preocupado si así hubiera

sido. En mi cabeza solo había sitio para una idea, la de que, en adelante, me atrevería a pensar sin la sensación de que iba a perder la cabeza si lo hacía. Ten en cuenta que acababa de cumplir catorce años; no era más que una niña por edad, pero mi corazón y mi determinación eran de mujer, y no precisamente de una bondadosa.

»Cuando entré en mi habitación, vi a alguien inclinado sobre la cómoda, guardando ropa de cama. Era Rosina. Sin pensarlo un segundo, me arrojé a sus brazos y me aferré a ella, hundiendo mi cara en su hombro, para que no pudiera ver que estaba a punto de ceder al dolor y estallar en llanto. No dijo nada; se limitó a dejar que la abrazase, sin intentar inmiscuirse en mis esfuerzos por respirar (pues algo parecía estar asfixiándome) hasta que, cuando empecé a decirle lo que había ocurrido, me hizo sentarme en la cama y cerró la puerta con pestillo.

»Aun sabiendo lo malvada que ha sido, Léonie, nunca olvidaré lo que hizo por mí; si hubiera sido su propia hija, no podría haberme tratado con más ternura; durante todo el tiempo que estuvo bañándome y vistiéndome, no dejó de intentar consolarme, cubriéndome de apelativos cariñosos y de lágrimas.

»No tardé en contarle toda la desgraciada historia. Cuando llegué a los sucesos de las últimas tres semanas, y a cómo me había resultado imposible rezar mis oraciones, Rosina pareció de pronto embargada por el entusiasmo, por así decirlo (no sé de qué otra forma llamarlo), y empezó a besarme como si sintiera un gran alivio.

»—Sé lo que sientes —dijo—. Pero no estás sola. ¿Crees que eres la única que ha comprendido la injusticia y la crueldad de la vida? Ya lo creo que no; hay miles como nosotros, un ejército. Te unirás a nosotros y te consolaremos. Como a todos los demás, también a ti te han atiborrado de mentiras, las viejas mentiras de los sacerdotes, que no soportan que alguien se libere de ellos y de su Dios, su Jehová. ¿Te gustaría ser feliz, ser libre, libre para amar y para odiar? ¿Ser capaz de reírte de la tiranía de eso que llaman religión, para ser lo que la naturaleza quería que fueras, fiel únicamente a sus leyes y a ti misma?

»Tuve la impresión de que decía aquello como si lo hubiera memorizado de un libro, lo que otorgaba a sus palabras un peso y una autoridad de las que habrían carecido si hubieran salido simplemente de una campesina inculta como ella. Como bien sabes, acerté de pleno.

»—Sí —dije, tan entusiasmada como ella—. Eso es lo que quiero: libertad para ser yo misma y hacer lo que me plazca. Pero ¿cómo se consigue eso? No soy más que una chiquilla, y tengo que hacer lo que me dicen; ir a la iglesia y fingir que me gusta.

»Como es lógico, me resulta imposible acordarme, palabra por palabra, de lo que pasó exactamente entre nosotras. Pero intentaré reconstruirlo lo mejor que pueda.

»—Es verdad —respondió—, tienes que fingir, pero, al fin y al cabo, es lo que hacemos la mayoría. Es inevitable. Debes aceptarlo como parte de tu venganza contra todo lo que te ha engañado y hecho daño: los sacerdotes y su Dios, quienes te han obligado, intentando obtener de ti, por medio de la fuerza y el engaño, una adoración contra la que se subleva todo tu ser. Pero, si prometes guardar el secreto, te enseñaré a derrotarlos.

»Le prometí hacer todo lo que me dijera, y continuó:

»—En primer lugar, ¿crees en Lucifer, el arcángel que prefirió renunciar al Cielo que a su orgullo?

»—Sí —dije—, supongo que sí.

»Entonces me expuso el plan muy hábilmente, siempre con artera elocuencia, como si repitiese una lección aprendida; el plan elaborado por *ellos* y su credo del triunfo final de Lucifer sobre

Dios, así como su explicación de por qué Lucifer era todopoderoso y estaba siempre dispuesto a recompensar a sus servidores, no con las promesas de placeres indeterminados del Cielo cristiano, sino con bienes tangibles de este mundo.

»—Los propios sacerdotes —dijo— lo reconocen en su Biblia, donde cuentan cómo Lucifer cogió a su Cristo “y lo condujo a la cima de una alta montaña, y le mostró todos los reinos del mundo en un instante; y le dijo: Te daré el poder y la gloria de todos ellos; *pues a mí me han sido entregados, y a quien yo quiera se los daré*. Así pues, si te postras ante mí, todo será tuyo”[55].

—Ah, ¡cuántas veces he oído hablar de ellos! —exclamó Léonie—. ¡La vieja historia... sin el contexto!

—Sí, ahora sabemos cómo hay que leerlo en verdad; pero entonces era distinto. Me quedé atónita ante aquel mar de posibilidades que desplegó ante mí. No obstante, algo en mi interior pareció resistirse durante un tiempo a aprovecharlas y disfrutar de ellas; pero, finalmente, la resistencia fue quebrándose poco a poco. Cuando Rosina me vio titubear, se marchó un segundo y volvió con un libro, una copia de los poemas de Carducci[56]. Lo abrió y me mostró aquel himno espantoso; supongo que lo conoces:

*Salute, O Satana, O Ribellione,
O Forza vindice della Ragione,
Sacri à te salgano gl'incensi e i voti,
Hai vinto il Geova de i Sacerdoti!*[57]

—Sí, lo conozco —dijo Léonie—. ¡Pobrecilla Yolanda! ¿Cómo no ibas a caer?

—Yo había conocido a Carducci cuando estaba con papá, y le había oído hablar de la «humanidad» y del «progreso» y de la «hermandad universal del hombre». Había oído a papá mostrarse de acuerdo con él, y aquel recuerdo puso en cierto modo un sello de autoridad en los versos abominables de Carducci, dotándolos de un poder que no habrían tenido de otra forma.

»Los leí una y otra vez. Aunque no podía evitar sentirme horrorizada por su blasfemia, me daba cuenta de que mis únicas opciones eran suscribirle o recoger otra vez mi carga de donde la había dejado; mi carga de lealtad al cristianismo. Como seguía dudando, Rosina fingió enfadarse conmigo y me arrebató el libro de las manos.

»—Si tienes miedo de los sacerdotes, vuelve con ellos —dijo—. Si eres tan cobarde como para dejarte castigar como un animal, no es asunto mío. ¡Siento haberte ofrecido ayuda!

»Y así, se marchó y me dejó a solas con mis pensamientos.

»Pasaron las horas, y nadie vino a verme. No se oía nada, excepto algún que otro trueno a través de las ventanas abiertas de la habitación (la misma que sigo utilizando en casa, y que da a los jardines). Conforme pasaba el tiempo, fue oscureciendo hasta que apenas pude distinguir el tocador entre las ventanas. Te doy estos detalles para que entiendas lo que estaba pasando allí sola; la penumbra y la soledad que me rodeaban eran exactamente las mismas que llevaba dentro de mí.

»Cuanto más oscurecía a mi alrededor, más oscuros eran mis pensamientos, hasta que el último atisbo de luz pareció abandonarlos. Mientras esto ocurría, y yo me decía que nada me privaría de mi odio, y que preferiría perder mi alma que perdonar a mi madre por lo que me había hecho, la habitación se iluminó de pronto por una luz que bailaba y se movía entre la cama y la ventana, para a continuación desaparecer, dejándolo todo más oscuro que antes.

»No eran más que relámpagos, por supuesto, pero para mí fue como si mi elección se hubiera anotado y registrado sin posibilidad de vuelta atrás. Pero, aunque estaba convencida, la idea no tuvo efecto en mí, si no fue para endurecer mi determinación de no permitir que nada me privase de mi odio. Estaba demasiado orgullosa de él incluso para levantarme y cerrar la ventana contra la tormenta que empezaba a colarse rugiendo en mi interior. Además, no había día que no me despertase con la impresión de que mi cuerpo estaba ardiendo.

»No pasó mucho tiempo antes de oír cómo se abría la puerta de nuevo. Rosina había vuelto, y me traía algo de comida.

»—Aquí tienes, para que comas algo —dijo—. Debes de tener hambre. Cerraré las ventanas y encenderé las velas. ¿Quieres que hablemos mientras cenas? Tu madre no nos molestará; ya me he encargado de eso. Tiene demasiado miedo a que tu padre llegue a enterarse para hacer nada más.

»Pero lo único que yo quería era beber, pues me ardía la garganta. Rosina se percató enseguida de que tenía fiebre y se aprovechó. Me dio un poco de vino y agua y me dijo que me lo bebiera poco a poco. Entonces me preguntó si seguía teniendo miedo de ser libre.

»A partir de ese momento, no me quedó ni un ápice de voluntad, y Rosina parecía hacer lo que quería conmigo.

»No desaprovechaba ninguna oportunidad para sermonearme; cuando pienso en la extraordinaria astucia con que lo orquestó todo, no deja de asombrarme; cualquier circunstancia era buena para afianzar su argumento y convertirme en su esclava.

»Empezó por alabar mi belleza. Habló de amor (me niego a incluso a pensar en cómo hablaba de él) y dijo que los sacerdotes y la Iglesia eran sus enemigos, y que, como yo era cristiana, me lo prohibirían. Después, dedicó un buen rato a trabajar mi odio contra mi madre por su crueldad conmigo, y en atizar todo mi resentimiento contra Dios, hasta que por fin vio que estaba lista para cualquier cosa y que nada, por muy antinatural o repulsivo que fuera, me parecería excesivo. Me obligó a repetir con ella el himno de Carducci (para entonces me resultaba muy fácil) y a continuación me pidió que dijera que yo pertenecía a Lucifer. Por algún motivo, yo no quería hacerlo, pero me obligó.

»—Dilo. Dilo: “Ahora pertenezco a Lucifer, no a los sacerdotes”. Quiero oír cómo lo dices.

»Cuando lo hice, me dijo que tendría que demostrarlo prestándole un pequeño servicio a mi nuevo amo.

»—¿De qué se trata? —pregunté.

»—Nada difícil o peligroso —respondió—. Está relacionado simplemente con la hostia que los sacerdotes te dan al “tomar la comunión”, como lo llaman ellos. En vez de tragártela, como tienes costumbre de hacer, debes guardártela la próxima vez y dármela.

»Mientras decía esto, se inclinó sobre mí y acercó tanto sus ojos a los míos que no pude siquiera cerrarlos, solo mirar los suyos. Había perdido todo deseo de pensar por mí misma. Solo quería lo que ella quería, y dije: “De acuerdo”, porque no era capaz de pensar en otra cosa que decir.

Yolanda hizo una pausa para mirar el pequeño reloj en la repisa de la chimenea. Se estaba haciendo tarde, por lo que se dio prisa en terminar su relato.

—Unos diez días después, cuando me hube recuperado lo suficiente para ir a comulgar otra vez —prosiguió—, fui a la catedral con Rosina, que no se separó de mi lado, ni siquiera en el comulgatorio. Después de la misa, volvimos a casa juntas y subimos a mi habitación, donde cogí

lo que ella quería de mi pañuelo y se lo di, sin mirarlo siquiera; *eso* seguía resultándome imposible.

»Sin embargo, pasó casi un mes hasta que logré convencerla de que me presentara a esos otros (*ellos*) de los que me había hablado tanto. Durante todo ese tiempo, siempre que tenía oportunidad de estar conmigo a solas, me hablaba de la felicidad de los satanistas, y de su espléndida libertad para divertirse a su gusto. Me dio también algunos libros (unos libros horribles con ilustraciones) que me obligaba a guardar bajo llave en mi habitación. Al principio no me atrevía más que a mirarlos; ¡con solo tocarlos sentía la necesidad de lavarme las manos! Durante días me dio vergüenza mirarme en los espejos.

»Pero, poco a poco, me acostumbré a la idea de querer leerlos (solo tenía catorce años, Léonie, que no se te olvide), y mi curiosidad me ganó la batalla, así que los leí. Desde entonces he tenido que pelear contra el efecto que tuvieron en mi cerebro.

»Lo que me parece asombroso es que no sea peor de lo que soy, y que aquellos libros no liquidasen mi alma del todo. Pero sí consiguieron algo que Rosina iba buscando al dármeles: labraron mi imaginación y la prepararon para recibir la realidad de *ellos* y de sus bárbaras atrocidades (la misa negra y todo lo demás) de un modo que ella sabía muy bien que no habría logrado por medio de las palabras. ¡Ese fue mi noviciado!

»Por fin, cuando pensó que me había curtido lo suficiente para soportarlo, me llevó con ella, un viernes por la noche, a aquella casa horrible que tú y yo conocemos tan bien... ¡por desgracia!

»Imagina mi sorpresa cuando, después de que Rosina diera la contraseña y nos dejaran entrar, me encontré delante de Botti, ¡el hombre que había conocido toda mi vida como nuestro viejo médico! Parecía sentirse a sus anchas, y nos guió hasta el piso de arriba, ya sabes, donde hablaron un buen rato de lo que me sucedería si alguna vez los traicionaba, y también a mi padre. Después tuve que hacer un juramento y firmar con mi nombre, y a continuación volvimos a bajar al vestíbulo, donde abrieron la puerta que daba a la capilla: la puerta al infierno.

»No hace falta que intente describirte lo que siguió, Léonie. La primera bocanada ponzoñosa de los braseros; el hedor a hierbajos quemados; la abominable caricatura del crucifijo; la grotesca monstruosidad de Botti con su birrete y los cuernos rojos de búfalo, y su vestimenta con el repugnante bordado en la espalda; el tremendo golpe que aquella primera misa negra asesta a la inteligencia.

»Cuando llegó la parte en la que Botti consagraba la Sagrada Hostia y se la tiraba a los miserables que andaban a la rebatiña por conseguirla, me puse enferma (literalmente), y Rosina tuvo que sacarme de allí.

»Creo que estaba preocupada, incluso entonces, porque no fuese capaz de callarme y buscarse consuelo en mi padre o en un sacerdote, y me repitió las amenazas de Botti hasta que volvió a confiar en mí, y a asegurarse de que le tenía mucho más miedo a él que a ninguna otra cosa.

»Pero nunca he sido capaz de asistir a una misa negra sin tener que cerrar los ojos cuando llegaba el momento de la horrible consagración. Y, una vez acabada, jamás he permitido, gracias a Dios, que me retuvieran allí más de un segundo; si alguien lo hubiera intentado, lo habría matado antes que soportarlo. Desde que soy adulta, nunca he entrado en esa casa sin un arma; me crees, ¿verdad, Léonie?

Léonie alzó la vista rápidamente.

—Nunca he creído otra cosa, Yolanda.

Los ojos de Léonie se posaron en la cara pálida de su amiga y recorrieron después su bien

proporcionada figura, que temblaba con la energía de su atractivo. Entonces los bajó de nuevo y se quedó callada.

—Además —continuó Yolanda—, hay algo que no te he contado. He encontrado una solución.

—¿Una solución?

—Un término medio, para no tener que pecar como antes. Durante los últimos meses he estado...

—Ya, claro, ¿qué has estado haciendo, Yolanda? ¿Has evitado el pecado principal? Es decir, ¿acaso no has estado haciendo tratos con *ellos* todo este tiempo?

—No sé qué dirás cuando te lo cuente —respondió la joven—. Se trata de lo siguiente: ni una sola hostia de las que le he dado a Botti últimamente había sido consagrada. ¿No te das cuenta? He robado las que no habían sido consagradas todavía, por la noche, de donde las tienen guardadas en la sacristía de la catedral...

—¿Qué quieres que te diga, Yolanda? ¡Es todo espantoso..., odioso!

—Pero no veo qué otra cosa puedo hacer. Al menos no es tan feo como robar las hostias consagradas en la comunión o del tabernáculo.

Para sorpresa de Yolanda, sin embargo, Léonie no hizo el menor esfuerzo por discutir con ella, sino que volvió a guardar silencio durante un rato, como si estuviera en íntima comunión consigo misma y pensando en otro asunto.

—Yolanda, querida —dijo por fin—, quiero que sepas que, en todo lo que pueda ayudarte, lo haré encantada. Pero nos enfrentamos a las fuerzas del mal, y nuestra tarea no será fácil. Tiemblo al pensar en el futuro.

Dicho esto, Léonie cayó de rodillas y comenzó a rezar para que les fueran concedidas la sabiduría y la fortaleza necesarias para salir indemnes de lo que se encontrasen en el camino, y vencer a lo que las acechaba en la oscuridad de la noche...

MAGIA NEGRA. UNA HISTORIA DE ORIENTE

JESSIE ADELAIDE MIDDLETON

Jessie Adelaide Middleton (1864-1933) fue sin duda una de las recopiladoras de cuentos de fantasmas más famosas de su época. Sus tres antologías, *The Grey Ghost Book* [El libro de fantasmas gris] (1912), *Another Grey Ghost Book* [Otro libro de fantasmas gris] (1914) y *The White Ghost Book* [El libro de fantasmas blanco] (1916), fueron un gran éxito. Recogía cuentos de todos los rincones del mundo, y en «Magia negra» (*Black Magic*, 1914), perteneciente a la segunda de las antologías mencionadas, nos transporta a la India y a una historia de la vida en el ejército. El Imperio británico estaba todavía en su apogeo cuando escribió esta historia, y la actitud arrogante de los personajes es muy típica de la clase dirigente británica en el extranjero.

La dama que tan amablemente ha corroborado esta historia con su experiencia personal tenía una prima que se casó con un oficial del ejército indio y se marchó a la India en torno al año 19... Puesto que no tengo permiso para dar sus nombres, aunque me hayan permitido utilizar su historia, los llamaré el capitán y la señora Ross. Esta última tenía el pelo cobrizo, lo que despierta gran admiración entre las razas nativas.

Al llegar a Calcuta, se dirigieron al norte, donde el capitán Ross estaba destinado, y la señora Ross, que visitaba la India por primera vez, se quedó maravillada con todo lo que vio.

Cuando llegaron a su bungalow, la señora Ross reparó en un viejo nativo que estaba de cuclillas en el exterior de la casa. Se trataba de un anciano con una apariencia especialmente repulsiva: sucio, andrajoso y de aspecto malvado, el cual, aunque saludó a la *memsahib*^[58] con una humilde reverencia, le dirigió una mirada siniestra que la hizo estremecerse.

Le preguntó a su marido por él, contándole lo que había pasado, y el capitán Ross le respondió con despreocupación:

—Oh, lleva aquí siglos; nadie le presta atención.

—Pero no me gusta el aspecto que tiene —insistió su mujer—. ¿No puedes hacer que se vaya?

—La verdad es que no —respondió el capitán Ross, riéndose—. No conviene ofender a estas personas. Es un tipo muy importante a su manera... Es decir, a los ojos de los nativos. Dicen que es un sabio, y todos le tienen miedo.

Por supuesto, la señora Ross no dijo una palabra más, pues lo último que deseaba era hacer algo que pudiera molestar a su marido. El anciano iba todos los días y se sentaba en la cancela. Cada vez que ella pasaba por su lado, él le hacía una respetuosa reverencia, pero también la

miraba de una forma horrible. No cabía duda de que se había dado cuenta desde el principio de que a ella le desagradaba y que lo quería lejos del bungalow.

Al cabo de unas semanas, su marido tuvo que marcharse por obligaciones del servicio, y antes de partir le recomendó a su mujer que no se acercase a los bazares nativos; pero la señora Ross, por extraño que parezca, tenía un deseo irrefrenable de ir a la parte nativa de la ciudad. Sufría un persistente dolor de cabeza, y no dejaba de pensar un momento en que no quería quedarse en el bungalow. Hablaba de esto con su marido una y otra vez.

—¡Lo único que quiero es salir! —se lamentaba ella; y él la tranquilizaba diciéndole que solo eran «nervios» y que disfrutaría de un cambio de aires en cuanto le fuera posible organizarlo.

Un día, la señora Ross estaba sentada en la veranda, cuando sintió que había alguien cerca. Echó un vistazo y se quedó helada al ver que detrás de ella, muy cerca, estaba el viejo nativo, mirándola fijamente con expresión malévolamente. El capitán Ross seguía fuera, y, a excepción de los criados nativos, no había nadie lo bastante cerca para oír una llamada suya. Los nervios se apoderaron de ella, pero, armándose de valor, se levantó y se encaró al hombre para ordenarle con severidad que se marchara de inmediato.

Él no hizo el menor amago de moverse; bien al contrario, siguió mirándola con la misma expresión malvada que ella ya había percibido. Le ordenó por segunda vez que se fuera, amenazándolo con pedir a los criados que lo echasen. Estaba ya a punto de llamarlos cuando él dijo, muy despacio y con voz imponente:

—No marchar hasta tener un pelo de su cabeza.

Sus ojos tenían un poder muy peculiar, y la señora Ross estaba demasiado asustada para moverse o pedir ayuda. La había inmovilizado como inmoviliza un gato a un ratón bajo su puzña, y comprendió que debía evitar a toda costa dar muestras de cobardía.

—Está bien —dijo, con toda la amabilidad de la que fue capaz—. Si quiere un pelo, se lo daré. Iré a soltármelo y le traeré uno.

La dejó marchar con tanta tranquilidad que a la señora Ross le asaltó la horrible sospecha de que los criados tal vez estuvieran conchabados con él. Era nueva en la India, y había leído historias aterradoras de traiciones de nativos; así pues, en lugar de dar la voz de alarma, fue a su habitación y se sentó a reflexionar.

«¿Qué voy a hacer? —pensaba angustiada—. No voy a darle el pelo. Lo quiere con algún propósito diabólico. No puedo ponerme bajo su poder. ¿Qué haré?»

Mientras le daba vueltas a lo que podía hacer, su mirada se encontró de pronto con una esterilla que había en el suelo, al lado de su cama. Era un regalo de bodas, y estaba tejida con pelo. Al punto pensó: «¡Ya lo tengo! Le daré un pelo de la esterilla. Se parece lo suficiente al mío para dar el pego». Se agachó y extrajo con mucho cuidado un pelo largo de la esterilla; a continuación, tocó la campanilla, y, cuando el criado respondió, le dio el pelo y le dijo que se lo diera al anciano de la veranda.

El criado, visiblemente horrorizado por la idea, se resistió.

—No debe dar pelo —dijo—. Él no debe tener pelo.

—Haga lo que le digo —insistió la señora Ross. Y el nativo se retiró.

Al cabo de un momento volvió y le dijo que el anciano se había ido.

La señora Ross soltó un profundo suspiro de alivio.

Cuando el capitán Ross llegó a casa aquella tarde, su esposa le contó lo ocurrido, y él montó

en cólera y reprendió con dureza a los criados por haber permitido que el viejo hindú accediera a la veranda. A ella le dijo que había hecho muy bien, y que lo mejor sería olvidarse del asunto.

Una noche, en torno a una semana después, estaban los dos sentados en el comedor después de cenar. Eran alrededor de las once. El capitán Ross estaba fumando, y la señora Ross, sentada en un sillón. Los criados habían traído café y se habían retirado a sus habitaciones. El capitán Ross estaba fumándose un cigarrillo y removiendo lentamente el café, preocupado por su esposa, que se había sentido muy enferma durante toda la cena. No tenía la menor idea de lo que le ocurría, pues no la había visto nunca así. De pronto, separó su silla de la mesa, y su marido la vio ponerse en pie muy despacio, dar un paso hacia la ventana, extender los brazos, mecerse con flojedad y gemir débilmente.

En ese preciso instante, oyó un ruido en su habitación, justo encima de ellos: una especie de ¡flap, flap, flap! apagado que parecía desplazarse por el suelo. Miró a su mujer, y la vio alzar la vista sobresaltada.

Cogió el revólver que tenía a mano, se levantó de un salto y escuchó. El ruido continuaba: ¡flap, flap, flap! Fue hasta la puerta y la abrió con suavidad. El ruido fue volviéndose cada vez más nítido. Al poco lo oyó subiendo los últimos peldaños de la escalera, y bajándolos después: ¡flap, flap, flap!

El capitán Ross salió corriendo al pasillo, y en la penumbra vio algo que subía las escaleras. Disparó al punto del que provenía el ruido, pero siguió oyéndose. Disparó una segunda vez, e incluso una tercera. A pesar de todo, el ruido continuó por la veranda, y lo oyó atravesando el jardín.

El ruido de los disparos despertó a los criados, que entraron precipitadamente con velas. La señora Ross salió a tientas y tambaleándose a la veranda, y su marido se precipitó en pos del supuesto ladrón, pero, para su sorpresa, no había nadie allí.

Mientras miraban, su mujer emitió una fuerte exclamación y lo agarró del brazo.

—¡Dios mío! —gritó—. ¡Fíjate en eso!

La esterilla china de su dormitorio, con tres agujeros quemados por donde las balas la habían atravesado, estaba en ese momento cruzando el jardín.

LA BRUJA DEL AGUA

H. D. EVERETT

Henrietta Dorothea Everett (1851-1923) es otra de las damas nacidas en la época victoriana que sentían fascinación por el espiritismo y los fenómenos fantasmales, y pertenecía a varios «círculos de fantasmas» conocidos de Londres. Escribió mucho sobre los casos que ayudaba a investigar y también utilizó material seleccionado de los interrogatorios para sus obras de ficción. Seguramente su mejor colección sea la que se publicó en 1920 con el título de *The Death Mask and Other Ghosts* [La máscara de la muerte y otros fantasmas], y de ahí he seleccionado «La bruja del agua» (*A Water Witch*), un relato muy representativo de una buena parte de la ficción victoriana: de ritmo sosegado, moral y lleno de personajes a los que las agotadoras exigencias de la gente común les resultaban desconocidas, protegidos como estaban de esas cosas por su posición, su dinero y su educación.

I

Nos llevamos una decepción cuando Robert contrajo matrimonio. Hacía mucho tiempo que queríamos que se casara, pues es nuestro único hermano y el cabeza de familia desde la muerte de mi padre, así como el director de la empresa; pero nos habría gustado que su mujer fuera otro tipo de persona. Nosotras, sus hermanas, podríamos haber elegido para él mucho mejor de lo que lo hizo él. A decir verdad, ya teníamos los ojos puestos en la chica apropiada: de carácter alegre y educada con sensatez. Una joven, además, que no habría puesto reparos si hubiera tenido a Robert a su lado mostrando interés por ella. Pero él se tomó unas vacaciones en el extranjero en la primavera de 1912, y lo siguiente que supimos es que se había prometido con Frederica. ¡Frederica, ni más ni menos! A nosotras, las Larcomb, nos han puesto nombres sencillos como Susan, Anne, Mary y Elizabeth desde hace varias generaciones (yo me llamo Mary), y aquel nombre extravagante nos parecía un fastidio. La boda se celebró en Mentone con muchas prisas, porque su madrastra iba a casarse de nuevo y Frederica estaba disgustada. ¿Acaso no podía considerarse aquello un signo de debilidad por parte de Robert? No se tomó el tiempo suficiente para reflexionar. Quizá podríamos aceptar eso como una excusa para haberse alejado de las tradiciones de los Larcomb: si lo hubiera pensado un poco mejor, el enlace muy probablemente se habría roto.

Frederica tenía algo de dinero propio, aunque no mucho: todas las novias Larcomb habían tenido dinero hasta entonces. Su padre, ya fallecido, había sido general y K. C. B.[59], lo cual no suponía ningún inconveniente para el anuncio de la boda; pero ahí terminaba nuestra satisfacción. Robert la trajo para que la conociéramos tres semanas después de la boda. Se trataba de una mujercita delicada y encogida que hacía honor a su ridículo nombre, y tanto madre como nosotras le causábamos auténtico pavor, así que aquella primera visita no resultó ni mucho menos un éxito. Robert se la llevó entonces a Londres y, cuando nació el bebé —un niño, pero demasiado débil para sobrevivir más de un día o dos—, ella enfermó gravemente y tardó mucho en recuperar las fuerzas. Caben pocas dudas de que, para entonces, él ya era consciente de haber cometido un error.

Yo era su hermana favorita, pues le seguía en edad, y, cuando se vio en un apuro en Roscawen, recurrió a mí. Roscawen era un páramo que Robert había arrendado recientemente en el lado escocés de la frontera, y se nos dio a entender que el aire vigorizante y un cambio drástico de escenario resultarían beneficiosos para Frederica, a quien le pareció bien la idea. Así que su carta me cogió por sorpresa.

Querida Mary —decía, y, siguiendo su costumbre, no se anduvo por las ramas—:

Haz las maletas en cuanto recibas esta carta y ven aquí pasado mañana. Tendrás que viajar *via* York, y me encontraré contigo en Draycott Halt, donde el tren de la tarde se detiene a una señal que se le haga. Freda está un poco nerviosa, y no le gusta quedarse aquí sola, así que estoy en un aprieto. Quiero que le hagas compañía durante las semanas que estaré en Shepstow. Estoy seguro de que le harás este favor a

tu hermano que te quiere,

Robert Larcomb

Esta repentina llamada, asegurándose de recibir respuesta y ayuda, me recordó tiempos pasados en los que significábamos mucho el uno para el otro y Frederica todavía no había hecho su aparición. Ella estaba un poco nerviosa, y él en un aprieto: he aquí una prueba más de su error. No me resultaba nada fácil dejar el trabajo en aquel momento, y por un tiempo indefinido, además; pero tomé la determinación de satisfacer la curiosidad de la familia, por no hablar de la mía propia, haciendo lo que me pedía.

Cuando bajé del tren en Draycott Halt, Robert estaba esperándome con su coche. Colocó mi equipaje en la parte de atrás y me senté a su lado; y volvieron de nuevo a mi memoria los viejos tiempos, pues parecía realmente contento de verme.

—Buena chica —dijo—, viniendo de inmediato y sin armar escándalo.

—A los Larcomb no nos gustan los escándalos, ¿verdad? —y, mientras decía esto, se me ocurrió que seguramente él estaba acostumbrado a los escándalos esos días; los escándalos de Frederica. Entonces pregunté—: ¿Qué ocurre?

Apenas alcancé a verlo de refilón mientras respondía, pues estaba muy ocupado con el volante.

—Bueno, ya te lo expliqué, ¿no? Se dispuso que iría alternando, una semana aquí y otra en Shepstow. Falkner y yo juntos, porque es mejor que ocuparse de los dos páramos con una sola escopeta en cada uno. Y no puedo llevarme allí a Freda, porque en la casita de Shepstow no hay espacio para una dama; solo la habitación que compartimos Falkner y yo. Freda está nerviosa,

pobrecilla, desde su enfermedad, y por algún motivo le ha cogido manía a Roscawen. No es más que una tontería pasajera, por supuesto, pero algo había que hacer.

—Bueno, le dijiste a madre por carta que los dos os habíais enamorado del lugar, y que os parecía perfecto.

—Oh, el sitio está muy bien, son solo imaginaciones de mi pobre niña. Supongo que ella misma te lo contará, pero evita que alimente esa fantasía en la medida que te sea posible. Te alojarás en la habitación de Falkner, y, la semana que él esté aquí, ya he llegado a un acuerdo con Vickers para que lo acoja en su casa, aunque me imagino que comerá y cenará con vosotras. ¿Vickers? Oh, es un vecino que vive al otro lado del río Roscawen, el riachuelo que lleva las aguas que rebosan del lago hacia las montañas. Es doctor en ciencias además de en medicina, y ha escrito algunos libros tremendamente brillantes. Tengo entendido que está trabajando en otro, y viene aquí en busca de tranquilidad. Aunque no sea un caballero, es un tipo excelente y no tiene inconveniente en acoger a Falkner, y además ha entablado cierta amistad con Freda; leen juntos en italiano. No, no está casado, ni es sacerdote, qué le vamos a hacer; y no hay ninguna mujer de la misma clase que Freda en varios kilómetros a la redonda. He de reconocer que se queda en la más desesperante soledad cuando yo me marcho. Así que no me quedaba más remedio que pedirlos a ti o a madre que vinierais, y me pareció mejor pedirte a ti.

Estábamos atravesando un paisaje agreste y accidentado de áridas montañas, siguiendo el curso del río corriente arriba. Una corriente que bajaba a toda velocidad por el pedregoso cauce, rebosante y turbulento por las lluvias recientes. En ese momento la carretera se bifurcó y cruzamos un puente estrecho; y desde allí pudimos ver el salto que daba el agua en un saliente rocoso antes de caer a un pozo profundo salpicando y formando espuma. Me habría gustado detenerme y contemplarlo con tranquilidad, pero el coche nos alejó de allí a gran velocidad, permitiéndome solo un vistazo rápido. Justo después, Robert llamó mi atención sobre una casita de piedra encaramada a lo alto de la ladera; un sitio con aire desolado, flanqueado por un grupo de abetos, pero sin ningún jardín alrededor; el agreste páramo y el brezal se acercaban hasta casi tocarse bajo las ventanas.

—Ahí está Roscawen —dijo—. No es más que un pabellón de caza, como puedes ver. Un sitio de nueva construcción, basto, sin más historia que la de ayer. Estuve negociando para adquirir Corby, que es del siglo xvii y tiene hasta un fantasma en la galería, pero el acuerdo se torció. Y estoy muy contento de que así fuera. —Rompió a reír al decir esto; una risa incómoda, muy distinta a la de los Larcomb, y a la suya propia. Y en ese momento llegamos a la puerta.

Freda me dio la bienvenida, y pensé que había mejorado; lo cierto es que estaba guapa; todo lo guapa que puede estar una mujercita pequeña y frágil como ella, a la que parecía que una ráfaga de aire podía llevarse en cualquier momento. Iba muy bien vestida —Robert se habría encargado de eso, por supuesto— y solo tenía ojos para él. Se volvía constantemente hacia él con cualquier excusa, y se mostraba nerviosa e incómoda cuando lo perdía de vista.

—¿De verdad tienes que irte mañana? —le oí susurrar más tarde.

Y también oí cómo él le respondía:

—No me queda otro remedio. Pero no debe preocuparte ahora que tienes a Mary aquí.

Saltaba a la vista que sí le preocupaba, y que mi compañía no compensaba ni mucho menos perderlo a él. Pero ¿no era toda aquella exigencia la forma más rápida de agotar el amor?

La planta baja estaba dividida en un salón, al que daba la puerta principal sin separación alguna, y un comedor bastante grande al que se accedía por una puerta a la derecha. Cada una de

estas estancias contaba con otra más pequeña en su interior: la acogedora sala de estar de Freda por un lado, y, por el otro, el cuarto de armas donde fumaban los hombres. En el piso de arriba había dos buenos dormitorios, un vestidor y un cuarto de baño, pero eso era todo: no había más alturas; el espacio del tejado no se utilizaba, y los criados dormían en la cocina, situada en la parte trasera. El cuarto que me fue asignado, del que habían desalojado al capitán Falkner, tenía un amplio ventanal y aspecto agradable. Mientras me vestía a toda prisa para la cena, pude oír el murmullo del río cercano, pero no llegaba a ver el agua, como si fluyera muy por debajo de las salientes riberas.

No alcanzaba a ver la corriente, pero, mientras miraba por la ventana, una espiral de niebla blanca se elevó por encima de la ribera, se estiró al paso del viento y desapareció como una nube de vapor. Es probable que hubiera otra caída en aquel punto (eso es lo que pensé), donde el agua se agitaba formando espuma. Pero no había tiempo para especulaciones, pues los Larcomb nos apegamos al buen hábito de la puntualidad. Me abroché un último corchete y bajé corriendo las escaleras.

El capitán Falkner vino a cenar, y fuimos así cuatro en la mesa, pero habían puesto un quinto cubierto que no se utilizó. Los dos hombres tenían muchos planes para el día siguiente, cuando partirían muy temprano: Shepstow, el otro páramo, estaba a unos cincuenta kilómetros.

—Me temo que vas a aburrirte, Mary —me dijo Robert a modo de disculpa—. Me veo obligado a quedarme con el coche en Shepstow, pues yo mismo seré el conductor. Pero dispondréis de la carreta de Freda para dar alguna vuelta; así tendrás oportunidad de echar un vistazo a los alrededores mientras estoy fuera. Tendrás que aguantar a la vieja yegua. Sé que te gustan los caballos briosos, pero esa vieja jaca le va muy bien a Freda, porque le permite conducirla sola. Además, Vickers pasará a veros casi todos los días. No sé qué le habrá impedido venir esta noche.

A la mañana siguiente, Freda estaba decaída, y no se despegó de Robert hasta el momento de su partida, lo que me habría parecido sumamente irritante si hubiera sido yo su marido. Y no me sorprendería que le hubiera suplicado una última vez que no la abandonase —a mi merced, supongo—, aunque no oí la petición. Cuando los dos hombres se hubieron marchado con sus armas y su equipaje, pedimos que nos trajeran la carreta y mi cuñada me llevó a dar una vuelta.

Robert había hecho bien en prepararme para «la tranquila jaca»: un animal viejo y dócil llamado Señora Gris que se había puesto blanco con la nieve de muchos inviernos, y del cual, cuando el camino era cuesta arriba, solo podía esperarse que avanzara al paso. Y en Roscawen todos los caminos eran cuesta arriba o cuesta abajo; no recuerdo ningún sitio en el que hubiera medio kilómetro en llano. Era una marcha verdaderamente aburrida y a Freda no se le ocurría mucho que decir; tal vez siguiera preocupada por Robert. Pero los páramos y los prominentes montes componían un paisaje bonito con el resplandor carmesí del brezo.

—Creo que Roscawen es precioso —exclamé, sin poder evitarlo. Y, cuando ella se unió a mis muestras de admiración, añadí—: A ti te gustó la primera vez que viniste, ¿verdad?

—Sí, me gustó la primera vez que vine —confirmó, repitiendo mis palabras, pero sin decir por qué ahora le desagradaba.

Tenía que hacer un recado en una de las granjas de las tierras altas que les suministraba leche y mantequilla. Condujo la carreta hasta la puerta y estaba a punto de apearse cuando salió la mujer de la casa, lo que me permitió enterarme de la conversación. Freda le hizo un pedido, y a continuación le preguntó:

—¿Encontraron a su joven vaca, señora Elliott? Espero que sí. Lamenté mucho enterarme de que se había extraviado.

—La hemos encontrado, señora, pero estaba muerta en el río, y ha sido una pérdida muy triste para nosotros. Era uno de los mejores animales que hemos criado, y estaba preñada por segunda vez. Pocas veces he visto a mi marido tan afectado, y reconozco que yo estuve a punto de ponerme a llorar. Con esta ya son cinco animales los que hemos perdido en lo que va de año: una oveja y dos corderos en marzo, y el potro de tiro en julio.

Freda dijo que lo sentía mucho.

—Necesitan un cercado mejor, nada más, para proteger a su ganado del río.

La señora Elliott frunció la boca y movió la cabeza.

—No le negaré, señora, que nuestra cerca podría ser mejor si el dueño nos proporcionara mejores materiales; hacemos lo que podemos con lo que tenemos. Pero, cuando a los animales les entra esa locura por el agua, solo una estacada para ciervos puede detenerlos. He visto lo suficiente en el tiempo que llevo aquí para estar segura de eso. A qué se debe esa locura, no me atrevo a decirlo. En el distrito se inventan cuentos sobre la mujer blanca, pero yo no sé nada de ninguna mujer blanca. Solo sé que, cuando la locura se apodera de ellos, van derechos al agua, y allí se ven arrastrados al fondo.

Cuando nos alejábamos, le pregunté a Freda qué había querido decir la mujer del granjero con lo de la mujer blanca y qué era eso de que se le ahogaba el ganado.

—Creo que circula alguna historia sobre una mujer que murió ahogada, y cuyo espíritu llama a los animales para que vayan al río. El doctor Vickers te lo contará si le preguntas. Está preparando un estudio sobre el folclore y las supersticiones locales y... bueno, y ese tipo de cosas. Robert cree que son solo tonterías, y sin duda tú pensarás lo mismo.

Freda no dijo cuál era su opinión. Tenía un cutis transparente, y cualquier nimiedad la hacía cambiar de color; en esta ocasión, se ruborizó sin razón aparente mientras me respondía, y durante un largo minuto sus mejillas ardieron. ¿Por qué se habría puesto colorada al hablar de las supersticiones de Roscawen y de una vaca ahogada? En ese momento, la atención de las dos se desvió de pronto, porque a Señora Gris se le metió en la cabeza asustarse.

Su paso había mejorado sensiblemente desde que Freda la había encaminado hacia casa, y trotaba ahora sin necesidad de instigarle. Nos acercábamos a una encrucijada de tres caminos; un triángulo verde con un poste señalizador en el centro. En nuestra dirección había un terraplén y un seto (los setos sustituían aquí y allá a las paredes de piedra del distrito) y la rueda derecha se subió al terraplén, con lo que la carreta se inclinó peligrosamente; no obstante, logramos recuperar el equilibrio y seguimos avanzando. Freda, que era una conductora temerosa, se aferró a las riendas con desesperación.

—¿Suele hacer ese tipo de cosas? —pregunté—. Si no recuerdo mal, Robert ha dicho que era tranquila.

—Y lo es... o eso creíamos. Que yo sepa, es la primera vez que hace eso —dijo mi cuñada con voz entrecortada, aún recuperándose del susto.

—No sé qué ha podido asustarla. No había nada... Absolutamente nada; ni siquiera un montón de piedras.

Freda no respondió, pero yo iba a oír más cosas de esa encrucijada a lo largo del día.

II

Después de comer, Freda no parecía dispuesta a salir otra vez, así que, como yo había ido allí para hacerle compañía, nos pusimos las dos con labores de aguja y con un libro que leíamos en voz alta por turnos. La lectura, sin embargo, decayó pronto; cuando le llegó el turno a Freda, se cansó enseguida, se perdió dos o tres veces y parecía incapaz de concentrar su atención en la página impresa. ¿Estaba escuchando?, me pregunté después. Cuando se hizo el silencio entre nosotras, reparé en un ruido que se repetía a intervalos regulares; un goteo de agua. Alcé la vista al techo esperando ver una mancha de humedad, pues el ruido parecía provenir de dentro de la sala, justo detrás de mí.

—¿Oyes eso? —le pregunté—. ¿Crees que ha habido alguna avería en el cuarto de baño? — Porque estábamos en la sala de estar de Freda, que quedaba justo debajo del cuarto de baño.

Pero mi insinuación de que podía haber algún grifo o cañería rota la dejó indiferente.

—No creo que venga del cuarto de baño —respondió—. Lo oigo a menudo. No hemos sido capaces de averiguar qué es.

No bien hubo acabado de hablar, se oyó otra gota, y yo habría jurado que caía en la alfombra, entre ella y yo. Miré otra vez al techo, pero Freda no despegó los ojos del bordado.

—Es muy extraño —observé. Esta vez ella asintió repitiendo mis palabras, y advertí que la recorría un estremecimiento—. Voy a subir al cuarto de baño —dije con determinación, dejando a un lado mi labor—. Estoy segura de que los grifos están estropeados.

No puso objeciones, ni se ofreció a acompañarme; se limitó a temblar otra vez.

—No tardes mucho, Mary —dijo, y noté que se había quedado pálida.

No había nada estropeado en el cuarto de baño, ni en ningún punto del suministro de agua; y, cuando volví a la salita, el goteo había cesado. No volvimos a oír nada hasta que llamaron al timbre de la puerta, y Freda volvió a cambiar de color, tal como había sucedido cuando íbamos en la carreta. En un lugar apartado y solitario como aquel, recibir una visita era todo un acontecimiento. Pero creo que a ese visitante se le esperaba. El criado anunció al doctor Vickers.

Freda le dio la mano y nos presentó. Aquel era el amigo que Robert había dicho que vendría a visitarnos a menudo, pero no se parecía lo más mínimo al científico viejo y malcarado que yo había imaginado. Era un hombre entrado en años, desde luego, si el pelo canoso es indicativo de la edad, y me atrevería a decir que había patas de gallo en aquellos ojos penetrantes; pero, cuando te encontrabas con los ojos, te olvidabas de las arrugas. Los primeros seguían rebotando juventud y fuego, mientras que su figura seguía erguida, y sus hombros, rectos.

Intercambiamos unos cuantos comentarios; me preguntó si conocía aquella parte de Escocia y, cuando le respondí que la visitaba por primera vez, dedicó algunos elogios a Roscawen y a sus vecinos. Era el lugar ideal para él, me dijo, cuando iba buscando tranquilidad; y tendría oportunidad de descubrir por mí misma, como había hecho él, que la región encerraba muchos encantos. Me preguntó a continuación si sabía italiano, y me enseñó un libro que llevaba en la mano, la *Vita nuova*[60]. La señora Larcomb estaba olvidando sus conocimientos de italiano, y él le había prometido que la ayudaría a repasarlos. Así pues, si a mí no me parecía demasiado aburrido escucharle, se proponía leer en voz alta. Y, si yo no conocía el libro, él me haría un pequeño resumen, para que pudiera seguirlo.

Yo, por supuesto, conocía la *Vita nuova*, y ¡quién no!, pero mis conocimientos del idioma en el

que estaba escrito no iban más allá de unas pocas frases modernas, de provecho para un viajero. Me reconocí incapaz de seguir la lectura, y presumo que al doctor Vickers no le desagradó mi ignorancia. Se sentó en un extremo del sofá Chesterfield, mientras que Freda ocupaba el otro, aún con aquel rubor en sus mejillas; y, después de un par de observaciones en italiano, abrió el libro y empezó a leer.

Supongo que se le daba bien. Las sílabas nítidas y fluidas sonaban muy extranjeras en mis oídos, y le brindaban a su autor la ventaja del énfasis y la expresión dramática. De vez en cuando hacía observaciones en inglés sobre alguna dificultad del texto, o colaba alguna pregunta en italiano a la que Freda respondía, por lo general, con un monosílabo. Ella no apartaba la vista de su labor. Se diría que no quería mirarlo, ni siquiera cuando él se ponía más vehemente; entretanto, yo los observaba a los dos, aunque nunca se me ocurrió pensar... Pero ¡claro que nunca se me ocurrió pensarlo!

En ese momento recordé que se hacía tarde y que las cartas debían estar listas para cuando saliera la bolsa del correo. Había dejado una a medias en el piso de arriba, así que me escabullí para terminarla y sellarla. Cuando terminé, volví a entrar sin hacer ruido (la puerta quedaba detrás de un biombo) y vi que la lección de italiano había terminado y habían entablado una conversación en inglés. Freda hablaba con cierta animación.

—Ya no pueden decir que son imaginaciones mías, pues Mary también lo ha oído.

—Y ¿tú no le habías dicho nada antes? ¿Cualquier cosa que pudiera sugestionarla?

—No le había dicho ni una palabra. ¿Verdad que no, Mary? —me preguntó al verme aparecer.

—¿Sobre qué? —pregunté, pues había olvidado el incidente del agua.

—Sobre el goteo. Hiciste la observación tú primero: yo no te había dicho nada. Y fuiste a comprobar los grifos.

—Es verdad que no me habías dicho nada. ¿Por qué? ¿Hay algún misterio?

—El misterio —respondió el señor Vickers— es que la señora Larcomb era la única que oía ese goteo. Suponíamos que era fruto de la sugestión. Pero usted ha desmentido esa suposición, señorita Larcomb, pues sus oídos también han sido capaces de percibirlo. Eso servirá para convencer a su hermano; y ahora tenemos que ponernos en serio a encontrarle una explicación. Roscawen es un distrito que abunda en leyendas sobre sucesos extraños. No queremos añadir otra a la lista, ni darle a este moderno pabellón de caza fama de casa encantada.

—Extraño fantasma sería ese, ¿no le parece? ¡Un ruido de agua goteando! Pero... ha hablado usted de leyendas en el distrito; ¿ha oído algo de una mujer blanca de quien se dice que ahoga ganado? La señora Elliott lo mencionó esta mañana en la granja, cuando nos contó que había perdido a su vaca en el río.

—Oí que habían encontrado una vaca muerta flotando en el pozo del río. Lamento que perteneciera a los Elliott. Nadie vive aquí mucho tiempo sin escuchar esa historia, y, aunque ha desatado la ira de Roscawen contra ella, no puedo evitar sentir pena por la mujer blanca. Fue joven y hermosa una vez, y adinerada, pues poseía tierras por derecho propio, además de rebaños. Pero se volvió muy infeliz...

Me hablaba a mí, pero miraba a Freda. Esta había retomado su labor, pero con manos torpes, de las que se le cayeron primero el algodón y después el dedal.

—Era infeliz porque su marido no le prestaba la debida atención. Este tenía... otras cosas de las que ocuparse, y el encanto que ella había tenido una vez para él se perdió. La dejaba sola

demasiado a menudo. Su salud se deterioró, según dicen, de tanto preocuparse, y así se sumió en un estado melancólico, de suerte que se pasaba el tiempo llorando y deambulando arriba y abajo por la orilla del río Roscawen. Pudo haberse caído, no se sabe con seguridad; pero todos dieron por sentado que había sido un suicidio, y se la enterró en la encrucijada.

—Allí fue donde Señora Gris se asustó esta mañana —terció Freda.

—Y, al decir de la gente, al otro lado de la muerte, viéndose sola (demasiado culpable quizá para el Cielo pero, al mismo tiempo, demasiado inocente para el Infierno) busca quien se una a ella para hacerle compañía; quiere ovejas, vacas y caballos, como tenía en sus granjas. Por eso vuelve locos a los animales, y también a los humanos, para que bajen al río. Ellos la ven, según dicen, o reciben una señal que de algún modo apunta a la forma en que murió. Si la ven, viene a buscarlos una, dos y tres veces, y es esa tercera vez cuando se sienten forzados a seguirla.

Una historia horripilante, pensé mientras la escuchaba, pero no del tipo que puedo llegar a creerme. Confié en que Freda tampoco se la creyese, pero de eso no estaba segura.

—¿Cómo es? —pregunté—. Si los seres humanos la ven, como usted dice, ¿qué descripción dan de ella?

—Cuenta la leyenda que ven espuma elevándose del agua y alejarse flotando hasta que se disuelve, con una forma imprecisa al principio, pero más parecida después a la mujer que fue en su día; y algunos dicen que hay una mano que les hace señas. Pero yo nunca la he visto, señorita Larcomb, ni he hablado con nadie que la haya visto: es poco frecuente contar con pruebas de primera mano, como bien debe de saber usted. Así que no puedo decirle más.

A mí me pareció un alivio no tener que escuchar más, pues la historia era demasiado trágica para mi gusto. Los sucesos de la tarde me dejaron inquieta; enfadada con el doctor Vickers, lo que tal vez era poco razonable, y con Freda, cuyas imaginaciones, visto lo visto, habían resultado contagiosas; y enfadada, con más razón en este caso, conmigo misma. En cierto modo, con semejantes historias circulando por ahí, Roscawen no parecía la residencia más recomendable para una enferma que padecía de los nervios; y también era vagamente consciente de que había un trasfondo que no entendía. Tenía la misma sensación que cuando tropiezas con algo inesperado con los ojos vendados, o de noche, y no eres capaz de definir su forma.

El doctor Vickers aceptó una taza de té cuando nos trajeron la bandeja, y después se marchó, lo que no es de extrañar, habida cuenta de que no había ningún caballero en la casa para hacer de anfitrión.

—Entonces, ¿Larcomb ha vuelto a marcharse una semana entera? —le preguntó a Freda mientras se despedía.

Era una pregunta innecesaria, pensé con impaciencia, pues debían de haberle puesto al corriente cuando le pidieron que alojase de nuevo al capitán Falkner.

—Sí, una semana entera —respondió Freda, otra vez con aquel rubor en las mejillas; y en cuanto nos quedamos solas se llevó la mano a la cara, como si aquel color la quemase.

III

No me gustaron ni el doctor Vickers ni sus clases de italiano, y tenía la impresión de que Freda

habría preferido ponerles fin. El tercer día sufrió un dolor de cabeza y me pidió que la excusara con el doctor, por lo que recayó en mí la tarea de recibir a este amigo de Robert, a quien no pareció afectarle lo más mínimo su ausencia. Aproveché la oportunidad para interrogarme acerca del goteo de agua: ¿había vuelto a oírlo desde la primera vez? Y ¿cuál creía yo que era la explicación más convincente para aquellos sonidos?

Lo cierto es que había vuelto a oírlo. Dos veces, mientras estaba sentada con Freda. En esas ocasiones, nos habíamos quedado escuchando... escuchando, con las pocas cosas que teníamos que decirnos apagándose con nuestras voces, esperando para ver cuál de las dos lo reconocía primero, y así nos pasamos más de una hora. Finalmente, Freda estalló en un llanto histérico, resultado de la tensión excesiva a la que había sometido sus nervios, y con su arrebato cesaron los ruidos. Yo había acabado por aceptar la posibilidad de que fuera un fenómeno relacionado con espíritus que la utilizaban a ella como médium. Pero supongo que esa teoría quedó después refutada, pues también los oí cuando estaba sola en mi dormitorio.

Al doctor Vickers le conté lo menos posible, y afirmé con rotundidad que aquello tenía una explicación natural, y que solo había que buscarla con la diligencia suficiente. Pero he de reconocer que me vi en un aprieto cuando señaló el hecho de que esos sonidos que escuchaba Freda fueran inaudibles para su marido, también presente; Robert, que tenía un oído excelente, como toda nuestra familia. Hasta que llegué yo y los escuché también, nadie en la casa más que Freda había percibido el goteo, por lo que había motivos para tomarlo por una alucinación. Sí, lamentaba la preocupación de mi cuñada, respondí ante una pregunta del doctor, pero seguía pensando que, a falta de encontrar una explicación, lo mejor era hacer caso omiso de un goteo que no humedecía nada ni dejaba mancha, y que no procedía ni de cisternas rebosantes ni de cañerías rotas.

—¿Desaparecerá si no le hacemos caso? ¿Es eso lo que sugiere, señorita Larcomb? —Y, cuando le respondí con precipitación que eso era precisamente lo que sugería, añadió—: En ese caso, ¿sería tan amable de explicarme qué es lo que desaparecerá? ¿Su «causa natural»?

Otra pregunta difícil: yo no había formulado ninguna idea que quisiera explicar. Es probable que el invitado notase que el tema me incomodaba, pues desvió la conversación por otros derroteros, y así esta se prolongó un cuarto de hora más en un tono lo suficientemente agradable. Después se marchó, no sin antes dejar un mensaje para Freda expresándole su preocupación por el dolor de cabeza que la tenía en cama. Se pasaría al día siguiente para interesarse por ella, y confiaba en que se hubiese recuperado para entonces.

Al día siguiente, en efecto, nos visitó de nuevo. La lección de italiano fue principalmente coloquial, y tuve una vez más la sensación de que a Freda le angustiaba lo que se decía, si bien solo me quedaba conjeturar lo que ocurría bajo el disfraz de una lengua extranjera. Pero al final reconocí las palabras «mañana no» formuladas por ella, y, cuando siguieron algunas protestas, ella se limitó a mover la cabeza sin decir nada.

El doctor Vickers no se quedó a tomar el té como la vez anterior. ¿Pensó Freda que lo había ofendido? Un rato después advertí que había estado llorando.

Esa noche tuve una extraña pesadilla en la que la casa de Roscawen se deslizaba sobre sus cimientos hacia el río, atendiendo a la llamada de la mujer blanca, y entonces me desperté de pronto, asustada.

El día siguiente era el último que Robert tenía que pasar en Shepstow. El capitán Falkner y él regresaron por la tarde, y la atmósfera de la casa pareció cambiar de inmediato. Freda recuperó la

alegría, yo no oí más gotas de agua y, excepto el segundo día a la hora de la cena, no vimos al doctor Vickers. Pero mandó un libro en italiano con muchos pasajes subrayados y una nota dentro, también en italiano; vi cómo Freda desplegaba la nota, la leía e, inmediatamente después, la rompía en mil pedazos. Imagino que él le deseaba que continuase con sus estudios, aunque las lecciones tuvieran que interrumpirse durante un tiempo; en la cena le oí decir que estaba muy ocupado corrigiendo las pruebas de su libro.

De esta forma transcurrieron cuatro de los siete días que Robert debería haber pasado en Roscawen. Sin embargo, la tarde del cuarto día llegó un telegrama: se requería su presencia en Londres, en el despacho, y no le quedaba más remedio que marcharse a la ciudad con el primer tren del día siguiente. Y se dispuso que, a su regreso, iría directamente a Shepstow, donde se reuniría allí con el capitán Falkner; para llegar a este lejano páramo en tren, tenía que tomar otra línea.

Freda debía saber que Robert no podía evitar este compromiso, pero saltaba a la vista que su ánimo, recuperado temporalmente, se había hundido de nuevo. Espero no depender nunca de la compañía de otra persona tanto como ella dependía de la de mi hermano. Me levanté para prepararle a Robert el desayuno a primera hora, pero Freda no apareció; le dolía la cabeza, dijo él, y había pasado muy mala noche. Se despertaría tarde: quizá yo quisiera subir a verla en un rato.

Fui hacia el final de la mañana y me la encontré acostada como una niña que se hubiera quedado dormida sollozando, con las pestañas todavía húmedas y una lágrima corriéndole por la mejilla. Cogí un libro, acerqué una silla a la cabecera de la cama y esperé a que se despertase.

Fue una espera larga; estaba profundamente dormida, así que me quedé haciéndole compañía, y fue entonces cuando volví a oír el goteo del agua. Por primera vez desde que había empezado a oírlo, las gotas eran húmedas.

Encontré rastros de ellas en la alfombra y en el lino extendido de la sábana; ¿estaban hechas, me pregunté de forma absurda, de las lágrimas de Freda? En cualquier caso, cesaron antes de que se despertara, y yo no le dije nada. Sí, le dolía la cabeza, dijo, en respuesta a mi pregunta: se encontraba mejor, pero el dolor no había desaparecido del todo: por el momento, se quedaría acostada descansando un rato más. Los criados podían llevarle una taza de té cuando yo comiese, y ella se levantaría por la tarde.

En vista de que no me necesitaba, salí después de comer a dar un paseo sola. Como por una vez tenía libertad para elegir la dirección que quisiera, y no la que quería Freda, decidí explorar el curso del río, y en especial su paso por debajo de la saliente ribera que quedaba cerca de la casa, donde había visto la espiral de espuma elevarse en el aire la primera tarde que había pasado en Roscawen. Esperaba encontrar una cascada en aquel punto, pero solo había rápidos y rompientes que se alternaban con tramos más tranquilos y pozos profundos, uno de los cuales, deduje, había sido la trampa mortal de la vaca de los Elliott. Era un día de otoño agradable y perfecto, cálido, pero sin el calor agobiante del verano, y caminé con placer, siguiendo el río corriente arriba hasta el diminuto lago entre montañas del que salía tras detenerse a reposar durante un rato. Allí di media vuelta y me dirigí hacia la casa; y ya la tenía a la vista cuando contemplé de nuevo el fenómeno de la columna de espuma.

Se elevaba por encima de los rápidos, y en el mismo sitio por el que había pasado antes, según pude deducir. Como soplaba poco o ningún viento, no se extendió ni se disipó tan rápido en esta ocasión. No era descabellado que, a primera hora de la mañana, o con la penumbra de la

tarde, alguien pudiese tomarlo por una figura fantasmal, sobre todo teniendo en cuenta que, al disolverse, parecía moverse y hacer señales. Sonreí para mis adentros al pensar que, de acuerdo con la superstición local, yo también había visto a la mujer blanca; pero no sentí la menor inclinación a precipitarme hacia al río y arrojarme a sus profundidades. No pensaba complacer al doctor Vickers relatándole mi experiencia, ni tampoco se la confiaría a Freda, por si esta se lo contaba.

Cuando llegué a casa, entré en la sala de estar para ver si Freda había bajado; ya casi debía de ser, pensé, la hora del té. En efecto, allí estaba, y, cuando estaba abriendo la puerta, pero todavía oculta por el biombo, oí la voz del doctor Vickers.

—Escucha —estaba diciendo en inglés—, no te apremio para que lo decidas ya. Espera hasta estar segura de que a él le da igual. A mi modo de ver, ya lo ha dejado muy claro.

Me quedé quieta, no porque tuviera intención de escuchar a escondidas, sino paralizada por la sorpresa. Cuando di un paso más y salí de detrás del biombo, los encontré de pie cara a cara, y la figura del doctor me ocultaba la de Freda. Creo que él tenía las manos en los hombros de ella, sujetándola frente a él, pero no puedo asegurarlo. Era rápido de oído como un gato, y se volvió hacia mí al instante.

—Ah, ¿qué tal, señorita Larcomb? Estaba despidiéndome de su cuñada, porque no creo que hoy esté en condiciones de recibir su clase. De hecho, creo que está lejos de encontrarse bien. Estos dolores de cabeza ralentizan el progreso de nuestros estudios, pero no nos queda más remedio que aceptar el retraso.

Cogió el delgado libro de la mesa y se lo metió en el bolsillo, se inclinó sobre mi mano y se marchó.

Si Freda había estado alterada, lo disimuló muy bien, y charlamos como de costumbre mientras nos tomábamos el té; de mi paseo e incluso del viaje de Robert. Sin embargo, más adelante, esa misma tarde, me sorprendió con una proposición inesperada.

—¿Crees que la señora Larcomb me invitaría a quedarme en Aston Bury? Sería muy amable de su parte que me acogiera mientras Robert está de cacería. No me gusta Roscawen, y no estoy bien aquí. ¿Se lo pedirás de mi parte, Mary?

Le dije que estaba segura de que madre la invitaría si quería venirse con nosotros; pero ¿qué diría Robert, después de haberme pedido que le hiciera compañía aquí? Si a Robert le parecía bien, les escribiría, por supuesto. ¿Estaba él al corriente?

No, dijo, y no había tiempo para consultarle. Ella quería irse al día siguiente, no más tarde. ¿Podíamos enviar un telegrama, salir por la mañana, pasar la noche en York y recibir allí la respuesta? No había duda de que hablaba muy en serio. Temblaba ostensiblemente, y una mancha roja de fiebre ardía en su mejilla.

Ojalá hubiera hecho lo que me pedía. Pero el sentido común de los Larcomb se alzó en armas, y exigí saber lo que había motivado esa decisión. A madre le parecería muy extraño que fuéramos a casa con tantas prisas, y a Robert puede que no le gustase; pero, con tiempo para organizarlo todo, sin duda podría visitarnos, y sería muy bien recibida. Le escribiría a madre y echaría la carta al correo a la mañana siguiente, y Freda podría escribirle a Robert y hacerle llegar la carta por medio del capitán Falkner. A continuación dije:

—¿Te pone nerviosa este sitio, Freda? ¿Es porque no le encuentras explicación a ese goteo? —Y, cuando respondió con una especie de mudo asentimiento, añadí—: No deberías darle tantas vueltas a semejante nadería; no es justo con Robert. No puede ser solo por eso. Tiene que haber

algo más, ¿me equivoco?

La pregunta pareció aumentar su angustia.

—Quiero ser una buena esposa para Robert; de verdad que quiero, Mary. Puedo seguir cumpliendo con mi deber si me marchó; si me permitís refugiarme en Aston Bury durante un tiempo. Robert no lo entiende; cree que son delirios de loca. He intentado explicárselo... Mejor dicho, lo he hecho; a pesar de lo difícil que me resultaba. —Rompió en sollozos—. Me aterra estar sola. El impulso que siento es demasiado fuerte. Oh, Mary, aléjame de aquí.

No fui capaz de obtener mejor explicación de cuál era la raíz del problema. Acordamos finalmente que escribiríamos las dos cartas y las enviaríamos al día siguiente, y lo dejaríamos todo preparado para salir en cuanto recibiésemos las respuestas. Tal vez no fuese más que una quimera de Freda, pero yo abrigaba sospechas de otra clase. Ella, sin embargo, no mencionó el nombre de su vecino, y yo no podía insultarla con una insinuación.

Escribimos las cartas a primera hora de la mañana de ese jueves, y después trajeron a Señora Gris para el paseo de Freda. La ruta elegida nos llevó por la encrucijada a la ida y también a la vuelta. Recuerdo que Freda habló con más alegría y franqueza de lo habitual, haciendo preguntas sobre Aston Bury, como si sintiera alivio ante la perspectiva de refugiarse allí con nosotros. Señora Gris se asustó en el mismo punto del camino que la vez anterior, a pesar de que no había ninguna causa visible de su miedo. Sugerí que sería mejor volver a casa por otro camino, pero no parecía factible, pues la otra ruta suponía dar un rodeo de varios kilómetros y cruzar por un puente que no se consideraba seguro. A la vuelta, la yegua avanzaba de mala gana, y, aunque íbamos a un paso prudente y el día no era caluroso, observé que estaba cubierta por una capa de sudor. Cuando nos acercábamos a la encrucijada por segunda vez, el pobre animal volvió a encabritarse al pasar por el objeto invisible que lo aterraba, y acto seguido bebió la brida y se lanzó a un frenético galope.

Freda tiraba de las riendas, pero no le alcanzaba la fuerza para detener la alocada carrera, o siquiera guiarla; pero la yegua se mantuvo por instinto por en medio del camino. La puerta de la cancela estaba abierta, y yo esperaba que se dirigiera al establo, pero lo que hizo fue lanzarse a toda velocidad por el páramo abierto hasta llegar al río.

Tal vez habríamos podido saltar de la carreta, pero no habíamos tenido tiempo siquiera para pensarlo cuando nos vimos balanceándonos en la empinada orilla. Un momento después nos caímos y chocamos. De lo que ocurrió a continuación, no recuerdo nada.

El accidente fue presenciado desde la otra orilla, como pude saber después. Un hombre dejó de labrar y se acercó corriendo. Fue él quien me sacó a rastras, aturdida, pero no ahogada por la inmersión. Recobré el conocimiento rápidamente en la orilla, y mi primer pensamiento fue para Freda, pero ella, enredada en las riendas, había sido arrastrada con la yegua al fondo de la poza. Cuando me puse en pie tambaleándome, mareada y medio ciega, supliqué que fueran a buscarla; él salió entonces corriendo río abajo, y allí, con la ayuda del doctor Vickers y de otro hombre, la sacaron del agua; exánime, según parecía al principio; hubo de pasar un buen rato antes de ver recompensado su denodado esfuerzo con un destello de vida.

Fue aquel un regreso extraño a Roscawen: ella transportada con el mayor cuidado, yo haciendo el camino por mi propio pie; las dos empapadas y goteando; gotas reales, de las que las fantasmales bien podrían haber sido un misterioso presagio, ¡si eso no es demasiado disparatado para creerlo!

Me fue imposible negarle la entrada al doctor Vickers, y huelga decir que nos acompañó; a

pesar del recelo que me inspiraba, agradecí su destreza cuando la vida de Freda pendía de un hilo; ella estaba entonces demasiado lejos de este mundo para reconocer a quienes estaban a su lado. Pero habría preferido contraer esa deuda con otro; y el sentimiento que tenía contra él se intensificó cuando fui testigo de su angustiada preocupación y capté algunas expresiones espontáneas.

Le mandé un telegrama a Robert para contarle lo ocurrido, y respondió: «Estoy de camino». Resolví entonces decirle lo que pensaba y contarle cuál sospechaba yo que era la causa de la inquietud de Freda, y por qué debía alejarla de aquel lugar, no tanto de una casa encantada como de una influencia que la tenía aterrada y subyugada.

¿Conseguiría el riesgo de perderla —un peligro apenas superado— reavivar la antigua ternura entre los dos? Creo que eso fue lo que ocurrió, temporalmente al menos, cuando Robert la encontró tumbada y pálida como una azucena rota, y cuando las manos débiles de ella se aferraron a su cuello. Tal vez eso hizo que tuviera más paciencia de la que habría tenido en cualquier otra ocasión con lo que iba a decirle.

Difícilmente podía acusarme de dejarme llevar por mi imaginación; se quedó, en cambio, horrorizado, furioso, incrédulo, todo al mismo tiempo. Vickers, ni más ni menos; y ella, tan angustiada que tenía miedo de decírselo; miedo de reclamar la protección que le correspondía por derecho. Y ahora la situación se había complicado por el hecho de que el doctor Vickers le había salvado la vida, por lo que se le debía un agradecimiento además de un portazo en las narices. Y todo procurando siempre preservar la dignidad, tanto la de Freda como la suya propia. Había que evitar cualquier escándalo sonado, y a ella no se le debía avergonzar ni angustiar.

No sé lo que ocurrió entre él y el doctor Vickers cuando se encontraron, pero este último no volvió a Roscawen, y al cabo de un tiempo me enteré por casualidad de que se había marchado al extranjero. Tan pronto como se pudo mover a Freda, se llevó a cabo su deseo y nos fuimos a Aston Bury. Madre se portó muy bien con ella, y creo que, antes del final, creció entre las dos un cariño sincero.

Ese final no se demoró mucho; pasaron unos pocos meses, y al cabo ella se desvaneció como efecto de una suerte de decadencia; la impresión producida en su sistema, así lo llaman, había sido mayor de lo que su vitalidad era capaz de reparar. Robert volvía a ser un hombre libre, se había declarado la guerra, y él fue uno de los primeros en alistarse como voluntario en el ejército.

Aquel ejército se distinguió en el campo de batalla, como todo el mundo sabe, y ahora él está convaleciente de su segunda herida, y de permiso aquí en Aston Bury. Sospecho que la sabia elección que sus hermanas hicimos para él desde el principio es ahora con toda probabilidad la suya propia. Una persona mucho más adecuada para él que Frederica, y con un nombre muy sencillo; un nombre de auténtica Larcomb: Mary, como yo. Estoy contenta, pero, a pesar de todo, la pobre Freda tiene reservado un hueco especial en mi memoria y en mi corazón. Cualesquiera que fueran sus faltas y sus defectos, creo que se esforzó con afán por ser fiel. Y estoy segura de que amaba de verdad a Robert.

NOTAS

[1] John Strype (1643-1737), historiador y biógrafo inglés. *[Esta nota, como las siguientes, a menos que se indique otra procedencia, es del traductor.]*

[2] Invocar a un espíritu maligno era un delito grave sin el beneficio del clero [el término *beneficio del clero* hace referencia a la práctica de juzgar a los clérigos acusados de algún delito en un tribunal eclesiástico en vez de en uno secular, lo que les permitía evitar las condenas más duras. Esta práctica se prohibió en 1827. (*N. del T.*)], como también lo era consultar y pactar con tales espíritus o invitarlos, alimentarlos o recompensarlos, así como apropiarse de un cadáver para utilizarlo en sortilegios o maleficios; utilizar brujería, encantamientos, hechizos o sortilegios de tal modo que alguien sufriese, quedase lisiado o muriese se consideraba un delito grave sin el beneficio del clero, y se castigaba con la hoguera. A continuación, *The Country Justice* describe los rasgos por los que puede reconocerse legalmente a una bruja, y aquellos a partir de los cuales un juez podía actuar sin temor a equivocarse, tomándolos por «descubrimientos» legales. Para dar por probado que se había encontrado a una, bastaba con que esta tuviera unas marcas inapreciables, tetas de animal, demonios en forma de sapo, ratón, mosca, araña, gato, etcétera, o figuritas de cera o arcilla; también con la acusación de los afectados; con que se les apareciera a estos con la intención, según ellos, de atormentarlos; que hiciera preguntas repentinas o frecuentes en casa de un enfermo; que así lo asegurase un rumor general; la acusación de un moribundo; que un cadáver sangrase al contacto con ella; el testimonio de unos niños; que vomitase alfileres, agujas, pajas, etcétera; en resumen, bastaba con todas las tonterías, gravemente formuladas, que encontrarán en las mentiras y engaños relatados a continuación. *[N. de la A.]*

[3] *La espantosa historia real de una mujer poseída por el Diablo; quien, en la forma de un oso sin cabeza, la sacó de la cama en presencia de siete personas, se la llevó rodando de la forma más extraña a través de tres habitaciones y la bajó por dos altos tramos de escaleras el veinticuatro de mayo del presente año 1584, en Ditchet, Somersetshire. Un hecho portentoso como ningún otro visto en nuestros días. Impreso en Londres por Thomas Nelson.*

[4] Thomas Wright (1810-1877), anticuario y escritor inglés, autor de la obra *Narratives of sorcery and magic* [Relatos de brujería y magia] (1851), que es la que cita la autora en este caso.

[5] «El crucifijo es el símbolo de la vida eterna.»

[6] *El extraño y completamente fidedigno descubrimiento de una bruja, que fue atrapada por tropas parlamentarias cuando estaba de pie sobre una pequeña tabla de madera con la que navegaba por el río Newberry* (1643). La autora cree que la historia tiene una motivación política

y que podría no haber ni una pizca de verdad en ella.

[7] Una prueba para determinar si una mujer era bruja o no consistía en lanzarla al río. Si, en vez de hundirse, flotaba, quedaba demostrado que era una bruja.

[8] La rebelión jacobita de 1745 fue un intento de Carlos Eduardo Estuardo por recuperar el trono británico para su padre.

[9] A Carlos Eduardo Estuardo se le conocía con el sobrenombre de «el Joven Pretendiente».

[10] Zona próxima a Jerusalén en la que, según el Antiguo Testamento, se celebraban sacrificios de niños a cambio de fertilidad futura. Según la Biblia, el primer hijo y las primeras crías de los animales domésticos pertenecían a Dios, igual que las primeras cosechas.

[11] En el siglo xix era habitual adornar las carrozas fúnebres, o la cabeza de los caballos que tiraban de ellas, con penachos negros, cuyo número, además, iba acorde con la posición económica del difunto.

[12] Criatura mitológica, mitad serpiente, mitad gallo, capaz de matar con la mirada y el aliento.

[13] Tierra cogida de la tumba de un hombre.

[14] Pequeño crómlech cercano a la frontera con Inglaterra.

[15] Instrumento de tortura diseñado para causar lesiones por aplastamiento en el pie o la pierna de la víctima.

[16] Demonio que se suponía tenía trato con una persona a la que acompañaba y servía.

[17] *Borrowing days*, en referencia a los últimos días de marzo, que, según el folclore escocés, este toma prestados de abril y son especialmente tormentosos.

[18] Reverendo George Sinclair, en *Satan's Invisible World Discovered* (1685).

[19] *Damnum minatum, et malum secutum*: fórmula utilizada jurídicamente para referirse al cumplimiento de un daño después de una amenaza.

[20] Referencia a Mateo, 12, 25-26: «Pero él, dándose cuenta de sus pensamientos, les dijo: “Todo reino dividido internamente va a la ruina y toda ciudad o casa dividida internamente no se mantiene en pie. Si Satanás expulsa a Satanás, está dividido contra sí mismo, ¿cómo va a subsistir su reino?”».

[21] Véase la nota de la página 77.

[22] Revista literaria semanal propiedad de Charles Dickens, quien la fundó en 1859. En ella se publicaron por entregas algunas de las novelas más importantes de autores como Wilkie Collins, Anthony Trollope o el propio Dickens.

[23] Richard Baxter (1615-1691) fue un teólogo puritano, autor de muchos libros, el último de los cuales, sobre brujería, apariciones e inmortalidad, fue *The Certainty of the World of Spirits* [La certeza del mundo de los espíritus].

[24] En antiguo dialecto irlandés, la expresión *the pickle next the wind* o *the pickle nearest the wind* [el grano más cercano al viento] se utilizaba para referirse a aquella de las hijas de una familia que, por edad, debía ser la siguiente en contraer matrimonio.

[25] Por el campo de avena.

[26] Saltemos la zanja.

[27] Ladrona del infierno que se agasaja a sí misma.

[28] Ladrón rojo.

[29] Ágil y robusta.

[30] Diligente y audaz.

[31] Conjuro que utilizaban las brujas, según la tradición escocesa, para transportarse por el aire. Ya ha aparecido en el relato.

[32] «Pequeña zanahoria» en galés. Se emplea como apelativo cariñoso.

[33] El término más común en Gales para referirse a un brujo.

[34] Lo cierto es que Carmarthen sufrió una gran inundación en octubre de 1987, casi un siglo después de que la autora escribiera estas líneas.

[35] En South Pembrokeshire, los bollos de pasas sobrantes de Viernes Santo se conservaban cuidadosamente todo el año. Se creía que eran eficaces como remedio para las enfermedades si se comían, y también de gran utilidad para ahuyentar a las brujas y evitar el mal de ojo.

[36] El doctor Clanny me informa de que Mary Jobson es ahora una joven muy culta y sumamente respetable. [N. de la A.]

[37] En latín en el original.

[38] Véase la nota de la página 75.

[39] Además.

[40] Se creía que estas marcas eran una señal infalible para reconocer a una bruja cuando no tenían sensibilidad, y que las hacía el Diablo; por lo que cualquier sospechosa de brujería era sometida a un examen para comprobar si tenía alguna.

[41] Indicios legítimos, abultados y suficientes para la tortura.

[42] 1. Mala fama. 2. Maleficio cometido en público. 3. Aparición del demonio en el monte.

[43] Instrumento de tortura con el que se aplastaban los dedos pulgares de los pies.

[44] Véase la nota de la página 72.

[45] Se creía que, cuando una bruja soportaba la tortura con una paciencia poco corriente, o incluso se dormía durante la operación, lo que, por sorprendente que resulte, ocurría con frecuencia, era porque el Diablo la había vuelto insensible al dolor por medio de un amuleto que ella llevaba escondido en alguna zona secreta de su cuerpo. *Zedler's Universal Lexicon*, vol. 44, entrada «Tortura».

[46] Testigos.

[47] Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mateo, 27, 46)

[48] Referencia a *La tempestad* de Shakespeare.

[49] Carruaje.

[50] Mesa de huéspedes.

[51] Según Teodoreto de Ciro, Telémaco saltó a la arena de un coliseo para detener una lucha de gladiadores y murió apedreado por el público. El emperador Honorio, sin embargo, quedó tan impresionado que lo declaró mártir y abolió los combates.

[52] Se llamaba «disidentes» o «no conformistas» a los grupos, en general de inspiración calvinista, que no aceptaban ciertos principios de la Iglesia anglicana como los presbiterianos, los baptistas o los metodistas.

[53] Referencia a la leyenda según la cual san Cristóbal ayudó a un niño a cruzar un río peligroso. A pesar de que ya había ayudado a otras muchas personas más corpulentas, el peso del niño se le hizo abrumador como ningún otro, pues parecía aumentar con cada paso que daba. Finalmente, el niño le confesó que era Cristo, y que, por lo tanto, había cargado con el mundo entero.

[54] Broche decorativo que llevaban las mujeres en la cintura entre los siglos xvi y xix, con cadenas, pañuelos, llaves, etc.

[55] Lucas, 4, 5.

[56] Giosué Carducci (1835-1907), poeta italiano contrario al papado y a la monarquía, en cuya obra queda reflejado su profundo anticlericalismo. Recibió el Premio Nobel de literatura en 1906.

[57] ¡Salud, oh, Satanás, oh, rebelión / oh, fuerza vengadora de la razón! / Sagrados son para ti el incienso y los votos, / has vencido al Jehová de los sacerdotes!

[58] Término con el que se hacía referencia a una mujer blanca europea en la India colonial.

[59] *Knight Commander of the Order of the Bath* (Caballero Comendador de la Orden del Baño). El nombre de esta orden militar deriva de la ceremonia medieval para el nombramiento de caballero, que incluía un baño como símbolo de purificación.

[60] Obra de Dante Alighieri publicada en 1295 y que reúne rimas y prosa en torno al tema del amor.